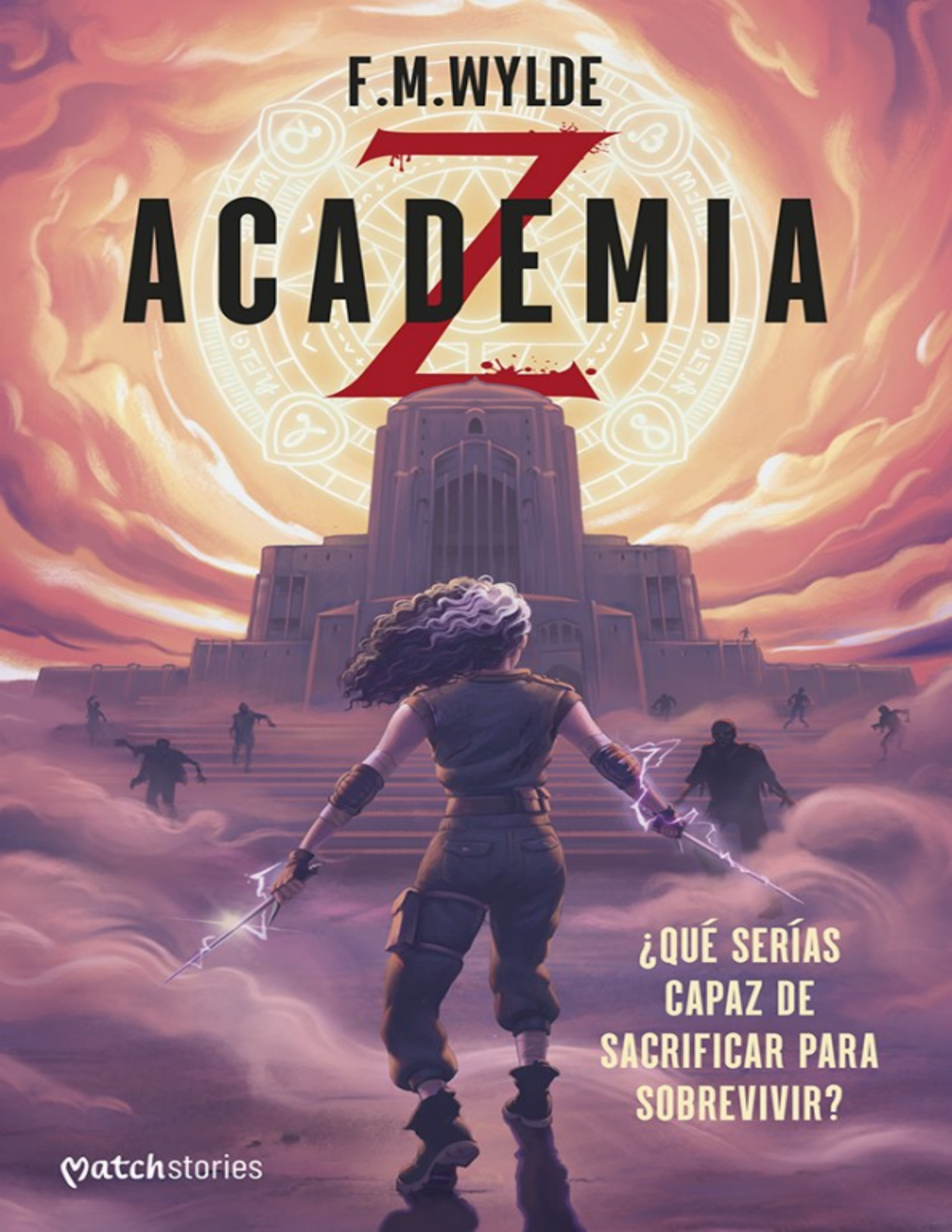
F.M.WYLDE

ACADEMIA Z



¿QUÉ SERÍAS CAPAZ DE SACRIFICAR PARA SOBREVIVIR?

matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

PRIMERA PARTE. BIENVENIDA A LA ACADEMIA Z

1. Sombras en el Vertedero
2. Primeras impresiones
3. Corre por tu vida
4. Orientación
5. Mantén a tus amigos cerca...
6. ... y a tus enemigos aún más
7. Alfa, Beta, Gamma, Delta...
8. ... o algo peor
9. El siguiente paso
10. La noche de los muertos vivientes
11. Estaremos preparados
12. Nuestros últimos días

SEGUNDA PARTE. EL DESPERTAR DE LA HEREDERA

13. Bienvenidos al Matadero

14. Los horrores de la Forja
15. Sobrevivir a cualquier precio
16. La luz al final del túnel
17. Infecciones
18. Regreso a la Academia
19. Aprendiendo a ser Intacta
20. Poderes que nacen
21. Amenaza inminente
22. Media hora de libertad
23. La brecha

TERCERA PARTE. REGRESAR A LAS RAÍCES

Interludio. El legado de Lord Z
24. Consecuencias
25. Un nuevo impulso
26. La Capital
27. El Hoyo
28. El precio de la libertad
29. Amenazas atemporales
30. Jungla de cristal

CUARTA PARTE. LA HORA DE LAS DAGAS

31. Sinfonía de la destrucción
32. Tres minutos
33. Máscara quebrada
34. Comandante
35. La calma que precede a la tormenta
36. Donde reina la ira, no hay lugar para la...
37. ... esperanza

Epílogo. El amancer de una nueva era

Agradecimientos

Créditos

ACADEMIA Z

¿QUÉ SERÍAS CAPAZ DE SACRIFICAR PARA SOBREVIVIR?

F. M. Wylde

matchstories

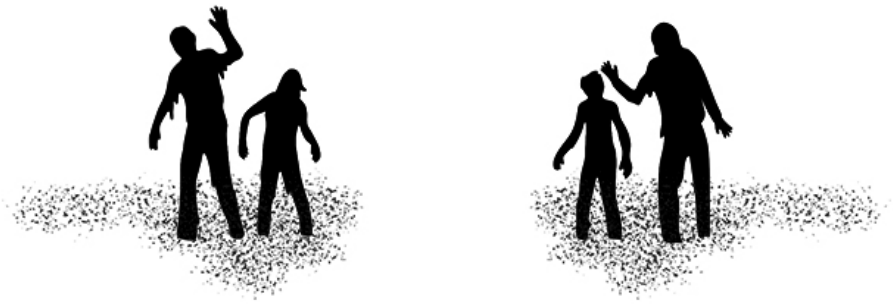
Para Astrid,
que me inspiró desde el primer momento.

Para Victoria,
que me ayudó a mantener mi propósito.

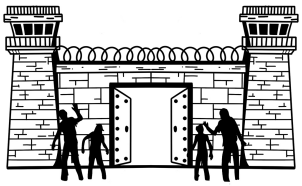
Y para Alba,
que me ha dado más de lo que jamás podría desear.

PRIMERA PARTE

BIENVENIDA A LA ACADEMIA Z



1



SOMBRAS EN EL VERTEDERO

Cuando nací, hacía mucho tiempo que el mundo se había ido a la mierda. Y desde entonces todo ha ido de mal en peor.

Camino con paso firme hacia el punto de encuentro, tratando de ignorar el olor a porquería que impregna las calles de la periferia; incluso después de tantos años, cuesta acostumbrarse. Miro el reloj y acelero: Tom ya debe de estar allí. Ese bastardo será muchas cosas, pero es un tío puntual. Tampoco es que yo llegue tarde a propósito; hoy las hermanas del orfanato apagaron las luces más tarde de lo habitual. Las mojigatas están tan agobiadas por el Crisol que han hecho el recuento tres veces. Como si contar cabezas una vez más fuese a impedir que nos envíen a esa puta Academia.

Sacudo la cabeza para no pensar en ello. ¿Qué probabilidades hay de que me escojan? Eligen al azar a diez jóvenes de cada Reserva, y en la Décima somos muchísimas personas. Demasiadas. Hay más posibilidades de conocer a un distinguido señoritingo de la Capital y que me lleve a vivir con él entre flores y bailes.

Un asco de vida, en mi opinión.

Miro a mi alrededor frunciendo el ceño, pero no hay ni un alma en la calle. Si no contamos la de los centenares de moscas que revolotean sobre la basura que se acumula en las aceras. Nos merecemos el apodo que han puesto a nuestra Reserva: el Vertedero. Este lugar es un agujero donde aún resiste la peor escoria de la humanidad.

Y luego estamos los que tuvimos la increíble suerte de nacer aquí.

Paso junto a un cadáver en descomposición tendido en la acera. Faltan aún tres días para que pase el camión de recolección de muertos, así que seguirá ahí, pudriéndose. Pero más vale eso que verse convertido en un maldito zombi. Imagino que en el resto de las Reservas la vida será más agradable, porque aquí parece que la humanidad ha tocado fondo.

Antes no era así, claro. Hace cientos de años los humanos éramos increíbles, capaces de los mayores logros tecnológicos. Pero, entonces, un montón de cerebritos diseñaron un virus en un laboratorio. Todo por el progreso, supongo. Al liberarlo, crearon a los zombis y llegó el apocalipsis.

Después los humanos hicimos lo que mejor se nos da: sobrevivir contra todo pronóstico.

Se crearon cincuenta Reservas, fundadas por unos Estados que gobernaban en... da igual, ni me sé los nombres, la verdad. A lo largo de los siglos muchas Reservas cayeron. Algunas por ataques de los zombis. Otras por revueltas internas.

Ahora solo quedan diez.

Cada una tiene su función: agricultura, ciencia, educación, pesca... Y luego estamos nosotros, los despojos del Vertedero, donde simplemente tratamos de no morir. En su momento fuimos el punto de acogida de otras Reservas caídas, brillantes héroes solidarios.

Ahora tan solo somos un lugar en el que tienes que esforzarte a diario para que no te maten.

Y aquí es donde mis padres decidieron engendrarme. No recuerdo nada de ellos; supongo que murieron al poco de nacer yo, ya que me dejaron en el orfanato siendo un bebé. Sin embargo, me gusta pensar que no eran malas personas, solo lo bastante estúpidos como para cometer el error de traer a una niña a este mundo condenado. No los culpo. Además, ¿qué importa? Ya están muertos.

He pasado toda mi vida en el orfanato de la Décima, entre la porquería y la delincuencia de la ciudad. En un mundo así, o eres la presa o te conviertes en el cazador. Así que desde los diez años me he dedicado al contrabando de armas, drogas y todo tipo de artículos poco recomendables.

Puestos a ser una paria, qué mejor que lucrarse de ello.

Una silueta se recorta contra la tenue luz de las farolas, que iluminan menos que una antorcha. Al menos aún tenemos electricidad, aunque no sé por cuánto tiempo más. Cualquier día se abre una buena brecha en los vallados interiores y nos vamos todos a tomar por culo.

Mi plan es irme con Tom antes de que eso suceda. Él y su banda viven en unos suburbios al sur, lejos del núcleo urbano, y cuentan con sus propios vallados, independientes de la Reserva. Estoy segura de que allí estaré mil veces mejor que en este orfanato de mierda. En seis meses cumpliré diecinueve, la edad en la que las hermanas del orfanato te pegan la patada; ni un día más ni un día menos. Ya queda poco, unos meses más y seré libre. Jamás había tenido tantas ganas de cumplir años.

Me hace una seña y me bajo la capucha para que vea que soy yo. Su paranoia a veces me sorprende, pero, en un sitio como este, está más que justificada.

—Llegas tarde —murmura Tom entre dientes—. Habíamos quedado hace diez minutos, Astria.

Bufo y le dedico una peineta.

—No me rayes, Tom. ¿Quieres la mercancía o no?

Él mira hacia el cielo negruzco y suspira con fastidio.

—¿Lo tienes todo?

—¿Tú qué crees? —Le enseño el paquete que llevo oculto bajo la sudadera—. La señorita McAddams va a tardar siglos en darse cuenta de que le faltan estos calmantes. La muy perra tiene una maldita farmacia en su despacho.

Tom me quita el paquete de las manos y revisa el contenido. Asiente conforme.

—Alabado sea Lord Z —suspira aliviado. Me mira con el ceño fruncido—. ¿Te ha visto alguien al salir? Normalmente refuerzan la vigilancia durante el Crisol.

Chasqueo la lengua, exasperada. Este chico sabe cómo sacarme de mis casillas.

—¿Me estás vacilando, Mulligan? En todos los años que pasamos juntos allí, ¿me pillaron alguna vez? Pareces nuevo.

Tom mira alrededor nervioso, y eso me pone alerta. ¿Qué bicho le ha picado?

—Dicen que este año el Crisol va a ser diferente, Astria.

—Ya, bueno —respondo sin darle mucha importancia—. Lo siento por los pobres pardillos a los que les toque. Si no me ha tocado desde los dieciséis, no me va a tocar este año, ¿no crees?

Tom asiente, pero noto que le tiembla la mano. Guarda el paquete en la mochila y sigue mirando alrededor, como si esperase algo.

—¿Estás bien, Tom? —pregunto con aparente desgana para ocultar que estoy empezando a preocuparme.

—Yo... Astria, yo...

Pongo los ojos en blanco. Maldito niñato, pensaba que era algo grave.

—¿Es por lo que pasó la otra noche? Mira, si no quieres, no tenemos por qué repetirlo. Nos lo pasamos bien, eso es todo.

—No, no... Eso estuvo genial —admite en un murmullo—. Es que yo... no sé...

Me pongo de puntillas para darle un beso y callarle esa bocaza. Él me abraza y noto la tensión en su cuerpo. Desde que Tom salió del orfanato, hace un par años, nos hemos acostado alguna que otra vez. No es que esté enamorada de él ni nada por el estilo; pasamos un buen rato y ya. Aunque él le da más vueltas de las que debería.

—Pensar es lo mío, ¿recuerdas? Tú eres un muchacho de acción.

Mis palabras parecen sacarlo de su burbuja de nervios.

—¿Muchacho? ¡Ya tengo veinte años! Soy un hombre.

Ahogo una risotada. No quiero que nos escuchen.

—Tengo que regresar antes de que pase la rondadora nocturna. —Le guiño un ojo—. ¿Nos vemos mañana?

—Cla-claro... —responde con una mirada triste.

—Venga, hombre, que solo me quedan seis meses de condena. No te pongas así.

Al darme la vuelta para volver al orfanato, escucho un sonido extraño. Un ruido que me cuesta conectar con la persona que tengo a mi espalda. Aun así, todos mis instintos, curtidos en tantos años de trapicheos, robos y palizas, me ponen alerta.

Tom acaba de desenfundar un cuchillo.

Da unos pasos atropellados hacia mí y mi corazón se acelera tanto que lo noto vibrar en mi pecho. ¿Tom me está traicionando?

¿Tom?

Me aparto justo en el momento en que el cuchillo pasa rozándome la mejilla. Miro el metal incrédula. Esto no puede estar pasando. Me

giro hacia Tom, que, sin perder el tiempo, me agarra por el cuello y me levanta un palmo del suelo. Lucho por respirar mientras veo aterrada cómo descarga el arma sobre mi cara. Me aferro a su muñeca con ambas manos y la punta de la hoja se queda a un centímetro de mi retina. Por suerte, me ha elevado lo suficiente para ponerme en una posición de ventaja.

Con todas mis fuerzas, le pego una buena patada en los huevos.

La presión cede al momento. Me suelta, llevándose la mano a la entrepierna y tratando de ahogar un grito. No quiere que nadie lo vea asesinarme. Hijo de puta. Antes de que se recupere, saco la daga que llevo oculta en el muslo y se la clavo en el costado.

Al fin, no puede aguantar más el dolor y suelta un alarido que retumba en el callejón.

Salgo corriendo hacia el orfanato. ¿Cómo ha podido traicionarme? Éramos amigos, amantes, aliados. ¿Ha sido por los Farrow? Joder, no pueden estar tan cabreados por el alijo de armas que les mangué. ¿Quizás han sido los Ratas? Esos seis cabrones son peligrosos, pero no tienen suficientes motivos para quererme muerta.

Los pasos de Tom a mi espalda me sacan de mis suposiciones y provocan que el corazón me golpee con más fuerza en el pecho. Miro hacia atrás y, para mi desgracia, descubro que está a tan solo unos pasos. De un salto se abalanza de nuevo sobre mí y nos revolcamos por el barro y la mugre de la calle.

Él queda a horcajadas sobre mí, jadeando. Tiene el costado empapado en sangre, con mi daga aún clavada, y la cara cubierta de suciedad. Pero sus ojos brillan bajo la escasa luz de la farola. Reflejan ansia y necesidad.

—¿Por... qué? —consigo articular entre jadeos. Necesito saberlo ¿A qué viene esta traición?

Él alza el cuchillo y sus jadeos resuenan entre el barro y la mierda que le cubren la cara.

—Porque... la paga es demasiado buena —responde él con aparente calma, aunque sus manos aún tiemblan—. Si vas a morir..., mejor que sea por mi mano que por la de otro.

Antes de que descargue el golpe, agarro la empuñadura de mi daga, clavada en su costado, y la saco de un tirón. Él encoge los brazos y lanza un gemido de dolor, lo que me da el tiempo suficiente para girar mi hoja y clavársela bajo el mentón.

Tom trata de decir algo, pero la sangre le inunda la boca y se desliza por su garganta. Cae a un lado y me mira con una expresión de terror, consciente de que se está muriendo.

Me levanto despacio, con todo el cuerpo temblando, y me obligo a tranquilizarme. Aunque he visto la muerte de cerca muchas veces, es la primera persona que cae por mi mano. Después de tanta violencia, creía que estaría preparada, pero los sollozos me sacuden sin previo aviso.

Pateo el cadáver del único amigo que creía tener en el mundo.

—Cabrón —susurro antes de salir corriendo hacia el orfanato.

Avanzo a trompicones por las calles mugrientas, entre los edificios destartalados. Las lágrimas recorren mi cara sin que pueda hacer nada por evitarlo. Una rápida mirada a mi sudadera me advierte de que estoy cubierta de la sangre de Tom. Entro en pánico y me la quito a toda prisa. Me hago daño al pasármela por encima del cuello, justo donde me ha agarrado Tom. ¿Cómo es posible que me haya traicionado? Aún no me lo creo.

Miro a ambos lados de la calle desierta, desconfiada. El bastardo ha dicho que iba a morir de todas formas. ¿Habrán enviado a más desgraciados a por mí? Las manos me tiemblan. Joder. Los mataré a todos si es necesario, malditos cabrones codiciosos. ¿Quién está

detrás de esto? Tengo enemigos, como todo el mundo, pero... ¿tanto como para quererme muerta?

Lanzo la sudadera a un lado de la calle y cae junto al cadáver que he visto cuando me dirigía al encuentro. Con un poco de suerte, nadie le prestará mucha atención. Por fin llego al viejo edificio de ladrillos, mi prisión, mi condena. Nunca había tenido tantas ganas de volver. Camino con sigilo por el callejón aledaño al orfanato y respiro hondo para tratar de relajarme antes de trepar por la farola hasta el primer piso. De un brinco, ya estoy dentro. Es increíble la agilidad que te da tener que escaparte cada día a hurtadillas. O quizás es la adrenalina tras haber matado a la única persona en la que confiaba.

Me quito las botas cubiertas de barro y camino de puntillas hasta mi cama. Estoy cubierta de porquería hasta la coronilla, y mañana habrá preguntas. Teniendo en cuenta la situación, haber llegado viva hasta aquí ya es un logro. Por suerte, nadie se ha dado cuenta de mi ausencia. Me cubro con la manta, esperando que tape el pestazo a suciedad, y cierro los ojos. ¿Qué cojones voy a hacer ahora? Todo se ha ido a la mierda en un instante.

Entonces se enciende la luz.

La rondadora nocturna está sentada en una butaca junto al interruptor, con la mirada fija en mi cama. Estoy segura de que la muy arpía lleva horas esperándome. Desgraciada sin vida...

—Astria Liverman —dice con esa irritante vocecilla aguda—. Me preguntaba dónde estabas.

El resto de las chicas están despiertas. Recorro la habitación con la mirada y veo que hay varias camas vacías. ¿Qué está pasando? ¿Alguna se ha chivado? Seguro que ha sido Martha...

«Céntrate, Astria, piensa una excusa». Me miro la camiseta y el vientre cubiertos de barro. Joder, va a tener que ser la explicación más brillante de la historia.

—Señorita Thompson. —Pongo mi voz más angelical—. Yo estaba...

—Trapicheando de nuevo con el señor Mulligan, si no me equivoco.

¿El corazón se me ha parado? Creo que sí. Al menos durante un instante.

—¿Cómo dice?

¿Cómo demonios sabe lo de Tom? Ni siquiera Martha ha podido ser tan rastrera como para chivarse de eso. En cualquier caso, mejor que piense eso y no la verdad: que acabo de matar a una persona. Espero que la sangre no se note entre tanto barro.

—Sabemos de tus escarceos con Thomas, querida —hay un deje de superioridad en su voz que siempre me ha molestado, pero hoy es demasiado intenso—, aunque no creo que debas volver a preocuparte por ello. De hecho, me sorprende que no hayas huido. Habría sido una lástima haber tenido que enviar un equipo de respuesta a cazarte.

¿Cómo cojones lo sabe? Es imposible. ¿Me van a condenar a muerte? ¿Me tirarán por encima del vallado? «Piensa, Astria, piensa. Tienes que darle una respuesta».

—Señorita Thompson, yo...

La rondadora nocturna alza la mano para detenerme.

—Ni una palabra más, Liverman. Tendremos que limpiarte antes de que te lleven al tren. Ninguna dama del orfanato de la Décima saldrá de aquí cubierta de mugre. Aprisa, tus compañeras ya están en marcha.

¿Tren? ¿De qué está hablando esta vieja chiflada? ¿Ha asaltado el alijo secreto del despacho de la señorita McAddams? Por asesinato me tendrían que llevar al juzgado y pasaría la noche en el calabozo.

A nadie lo mandan al tren por matar a alguien, y menos en el Vertedero.

Miro a mi alrededor confusa, y Louise, una de mis compañeras, capta mi expresión de duda y se acerca con disimulo.

—Astria —murmura—. El Crisol era hoy...

Joder. Joder. Joder.

No.

No.

No.

La sangre se me ha congelado en las venas. Un sudor frío me recorre el cuerpo. Ojalá todo esto fuera por lo del asesinato. La rondadora sonríe con malicia. Sádica bastarda... Se pone en pie y avanza hacia mí.

—Has tenido el gran honor de ser seleccionada para el Crisol de este año. ¿No es emocionante?

Quiero mandarla a la mierda. Quiero pegarle un puñetazo en esa estúpida boca. Quiero salir corriendo. Quiero mearme encima. Esto es una puta pesadilla. Que alguien me despierte.

La rondadora nocturna pone una mano sobre mi hombro y comprendo que todo es real. No hay vuelta atrás. Me han escogido para el Crisol.

Me van a matar.

Todo encaja en mi cabeza como un puzle. Joder, ni siquiera había pensado que me pudiera tocar a mí. Solo eligen a diez jóvenes entre todo el puto Vertedero. ¡Tienes más probabilidades de encontrar una jodida mina de oro de que te toque el Crisol! ¿Y me han escogido? ¿Se puede tener más puta mala suerte?

No tengo ni idea de cómo me ha podido tocar, pero no pienso dejar que me arrastren como un cerdo al matadero. Aparto su mano de un manotazo y me giro de nuevo hacia la ventana. No sé adónde

voy a ir ni qué va a ser de mí; pero sí sé que no voy a permitir que me lleven a ese lugar.

A esa Academia maldita.

Jadeo, desesperada. No sé de dónde aparecen dos rondadoras más que me sujetan por los brazos antes de que pueda dar dos zancadas.

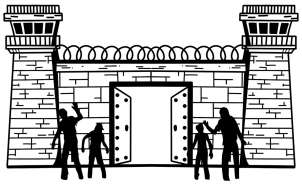
Huelo el aliento a té y menta de la señorita Thompson, que resopla contra mi nuca. No puedo verla desde este ángulo, pero estoy segura de que la muy sádica está sonriendo.

Desgraciada.

—Buen viaje, señorita Liverman. Y mucha suerte.

Me podía esperar muchas cosas de esta desgraciada, pero no veo venir la enorme jeringuilla que me clava en el cuello. El efecto de lo que sea que me ha chutado es inmediato y mis párpados se vuelven pesados, por más que intento abrirlos. Lo último que veo antes de perder el conocimiento es la silueta borrosa de esa ventana por la que no podré escapar jamás.

2



PRIMERAS IMPRESIONES

Cuando me despierto, apenas me lleva unos segundos comprender lo absoluta e irremediablemente jodida que estoy.

Huelo bien; me han lavado y me han puesto ropa nueva. Llevo un conjunto de licra blanca que se ajusta a mi cuerpo. Por un momento me imagino a la rondadora frotándome la mugre en la bañera. No me importa; es lo más elegante que he vestido en toda mi existencia. Me encuentro en un asiento mullido y cómodo, en un compartimento del tren. Eso es lo que me pone el vello de punta. Estoy en el tren. Me envían a la Academia.

Nunca creí que viajaría entre Reservas, mucho menos hacia ese destino. Cuentan todo tipo de historias sobre ese sitio, pero algo es seguro: nadie regresa.

Estoy acojonada.

Me miro las manos, con las que he asesinado a Tom. ¿Eso también ha pasado de verdad? Claro que ha ocurrido. Ni siquiera he tenido tiempo de pensar en ello, de asimilarlo. Parece que todas las

desgracias vienen de golpe y no puedo hacer nada más que seguir adelante. Eso es lo que siempre he hecho: sobrevivir.

Hay más chicas en el vagón. Recuerdo los últimos momentos en el orfanato: había unas cuantas camas vacías. ¿Cómo hemos tenido tan mala suerte este año? Debe de haber más de mil jóvenes de mi edad en el Vertedero; que nos hayan escogido a varias de la misma clase desafía toda lógica. ¿Han amañado la selección? No me sorprendería.

Sin embargo, las chicas que hay sentadas a mi alrededor no son de mi orfanato. No reconozco a ninguna. La que tengo justo delante me mira con los ojos como platos. Tiene la piel oscura, el cabello negro, más rizado que el mío, y los ojos amables. Parece fascinada. Me sonríe.

—Ey, tú. Al fin despiertas.

Me revuelvo incómoda en el asiento y noto cómo me hundo un poco más. ¿Cuánto llevo durmiendo? La muchacha se pone nerviosa ante mi silencio.

—Qué pelo tan bonito... ¿Ese mechón rubio es natural? Contrasta un montón con tus rizos castaños. ¡Y tienes los ojos superverdes! —Las palabras le salen atropelladas—. Me llamo Frida, por cierto. Frida Gönig. Soy de la Octava.

¿De la Octava? Joder, eso está como a mil kilómetros del Vertedero. ¿Tanto he dormido? Me decido a hablar antes de que piensen que soy imbécil.

—Soy Astria. Vengo del Verte... de la Décima.

Un poco de orgullo. Mi Reserva será una pocilga, pero es *mi* pocilga.

La muchacha se mueve inquieta, pero mantiene la sonrisa.

—Me encanta tu pelo, Astria —insiste más relajada—. Es muy original.

—Gracias. —Instintivamente llevo la mano a mi pelo rizado y busco el mechón rubio, mis hilos dorados de la suerte.

—Y tus ojos, tía. ¡Qué verde más intenso! En la Octava se ven pocos ojos así.

—Oye, ¿me estás tirando la caña o qué? —Frunzo el ceño.

La sonrisa de Frida se esfuma de golpe y, a pesar de su piel oscura, noto cómo se sonroja.

—No, yo solo... era por dar conversación.

La chica sentada a mi lado me mira como si me viera por primera vez. Tiene los ojos rasgados y el pelo lacio y oscuro. Nunca había visto a nadie con unos rasgos parecidos. Parece tener la mirada perdida en algún lugar de la pared del compartimento, así que doy un respingo cuando me habla.

—Frida es así, no está ligando contigo. —Tiene la voz más ausente que mis padres, que en paz descansen—. Trata de ser agradable.

Dicho esto, como si el mero hecho de hablar conmigo le hubiera supuesto un esfuerzo titánico, cierra los ojos y se da la vuelta.

Frida vuelve a sonreírme incómoda. En el asiento contiguo, una cuarta chica, pelirroja, también duerme.

Yo no creo que pueda pegar ojo en todo el viaje. Necesito comprender la situación.

Cada vez que cierro los ojos veo la imagen de Tom con mi daga incrustada en su cuello. Me palpo el cuerpo cuando una certeza acude a mí como una revelación: me han quitado todas las armas. Además del cuchillo que le clavé a Mulligan, tenía otras tres hojas ocultas. Ahora me siento completamente desnuda.

Me habría gustado entender por qué lo hizo. Quizás podríamos haberlo hablado. Todo sería tan distinto... Y, sin embargo, aquí estoy: en un tren rumbo a la Academia Z sin entender qué zombis está pasando.

Necesito pensar. Salgo al pasillo y le hago un gesto a Frida, que me sigue afuera del compartimento. Quizás ella tenga las respuestas que necesito.

Me detengo un instante a observar un gran mapa en la pared del vagón. Representa todas las Reservas y, en el centro, la Academia Z. Unos puntos de luz indican el recorrido del tren. Al parecer, estamos en el último tramo del trayecto. Una pequeña pantalla muestra la velocidad del convoy: ahora mismo vamos a más de cuatrocientos kilómetros por hora. No hay ni una ventana en todo el maldito trasto, aunque tampoco es que sean necesarias cuando los trayectos son por túneles subterráneos que conectan las Reservas. Túneles que se han mantenido intactos durante siglos, al parecer. ¿Cómo? Pues ni idea, sinceramente. Quizás debería haber prestado un poco más de atención en las clases de la hermana Florence. Aunque, en honor a la verdad, sus clases eran un auténtico coñazo.

Necesito información; tengo que conseguir que alguien me cuente qué está pasando aquí. Miro a Frida. Tendrá mi edad, es un poquito más baja que yo, de piel muy oscura y, al igual que la muchacha de mirada ausente, está en muy buena forma. Trato de romper el hielo con lo que más les gustaba hacer a dos chicas en el orfanato: criticar a una tercera.

—Vaya tía, ¿eh? —Señalo a la chica de los ojos rasgados. La puerta se ha cerrado y no parece oírnos, aunque también pensaba eso cuando estaba sentada a mi lado.

—Ella es Lisa, es mi... —Se sonroja aún más—. Vive en su mundo, pero es un amor. Nos queremos muchísimo.

Miro a Frida sin dar crédito, sin pensar en la metedura de pata que acabo de hacer. Que nos hayan seleccionado a varias chicas del mismo orfanato es una cosa; esto, en cambio...

—¿Tu novia y tú habéis sido seleccionadas en el Crisol? —La miro con los ojos muy abiertos—. ¿Las dos? ¿Cuál es la probabilidad?

Ella frunce el ceño por primera vez y me observa en silencio durante unos segundos.

—¿Es que no lo sabes? —Parece nerviosa, como si por un instante su mente se hubiese quedado en blanco, tras meditarlo durante un momento que se me hace eterno, lo escupe todo—. Este año ha sido distinto. Han escogido a cien jóvenes de cada Reserva. Este año somos mil.

Abro la boca, pero las palabras no logran acudir. ¿Mil jóvenes enviados a la Academia? ¿Han perdido la puta cabeza en la Capital? Ahora que lo pienso, las chicas estaban más inquietas en los últimos días. Joder, si en vez de estar haciendo trapicheos me hubiera dedicado a cotillear un poco más, igual no sería la única imbécil que no se ha enterado del *pequeño* cambio que han introducido este año.

—Es una locura —digo con un hilo de voz—. ¿Por qué lo han hecho?

—En la Academia van muy cortos de personal. Y como la tasa de supervivencia de la Forja es... escasa, han decidido ampliar el Crisol. —Frida se frota las manos, mirando alrededor nerviosa, y se acerca un poco más—. Aunque yo creo que hay algo más. Las cosechas no han sido muy buenas estas últimas temporadas, ¿sabes? Y en un ecosistema donde la materia prima escasea... —se detiene al ver mi cara de absoluta incomprensión y sacude la cabeza—. Lo anunciaron hace varias semanas en televisión. ¿Es que vives en una cueva?

Por la cara que pone, sé que se arrepiente al instante de la última frase. Finjo no haberla oído. De todas formas, tiene razón. Si hubiera prestado algo más de atención, quizás me habría enterado.

Aunque... ¿de qué habría servido? Habría terminado aquí de todas formas, con la mierda hasta al cuello.

—Entonces... ¿Cien de cada Reserva? —Joder, por eso algunas de las camas estaban vacías—. Aun así, me parece mucha casualidad que os haya tocado a ambas. No soy matemática, pero me parece que la probabilidad es casi imposible.

Ella se da unos toquecitos en la barbilla, pensativa.

—Imagino que se trata de un tema del registro civil. Si han empezado la lista por una zona residencial en particular, resta aleatoriedad al resultado, por lo que si nos atenemos a una probabilidad estricta de...

Intento cambiar el tema antes de recibir lo que creo que sería el sermón más contundente sobre matemáticas que habría escuchado en mi vida.

—Has dicho que eras de la Octava. Los eruditos, ¿no?

Hay Reservas con un propósito claro para la humanidad. En el caso de la Octava, una población entera consagrada a ser unos cerebritos. Desde luego, es algo mucho más atractivo que revolverse entre la mugre a diario, un honor que guardamos celosamente los habitantes del Vertedero. Nunca he tenido muy claro por qué nos permiten seguir con nuestras miserables vidas.

—Así es —dice con entusiasmo—. En la Octava Reserva nos dedicamos a preservar la cultura y el conocimiento de la humanidad. Desde La Caída, hace más de setecientos años, cuando la guerra zombi arrasó...

Oh, no. Una chapa de esas ahora no, por favor. Suficiente tengo con ostentar el dudoso honor de ser la única imbécil que no se ha enterado de este *pequeño* cambio en el Crisol como para encima comerme una lección de historia gratuita.

—Sí, sí, todo ese rollo de guerras y virus y tal —zanjo su discurso con un movimiento de la mano—. Las clases de Historia eran un coñazo, no hace falta que me las repitas. Me refería a que debes tener información sobre la Academia. ¿Tú sabes lo que nos harán allí?

Frida parpadea aturdida, como si no acabara de comprenderme.

—¿De verdad no lo sabes? Las actividades de la Academia son de conocimiento público.

—Tenía otras cosas por las que preocuparme, créeme. —Como de que un amigo no me matara a cambio de unas monedas, por ejemplo—. Sé que la dirige el héroe de la humanidad, Lord Z, y poco más. Explícamelo como si fuera una niña que aún no sabe lo que hay al otro lado de los vallados exteriores.

Frida asiente y se lleva la mano a la barbilla, quedándose unos instantes en silencio, pensativa.

—La Academia Z es la sede del ejército de la humanidad —se nota que está haciendo un esfuerzo para tratar de resumirlo—. Se nutre todos los años de los candidatos seleccionados en el Crisol... supuestamente de forma aleatoria. Allí nos prepararán durante unas semanas. Instrucción básica militar. Una vez que tengamos las bases claras, nos enviarán a la Forja, donde...

Bufo con fuerza, y hasta el pelo ondulado de Frida se mueve un poco. Empiezo a sentirme como una completa estúpida. Aunque, en mi defensa, jamás esperé acabar metida en un tren directo a esa maldita Academia. Frida vuelve a sonrojarse.

—Claro, tampoco sabes lo que es la Forja.

Me estoy agobiando.

—No, Frida, maldita sea. No tengo ni puta idea. Solo sé que ir a la Academia es una mierda. Que casi todos mueren. Que nadie regresa.

Frida traga saliva.

—Eso es... correcto. La mayoría de las muertes se dan en la Forja, que tiene una tasa de supervivencia de menos del ocho por ciento. El objetivo es que los alumnos se infecten y...

—¿¡QUÉ!?

Varias cabezas asoman por algunos compartimentos. Al parecer he alzado la voz más de lo que esperaba. Lisa me observa desde su asiento, pero mantiene su aura ausente. Frida mira al suelo; la agarro por los hombros angustiada.

—¿Me estás diciendo que nos envían a convertirnos en zombis?

¿Qué pasa en esa Academia? ¿El mundo se ha vuelto loco?

—No... No exactamente —susurra Frida, todavía con la cabeza gacha.

Una voz grave y potente me llama la atención:

—¡Oye, tú! ¿Qué crees que estás haciendo?

La voz proviene de una de las cabezas que se habían asomado al pasillo y que ahora avanza hacia mí.

Joder, es el chico más guapo que he visto en toda mi vida.

Parece sacado de una película: alto, con el cabello rubio despeinado, ojos azules y un cuerpo atlético con los músculos esculpidos. Gracias a la Academia por estos trajes de licra. Me mira desafiante, con el ceño fruncido. Puede ser todo lo guapo que quiera, pero a mí nadie me habla así. Y menos cuando me están diciendo que pretenden que me convierta en una jodida zombi.

—¿Y a ti qué te importa, payaso? Lárgate.

Desobedeciendo mis instrucciones precisas, da un paso hacia nosotras. Frida tiembla, y me doy cuenta de que aún la estoy sujetando por los hombros. ¿La estaba zarandeando? La suelto al instante.

—¿Te está molestando? —El chico se dirige a ella, ignorándome de forma deliberada. Su tono es más suave que el que ha empleado conmigo, aunque sigue siendo firme.

Imbécil.

—No, solo estábamos hablando y... —Frida parece querer hundirse en la moqueta, donde tiene la mirada clavada.

—No tienes que darle explicaciones a este payaso, Frida. —Me interpongo entre ambos y le espeto—: Te he dicho que te largues. Suficientemente jodidos estamos todos como para aguantar que vengas aquí. Vete a hacer el machito a otra parte.

Me fulmina con la mirada, pero retrocede un paso. A su espalda se encuentra un chico de piel oscura y cabello rizado, que me llama la atención por sus gafas redondas, desproporcionadas en un pobre intento de parecer más intelectual. No podrían ser más distintos: uno alto, fuerte y pálido, y el otro delgado, tímido y moreno. Un contraste interesante. En cualquier caso, ambos tienen unos aires de ricachones que tiran para atrás.

—Vamos, Rob —murmura el chico de cabello oscuro, mirándome con desdén—. No valen la pena.

—No te metas, Nick —dice el rubio guaperas, y dirige de nuevo la mirada a Frida—. Solo quiero saber si...

Avanza un paso hacia nosotras, y mi instinto callejero del Vertedero sale a relucir cuando le dirijo el puño directo a la cara. El chico atrapa mi mano al vuelo y se me queda mirando, algo aturdido. El vagón entero empieza a murmurar.

—Venga, Robert, vámonos —insiste el tal Nick—. No pierdas el tiempo con esto.

El chico sigue sosteniendo mi puño con firmeza. Me está dejando en evidencia delante de un vagón lleno de chavales que no van a dudar un segundo en empezar a juzgarme. Y aunque su opinión

debería importarme lo mismo que un zombi manco, cojo y desdentado, noto cómo la ira fluye por mis venas.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —me pregunta Robert frunciendo el ceño.

—Suéltame, imbécil —le digo tratando de liberarme de su agarre.

Él me empuja el brazo que estaba intentando soltar, y me caigo de culo, ante las risas de medio vagón. Lanzo una mirada asesina a los cotillas y me pongo en pie.

—¿Os queréis meter en vuestros putos asuntos? —grito angustiada—. Nos van a matar en unas horas. ¿Queréis pasar vuestros últimos momentos cotilleando como unos desgraciados?

Las risas cesan al instante y la mayoría de los chavales se vuelve a meter en sus compartimentos. Me pongo de pie mientras Nick, el chico escuálido de las gafas, zarandea al grandullón, que me sigue mirando con desconfianza. De lujo, llevo diez minutos en este tren y ya tengo un enemigo mortal que me saca tres cabezas.

—Vamos, Rob...

—Sí, *Rob* —digo imitando la voz irritante de su amigo—. Vuelve a tu vagón y déjanos en paz, joder. Solo estábamos hablando. Quién está montando el numerito ahora, ¿eh?

Él gruñe sin apartar la mirada, aunque parece algo avergonzado. Al final decide seguir a su amigo y regresar a su compartimento. Entonces miro a Frida, que aún está tensa. Le cojo la mano.

Lo cierto es que sí que he sido bastante idiota con ella.

—Oye, lo siento mucho, Frida. He flipado un poco, ¿vale? Es que asimilar todo esto de golpe... no es fácil.

Ella vuelve a sonreír.

—Tranquila, es normal; es solo que me he asustado un poco.

Esta chica es majísima y he sido una auténtica bruja con ella. No se lo merece.

—Lo sé, puedo ser muy brusca a veces. —Tom me lo solía recordar a menudo, y pensar en él me provoca un pinchazo de angustia—. ¿Por qué no volvemos dentro, me presentas a Lisa como Lord Z manda y empezamos de nuevo?

La cara se le ilumina y me muestra una gran sonrisa radiante.

—¡Genial!

Cuando entramos en el compartimento, Lisa me observa atentamente. Parece que nuestra discusión le ha quitado el sueño. La pelirroja está roncando; si mi numerito con el rubiales no la ha despertado, no tiene pinta de que nada lo haga. No obstante, me esfuerzo por mantener un tono de voz moderado.

—Lisa, ¿verdad? —Le tiendo la mano—. Siento si he sido brusca antes. Solo quiero entender qué zombis está pasando aquí.

Me da el apretón de manos más suave que he recibido en mi vida, como aferrarse a una almohada mullida, aunque de esas he visto muy pocas. Después asiente y se queda mirando el techo como si contemplase la escena más increíble del mundo. Parece que ese aire ausente es parte de ella. Me acomodo en el lugar que antes ocupaba Frida para que ellas se sienten juntas. Frida me dedica otra sonrisa y entrelaza la mano con la de Lisa.

—Explícame la parte en la que nos convierten en zombis —le pido mientras me froto la cara. Con un poco de suerte, esto será una pesadilla.

Ella mira la pared del vagón. Al fin se decide a hablar.

—¿Sabes lo que son los Exterminadores?

Suspiro como si estuviera en un examen de la señorita Florence. Esta me la sé.

—Son el ejército de élite. Se encargan de cerrar brechas críticas en las Reservas.

Frida asiente muy contenta. Parece estar muy emocionada por el simple hecho de que le haya dado la respuesta acertada.

—¡Así es! Es un destacamento especial, creado hace trescientos años, más o menos... Ah, ya, no te interesan las fechas. Bueno, solo quería decir que se fundó cuando cayó la Reserva Once. ¿Sabes cuántas zonas habitadas han caído desde entonces?

Trago saliva. Nunca lo había pensado así.

—Ninguna.

—Exacto —sonríe—. ¿Sabes por qué?

—Porque... ¿hacen muy bien su trabajo?

Para mí, los Exterminadores son una especie de leyenda. La Décima es una de las Reservas más extensas, y el núcleo urbano donde vivo está muy lejos de los vallados. En el Vertedero a veces se comentaba que se había cerrado una brecha, y Tom me explicó un día que había equipos de respuesta encargados de proteger las murallas. Por eso sé de su existencia. Siempre me los he imaginado como un equipo de soldados cachas que matan zombis con gran habilidad. No sé qué pintan en esta conversación, así que le sigo el hilo a Frida.

Ella se limita a dedicarme una sonrisa amable. Al parecer, mi ignorancia no le resulta molesta.

—Astria, los Exterminadores son miembros de la Academia. Es en lo que nos van a convertir. Por eso necesitan que nos infectemos en la Forja.

Trato de poner en una frase todos los pensamientos que se agolpan en el fondo de mi mente.

—¿Me estás diciendo que nuestra defensa contra los zombis son militares infectados? ¿Nos van a convertir en eso?

La idea de morir me aterra. Pero la idea de convertirme en un zombi... Eso es algo que no le desearía ni a mi peor enemigo. Ni

siquiera a la rondadora nocturna.

Frida niega con la cabeza. Noto cómo se tensa, buscando la mejor forma de explicármelo. Me esfuerzo en controlar mi respiración; estoy demasiado angustiada.

—No exactamente. A ver cómo te lo explico. —Se retuerce las manos nerviosa—. Si conseguimos infectarnos en la Forja de la forma adecuada, la Academia dispone de un procedimiento... El fármaco final. Solo funciona en personas menores de diecinueve años, por eso los candidatos del Crisol son tan jóvenes. Si todo va bien, consiguen revertir la peor parte del virus. Convierte a un sujeto destinado a transformarse en zombi en otra cosa: ellos los llaman Intactos.

—¿Y qué son? ¿Una especie de engendros sin mente que siguen órdenes?

Frida vuelve a negar con la cabeza.

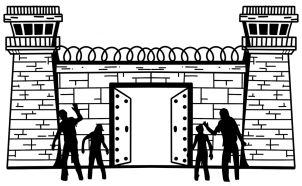
—Los Intactos no son zombis... y a la vez sí lo son. El cuerpo quiere regresar al momento en el que se infectó, por lo que ganan la capacidad de regenerarse y son casi inmortales. También conservan su conciencia y obtienen poderes sobrehumanos. —Carraspea y se revuelve incómoda—. Sin embargo, otros aspectos como... en fin... la comida... Eso se mantiene igual.

Reprimo una arcada. Y otra más. Joder, voy a vomitar.

Lisa, que parecía ajena a la conversación, suspira.

—Tienes dos opciones, Astria. Devorar o ser devorada.

3



CORRE POR TU VIDA

Un ascensor me lleva a una velocidad de vértigo hacia la superficie. Cuando emerge, veo por primera vez, a través de sus paredes de cristal, la famosa Academia Z.

Y se me cae el alma a los pies.

Es, con diferencia, la estructura más espectacular que he visto en mi vida. Salimos a una gran explanada donde varios regimientos de soldados forman filas ordenadas. En el centro de la plaza hay una escultura colosal de un hombre imponente en una pose de conquista, con un pie sobre un escalón y la mirada perdida en el horizonte. El salvador de la humanidad: Lord Z.

Tras la estatua, unas descomunales escalinatas ascienden en lo que imagino que son miles de peldaños hasta una gran torre que se eleva decenas de pisos, con muros de hormigón y una larga cristalera que recorre el centro como una espina dorsal.

De la torre surgen dos alas, una a cada lado, con pequeñas aberturas para las ventanas. Muros de más de veinte metros de alto

rodean todo el complejo, con cisternas de agua dispuestas en la parte superior de las murallas.

Estaría más sorprendida si no fuera por la profunda sensación de familiaridad que me transmite este lugar.

Está claro: he salido de una cárcel para seguir presa en otra muy distinta. Una en la que terminaré muerta o transformada en una aberración.

Noto la mano de Frida en mi brazo. Me sonríe y logra calmar un poco mi corazón, que repiquetea con fuerza en mi pecho.

—Todo irá bien, ya lo verás.

Lisa está a su lado, aferrada a su otra mano. Aunque su cara mantiene esa mirada ausente del tren, las puntas de sus dedos están blancas por la presión. Está aterrada. Igual que yo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? ¿Cómo puedes decir que todo saldrá bien? —No llores. No llores. Joder, no llores—. Esto es una cárcel.

—Es una fortaleza —replica Lisa, fingiendo una calma que está empezando a irritarme—. Si nos mantenemos unidas, sobreviviremos.

¿Sobrevivir? No tengo claro que convertirse en algo que conscientemente se alimenta de carne humana encaje en esa definición.

Unos guardias con cascos que ocultan sus rostros nos acompañan hasta el centro de la explanada, donde nos colocan en orden: diez grupos de diez filas de diez personas. Por suerte, no nos separan por nuestro número de Reserva y consigo quedarme cerca de Frida y Lisa. La chica pelirroja del tren nos sigue, aunque no ha abierto el pico desde que despertó. Ni siquiera ante los halagos de Frida.

Los mil seleccionados del Crisol de este año guardamos silencio. Las expresiones de terror y pánico predominan entre los

afortunados. Recuerdo cómo, a los dieciséis años, pasé una semana temblando, temiendo que me escogieran. ¿Cómo he podido dar por sentado que me libraría? Aun así, las palabras de Frida en el tren me escaman. ¿Podría ser que hubieran amañado el sorteo?

Y de ser así, ¿por qué cojones me iban a elegir a mí? No. Ha sido mala suerte pura y dura.

Pasa un minuto, luego otro. Tiemblo aterrada y pienso en cómo escaparme de aquí. ¿Podría regresar al Vertedero en el tren? Miro hacia atrás: los ascensores están custodiados por varios guardias con esos cascos ridículos. Cada vez estoy más nerviosa.

Mi mirada se cruza con los ojos azules del payaso buenorro del tren. Rob, o como se llame. Me observa fijamente. ¿Este tío de qué va? Le dedico mi cara de asco de gala, la versión *premium*.

El muy imbécil sonríe antes de volver a mirar al frente.

Un murmullo recorre la multitud cuando se abre una puerta en el pedestal de la estatua. Un hombre aparece y avanza con paso decidido hasta un estrado que parece improvisado.

Me quedo boquiabierta. Nunca había visto a un dios de cerca, pero, con ese aspecto, no me extraña que lo adoren.

El dios de la humanidad no parece tener más de veinte años. Y, a pesar de la distancia, veo que las historias eran ciertas: sus ojos son plateados, del mismo tono exacto de su pelo, que lleva suelto en una larga melena resplandeciente. Debo reconocer que la estatua guarda un parecido asombroso con él, aunque construir semejante armatoste en mitad de su Academia me revela todo lo que tengo que saber sobre su ego.

Ante él, a los pies del escenario, hay siete personas uniformadas. Son un grupo de lo más variopinto: una chica de pelo gris brillante, un muchacho con una melena roja como el fuego que solo puede

ser teñida y el calvo más musculado que he visto en mi vida... ¿Serán alumnos destacados?

En realidad, aquí nadie aparenta tener más de veintitantos, lo que me tiene un tanto confundida. ¿Dónde están los adultos responsables?

Unos toques en el micrófono resuenan por toda la explanada. Lord Z se aclara la garganta antes de dirigirse a nosotros.

—Soy el director de la Academia —dice sin mayor preámbulo, y señala a los siete personajes bajo el escenario—. Ellos serán vuestros profesores. Pronto los conoceréis.

¿Profesores? ¡Si son de mi edad!

—Siempre es un placer ver nuevas caras por aquí —continúa impasible—, en especial este año, con esta afluencia tan excepcional de Candidatos. Os esperan unas semanas muy intensas hasta el día de la Forja..., al menos a los que logréis sobrevivir.

Noto cómo se me seca la boca al intentar tragar saliva. ¿Qué acaba de decir?

—Antes de daros la bienvenida como es debido, la logística nos exige un paso intermedio. Desafortunadamente, las instalaciones no están preparadas para acoger a mil reclutas, pues la capacidad máxima es de seiscientos sesenta y seis. —La forma en que pronuncia ese número me da escalofríos—. Ni uno más. Ni uno menos. Eso nos deja un excedente de trescientos treinta y cuatro Candidatos, si mis cálculos son correctos. La Criba es una prueba antigua que dejamos atrás hace décadas; sin embargo, hoy es necesaria.

Miro a Lisa, alarmada. ¿Criba? Antes ha hablado de una Forja... los conceptos se me mezclan. Ella me dedica un gesto que intenta tranquilizarme, pero noto que también está nerviosa.

Creo que estamos jodidas.

—Será vuestra primera prueba —concluye, escaneándonos con la mirada. Cuando se enfoca en mí, otro escalofrío me recorre la columna. Sonríe y añade—: Buena suerte.

El calvo da un paso al frente mientras Lord Z desaparece en el pedestal de su estatua. Agita los brazos y habla con una voz tan fuerte que no necesita micrófono:

—¡Ya habéis oído al director! Candidatos varones, al hangar de la derecha. Las Candidatas, al de la izquierda. Seguid a los Exterminadores. La prueba es sencilla: solo tenéis que correr. Los trescientos treinta y cuatro Candidatos más lentos quedan *descalificados*.

No me gusta cómo ha pronunciado esa última palabra. No me gusta un pelo. Los guardias nos guían de forma ordenada hacia uno de los pabellones situados a ambos lados de la explanada. A medida que nos acercamos, se escucha un eco amortiguado. Al entrar, descubro unas gradas repletas de soldados con casco que rugen y aplauden mientras accedemos al complejo. Las tribunas rodean el escenario de nuestra prueba y, al observar con más detalle, empiezo a temblar sin control.

Es una gigantesca pista de atletismo con más de veinte carriles, cubierta por una jaula. El alambre de espino que envuelve los barrotes me da muy mal rollo, aunque no tanto como que estemos rodeados de semizombis que claman por nuestra sangre en una jaula mortal.

—¿Qué tal llevas el cardio? —me pregunta Frida de sopetón.

—¿El qué?

—Esto... ¿Qué tal se te da correr?

Le sonrío. Agradezco que no me mire como si fuese imbécil.

—En el Verte... en la Décima he tenido que correr para salvar el pellejo más de una vez. Hasta ahora no han conseguido pillarme.

Frida asiente, pero me toma del brazo y me atrae hacia ella y Lisa.

—No te aceleres al principio —me susurra—; si es una prueba de resistencia, es importante mantener el ritmo.

Lisa está observando el techo del hangar y, al seguir su mirada, me sorprende lo alto que es. Entonces me toma del otro brazo, el que no está sujetando Frida.

—Si quieres vivir, quédate con nosotras.

Estoy a punto de asentir, pero una idea cruza mi mente en ese instante.

—Si vamos más lentas y nos descalifican, ¿podríamos volver a casa?

Frida frunce el ceño y se encoge de hombros.

—No lo creo, y no me arriesgaría a comprobarlo. Los métodos sádicos de la Academia son impredecibles.

—¿Conoces a alguien a quien hayan enviado de vuelta? —pregunta Lisa.

Niego con la cabeza. Tampoco es que haya conocido a mucha gente a la que hayan enviado a la Academia. Pero es cierto que, de las tres chicas que enviaron desde el orfanato en todos los años que estuve allí, ninguna regresó jamás. Suspiro, tratando de olvidar mis temblores.

—Bueno, si solo es correr...

Frida me aprieta contra ella y Lisa y sigue hablando entre susurros.

—Nunca des nada por sentado aquí, Astria.

Un escalofrío me recorre la espalda, sobreponiéndose a mis temblores. Es la primera vez que la escucho hablar en ese tono. Asiento despacio; es lo único que puedo hacer.

Quinientas chicas entramos en la jaula. Aunque estamos algo apiñadas, conseguimos organizarnos bien por cada calle de la pista.

Me coloco junto a Frida y Lisa, lista para lo que sea. Dentro de toda esta mierda, me tranquiliza poder contar con su compañía. Aún no puedo decir que confíe en ellas, pero, después de tantos años tratando con lo peor de lo peor, sé distinguir a la gente con malas intenciones a kilómetros de distancia. Y no me dan esa sensación. De momento, me mantendré a su lado.

Porque quiero sobrevivir, cueste lo que cueste.

En el espacio interior de la pista, más allá de los barrotes, aparece una mujer. ¿De dónde ha salido? No veo ninguna forma de llegar ahí sin atravesar la jaula. La reconozco: es una de las profesoras. Estaba en el estrado, ante Lord Z. La del cabello platino. Al instante, las gradas rompen en vítores y aplausos. Algunos gritan: «¡Niebla! ¡Niebla!». La chica se acerca a un micrófono en el centro de la plataforma. Cuando habla, a pesar de su rostro juvenil, no escucho la voz de una persona de mi edad.

—La Criba empezará enseguida —anuncia entre gritos y aplausos —. Como ha dicho Acorazado, la prueba es muy sencilla: tenéis que correr por la pista en el sentido de las agujas del reloj. A las diez vueltas, se levantará una barrera a vuestra espalda. Si os alcanza, quedaréis *descalificadas*. Vamos a eliminar al mismo número de chicos que de chicas, así que la carrera finalizará cuando queden trescientas treinta y tres participantes exactas.

Pensándolo bien, no parece una prueba tan dura. Si me limito a dejar que esa barrera me alcance y me descalifican, quizás podría... ¿Qué? ¿Volver a la Décima? ¿Para qué? Los compinches de Tom deben de estar buscándome, si no me mandan a la horca por desertora. Me doy cuenta de que mi única opción es correr más rápido y sobrevivir.

«Nunca des nada por sentado aquí». Miro a Frida; sus palabras se me han quedado grabadas. Y el pragmatismo de mis días como

contrabandista me advierte que tiene razón. Diez vueltas deben ser unos cuatro kilómetros; puedo correrlos sin problema. Me coloco en posición y unas manchas oscuras que salpican toda la pista llaman mi atención. Parece como si las hubieran limpiado con pocas ganas hace mucho mucho tiempo.

Antes de que pueda pensar más en ello, suena un disparo y nos ponemos en marcha. Al mirar hacia el interior de la pista, veo que la profesora ha desaparecido.

Quiero salir lanzada, ponerme en cabeza; sin embargo, Frida y Lisa salen a un trote muy ligero y me quedo con ellas, conteniendo esa sensación de desazón en el estómago mientras una muchedumbre nos adelanta.

—¿Cómo sabéis a qué velocidad tenemos que ir? —pregunto mientras nos vamos quedando más rezagadas.

—Aquella que nos permita mantener una conversación. —Frida me sonríe—. No te preocupes, Lisa y yo somos corredoras. Confía en nosotras.

Me fijo en Lisa, que, por primera vez, parece concentrada. Mantiene la espalda recta y corre con zancadas perfectas. Si alguien lo está haciendo bien sobre esta pista, es ella. Mi instinto me dice que me mantenga a su lado.

La gran mayoría de las chicas nos adelantan rápidamente. La pelirroja que se sentaba junto a nosotras en el compartimento se pone en cabeza y, en cinco vueltas, ya nos saca media pista de ventaja. Nosotras mantenemos el ritmo en el mismo carril; sigo la estela de Frida y Lisa, que de tanto en tanto me miran de reojo para comprobar que voy bien. Algunas corredoras, al ver nuestra estrategia, se han quedado cerca, igualando nuestra velocidad.

Junto a la pelirroja distingo a algunas chicas del orfanato. Claire es una de ellas; ¡cómo corre esa chivata! También veo a Fleur,

reconocería esa melena castaña rizada en cualquier Reserva. No las había visto hasta ahora y, a pesar de que nunca las he considerado mis amigas, me gustaría hablar con ellas, hacerles una seña para que se unan a nosotras. Pero están demasiado lejos.

El paso de las vueltas hace mella en mis piernas. El público sigue rugiendo a nuestro alrededor como en la primera. ¿Cuántas llevamos ya? ¿Ocho, nueve?

—¡Esta es la décima! —grita Frida como si me leyera la mente—. Atentas a la barrera.

Una pared se alza de golpe a la altura de la línea de meta y las primeras corredoras, entre ellas la pelirroja, se ven obligadas a frenar en seco. Cuando las quinientas chicas estamos situadas tras el muro, jadeando, este comienza a desplazarse lentamente por la pista, por lo que nos vemos forzadas a caminar. Al otro lado de la tapia me parece captar un sonido leve, pero el griterío del público oculta cualquier ruido. Serán imaginaciones mías.

Aprovecho para estirar las piernas. Frida y Lisa me indican que nos retiremos del grupo que se ha apelotonado para tener algo más de espacio. Cuando llevamos dos vueltas caminando, la pared móvil comienza a tomar velocidad y podemos trotar de nuevo.

Esto va bastante bien; a pesar del cansancio, me encuentro en forma y doy gracias por haber podido descansar en el tren. Para mí, ese asiento mullido ha sido el lugar más cómodo en el que he dormido en toda mi vida.

Algunas chicas se están quedando atrás; por las miradas de superioridad que me habían dirigido en la explanada, deben de ser de la Capital o de la Segunda. Con toda seguridad, niñas mimadas que solo han corrido para comprar el último modelito, salta a la vista. Aun así, me siento mal por ellas. A varias ya les sacamos media pista de ventaja.

La pelirroja nos adelanta y vuelve a colocarse en cabeza; desde mi posición, a escasos metros, escucho sus jadeos. Tal y como ha predicho Frida, está pagando por su acelerón inicial; nosotras, en cambio, nos mantenemos a ritmo constante.

Con el paso de las vueltas, la barrera acelera y se aleja cada vez más de nosotras. Ya nos saca un cuarto de vuelta. De repente, las chicas que van en última posición miran hacia la barrera y gritan aterradas. Aceleran el ritmo hasta alcanzarnos de nuevo. ¿Qué está pasando? ¿Qué han visto al otro lado de esa pared?

El terror domina sus ojos y corren desesperadas, a pesar de que están al borde del colapso. ¿De qué tienen tanto miedo?

No es hasta que el muro nos saca media vuelta de distancia cuando veo la cara delantera de la pared, que hasta entonces había quedado oculta a mi vista.

La sangre se me hiela y comprendo el terror de las rezagadas, porque ahora lo estoy sintiendo en mi piel.

No hay posibilidad de rendirse.

No hay posibilidad de dejarse tocar por el muro y que te descalifiquen.

La barrera está repleta de zombis encadenados.

Las cadenas los mantienen sujetos a la pared, pero tienen libertad para mover los brazos y los pies. Y, por encima de todo, esas mandíbulas putrefactas.

El corazón me late a mil por hora, y no precisamente a causa del ejercicio intenso. Al descubrir la estampa oculta, todas nos hemos acelerado. Mi impulso es salir disparada tras ellas, pero Frida me agarra por la muñeca.

—No te separes, Astria —me dice entre jadeos—. Mantén el ritmo.

—¡La puta pared se está acercando! —grito desquiciada.

Lisa me mira desde delante. Su expresión, normalmente ausente, está enfocada en mí. Tengo claro lo que me dice sin necesidad de hablar.

«Confía en nosotras».

Cierro los ojos y controlo la respiración. ¡Joder!, esto es una locura, voy a morir. El último rincón de mi mente racional me da un aviso: ellas son las inteligentes; si quieres sobrevivir, es mejor hacerles caso.

Dos vueltas más tarde, cae la primera chica.

Incluso por encima del estruendo del público, oigo sus gritos desesperados. El sonido de su carne desgarrándose bajo las mandíbulas de los zombis se me clava como una astilla. A pesar de todo, mantengo la vista al frente.

No sé si seré capaz de seguir si miro atrás.

A partir de la primera muerte, comenzamos a correr por una pista teñida de sangre. El rastro oscuro y rojizo coincide con las manchas que ya había visto, pero a las que no había prestado mucha atención. Trato de concentrarme en no resbalar.

La pared se acerca, siento la presión cada vez más fuerte. Las piernas me pesan. ¿Cuántas vueltas hemos dado ya? Las más rezagadas van cayendo una tras otra.

Si sobrevivo, tengo claro que jamás olvidaré esos gritos.

La estrategia de Frida y Lisa funciona: casi vamos en cabeza. Nuestro ritmo constante nos ha permitido adelantar a todas las chicas que han perdido el control y se han forzado por encima de sus límites. Estamos muy cerca de la pelirroja, que respira con mucha dificultad. Emite unos ruidos al coger aire que parecen ronquidos.

Al siguiente parpadeo, se desploma a mi lado.

—¡No! —grito, tratando de atraparla y levantarla, pero Frida me arrastra tras ella de un tirón.

Durante una fracción de segundo, consigo ver la pared, a poco más de cien metros de nosotras.

Los cuerpos desgarrados de mis compañeras forman un pequeño montón sangriento en la parte inferior. Hay zombis comiendo brazos, piernas y torsos desmembrados. La superficie de la pared, que por detrás es blanca, está teñida de sangre, con vísceras y trozos humanos que no alcanzo a identificar incrustados en ella.

El muro no tarda en alcanzar a la pelirroja y, aunque vuelvo a enfocar la vista al frente antes de que los zombis la devoren, sus gritos agónicos se añaden al eco que ya resuena en mi conciencia. Decenas de voces de las que han muerto a mi espalda.

Damos dos vueltas más. Estoy a punto de romperme. Quiero vomitar, quiero llorar, quiero quedarme quieta y que esos engendros acaben con todo. Quiero que el imbécil rubio vuelva a mirarme una vez más.

Las piernas me arden; siento pinchazos como agujas en las rodillas. Podría parar ahora y todo acabaría, para siempre. ¿Por qué no lo hago?

—¡Aprieta! —grita Frida.

Aumentamos el ritmo. A pesar del cansancio, mis piernas responden. Quizás estoy quemando mi último cartucho, pero es mi apuesta: seguir a Frida y a Lisa. El público grita extasiado. Putos enfermos. ¿Me volveré así de desquiciada si me convierto en una Intacta? Me asquea pensar que exista esa posibilidad.

Suena un último grito y algo diferente.

Un disparo.

En ese momento se hace el silencio, y noto como muchas de mis compañeras se detienen a mi espalda.

Miro hacia atrás. La pared ha desaparecido.

En su lugar, queda un montón deforme de cadáveres desmembrados. Mis compañeras, hasta hace unos minutos. Ahora se convertirán en esos monstruos.

Un agujero se abre bajo el montón de cuerpos, que caen inertes a un vacío que no llego a ver. Me dejo caer de rodillas, como muchas compañeras. Se escuchan algunos sollozos que rápidamente son silenciados por el estruendo del público.

Sin apenas darnos tiempo a reponernos, unos guardias abren las puertas y nos conducen de nuevo al exterior, hacia la explanada.

Ver la luz del sol al salir del hangar es uno de los mayores placeres que he experimentado en mi vida. No han pasado ni dos horas desde que entramos en ese maldito lugar; sin embargo, parece una eternidad.

Nos acercamos a la gigantesca estatua del director y vuelven a reorganizarnos. Esta vez somos seis grupos de tres filas de treinta y siete personas.

Los seiscientos sesenta y seis Candidatos que quedamos en pie.

Ya no hay miradas de superioridad, ni nervios ni tensión. Solo agotamiento y frustración.

Veo al tal Rob unas filas por delante de mí. Me está mirando fijamente.

Tiene el rostro y el traje de licra empapados de sangre. Por Lord Z, ¿qué ha pasado en la carrera de los chicos?

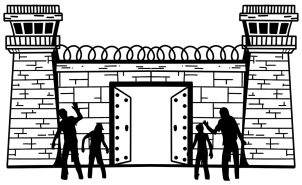
En un rincón remoto, en lo más profundo de mi interior, me alegro de que esté vivo. Un lugar casi perdido, imperceptible.

El director vuelve a ubicarse junto al micrófono, ahora mucho más solemne, como si nos estuviera viendo por primera vez.

—Ahora sí, Candidatos —dice con la calma de alguien que no acaba de asesinar a trescientas treinta y cuatro personas como si

nada—. Bienvenidos a la Academia Z, el lugar más exigente sobre el Yermo. Y, de nuevo, buena suerte. La vais a necesitar.

4



ORIENTACIÓN

Creía que había salido de la cárcel del orfanato para terminar en la prisión de la Academia.

Me equivocaba.

Esto es mucho peor.

Dormimos hacinadas en la esquina de un pabellón. Hay más de ciento cincuenta literas, pero parecen insignificantes en la inmensidad de la sala polivalente. Lo primero que comprendí al verlo fue que aquí cabían más. Muchas más.

Hay sitio de sobra para las quinientas chicas que llegamos ayer. Y, aun así, decidieron asesinar a más de un tercio para diversión de los soldados.

La carrera me dejó hecha polvo. Frida, Lisa y yo hemos compartido la misma litera; ellas han dormido juntas y yo he tenido el lujo de dormir sola en el catre superior. Las he envidiado mucho, porque apenas he pegado ojo. A pesar del cansancio, no podía dejar

de ver el montón de cadáveres ensangrentados de la pista de atletismo.

No dejo de oír sus chillidos de agonía, que aún resuenan en mi interior.

A las cinco de la mañana, la alarma del pabellón nos ha despertado, aunque pocas hemos logrado dormir.

Apenas hemos tenido diez minutos para ir al váter antes de formar filas. Tras un desayuno frugal —una masa grumosa dentro de una bolsa envasada al vacío, que he tenido el sentido común de tragar sin pensar—, salimos a la explanada principal.

Uno a uno, nos han llamado por orden de apellidos y nos han entregado una insignia para separarnos en cuatro grupos: Alfa, Beta, Gamma y Delta. Al parecer, la clasificación se basa en nuestro desempeño en la Criba. Frida, Lisa y yo lo hicimos bastante bien, porque hemos acabado en el grupo Alfa.

Para mi desgracia, coincidimos con el rubito y su amigo de las gafas de culo de vaso.

Robert Hunter, ese es su nombre completo. Estaba muy atenta cuando lo han pronunciado entre la multitud. En realidad, tampoco es que me importe, aunque no deje de mirarme de reojo. ¿Se cree que no me doy cuenta?

Imbécil.

Los grupos de Candidatos están descompensados. En el grupo Alfa somos poco más de cuarenta y pico alumnos, quizás cincuenta. En el Beta hay el doble. En el Gamma, el doble que en el Beta. Y parece que el Delta es un cajón de sastre con el resto. Sigo cabreada por todo esto, pero mentiría si digo que no siento orgullo por haber conseguido un puesto en el mejor equipo.

Una voz suena por la megafonía, aunque no alcanzo a ver quién habla.

—Los cuatro grupos han sido conformados. Vuestros tutores os guiarán al aula correspondiente, donde recibiréis la orientación básica. El grupo Delta está bajo la tutela del Coronel Roto.

Un profesor avanza firme hasta situarse ante el grupo más numeroso. Lo recuerdo de ayer, en la presentación. Tiene el pelo canoso, a pesar de que su aspecto es juvenil. Viste un abrigo militar largo y se mantiene muy erguido, como si un hilo invisible tirara de él hacia arriba. Sus facciones son angulosas y hay algo en su mirada que parece... triste. Hace un gesto para que lo sigan y, en pocos instantes, la pequeña multitud desaparece tras una de las colosales puertas de la nave.

—El grupo Gamma será supervisado por Rayo Escarlata.

El profesor de la melena teñida de rojo fuego avanza dando grandes zancadas hasta el tercer grupo. Tiene un aire más despreocupado que el Coronel Roto; sonríe y guiña el ojo a varias Candidatas. Tras una reverencia, hace una indicación a su grupo y los conduce a través de otra puerta distinta.

—El grupo Beta está bajo las órdenes de Acorazado.

La mole calva que nos envió a la Criba avanza hasta el segundo grupo. Suspiro aliviada al saber que no tendré que acompañarlo. Ese hombre es... demasiado. Es más alto que la mayoría de los chicos y el doble de ancho, por lo menos. Me pregunto cómo saca tiempo para dar clases, porque debe de pasarse el día en el gimnasio. Con una orden contundente, pone en marcha al grupo Beta y, en un parpadeo, desaparecen por una tercera salida.

—Y, finalmente, el grupo de élite, con los Candidatos más prometedores de esta promoción, está bajo la supervisión de Niebla.

El nombre me suena, lo coreaban durante la Criba; así que no me sorprendo al ver aparecer ante nosotros a la muchacha de cabello platino que habló en la pista de atletismo. De cerca es mucho más

imponente. Una cicatriz le recorre el lado derecho de la cara. Tiene los ojos oscuros y nos observa como si fuéramos basura. Una mirada que reconoces cuando vives en el Vertedero. No parece tener el más mínimo interés en el grupo.

Ni siquiera como comida.

—Odio dos cosas: perder el tiempo y repetirme —dice con la misma voz de hierro que usó en la pista—. Y con vosotros creo que haré ambas. ¡En marcha! La instrucción ya ha empezado.

Nos apresuramos a seguirla, agrupándonos a su espalda. Ella se gira de nuevo y nos lanza una mirada que nos deja inmóviles.

—¡En formación! Quien no marche como es debido se va directo a dar vueltas a la pista con el muro a toda velocidad. ¡Vamos!

Nos cuadramos en firme y avanzamos al mismo paso, desfilando con cuidado. Nadie quiere romper la formación; el recuerdo de la Criba es demasiado reciente. Durante la noche varias chicas han gritado y vomitado. Recuerdo el montón de cadáveres apilados y el desayuno se me revuelve en el estómago.

Niebla nos guía hasta uno de los edificios laterales y accedemos a través de unos pasillos tan amplios que caben carros de combate aparcados a ambos lados. Las paredes de hormigón con ventanas estrechas están iluminadas por fluorescentes. Al menos en el orfanato colgaban algún cuadro; este lugar, en comparación, es de lo más deprimente. La profesora nos conduce a una sala que jamás pensé que volvería a pisar.

Es un aula en forma de semicírculo, con una gran pizarra verde.

Nunca he sido buena estudiante, y creía que lo de «Academia» era un eufemismo para referirse a cómo forman a los Candidatos. No pensaba que fuéramos a dar clases de verdad.

Mierda.

Frida camina a mi lado. Le brillan los ojos. Está tan emocionada que parece que se va a mear encima. Para ella esto tiene que ser una especie de paraíso para cerebritos o algo así. Casi me da envidia su entusiasmo. Yo, en cambio, solo puedo pensar en los cadáveres amontonados y que, entre las que logramos salir de la pista de atletismo, no he logrado encontrar a Claire ni a Fleur, mis antiguas compañeras de habitación. Creo que soy la única superviviente del orfanato.

Robert, que está un par de filas por delante de mí, continúa mirándome de reojo. Para mi desesperación, ahora también me observa ese gafotas que lo sigue a todas partes. Está pasando de imbécil tío bueno a acosador por momentos. Bufo y trato de ignorarlos.

—Tomad asiento —nos ordena esa terrible mujer, señalando las filas de pupitres.

Cuando Frida hace ademán de ir hacia la primera fila, la sujeto de la muñeca con más fuerza de la debida.

—Ni de puta coña nos vamos a poner las primeras —le susurro entre dientes.

Llegamos a un acuerdo silencioso y nos sentamos en la tercera fila. Para mi desgracia, acabamos justo delante de Robert y su amigo.

—Así que sabes correr, ¿eh? —susurra en mi nuca el muy idiota.

Me giro y le lanzo la mirada más cargada de odio que puedo. ¿Quién se ha creído que es? Con esos privilegios de mierda de la Capital, como si el mundo le perteneciera. No puedo con él. Me revienta por dentro. Y aún recuerdo ese empujón en el tren, delante de todo el mundo. No necesito mucho esfuerzo para que mi ira se desborde en un torrente que lo arrastra todo.

—¿Puedes olvidarte de mí? —Lo digo en voz tan alta que toda la clase se nos queda mirando—. No tengo nada que hablar contigo, payaso.

El gigantón rubio tensa la mandíbula y me doy la vuelta sin darle tiempo a contestar. Quizás me he pasado de borde. Ha sido su maldito tono de superioridad lo que me ha encendido. En varios sentidos. Juraría que la profesora, que es evidente que me ha escuchado, esboza una especie de sonrisa antes de volver a ponerse firme, ignorando nuestra pequeña trifulca.

—En el cajón del pupitre encontraréis libretas y lápices —dice con su habitual tono autoritario—. ¿Quién puede decirme por qué os hemos escogido para el grupo Alfa?

Frida levanta la mano al instante. Dios, seguro que era la empollona más estirada de su clase. Eso no quita que siga siendo un amor de niña, aunque me va a costar acostumbrarme.

—¿Nombre? —Suena más a orden que a pregunta.

—Frida. Frida Gönig, señora.

—Bienvenida, señorita Gönig. Podéis llamarme Niebla. ¿Puede ponerse en pie? —De nuevo, no parece una sugerencia.

Niebla. ¿Qué clase de nombre es ese? Coronel Roto, Acorazado, Rayo Escarlata... Parece que todos los profesores tienen motes en lugar de nombres reales. Como es evidente, nadie tiene el valor suficiente para preguntar por qué. Si algo nos enseñaron ayer es que a esta gente le importamos una mierda, y que no parpadearán mientras morimos ante sus ojos. Vuelvo a sentir escalofríos.

Frida se levanta y se queda firme mirando a la profesora, que hace un leve asentimiento, como diciendo: «Vale, ahora puedes contestar».

—Estamos aquí porque fuimos el grupo más hábil en la Criba. No por correr más, sino porque gestionamos mejor nuestra energía. Por

eso se nos ha seleccionado para el grupo más prometedor.

Niebla alza una ceja.

—¿Crees que el hecho de que sepáis correr ya os da derecho a estar aquí?

La pregunta va con segundas, pero Frida no se amilana.

—No, señora. Sin embargo, es un punto de partida. Mi teoría es que los grupos son dinámicos, y que pasaremos de uno a otro en función de nuestro desempeño en estas semanas previas a la Forja.

Niebla asiente y Frida se queda de pie un instante más antes de comprender que debe sentarse de nuevo.

—La señorita Gönig está en lo cierto. Aunque por su apellido deduzco que viene de la Octava, ¿me equivoco? —Dirige una mirada con la ceja alzada a Frida, que asiente con firmeza—. Eso pensaba yo. Los eruditos sois extraños pero eficientes. Comprobaréis que el grupo Alfa tiene más comodidades. Comeréis mejor, dormiréis mejor... En general, estos días serán más llevaderos para vosotros. Pero solo mientras demostréis que merecéis pertenecer a este selecto colectivo. Hay cincuenta plazas en Alfa. Cien en Beta. Doscientas en Gamma e ilimitadas en Delta. —Hace una pausa y se aclara la garganta—. En casos extremos, hay cosas peores que el grupo Delta. Por vuestro propio bien, espero que jamás lleguéis a ese punto. Una cagada y estáis fuera de este equipo. No toleraré tonterías. —Observa con frialdad mi frente, y comprendo que está mirando a Robert a mi espalda—. Ahora sois soldados, que se note. Algunos estáis aquí por los pelos, como la amiga de la señorita Gönig. —Joder, ahora se dirige a mí—. ¿Nombre?

Estoy a punto de decir «¿Qué?», pero recuerdo su presentación: «No me gusta repetir las cosas».

—Liverman, señora. Astria Liverman.

Niebla frunce el ceño. Es la primera vez que la veo hacerlo, y un murmullo recorre la clase. Me dan ganas de girarme y fulminarlos con la mirada. ¿Es que nunca han escuchado un nombre como el mío?

—Señorita... Liverman, durante la Criba, usted fue un parásito en toda regla. Le debe la vida a la señorita Gönig y a su otra compañera. —Hace un gesto en dirección a Lisa.

—Starlight —responde ella con tanta calma que me asombra—, Lisa Starlight.

—A las señoritas Gönig y Starlight, pues. —Hay algo extraño en su mirada. A pesar de que me está echando bronca, parece querer transmitir otra cosa—. Quizás en la clase de Acorazado sobre supervivencia en el Yermo lo aprueben. Pero yo enseño combate táctico, y lo que usted hizo me parece un golpe bajo.

Me tiembla la mano de rabia, y no solo porque esta bruja me acabe de dejar en evidencia delante de toda la clase. Estaba allí, observándonos. Vio cómo morían todas nuestras compañeras. Vio cómo la pelirroja resbalaba. Escuchó los gritos de agonía desde un puto palco.

Y no hizo nada.

Noto cómo Frida se tensa a mi lado. La miro de reojo y me quedo helada: parece estar deseando responder a su provocación. Joder, creo que lo va a hacer. Si la enfurece, podrían degradarla de grupo. Así que me adelanto:

—Hice lo necesario para sobrevivir.

Escojo las palabras con cuidado. El Vertedero te enseña a elegir tus batallas, y está claro que contra esta mujer llevamos las de perder. Los hombros de Frida se relajan mientras Niebla nos da la espalda y se dirige a la pizarra.

—Veremos si dice lo mismo cuando llegue el momento de la Forja, señorita Liverman.

Aprieto los puños bajo la mesa, que no dejan de temblarme. La odio. Vio morir a más de ciento cincuenta chicas y no hizo nada por salvarlas. ¿Y me acusa de querer sobrevivir? Quiero mandarla a la mierda y pegarle un puñetazo en su estúpida cara. Y quizás arrancarle un par de mechones de color platino.

Lisa y Frida me toman del brazo por debajo del pupitre y me sonríen. ¿Cómo he podido tener tanta suerte? No sé qué sería de mí sin ellas. Aunque, para ser justos, en realidad sí lo sé.

Estaría muerta.

Niebla escribe en la pizarra con trazos rectos y firmes. A mi alrededor, las libretas y los bolígrafos se despliegan y, en un abrir y cerrar de ojos, solo se escucha el murmullo de la tinta impregnando el papel. Como si esto fuese un lugar civilizado, en vez de una comuna de salvajes y asesinos. Recuerdo la sangre en el cuello de Tom.

Yo también soy una asesina y una salvaje. Quizás este es el lugar en el que merezco estar.

Frida me da un codazo y saco mi libreta; con desgana, apunto lo que la profesora ha escrito en la pizarra:

Normas de la Academia para los nuevos reclutas:

1. Se mostrarán respeto y obediencia absoluta a los profesores.
2. Prohibido cualquier tipo de contacto con los Exterminadores.
3. Prohibido acceder fuera de las zonas designadas a vuestro grupo.
4. Prohibido salir de las habitaciones antes del toque de diana.

Todas las infracciones serán sancionadas.

—¿Qué es «sancionadas»? —pregunto a Frida.

—Se refiere a que, si no cumplimos con las normas, habrá consecuencias —responde en un susurro—. Imagino que, dependiendo de la gravedad de la falta, será...

—Estas son las normas de esta Academia para vosotros —dice Niebla girándose hacia la clase y silenciando el susurro de Frida—. Como veis, no son muchas, pero para vosotros deben ser sagradas. La sanción mínima es bajar un nivel; no obstante, ahora estáis al servicio de la Academia, y manchar el nombre de esta institución puede estar penado con la muerte.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría entre nosotros. Joder, ¿me van a matar por hablar con uno de esos imbéciles con casco? Me parece un poco exagerado, aunque, tras lo que vi en aquella pista de atletismo, creo por completo en su palabra.

—Y creedme cuando os digo —añade Niebla pasando la mirada por todos los pupitres; su cicatriz parece brillar de forma tétrica— que hay cosas peores que la muerte.

***

Tras la clase de Niebla sobre el funcionamiento básico de la Academia, nos han guiado a nuestros aposentos y nos han dado media hora libre antes de comer. Las habitaciones de los Alfa quitan el aliento.

Comparadas con los catres en los que dormimos anoche, parece el paraíso de los supervivientes. Hay una cama doble por persona —aunque Frida y Lisa han decidido compartir la suya— y un pequeño armario con varias mudas de ropa militar. Por fin he podido ducharme con agua caliente y quitarme el maldito traje de licra

blanca. Lo he cambiado por un top verde oscuro y unos pantalones de camuflaje; no sé cómo han clavado mi talla. Aún me ha sorprendido más el calzado: las botas militares de punta de hierro me van como un guante. En otro de los armarios he encontrado una chaqueta, más ancha, para poder ir más holgada.

Y esconder un arma cuando encuentre una.

Cada habitación tiene cuatro camas, por lo que hemos acabado compartiendo la nuestra con una tal Dora Stilton, de la Quinta. Es bastante guapa, de rasgos suaves y ojos tímidos; tiene el pelo tan lacio como Lisa, pero de un tono rubio tan claro que contrasta muchísimo con nosotras. Aunque parece un poco estirada, después de sobrevivir a la Criba mis prejuicios están enterrados bajo esa pista de atletismo. Ya no las considero rivales. El mal mayor son los desquiciados profesores de la Academia, y estas chicas son las únicas personas aquí que aún no han intentado matarme.

—¿No es genial este sitio, Dora? —le dice Frida, en su afán de ser simpática con todo el mundo—. Deben de ser las mejores habitaciones de la Academia. Tenemos que ser astutas para mantenernos en Alfa. Si quieres venir con nosotras...

—Estoy con el grupo de Hunter —dice ella casi en un susurro, mirándome de reojo.

Estoy recostada en la cama, con una almohada en la espalda, y noto cómo la intimido. ¿He creado bandos al insultar a Robert en clase? Al parecer, el ricachón se piensa que sigue en el patio del colegio de la Capital. Le dedico un pobre intento de sonrisa.

—Puedes ir con quien quieras, te llamabas Dora, ¿verdad? —Ella asiente, rehuyendo mi mirada—. Aquí no te vamos a juzgar. Tenemos que mantenernos unidas o esos cabrones acabarán con nosotros.

—Devorar o ser devoradas —dice Lisa con su aire ausente, que acaba de salir del baño con una toalla enrollada en el cuerpo.

La pobre Dora no puede soportarlo más y empieza a sollozar, tapándose la cara con las manos. Para mi sorpresa, Lisa se sienta a su lado y le acaricia la espalda.

—¿Lo decís en serio? —pregunto con cautela, recordando la norma de no hablar con los guardias—. Esos Exterminadores... ¿comen humanos?

Frida mira a Lisa de un modo muy extraño, y luego suspira.

—Ya no.

—¿Cómo que *ya* no?

—Antes no les quedaba otro remedio —explica muy despacio, sin quitarle ojo a Lisa, que, de golpe, parece haberse tensado—. Ahora ya no tienen necesidad de comer carne humana. No desde que se inventó el compuesto Z.

Dora alza el rostro, se seca las lágrimas y nos mira confundida.

—¿Qué es el compuesto Z?

Lisa suspira y se pone en pie. Retiro la mirada cuando se quita la toalla sin pudor y empieza a vestirse.

—Se trata de un compuesto de origen humano que comprime la proteína que activa los receptores acoplados de... en fin. —Por primera vez, la noto titubear, hay algo que la afecta en este tema—. Elimina el hambre de los soldados, les aporta todos los nutrientes que necesitan y los mantiene operativos. Esa sustancia se fabrica en los laboratorios de la Octava y puede sintetizarse a partir de un cadáver.

Se me revuelve el estómago, y no es por la mierda de desayuno que nos han dado. No he entendido la mitad de las palabras, pero creo que me he quedado con una imagen clara de lo que quería decir.

Me tomo un instante para intentar resumir toda esa información.

—¿Comen pastillas hechas de personas muertas?

—Un buen resumen —responde Lisa, que ya está enfundada en su ropa militar.

—Pero cómo...

En ese momento, un Exterminador irrumpe en nuestra habitación:

—¡Se acabó el descanso, reclutas! En formación.

Nos guían a la cantina. Es una sala mediana, únicamente para los del grupo Alfa. Las paredes, a diferencia de otras partes del edificio, están pintadas de blanco, lo que le da una sensación de mayor amplitud. Antes de irse, el guardia que nos ha acompañado nos señala un pasillo contiguo.

—Ahí está el cuarto de baño para los reclutas. Es comunitario para todos los grupos. No hay más en toda la Academia.

Es cierto, son los mismos baños que hemos utilizado esta mañana. Una duda existencial se formula de golpe en mi mente, una que, con toda la mierda que nos ha caído encima, no me había parado a pensar hasta ahora.

—Frida —murmuro en un susurro apenas audible—. ¿Tú tienes... esto...?

Joder, qué corte, a ver cómo me explico. Ella me mira con el ceño fruncido, esperando que termine la frase.

—Compresas —suelto casi a bocajarro—. No he visto en las duchas de nuestras habitaciones.

Me sonríe con su amabilidad habitual y niega con la cabeza.

—No las vas a necesitar. ¿Recuerdas la inyección? —Tuerzo el gesto al recordar la traición de la maldita rondadora nocturna y asiento—. Anula nuestro ciclo durante un par de meses, el tiempo necesario hasta La Forja. Después de la prueba... ya no las necesitarás más.

La observo atónita mientras entramos en el gran comedor. Me viene a la memoria el aliento a menta de la señorita Thompson mientras me clavaba aquella maldita aguja. Trato de no darle importancia y voy directa a por mi bandeja.

Ante mí, el mayor despliegue de comida que he visto en toda mi vida. Pongo en mi plato algo de carne de venado asada con guarnición de patata y zanahoria. Nos sentamos en un espacio para cuatro: Frida, Lisa y yo. Dora, que me mira de reojo con culpabilidad, opta por irse a una mesa más grande presidida por Hunter y su amigo de las gafas. Al menos el rubio gigantón no me está echando más miraditas, así que me centro en sofocar el rugido de mis tripas.

Casi lloro de gusto mientras me atiborro; no había comido nada tan delicioso en mi vida. Trato de disfrutar este momento, porque sé que no durará mucho. Frida me observa con la boca entreabierta.

—¿Qué? —le pregunto con la boca llena.

—Pareces... contenta —dice con cautela.

Doy un largo trago de agua antes de contestar.

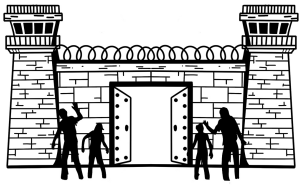
—Ya has escuchado a Niebla. Cada semana anunciarán los movimientos entre los grupos, quién asciende y quién desciende. Así que, al menos estos primeros días, voy a vivir a cuerpo de reina. No sabemos dónde acabaremos en la próxima rotación.

Lisa asiente en silencio mientras degusta una especie de pescado de color rosa que no logro identificar. Pensaba que el pescado solo era de color blanco.

Y durante ese instante, observando a mis amigas, me permito un momento de felicidad fugaz.

Sé que no durará mucho.

5



MANTÉN A TUS AMIGOS CERCA...

El timbre resuena en el comedor, anunciando la clase de Supervivencia en el Yermo con Acorazado, el descomunal profesor calvo. Niebla nos ha repartido los horarios de las clases. Con la barriga llena pienso con mayor claridad, y me doy cuenta de que estoy deseando asistir. ¿Supervivencia? Todo lo que me ayude a seguir respirando es valioso en esta trampa mortal en la que ahora vivimos.

Además del brazalete con la insignia del grupo Alfa, todos llevamos una placa de identificación con nuestro nombre colgada al cuello. Noto cómo la mía tintinea en mi pecho mientras avanzamos por los túneles grises. Me fijo en los guardias que nos guían; llevan bandas distintas que deben de indicar su rango, con un número diez blanco sobre tela negra. Ahora que lo pienso, esa numeración y el tipo de casco son lo único que los diferencia a unos de otros.

—Yo también creo que es una cuestión de jerarquía —dice Frida cuando lo comento con ellas—. No he visto un número más alto de

diez, así que imagino que va en sentido inverso. Es decir, estos guardias deben de pertenecer al nivel más bajo. Los más importantes serán de rango uno o dos.

—¿Y los profesores?

—No llevaban brazalete —dice Lisa.

Es cierto, no me suena haber visto nada en las mangas de Niebla, aunque tampoco estaba muy centrada. Un guardia se gira hacia nosotras y nos separamos por instinto.

Llegamos con tiempo de sobra a la clase. El aula es idéntica a la que hemos asistido esta mañana con Niebla; todas parecen imitar el mismo patrón. Nos sentamos en la segunda fila tras la insistencia de Frida.

Dejo que Frida y Lisa se sienten juntas, ya que en la clase anterior me he puesto entre las dos. Me arrepiento de mi gesto de cortesía cuando noto el brazo del mastodonte que se acaba de colocar a mi lado.

Robert Hunter.

Lo miro con los ojos como platos. No me puedo creer lo de este tío, ¿después del corte de esta mañana sigue insistiendo? Estoy a punto de gritarle cuatro cosas al más puro estilo del Vertedero cuando se oye un portazo y Acorazado entra con paso militar.

El musculoso profesor viste una camiseta verde oscuro de tirantes, como si no se marcaran suficientemente sus músculos. No lleva brazalete alrededor de ese bíceps, aunque tampoco sé si existirá alguno de su talla. Toma la silla, le da la vuelta y se sienta sobre ella a horcajadas.

—Tipos de zombis, tú. —Señala a un chico de la primera fila.

—Garrick, Lorence Garrick, señor —dice el muchacho mientras se pone en pie.

—¿Te he preguntado tu nombre, pedazo de mierda? La semana que viene bajas a Beta. —Recorre el aula con la mirada y señala a una chica en la sexta fila—. Tú.

—Hay dos tipos de zombis: los Dañados y los Devorados —responde la muchacha con la voz chillona.

—¿En qué se diferencian? Tú. —Ahora señala a un chico de piel oscura de la décima fila.

—En el momento de la infección —afirma él con seguridad. Frida lo mira de un modo extraño; por el tono que usa, parece que también proviene de la Octava—. Un Dañado recibe heridas superficiales o mordiscos. Son más lentos y menos letales. A un Devorado, como su nombre indica, no solo lo hirieron durante el contagio, sino que los zombis se comieron una parte de su cuerpo, provocando una infección mucho más grave. Estos seres son más agresivos, un poco más rápidos y, en general, letales.

—¿Qué son las clases? Tú. —Señala a Frida.

—Hay diez clases de zombis —dice como si lo estuviera recitando de memoria—, cinco para los Dañados y otras cinco para los Devorados. El número indica el peligro y riesgo que suponen. Los Dañados de clase uno, también conocidos como Lánguidos, son los zombis más habituales: lentos, tranquilos y poco agresivos. Esto no quiere decir que sean inofensivos; cuando se unen en hordas pueden aniquilar poblaciones completas. Un Devorado de clase cinco es el tipo más letal que existe. También se los conoce como Titanes, debido a su imponente tamaño.

—¿Cómo se mata a un zombi? T...

—Asegurándonos de atravesar la materia gris de su cerebro —responde Frida de nuevo, antes de que el profesor tenga tiempo de señalar a nadie más—, ya que ese es el punto que controla las

funciones vitales que lo mantienen con lo que podríamos llamar «vida».

El profesor le dedica una mirada que hace que incluso yo me encoja en mi sitio.

—Correcto, morena, pero vuelve a interrumpirme y te bajo a Delta con efecto inmediato.

Frida enmudece y clava la vista en el pupitre avergonzada.

Lo acabo de decidir: Acorazado no es un mal mote, sin embargo, *Descorazonado* le quedaría mucho mejor.

—¿En qué os afectará el tipo de zombi que os infecte en la Forja? Tú. —Señala al amiguete de Robert, el de las gafas redondas.

—Dependiendo de la clase del zombi y si el fármaco final es administrado a tiempo, accederemos a una habilidad determinada. Un Lánguido otorga sentidos aumentados, mientras que un Devorado puede conceder poderes elementales, como el control del aire.

No me jodas. ¿Zombis con superpoderes? Este ha tomado peores drogas que las que Tom suministraba en el Vertedero.

Sin embargo, el profesor asiente. Una de las chicas de la primera fila está temblando; la recuerdo de la Criba, corría a mi lado. Mi mente vuelve a esa puta pista de atletismo, donde escucho los gritos de la pelirroja del tren. Me habría gustado saber su nombre, así podría recordar algo de ella. Esta Academia es salvaje, y estos profesores han perdido cualquier rastro de humanidad. Si es que alguna vez lo tuvieron. Odio al maldito calvo, los odio a todos y...

Joder. Me está mirando a mí.

Acorazado saca el revólver de su cartuchera y me lo lanza. Lo atrapo al vuelo, por instinto. ¿Qué está pasando aquí?

—Tú. Dispárame.

No dudo un instante. «Encantada de reventarte la cabeza, hijo de puta».

Apunto a la bola de billar que tiene por cabeza y aprieto el gatillo. Será una prueba y estará descargada o algo así. Ojalá estuviera cargada.

El retroceso del arma me impulsa hacia atrás y casi choco contra el pupitre trasero. Me mantengo en pie, pero el enorme brazo de Hunter me rodea y me sujeta. Miro sorprendida el cañón humeante y levanto la vista.

Acorazado sigue en pie, observándome con los ojos muy abiertos. ¿He fallado? No. He dado en el blanco, su frente tiene un pequeño hueco tras el impacto. Sin embargo, la bala... ha rebotado contra su piel.

El profesor permanece en silencio. Parece sorprendido. Pasa un segundo, después otro. Se me hacen eternos. La tensión se puede palpar en el ambiente, y yo me he quedado sin habla, con la boca seca.

—Tu nombre —dice al fin, recomponiéndose.

A pesar de estar temblando, me pongo firme. No me va a amedrentar como al resto.

—Astria Liverman.

Frunce el ceño, exactamente igual que Niebla. ¿Qué les pasa con mi nombre?

—Liverman, ¿eh? —Parece que va a añadir algo, pero devuelve su atención a la clase, como si de pronto recordase que han estado ahí todo el tiempo—. Tú. ¿Cuál es mi poder?

Ha señalado a un chico de la quinta fila, que balbucea pálido.

—A Beta. Tú. —Ahora señala a una chica sentada junto a Robert.

—Piel de acero —responde con firmeza.

—Bien. ¿Qué clase de zombi me lo hizo? Tú. —Señala a Lisa.

Lisa parece absorta en sus pensamientos, como siempre. Por un momento, dudo que vaya a contestar. Incluso llego a dudar de que se dé cuenta de la situación.

—Un Dañado de clase cinco —susurra—. También se los conoce como Infractores. Son los más peligrosos entre los suyos. Su piel es extremadamente dura, por lo que son muy difíciles de matar. Se recomienda asesinarlos a través de los orificios craneales, como los globos oculares, fosas nasales o canales auditivos.

¿Cómo saben tanto de zombis, joder? Yo ni siquiera sabía qué pinta tenían hasta que los vi en la barrera de la Criba. Me doy cuenta de mi ignorancia. Menos mal que me ha pedido que dispare, porque eso sí sé hacerlo. Si me hubiera preguntado teoría, me habría mandado directa a Delta.

—Así es. En mi clase os daré las claves para superar la Forja con éxito. La mayoría estáis condenados al fracaso. El Yermo no acepta titubeos ni dudas. —Señala a los dos que ha degradado—. Vosotros ya estaríais muertos.

Y entonces me mira directamente a los ojos.

—Fin de la lección por hoy. Podéis marcharos.

«Pero tú no», dice su mirada.

Todos salen por la puerta, un poco aturdidos por la brevedad de la sesión, mientras yo me quedo sentada en mi sitio. Frida me mira sin comprender, pero Lisa se la lleva a rastras mientras me observa de reojo. Esa chica ve mucho más de lo que aparenta.

En menos de un minuto, nos hemos quedado a solas. Acorazado se levanta de la silla y avanza hacia mí.

—¿Por qué me has disparado, señorita Liverman?

—«Se mostrará respeto y obediencia absoluta a los profesores». Es la primera regla de la Academia, y me has pedido que dispare —contesto con indiferencia.

Salta los pupitres a una velocidad que mi mente no es capaz de asimilar. En un suspiro, lo tengo a mi lado.

—Llevo dando clase en esta institución más de cien años, Liverman. El numerito que has visto lo he repetido tantas veces que me lo sé de memoria. Tenía preparadas más de veinte preguntas para afilar vuestras mentes.

Lo miro a los ojos. Son más negros que su alma.

—Entonces, ¿por qué no has seguido con la clase?

—En cien años, nadie se había atrevido a dispararme, Liverman.

¿En serio? Me sorprende, aunque no dejo que se me note en el rostro.

—Quizás es que el Crisol no había seleccionado a las personas adecuadas.

Me mira con fijeza, tratando de escrutar mi interior. ¿Sus poderes pueden hacer eso? No. Hay algo más en su expresión. Creo que he dado en el clavo. Quizás Frida tenía razón al sospechar que han amañado el Crisol.

—¿Quién eres, Astria Liverman? ¿Realmente eres *esa* Liverman?

¿De qué coño está hablando? Me limito a encogerme de hombros.

—Solo alguien que trata de sobrevivir.

La comisura de su labio se curva de forma casi imperceptible hacia arriba. Es lo más parecido que he visto a una sonrisa en su rostro.

—Eso ya lo veremos.

***

Cuando salgo del aula, maldigo mi suerte. Robert Hunter está apoyado contra la pared con los brazos cruzados, y su amigo inseparable de las gafas está susurrando a su lado. Parecen la noche y el día. Hunter es una mole de músculos pálida, mientras que Nick

Hagel parece una sombra escuchimizada a su lado. Quizás la comparación más adecuada sería la de un perro de presa con una garrapata subida a su lomo. No soporto a estos idiotas de la Capital. De no ser por ellos, en la Décima podríamos vivir no mejor, pero sí un poco menos en la mierda. Acaparan todos los recursos, deciden a quién exiliar. En resumen, estos imbéciles son los encargados de administrar lo que queda de nuestro jodido mundo, y lo hacen como el culo.

Me dirijo hacia las dependencias de las Alfa tratando de ignorarlos, pero su voz retumba en mi interior al pasar por su lado.

—Así que disparando a los profesores... Tú no te andas con tonterías, ¿verdad?

Tiene una estúpida sonrisa de superioridad en el rostro que me dan ganas de borrar a base de puñetazos. Su amigo me mira de reojo, semioculto tras la inmensidad de Robert.

—¿Me quieres dejar en paz, imbécil? —le suelto antes de reemprender mi camino.

Su amigo se recoloca las gafas y sale a cortarme el paso. Lo esquivo por un lado, pero me da un tirón de la manga de la chaqueta.

—Ni se te ocurra volver a hablarle así —dice con rabia contenida —. ¿Tienes la más remota idea de quién es él?

Me giro y, de un manotazo, me suelto de su agarre. Si este esquelético piensa que me va a asustar con un chillido, lo lleva claro.

—¿Tiene pinta de que me importe una puta mierda, gilipollas?

Robert le pone la mano en el hombro.

—Tranquilo, Nick. Solo estamos hablando.

El gafotas sigue con sus ojos oscuros clavados en mí. Hace ademán de volver a agarrarme la chaqueta, pero se frena en el último momento.

—No puede hablarte así —murmura enfadado.

—Nick —insiste el gigantón rubio muy serio. Creo que va a decir algo más, pero parece que eso es todo.

Aprovecho el momento para hacerle una peineta.

—Espero que seas la próxima en morir —me dice el tal Nick con una voz gélida. Y sé que lo desea de corazón. Por algún motivo, este imbécil que ni siquiera me conoce ya me odia.

No lo culpo, el sentimiento es mutuo.

—Y yo espero que os den por culo y dejéis de acosarme de una puta vez.

Avivo el paso antes de que tengan tiempo de añadir nada más. Su murmullo resuena en el pasillo, pero lo ignoro completamente. Me importa una mierda quién sea el rubito.

***

—¿Tú sabes quién es Robert Hunter? —le pregunto a Frida en cuanto entro en la habitación.

Está tumbada en la cama junto a Lisa y me lanza esa mirada que dice: «¿Es que te han comido el cerebro unos Devorados?», pero enseguida cambia a su expresión habitual de paciencia infinita. Piensa unos instantes antes de responder.

—Debo suponer que no conoces bien el sistema político de la Capital —dice con cautela—. ¿Es así?

Le dedico una sonrisa, que consigue disipar un poco la tensión. Me gusta que, a pesar de todo lo que sabe, no me trate como si fuera idiota.

—Sé lo básico. En las clases del orfanato no prestaba mucha atención. Sé que hay unas familias que tienen puestos fijos en el gobierno y luego representantes de las Reservas... salvo de la

Décima, claro. Los míos no le importan una mierda a nadie. Tom..., un... conocido, no paraba de quejarse de eso, pero a mí nunca me interesó la política. Sé que nos marginaron, que nos quitaron la voz en el gobierno y que un montón de ricachones se sientan en tronos dorados allá en la Capital. Sé que ellos son los que mandan y nosotros, los que obedecemos.

—Bueno, es que hace veinte años los Legisladores...

—Frida, Frida —me acerco a su cama—, céntrate. Robert Hunter. ¿Quién es? Me da igual lo que pasó hace tantos años en tal lugar.

Frida asiente y se incorpora. Lisa se sienta en el borde de la cama y nos observa con curiosidad.

—Es el hijo de uno de los Legisladores del Alto Consejo, Eckbert Hunter.

—No es *uno* de los Legisladores —matiza Lisa—. Es *el* Legislador. Tiene al Alto Consejo comiendo de su mano. En la práctica, es el líder de la humanidad ahora mismo.

Frida asiente y continúa explicando.

—La familia Hunter es una de las Casas Fundadoras de la Federación de Reservas. —Mi cara debe ser un poema de incomprensión, porque añade—: Para resumir, viene de una de las familias más importantes del mundo civilizado. Tienen muchísimo poder político. Por no decir que... lo tienen todo.

La mueca burlona aparece en mi rostro como un acto reflejo.

—No serán tan poderosos si su hijo ha terminado aquí.

Dora, que estaba tumbada en su cama mirando el techo, se incorpora y me mira fijamente.

—Es que a Robert no lo escogieron.

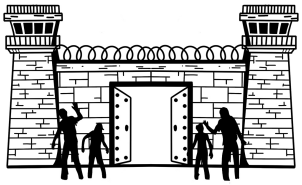
Las tres nos giramos hacia ella a la vez.

—¿Cómo que no lo escogieron? —Frunzo el ceño—. ¿Y entonces qué hace aquí?

Dora nos observa con atención y niega con la cabeza. Se vuelve a tumbar y se lleva una mano a la cara mientras murmura:

—Él... se presentó voluntario.

6



... Y A TUS ENEMIGOS AÚN MÁS

Me despierto algo más descansada, aunque los recuerdos de la pista siguen asaltándome cuando cierro los ojos. Quizás haya dormido una o dos horas en total. La gran ventaja de disponer de una habitación privada es que esta noche no he tenido que escuchar llantos, vómitos ni gritos de decenas de compañeras angustiadas. Aunque los sollozos que llegaban desde la cama de Dora me han encogido el corazón. Cuando me ha despertado, en mitad de la noche, me he sentado en su cama y la he cogido de la mano, hasta que ha vuelto a dormirse.

Por desgracia, no ha tardado mucho en sonar el toque de diana.

Camino por los pasillos con la mente distraída, pensando en la conversación de anoche con las chicas. Robert se presentó voluntario a esta locura. ¿Por qué? No es que me importe demasiado. Sigue pareciéndome un imbécil, pero algo nuevo aflora en mi interior. ¿Respeto? No sabría decirlo.

A primera hora tenemos clase con Niebla, que nos explica los conceptos básicos del combate cuerpo a cuerpo. Nada como empezar la mañana repartiendo leña para desperezarse.

Por parejas, tratamos de derribarnos, mientras la profesora y otros Exterminadores nos corrigen la postura.

No entiendo de qué me servirá todo esto cuando me enfrente a un engendro que quiera devorarme; aun así, me aplico a fondo. Me he dado de hostias en tantas peleas callejeras que he perdido la cuenta, así que pienso que esto se me dará bien. Comprendo lo equivocada que estoy tras pasar más de veinte minutos solo para corregirme la posición.

—Separa un poco más las piernas —me indica uno de los Exterminadores que están a mi lado. Lleva un casco diferente y en su brazalete puedo ver el número ocho. Al parecer, estos guardias, de rango más elevado, son diferentes de los otros y sí nos permiten interactuar con ellos—. Mantén la espalda recta o acabarás en el suelo.

Me giro para replicarle y mi adversaria, una chica que siempre va pegada al culo de Robert, se abalanza sobre mí. Pierdo el equilibrio y caigo hacia atrás. En el último instante, agarro a mi enemiga por la cabellera y me la llevo al suelo conmigo. Rodamos y trata de arañarme, así que le arreo tal puñetazo en los morros que le parto el labio inferior.

—¡Basta! —La voz de Niebla restalla como un látigo y nos paraliza al instante.

Se acerca hasta nosotras y un par de Exterminadores nos separan.

—Estamos practicando el derribo. Ya tendréis tiempo de golpearos más adelante, ¿entendido?

—Sí, señora —respondemos al unísono.

—Gran Calibre, límpiale la boca a esa niña. —Señala a un Exterminador.

Niebla se aleja y, mientras el guardia cura a la chica, ella no deja de mirarme.

—Puta... —susurra, y al momento se da cuenta de que lo ha dicho más alto de lo que esperaba.

—¿Y a ti qué te pasa?

—He visto cómo tratas a Robert —dice ella entre dientes—. Envidiosa de mierda.

—¿De qué se supone que debo tener envidia? ¿De no ser tan imbécil como él?

Ella se tensa, pero enseguida compone una sonrisa.

—Claro... *Liverman*... A saber dónde te tenían escondida.

—¿Qué cojones acabas de decir?

—Suficiente —ordena el guardia zanjando la discusión—. Cambio de parejas.

Por suerte para mí, me emparejan con Lisa.

—Enséñame lo que sabes hacer, Starlight —le digo con una sonrisa.

Cuadro la espalda, mantengo las piernas separadas, pienso en todas las chorradas de la posición de brazos, muslos, cadera y tronco que me ha estado explicando el Exterminador. Además, le saco una cabeza a Lisa, no debería tener problemas en este enfrentamiento. Lisa se encoge de hombros y se abalanza sobre mí.

En menos de cinco segundos, estoy planchada en el suelo con Lisa encima, haciéndome una llave que me inmoviliza por completo.

—¡Joder, Lisa! ¿Dónde has aprendido a luchar así?

Ella me libera y me da la mano para ayudarme a ponerme en pie.

—Mi padre me enseñó... —Lo dice con un tono que no invita a preguntarle más sobre el tema.

Y así pasamos la siguiente media hora. Lisa también me da consejos sobre posición defensiva y, en los últimos minutos de la clase, consigo evitar que me inmovilice tras tirarme al suelo. Algo es algo.

Con las energías bajo mínimos, suena el timbre para anunciar una tortura de otro tipo: clase con Acorazado. El forzudo calvo entra en el aula dando un portazo y vuelve a sentarse en la silla como si estuviera en una taberna.

Lo primero que hacemos es repasar todas las clases de zombis, las diez. Yo apenas puedo seguir el ritmo de la clase, así que me limito a copiar los apuntes de Lisa.

Dañados: El nivel de infección fue menor en el momento del contagio. Sufrieron desde arañazos leves hasta mordiscos, sin perder ningún miembro. Representan una amenaza baja o media-baja.

Devorados: El nivel de infección fue crítico. Perdieron miembros o, en el peor de los casos, fueron devorados hasta que solo quedó la cabeza. Han regenerado el cuerpo a partir del virus y representan una amenaza media o media-alta.

Clase	Nombre	Nivel de peligro	Poder que otorgan
Dañados clase 1	Lánguidos	Bajo	Sentidos mejorados
Dañados clase 2	Furiosos	Bajo	Superfuerza
Dañados clase 3	Resistentes	Medio-bajo	Resistencia sobrehumana
Dañados clase 4	Cinéticos	Medio	Control energía inética

Dañados clase 5	Acorazados	Medio	Piel de acero
Devorados clase 1	Carroñeros	Medio-alto	Telepatía
Devorados clase 2	Cazadores	Alto	Telequinesis
Devorados clase 3	Elementales	Muy alto	Poder elemental
Devorados clase 4	Colosos	Extremo	Manipulación gravitacional
Devorados clase 5	Titanes	Extremo	Intangibilidad

Sin duda esta hoja de apuntes tendré que revisarla varias veces. Me vendría bien un marcador o un subrayador. Ojalá tuviera alguno.

—Para sobrevivir hay que buscar siempre la opción menos mala —dice Acorazado. Al parecer, la clase ya ha tomado un nuevo rumbo —. El Yermo os expondrá a cientos de decisiones cada minuto y, para seguir respirando, hay que saber escoger. Y hacerlo rápido. Te quedas colgado en mitad del Yermo, ¿qué es lo primero que haces? Tú.

Señala a la chica que me ha insultado en la clase anterior.

—Buscar ayuda.

—¿Y a ti quién te va a ayudar, cara membrillo? La semana que viene te piensas la respuesta desde Beta.

La muchacha palidece y me concentro en reprimir una sonrisa de oreja a oreja. Ah, cómo funciona el equilibrio de fuerzas.

—Primero: evaluar la situación. —Los bolígrafos vuelan sobre el papel; sin embargo, yo me limito a escucharlo—. ¿Hay zombis cerca? ¿Cuál es vuestro estado físico? ¿De qué herramientas disponéis? No. Muy jodidos. Una piedra y un palo. ¿Qué hago ahora? Tú.

El chico de la última fila al que ha señalado se queda lívido y traga saliva angustiado.

—Con el palo... trataría de... No. Con la piedra...

—Con la piedra te vas a cascar los huevos, jilguero. Y el palo te lo doy yo: a Beta la semana que viene, así tienes tiempo para pensarlo.

El chaval suspira abatido, aceptando su suerte. Noto cómo Acorazado recorre con la mirada toda la clase, excepto una persona: está evitando mirarme.

—No hay zombis a la vista y estamos jodidos, así que ahora tenemos que buscar un refugio. En un yermo desierto, una posición elevada. En un lugar urbano, un edificio abandonado, comprobando primero la integridad de la estructura. Hay que reforzar la seguridad y conocer todas las salidas en caso de urgencia. Esos cabrones parecen lentos, pero no podéis cometer el error de subestimarlos. He encontrado una pequeña colina y la he asegurado. Sigue sin haber zombis en el horizonte. ¿Qué hago ahora, rubiales?

Señala a Hunter y la clase se queda en el silencio más absoluto. Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. ¿Qué va a decir? ¿Lo va a bajar a Beta?

—Agua y comida. —Es lo único que responde.

Acorazado le sostiene la mirada un par de segundos que a mí me parecen horas. La respuesta tiene toda la lógica. Yo habría dicho lo mismo. Joder, ¿lo van a degradar?

—Así es. Como dice el hombretón, ya estamos seguros, ahora tenemos que proveer para garantizar que sigamos así. Buscar una fuente de agua potable no es fácil, y más teniendo en cuenta que...

Sigue desarrollando el ejemplo y, con sus preguntas incisivas, baja a Beta a cuatro de cada cinco alumnos. Para cuando termina la clase, tengo claras dos cosas: que más de la mitad de los nuestros

bajarán de grupo al finalizar la semana y que me ha ignorado durante toda la hora. Y no sé si eso es bueno o malo.

***

Al llegar al aula de Rayo Escarlata, estoy preparada para cualquier cosa. Parece que todos los profesores de la Academia están cortados por el mismo patrón: el de ser unos capullos integrales. Por eso me sorprendo cuando entra el chico de pelo rojo como el fuego.

Lo hace tranquilo, sin paso militar, saludando y sonriendo a la clase. No parece que le hayan estrujado un limón en la cara, como a los otros dos, lo que en sí ya es un logro.

—¡Buenos días, Candidatos! —dice con una voz cantarina—. Antes de empezar, me gustaría guardar un minuto de silencio en respeto a los caídos en la Criba. Su sacrificio nos hace más grandes.

Me quedo sin palabras. Incluso mi mente enmudece. ¿Se puede ser Intacto y tener un mínimo de decencia? Este profesor parece demostrar que sí. Mientras el silencio nos envuelve, pienso en la chica pelirroja y en mis compañeras del orfanato. Después de buscarlas ayer en mi rato libre, se confirmaron mis sospechas: ninguna sobrevivió. Ni siquiera Claire se merecía ese final.

El minuto pasa demasiado rápido para hacerles justicia.

—Excelente, muchas gracias. —Hace una leve reverencia—. ¿Alguien sabe de qué va esta clase?

Antes de que Frida se levante a contestar, el profesor se da media vuelta y coge una tiza para escribir en la pizarra, con letra pulcra y líneas rectas: «Manipulación de energía y habilidades sobrehumanas».

—Por desgracia —comenta, volviéndose hacia nosotros—, esta es la única asignatura que impartimos en la Academia que no es del

todo útil hasta *después* de la Forja.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal. «Eso será si regreso, claro».

—Empezaremos por una demostración práctica. —De entre todo el grupo, me mira directamente con sus ojos tan rojos como su pelo—. Señorita Liverman, dado que no tiene reparos en disparar al profesorado, ¿le importaría bajar a pegarme una paliza?

Ya decía yo; este también está tarado. Al menos es más majo que el resto. Ni corta ni perezosa, salgo de mi pupitre y me coloco ante él, disponiendo los pies tal y como me ha indicado Niebla esta mañana. El profesor observa mi postura con un gesto de aprobación.

—¿Esto lo has aprendido en un día? —Sigue sonriendo, como si todo fuese un buen chiste—. A ti te han dado alguna que otra zurra.

Razón no le falta. Una vez los Farrow me dieron tal tunda que me pasé tres semanas en cama; esa fue la última vez que me pillaron desprevenida. Levanto los puños ante mi cara, en posición de ataque. Rayo Escarlata se limita a llevarse las manos a la espalda.

—Te agradecería tres puñetazos en el vientre que...

Antes de que termine la frase ya he encadenado los golpes. El profesor pierde todo el aire de los pulmones con el primer impacto y se dobla sobre su cintura tras el último, apoyando la mano en mi hombro. Tarda unos segundos en recomponerse.

—Excelente, señorita Liverman —su sonrisa me hace retroceder—, puede regresar a su asiento.

Algo aturdida por esta situación tan rara, regreso sobre mis pasos. ¿De qué va este tío? Si todos son igual de extraños, casi voy a desear que me atrapen los zombis. ¿Es algún tipo de fetiche? Frida y Lisa me observan atentas, pero no dicen nada. Creo que están tan alucinadas como yo.

Rayo Escarlata se coloca de nuevo en el centro del estrado y recorre la clase con la mirada hasta encontrar a su próxima víctima. No me sorprende su siguiente elección.

—Señor Hunter, ¿podría aproximarse? Creo que es usted el hombre más corpulento de la sala.

El rubio odioso se levanta de su sitio en primera fila y me lanza una mirada antes de encaminarse hacia el profesor. Otra vez esa sonrisa de superioridad.

Es un completo idiota.

Tomo asiento mientras él se coloca ante Rayo Escarlata, en la misma posición que he adoptado yo hace un instante. El profesor, manteniendo su sonrisa, que ha cambiado de afable a siniestra, se pasa la mano por la melena rojiza. Es como si no lo acabara de aporrear con todas mis fuerzas en el abdomen.

—¿Sería tan amable de intentar golpearme?

Robert lanza un puñetazo sin pensárselo, y Rayo Escarlata lo bloquea con su antebrazo. Al entrar en contacto, la piel en la zona que golpea Hunter se vuelve tan roja como el pelo del profesor y se escucha un crujido desagradable.

Entonces Robert aúlla de dolor mientras agita la mano, un sonido muchísimo más placentero para mis oídos.

—Excelente, señor Hunter, puede sentarse.

Mientras el gigantón, abatido y humillado, regresa a su sitio, Rayo Escarlata alza el brazo y apunta a la pared. Su mano se vuelve roja y brillante y, de golpe, un rayo de energía del mismo color que sus ojos atraviesa la sala y deja un boquete en el muro de hormigón.

Ahora no me cabe duda del origen de su mote.

—La manipulación cinética es uno de los diez talentos que pueden otorgarse a los Intactos —comenta con alegría mientras la pared sigue humeando—. Es posible que alguno de vosotros lo obtenga si

os infecta un Dañado de clase cuatro, también llamados Desgarradores. Los podréis reconocer por sus manos, que parecen cuchillas afiladas, y cómo cortan. El poder me da la capacidad de absorber la energía de los impactos que recibo, que luego puedo canalizar de la forma que considere necesaria. El primer golpe de la señorita Liverman me ha permitido bloquear el ataque del señor Hunter; los otros dos me han servido para hacer ese pequeño truco de fuegos de artificio.

Todos observamos el boquete en la pared. ¿Ha convertido mis golpes en *eso*? Sonrío satisfecha. Me alegro de que mi primer puñetazo haya servido para borrarle al rubito esa estúpida mueca de superioridad.

Estudiamos las habilidades que otorgan los zombis. Los Dañados dan a los Intactos talentos físicos: mejora sensorial, superfuerza... dependiendo de la clase. Los poderes de los Devorados son mucho más espectaculares. Permiten mover cosas a distancia *telequi-no sé qué* o leer la mente *telepa-no sé cuántos*. La capacidad más poderosa, al parecer, es la intangibilidad. Algo que no sé qué cojones significa hasta que el profesor lo aclara.

—Si os infecta un Devorado de clase cinco... No sé ni por qué explico esto. —Vuelve a pasarse la mano por la melena, como un acto reflejo—. Solo Niebla ha sobrevivido a una infección de un Titán y ha conseguido el poder de la intangibilidad. Y no creo que os quiera explicar su experiencia. Su poder le permite atravesar paredes, esquivar balas... En fin, una auténtica maravilla. Imposible matar a alguien así. O casi imposible.

Frida levanta la mano y Rayo Escarlata la señala con una sonrisa de lo más elegante.

—¿Qué nos recomendaría para la Forja? ¿A qué poder deberíamos aspirar, según su experiencia?

Qué inteligente es. Seguro que lleva con esa pregunta rondando desde que entró en la Academia, y ha esperado a encontrar a un profesor dispuesto a responder. Rayo Escarlata se lo piensa unos instantes, dándose toquecitos con el dedo en el mentón.

—Mi recomendación es que vayáis a por un Dañado de una clase baja. Dos o tres, si os queréis arriesgar. Muchos tratan de hacerse los héroes y van a por un Devorado. Solo uno de cada veinte alumnos sobrevive y consigue sus poderes. No es algo que yo quiera promover..., incluso teniendo en cuenta los beneficios.

Casi parece que se preocupe por nosotros; si no hubiera dicho esa última frase, me lo habría creído.

—¿Qué beneficios? —no tarda en preguntar alguien desde el fondo del aula.

—¿No os han explicado cómo se obtienen los rangos en la Academia? Imagino que habéis visto los brazaletes de los Exterminadores, numerados del seis al diez. —La clase asiente—. Todos ellos han sido infectados por Dañados. Aquí no progresamos por años de experiencia ni por méritos. En la Academia Z solo hay una oportunidad para ascender: la Forja. Vuestra categoría de soldado se otorga de acuerdo al poder que conseguís.

»Solo hay una excepción. Aquellos que hemos sido infectados por Dañados, pero hemos destacado en combate y habilidad, y por eso tenemos un estatus superior. No es lo habitual. La mayoría de los profesores de la Academia pertenecemos a este grupo privilegiado.

»Niebla, sin embargo, además de ser una excelente profesora, es comandante y subdirectora, así como la única Exterminadora de nivel uno. Solo quienes han sido infectados por Devorados pueden acceder al rango de general o comandante. De estos encontraréis pocos en la Academia: están desplegados fuera, en las Reservas más importantes, dirigiendo a las tropas.

»En resumen, si conseguís que os infecte un Devorado, regresaréis a la Academia con rango de general. Si os infecta un Dañado, podéis ser Exterminador de nivel seis a diez. Depende únicamente de vosotros. Si no os importa mucho el olor dentro del casco, estaréis bien.

Una chica de la primera fila —amiga de la idiota que me ha tumbado esta mañana e igual de imbécil— levanta la mano.

—Profesor —lo llama con la voz más recargada y lameculos que he oído en mi vida—, ¿qué poder tiene el director Lord Z?

La sonrisa de Rayo Escarlata se borra al instante y fulmina con la mirada a la chica.

—La semana que viene se va usted a Beta por insolente. No se pregunta por el director.

Como si acabara de pasar una tormenta, el profesor, encantador hasta hace unos instantes, cambia su rostro a una expresión sombría. Da unas vueltas alrededor de su mesa y se marcha con paso enérgico, dando un portazo y dejando a la muchacha llorando en primera fila.

Casi me siento mal por ella. Casi.

***

La siguiente lección es estrategia militar básica. Entiendo el nombre a los pocos minutos de empezar. El profesor, que recibe el apodo de Coronel Roto, es un joven de pelo gris que camina arrastrando los pies y con un aura de tristeza constante.

Al entrar en clase, ni siquiera nos saluda. Empieza a escribir en la pizarra con letra minúscula mientras habla en un susurro casi tan deprimente como él.

—Esta es la clase de estrategia militar... básica. Vamos a ver cómo planificar... misiones. Por ejemplo, en caso de estar rodeados... de zombis, hay que... montar barricadas. ¿Lo... sabíais?

Habla entre suspiros y pausas, lo que lo hace incluso más aburrido. Parlotea sin parar sobre gestión de recursos en el combate y distintas estrategias a seguir, pero yo casi me quedo dormida. A él no parece importarle lo más mínimo; sigue llenando la pizarra de anotaciones.

A diferencia de la mayor parte de la clase, Frida está con los ojos como platos, anotando cada una de sus palabras en su libreta, que ya ocupa diez veces más páginas escritas que la mía.

Después de una hora de martirio, recibimos clases de biología del virus por parte de un tal Puño Sombrío. Una encantadora profesora, más sonriente incluso que Rayo Escarlata —y que no me ha pedido que la azote ni nada por el estilo—, apodada Tempestad, nos ha instruido en psicología del miedo y control emocional. Me sorprende que en un sitio como este tengan una asignatura tan útil, centrada en los sentimientos. A última hora hemos tenido clase de armamento y tecnología militar con un profesor que se llamaba no sé qué Mortal.

Ahora en serio, ¿quién elige esos nombres?

Nos han informado de que, a partir de mañana, nuestra rutina empezará al alba, a las cinco: ejercicio físico y combate a primera hora; teoría por las tardes. En cuatro semanas nos enviarán a la Forja, así que tenemos un mes para aprender a sobrevivir.

Y pienso aprovechar cada segundo.

Cuando terminamos la última sesión ya ha oscurecido. Frida está eufórica, se pasa la cena comentando sus impresiones sobre el contenido de las clases —que ya conocía mejor que los profesores antes de llegar— y nos contagia su emoción por empezar a entrenar

al día siguiente. Me da muchísima envidia. ¿Cómo puede verlo todo de forma tan positiva?

—Piénsalo de este modo —me dice cuando se lo pregunto en voz alta—: podríamos haber muerto en esa pista. Todo el tiempo que estamos viviendo desde entonces es un regalo. ¿Por qué iba a malgastarlo angustiada o llorando? Prefiero vivir lo que me quede disfrutando cada instante y sintiéndome orgullosa de mí misma.

Me quedo boquiabierta durante varios segundos, hasta que Lisa me toma la muñeca para comprobar si tengo pulso. Al final resulta que ella también tiene sentido del humor.

Mantenerme con vida y en el grupo Alfa son excelentes motivaciones para luchar; sin embargo, hay algo más. Creo que, más que sobrevivir, quiero descubrir adónde me lleva esta locura. En el Vertedero, mi deseo fue siempre escapar del orfanato, pero mi plan no iba más allá. No imaginaba un futuro posible. Allí cada uno iba a lo suyo, y ni siquiera con Tom diría que construí una relación de auténtica confianza... Tan solo hace falta ver cómo terminó. Sin embargo, Frida y Lisa me han acogido como una más, y jamás en mi vida me había sentido parte de un grupo. Quizás he descubierto algo nuevo dentro de mí, algo por lo que vale la pena luchar. Y hasta que llegue mi hora —probablemente en el estómago de un zombi— quiero dar lo mejor de mí en esta Academia.

Además, está el tema de Hunter. ¿Cómo me voy a rendir sabiendo que ese tío va de sobrado por la vida? Alguien tiene que ponerlo en su lugar.

Dora no nos acompaña; prefiere sentarse en la mesa de las populares, o como empiezo a describirlas en mi mente: las moscas de Hunter. Revolotean a su alrededor, riendo nerviosas a cada comentario que hace. Insoportables.

Su cabecilla parece ser la idiota con la que me he peleado esta mañana, la chica que Acorazado ha degradado a Beta. Aún sigue llorando desconsolada, aunque sospecho que está más triste por separarse de Robert que por la degradación en sí.

—¿Sabéis qué diferencia hay entre los grupos? —pregunto a mis amigas.

Amigas. Vaya, esa es una palabra un poco fuerte para mí.

—Solo lo que han dicho los profesores —replica al instante Frida —. Las condiciones empeoran cuanto más bajas de grupo. Imagino que los Beta tendrán habitaciones menos confortables y los Delta... Bueno, quizás duermen al raso.

Me estremezco, y eso me hace recordar que necesito ir al baño o me mearé encima. Dejo a Frida comentando las clases con Lisa y me dirijo al exterior del comedor.

Mis pasos resuenan en el pasillo solitario que lleva a los baños cuando distingo una figura que se aproxima hacia mí. Grande, amplia y dos cabezas más alta que yo.

—Liverman.

Mierda.

—¿Qué quieres, Hunter?

Está a tres pasos de mí. Veo con nitidez su mano: está hinchada, parece de goma. Su cara está contraída en una mueca de dolor, sin embargo, me mira fijamente. En la penumbra distingo un brillo en sus ojos azules.

—Le has atizado bien a Rayo, ¿dónde has aprendido a pelear así?

Hago un gesto abarcando mi alrededor y lo miro como si fuera tonto. Porque lo es.

—Sabes que esto es una Academia militar, ¿no? Aquí nos enseñan a pelear.

Con la mano buena, se aparta el flequillo.

—Sé cuándo alguien ha sufrido la violencia. A mí no me engañas. ¿Te golpeaban en el Vertedero?

¿Es que me ha estado espiando? ¿De qué va este tío?

—¿Y a ti qué te importa? Me estoy cansando de decirte que me dejes en paz. No te conozco, no somos amigos. No quiero tener nada que ver con un niñato ricachón como tú, y me la suda quién sea tu familia. Vete a darle la vara a ese enjambre de moscas que te sigue a todas partes.

A pesar de mi enfado, se las apaña para volver a poner esa mueca burlona que tanto me irrita.

—Así que no somos amigos, ¿eh? Ya sabes lo que dicen: mantén a tus amigos cerca...

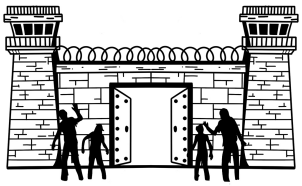
Se aproxima de golpe, tan rápido que no me da tiempo a reaccionar. Su cara está a unos milímetros de mi oreja.

—... y a tus enemigos aún más, Astria.

Se marcha con paso ligero hacia el comedor y me deja en mitad del pasillo, sola, perpleja, pensando en la forma en la que ha pronunciado mi nombre.

Y con el corazón latiéndome más fuerte que en la pista de atletismo.

7



ALFA, BETA, GAMMA, DELTA...

Parece mentira que ya haya pasado nuestra primera semana en la Academia Z.

Frida, Lisa y yo estamos preparando la bolsa con las escasas pertenencias que tenemos, algo de ropa y poco más.

—Si ningún profesor nos ha degradado, ¿por qué tenemos que hacer la bolsa? —pregunto mientras meto una camiseta de mala manera en la mochila.

—No se trata solo de lo que digan los profesores, y lo sabes —dice Frida mientras compara dos camisetas para saber cuál le pertenece a ella y cuál a Lisa.

—Pero lo hemos hecho perfecto, es imposible que nos degraden, ¿no?

—¿Perfecto? —estalla Dora desde su cama, donde aún está sollozando—. Astria, le has disparado a Acorazado. Lisa contesta con monosílabos y Frida es incapaz de callarse.

No me enfado con Dora; a la pobre la degradaron antes de ayer. Debe ser duro estar a punto de llegar al final de la semana y que te bajen de grupo.

—Lo que te hizo Acorazado fue una putada, Dora —le digo sentándome a su lado—. ¿Cómo espera que sepamos destilar agua de nuestra propia orina? Yo es que ni siquiera me lo había planteado. Pero no tienes que ser dura con nosotras.

—Si tú tampoco lo sabías, ¿por qué tú te quedas y yo tengo que bajar?

La abrazo con fuerza y ella solloza en mi pecho. Igual he sido un poco insensible al hablar de este tema delante de ella.

A lo largo de la semana nos hemos ido enterando de cómo funcionan los grupos. Y parece que los Alfa vivimos mejor que nadie en esta Academia, todo el mundo quiere estar en nuestro equipo. Los Beta duermen en unas literas similares a aquellas en las que pasé mi primera noche en la Academia, en uno de los hangares. Los alimentan con esos paquetes grumosos que desayunamos el primer día y los profesores apenas les dedican veinte minutos de clase al día, en lugar de las cinco horas de teoría que nos imparten a nosotras. Nos enteramos hace un par de días, y los que ya han sido degradados están desmoronados.

—Venga, Dora. Será solo una semana y podrás volver.

—¿Y si no lo consigo, Astria? ¿Y si me degradan aún más?

Los Gamma duermen a la intemperie y les dan la mitad de las raciones del número de integrantes del grupo, para que se peleen por la comida. De momento no sabemos nada de los Delta. No he vuelto a ver a ninguno desde que entramos, y me temo lo peor.

—Tienes que pensar en positivo, Dora. ¿Recuerdas las clases de Tempestad? El control emocional es lo más importante para sobrevivir.

—Yo... —Arruga la nariz, sorbiendo—. Sí, supongo que tienes razón. Voy... a preparar mis cosas.

—Te ayudo.

El entrenamiento de esta semana ha sido agotador. Después de mi actuación con Acorazado y Rayo Escarlata, he tratado de mantener un perfil bajo y no llamar la atención.

Nosotras tres somos las únicas chicas que se han librado de bajar de grupo, al menos por amonestación directa. Parece ser que, al final de cada semana, los profesores se reúnen y toman la decisión sobre cada alumno. Pueden degradarte aunque no te lo hayan comunicado antes. La mayoría de nuestras compañeras han sido degradadas a Beta; pero alguna ha terminado en Gamma.

Todos tendrán la oportunidad de volver a ser del grupo Alfa la semana que viene.

Por parte de los chicos, hasta donde tengo entendido, la gran mayoría han sido degradados también. A excepción de Robert Hunter, por supuesto, y su fiel acólito, Nick Hagel. No niego que me moleste tener que soportarlos una semana más, pero, con todo lo que ha ocurrido estos días, me doy por satisfecha.

Llevo sin hablar con Hunter desde nuestro encontronazo a la salida de los baños. Para mi sorpresa, ha optado por ignorarme, tal y como le había sugerido desde el primer día. Y por algún retorcido motivo que no alcanzo a comprender, me he pasado toda la semana esperando alguna mirada furtiva que jamás ha llegado. ¿Qué es lo que me pasa? ¿Tan trastornada me he quedado?

El cansancio de los entrenamientos y las clases de psicología de Tempestad me han ayudado a conciliar el sueño. No obstante, no hay día que no piense en Tom ensangrentado o en el montón de cadáveres de la pista. Ni siquiera tengo fuerzas para plantearme lo que nos vamos a encontrar en la Forja. Frida dice que solo sobrevive

el ocho por ciento, así que estoy haciendo todo lo posible por acabar en ese grupo.

Tras ayudar a Dora a recoger sus cosas, me vuelvo a centrar en mis propias pertenencias. Cuando voy a cerrar la cremallera noto algo que sobresale y, al tocarlo, descubro una pequeña hoja doblada. Dentro hay solo una frase escrita:

«Recuerda la segunda clase de Acorazado».

Juraría que esta nota no estaba ahí antes. Aunque claro, la mochila está junto a la puerta, abierta de par en par. Me asomo al pasillo, que está repleto de Candidatas y Exterminadores. Estoy a punto de preguntar al soldado que está delante de nuestra habitación si ha visto a alguien sospechoso, cuando recuerdo la norma de no hablar con ellos. No quiero cagarla estando tan cerca de asegurar otra semana en este grupo.

Dora sale de la habitación y me da un abrazo para despedirse. Después se marcha con el enjambre de moscas de Hunter. Al menos sé que no estará sola, aunque esté rodeada de esa panda de arpías. Jade, la cabecilla del grupo—que no ha conseguido volver a tumbarme en la clase de Niebla—, me mira con aire de superioridad. Aun así, la compadezco: ella también se va de cabeza a Beta.

—¿Recordáis la segunda clase de Acorazado? No tomé notas. ¿Y vosotras?

Frida y Lisa intercambian una mirada y rebuscan en sus macutos. Sacan sus libretas y comparan notas.

—Sí... —dice Frida, hojeando varias páginas—. Pasos para la supervivencia en el Yermo.

Lisa pasa el dedo por una sola página y asiente.

Me acerco a mirar ambas libretas. Frida ha transcrito minuciosamente cada palabra del profesor. Lisa, en cambio, ha reducido toda la lección a un resumen de una sola cara.

—Lisa, ¿me prestas tus apuntes?

—Claro —dice ella sin dudar. Arranca la página y me la da.

Doblo la hoja con cuidado y me la meto en el sujetador, por si acaso. Ambas se me quedan mirando, esperando una explicación, así que les enseño la nota.

—¿Crees que es una amenaza? —pregunta Frida.

—Parece más bien una advertencia —opina Lisa.

—Me decanto más por lo segundo —coincido yo, revisando la nota de nuevo—. Es como si alguien quisiera avisarme de algo que va a pasar. ¿Será sobre la Forja? ¿Es necesario saber sobre la supervivencia en el Yermo?

Frida niega con el ceño fruncido.

—No lo creo. Hasta donde tengo entendido, nos dejarán en un entorno más... controlado que el Yermo.

Frida revisa sus libretas y arranca varias hojas; acto seguido, se las esconde en las bragas y en el sujetador, como yo. Lisa sigue nuestro ejemplo.

—Pero ¿qué hacéis? La nota hablaba de esa clase en concreto de Acorazado.

—Son las lecciones que considero más importantes y que aún no he memorizado del todo —explica Frida, buscando entre otras dos libretas una página concreta—. Por si acaso nos quitan los apuntes. No sabemos qué nos espera con este cambio de semana. ¿Recuerdas lo que te dije el primer día?

Asiento, dándome cuenta de que casi nos lanzamos hacia lo desconocido sin más.

—«No des nada por sentado aquí».

Frida sonríe y, para mi sorpresa, Lisa también. Se acerca a mí y me toma de la mano. Sus ojos rasgados brillan bajo el fluorescente.

—Nosotras no habríamos visto esto de no ser por ti. Gracias, Astria.

¿Me dan las gracias *ellas a mí*? Las miro sin dar crédito. Luego vuelvo a fijarme en la nota, pensando que quizás deberíamos agradecérselo a mi misterioso amigo por correspondencia.

Nos cambiamos de ropa, eligiendo cuidadosamente nuestro equipo: botas militares, chaqueta amplia y pantalones resistentes; como si fuéramos a salir a una misión. No hay que dar nada por sentado, tenemos que prepararnos para lo peor.

Alfa, Beta, Delta, Gamma... o algo peor. ¿Podría haber algo peor? Niebla mencionó algo en nuestra primera clase, pero no le había dado muchas vueltas. Hasta ahora. Supongo que no tardaremos en descubrirlo.

Es entonces cuando suena el aviso final y nos dirigimos al gran atrio, justo en la entrada del edificio principal de la Academia, gobernado por la descomunal pared acristalada tras las imponentes escalinatas de acceso.

Antes de acceder al atrio, nos hacen formar por grupos. Es entonces cuando las diferencias entre los distintos equipos salen a relucir.

Los Alfa vamos bien vestidos y aseados, con buen equipo militar y un aspecto saludable. Parecemos unos reclutas ejemplares.

El grupo Beta es una versión desvencijada de los Alfa. Trajes usados, pelos grasientos y miradas perdidas. Parece como si un coche les hubiera pasado por encima.

Me fijo más allá, en el numeroso grupo Gamma. Aún visten el traje de licra que llevábamos el primer día, pero cuesta distinguirlo: lo que era blanco ahora se ve grisáceo y marrón. Unos cuantos están sentados porque no se mantienen en pie y no hay ni uno que tenga buen aspecto. Noto sus miradas repletas de odio. Y algunas

con un leve brillo de esperanza. Para ellos, todo lo que implique ascender será un cambio radical.

—¿Y los Delta? —murmuro a mis amigas.

—Allí —señala Lisa.

En efecto, más allá de los Gamma, en un rincón, hay apiñados decenas de jóvenes con ropa ajada y sucia. Ni siquiera llevan el traje de licra. Algunos chicos caminan semidesnudos y muchas chicas están hechas un ovillo en el suelo. Por todos los putos zombis, ¿qué le ha pasado en ese grupo? Eran dos centenares de personas cuando llegamos, y ahora apenas parecen quedar cuarenta o cincuenta. Y la mitad de ellos no se sostiene en pie.

—¿Qué les han hecho? —pregunto horrorizada.

—Nada bueno —responde Lisa.

Frida está demasiado asustada como para contestar.

A la orden de los Exterminadores, nos autorizan el acceso al atrio. Primero a los Gamma. Veo sobrecogida cómo algunos se arrastran por las escaleras para llegar al recinto. Los que pueden andar suben a duras penas, como si cada escalón fuera una tortura. No me puedo ni imaginar lo que les han hecho. Nos quedamos allí de pie más de diez minutos, esperando a que entre hasta el último de ellos. Luego dan paso a los Delta.

Salvo un par de chicos que casi no pueden caminar, el proceso es mucho más rápido esta vez. En cinco minutos, ya han pasado todos.

A continuación, se da la orden a los Beta, que suben en formación. Tardan menos de dos minutos en acceder a la parte superior.

Entonces nos toca a nosotras.

Al llegar al atrio, lo encontramos vacío. Hay unas puertas enormes, una por cada equipo, con sus respectivas insignias. Junto a los umbrales están los tutores: Niebla, Acorazado, Rayo Escarlata y

Coronel Roto. Ante nosotros, en una amplia pared blanca, cuelgan cuatro descomunales paneles. En cada uno de ellos hay un listado el doble de largo que el anterior. Para hacerlo todo más difícil, tenemos que buscar nuestros nombres en las listas para saber dónde acabaremos la segunda semana.

Frida camina decidida delante de nosotras hacia los nombres del nuevo grupo Alfa.

—Venga, acabemos con esto de una vez. Vamos a comprobar que nuestros nombres siguen en Alfa.

Me asombra su determinación y, desde el fondo de mi ser, espero que tenga razón. Después de ver el aspecto de los Beta, no me gustaría pertenecer a su grupo. Nos detenemos ante el panel de los Alfa y buscamos.

El corazón me da un vuelco cuando acabamos la lista y mi nombre no está en ella.

Ni el de Frida.

Ni el de Lisa.

Ninguna de las tres hemos logrado mantenernos en el grupo Alfa.

Para mi satisfacción personal, Hunter tampoco aparece en el listado, ni su amigo Hagel. Al parecer, nos han descendido a todos.

—¿Nos han degradado a Beta? —murmuro—. No hemos recibido una sola amonestación en toda la semana.

—Sí, es extraño —dice Lisa, ajena a la gravedad de la situación, como de costumbre—. Vamos a revisar la lista de los Beta.

Desde el fondo del pasillo de Niebla nos llegan gritos de alegría. También desde el pasillo de los Beta. En los otros dos no se oye un alma. No tienen nada que celebrar.

Nos acercamos al segundo panel para buscar nuestros nombres. Lo recorro una y otra vez con la mirada. No doy crédito.

Tampoco estamos en ese listado.

Frida empieza a respirar deprisa y a perder la confianza. Las tres nos precipitamos a la siguiente lista, la de los Gamma, mucho más larga que las anteriores. Tras revisarla a conciencia, comprendemos que tampoco aparecemos. Casi todos nuestros compañeros han pasado a Beta, salvo un par. Una esperanza cruza mi mente.

—Quizás no han apuntado nuestros nombres —digo pensativa—. Quizás ha sido un error administrativo.

Frida niega mientras señala la numeración de los paneles.

—Astria, había cincuenta nombres en Alfa, y cien en Beta. Esas plazas están contadas. Ojalá tuvieras razón.

Abatida, me dirijo a revisar el listado de los Delta. ¿Qué nos puede esperar ahí? Los que han sobrevivido una sola semana han llegado tan demacrados que a duras penas han conseguido subir unas escaleras. ¿Cómo me voy a enfrentar a un zombi en ese estado? Es una condena a muerte.

Repasamos la lista cinco veces y parpadeamos sorprendidas. Volvemos a repasarla una sexta.

Nuestros nombres tampoco están ahí.

—Definitivamente, es un error —digo con una voz que muestra más seguridad de la que tengo.

Camino hacia Niebla, porque no tengo permitido preguntarle a ninguno de los Exterminadores que vigilan el atrio. La mujer alza una ceja al verme acercarme.

—Este ya no es tu grupo, Liverman.

Sus palabras me caen encima como un jarro de agua fría.

—Sí, señora, disculpe. Pero es que no aparecemos en ningún listado.

Suspira exasperada.

—¿Lo habéis revisado bien?

—Sí —asegura Frida a mi espalda—. Nuestros nombres no aparecen en ninguno de los cuatro listados.

—Pues entonces mirad en el quinto —replica ella, despachándonos con un gesto de la mano.

Nos miramos confundidas ¿El *quinto*? ¿Qué puede ser peor que pertenecer al grupo Delta?

Junto a los cuatro paneles hay un pequeño papel clavado en la pared, casi imperceptible. Nos acercamos despacio, como si ya supiéramos lo que vamos a encontrar. Aunque no hay mucho que leer, reviso el documento al menos diez veces antes de asumir que es real.

Y se me cae el alma a los pies.

Estamos jodidas.

Grupo Épsilon

Frida Gönig

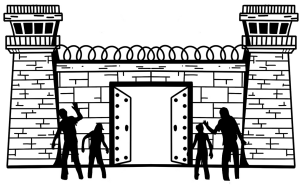
Nick Hagel

Robert Hunter

Astria Liverman

Lisa Starlight

8



... O ALGO PEOR

Todos los alumnos se han ido. Todos excepto nosotros cinco.

Grupo Épsilon.

Cada grupo, con su tutor asignado, se ha marchado por sus respectivos pasillos. Y aquí estamos nosotros plantados, sin tutor, sin esperanza.

Nadie ha venido a buscarnos.

Robert y Nick están a unos pasos de distancia, cautelosos pero inquietos, mirando en todas las direcciones, como si buscaran algo. Frida está sentada en el suelo junto a Lisa, y parece a punto de colapsar.

—No lo entiendo. ¿Qué hemos hecho mal? —se lamenta mientras se balancea, rodeándose las rodillas con los brazos—. He dado todas las respuestas correctas, he mostrado mis mejores técnicas de combate. ¡Incluso ayudé en la cocina!

Es cierto, durante la semana, Frida ha estado ayudando a los cocineros. Gracias a ella he podido comer tranquila, sabiendo que no

estaba ingiriendo nada humano antes de tiempo.

Estoy conmocionada. No acabo de asimilar la situación. Pero, por encima de todo, estoy agobiada. Y no por mí, sino por ellas. Creo que las han degradado por mi culpa. Yo disparé a Acorazado en la cabeza sin dudarlo, yo golpeé a Rayo Escarlata. Debería ser solo yo. Tanto Lisa como Frida solo han cometido un único error: ser mis amigas.

Me agacho despacio y busco sus ojos.

—Esto es culpa mía. No tendríais que haberos mezclado con alguien como yo.

Lisa me mira y me coge de la mano, como en la habitación. Con la otra, sigue acariciando a su pareja.

—No es culpa tuya. Nosotras decidimos.

Las lágrimas quieren acumularse en mis ojos, pero Hunter está ahí mismo. No pienso llorar delante de él.

—Además, si nos hubiesen degradado por afinidad contigo, ¿qué pintan aquí esos dos? —dice Frida, relajando los brazos y señalando a los chicos—. Si esta decisión tiene un significado, no creo que se trate de ti.

En eso tiene razón. Toda la Academia parece saber que odio a Robert Hunter. ¿He sido demasiado egocéntrica al pensar solo en mí?

—Saben que me cae mal. Quizás ha sido al revés. Lo han degradado a él y después nos han elegido a nosotras para que...

Eso, ¿para qué? ¿Para que lo matemos? ¿Podrían ser tan retorcidos?

Veo los cadáveres apilados sobre la pista de atletismo.

Claro que pueden serlo. Son una panda de cabrones. Esta Academia no tiene corazón, alma ni escrúpulos.

Frida se queda pensativa un instante.

—Eso tiene más sentido.

Al ver mi cara de desconcierto, se aventura a explicarme:

—La Academia odia a las casas fundadoras de la Capital. Siempre urden tramas para que sus hijos no acaben aquí. No hay más que ver la selección del Crisol de este año: me confirma que no es tan aleatorio como nos quieren hacer creer. Tener a uno de sus vástagos entre los Candidatos... no debe ser habitual. Quizás este es el modo que tiene la Academia de vengarse. Quieren aprovechar que el hijo del Legislador Hunter se ha presentado voluntario para humillarlo. Estamos en el fuego cruzado de las rencillas centenarias de dos administraciones enfrentadas. Y tú eres el instrumento de su venganza.

Niego con la cabeza de forma enérgica.

—No voy a hacerle nada. Es un imbécil, pero aún me queda algo de integridad.

—Lo sabemos —responde Lisa, pero su mirada ha vuelto a perderse en el infinito.

—En cualquier caso, ¿por qué se odian tanto? —Frida me mira, sin comprender—. La Academia y el gobierno. Se supone que protegemos a la humanidad, ¿no? ¿Por qué nos iban a odiar?

—Los Legisladores se creen dioses —comenta Frida con la mirada ensombrecida—. Es difícil que no sientan envidia ante el hombre que la humanidad idolatra como su salvador. Y más aún cuando Lord Z tiene un poder al que ninguno de ellos podrá acceder jamás, por no hablar de cómo envidian su inmortalidad.

»La Academia, por su parte, accede a regañadientes al control por parte del gobierno, pero muchos piensan que nos iría mejor por nuestra cuenta. Que los Legisladores son una pandilla elitista acomodada que no hace nada por el bien de la humanidad.

Pongo los ojos en blanco.

—Pero a mí todo eso me importa una mierda, yo solo...

Unos pasos ligeros interrumpen nuestra conversación. Uno de los soldados uniformados se nos acerca. Lleva un casco integral que impide ver su rosto y un brazalete con el número diez. Un Exterminador de la clase más baja posible.

Ni siquiera se pone firme antes de hablar con nosotros.

—Épsilon. —Su voz resuena con el eco metálico del casco y no soy capaz de identificar su género—. Sois la porquería de la porquería. Ni siquiera se han dignado a asignar un tutor a vuestro grupo. Me han enviado a mí.

—¿Y tú eres...? —pregunta Nick, acercándose a nosotros.

El soldado, sin sacar las manos de los bolsillos, dirige —o eso creo — la mirada hacia Nick a través del casco. Hay algo en su presencia que hace que incluso el gafotas se quede mudo y retroceda un paso.

—¿Osas dirigirle la palabra a un Exterminador?

—En realidad, si lo han enviado a por nosotros, hasta que se demuestre lo contrario, es nuestro tutor. —Se ajusta las gafas—. Por lo que no creo que haya infringido ninguna norma.

El Exterminador avanza un paso y golpea a Nick en la cara con tal fuerza que lo derriba y lo deja tumbado en el suelo, gimiendo.

—Aquí las preguntas, las respuestas y las afirmaciones las hago yo, ¿queda claro? Podéis considerarme vuestra niñera, porque es lo que voy a ser para vosotros hasta la Forja. Si vivís lo suficiente...

—Di-disculpe, niñera —murmura Frida, con cautela—. Querrá decir hasta la semana que viene, cuando demostremos si podemos ascender de grupo.

—Un Épsilon no asciende ni desciende —dice secamente—. La mierda es mierda. Y punto. Pero como me vuelvas a replicar te puedo reventar un par de esos frágiles huesos tuyos, si quieres.

Frida enmudece y noto cómo se oculta detrás de mí.

Entonces la niñera se fija en mí.

—Joder, tú eres Liverman. ¿De verdad le pegaste un tiro en la cabeza a Delacroix? Esto... a Acorazado. Mierda. Olvida eso, Candidata.

¿Delacroix? ¿Los profesores tienen nombre? Pensaba que eso era demasiado humano para ellos.

—Sí, eso hice. ¿Por eso estamos aquí?

El guardia saca la porra y la electrifica. Doy un paso atrás, cubriendo a Frida y Lisa con los brazos. Para mi sorpresa, el imbécil de Hunter da uno al frente.

—¿Qué hemos dicho de las preguntas? Y tú atrás, Hunter, o te frío como una salchicha. Venga, dame un motivo.

Hunter lo mira desafiante, pero retrocede. La niñera desactiva la porra y se la guarda en el cinto. Se lleva la mano al casco, como si se cubriera la cara, y suspira exasperado.

—Estáis aquí porque así lo ha decidido el claustro, no os corresponde cuestionarlo. Vuestra primera tarea será limpiar las letrinas. Después pasaréis un par de horas en la pista y luego más letrinas. Pero claro, para eso hay que sobrevivir.

Frida está a punto de abrir la boca, me imagino que va a preguntar por las clases. Le aprieto la muñeca para que se calle y, por suerte, comprende al instante mi indicación. Las clases son lo último que importa ahora.

Los Beta duermen en un hangar, en el suelo. Los Gamma al aire libre, en la plaza trasera, y solo los Delta saben dónde duermen ellos. ¿Dónde vamos a pasar la noche nosotros?

Como si me leyera la mente, la niñera prosigue con nuestra *orientación*:

—Cuando hayáis terminado, podréis cenar —no me gusta nada cómo ha pronunciado esa última palabra—. Después se os abrirán

las puertas de la Academia. Los Épsilon no tienen derecho a pasar la noche entre estos muros. Pero no adelantemos acontecimientos.

Abro la boca. La cierro, pero se me vuelve a abrir. Nos quieren dejar fuera de la Academia. En el Yermo. A merced de los putos zombis.

Estamos muertos.

—Como Épsilon, no tenéis derecho a clases, y vuestras comidas serán los restos de vuestros compañeros de Delta. Si dejan algo, claro. Cada mañana os explicaré vuestras tareas. En una semana me agradeceréis haber empezado por las letrinas. —Hace una pausa—. Vaya, otra vez adelantándome. Venga, en marcha, si no queréis acabar muertos antes de hora.

La niñera se dirige hacia la salida, a la gran escalinata. Frida y Lisa me siguen, pero Hunter se queda allí plantado. El guardia se vuelve de inmediato.

—¿Algún problema, Hunter?

Robert cruza sus musculosos brazos sobre el pecho y mira desafiante al guardia.

—No pienso dedicar mi tiempo en la Academia a limpiar letrinas. No he venido para eso.

Nick le susurra al oído, suplicante, pero Robert sigue con la mirada fija en la niñera, que ahora avanza hacia él mientras vuelve a sacar la porra del cinto.

En un instante, el Exterminador está ante el enorme muchacho rubio, con la porra incrustada en su estómago. Robert se sacude por las embestidas eléctricas, pero aguanta un segundo, luego otro. Uno más. El cabrón es fuerte.

Entonces cae de rodillas.

—¿Has cambiado de opinión?

Arrodillado, Hunter alza la vista. Sus ojos son puro fuego. Algo en mi interior me dice que intervenga. ¿Estoy perdiendo la cabeza?

—No.

Será un imbécil, pero los tiene bien puestos. La niñera baja la porra y se la vuelve a colocar al cinto. Durante un instante respiro aliviada.

Entonces saca la pistola y coloca el cañón a la altura de su frente.

—Última oportunidad. —Quita el seguro—. ¿Qué vas a hacer?

Robert no dice nada. No mira el arma, sino al casco, directamente a los ojos de su ejecutor. Impasible.

Nick, de rodillas tras él, lo agarra del brazo, desesperado.

Un sonido hueco y sordo retumba en el atrio.

Por suerte para Hunter, no es un disparo, sino mi mano abofeteando su rostro.

No sé ni cómo he logrado colocarme entre la pistola y él. Ahora noto el cañón de la niñera en mi espalda, y trato de ignorarlo mientras Robert me mira desorientado.

—¿Eres imbécil o qué? —le espeto con aparente indiferencia—. ¿Te vas a dejar matar por no limpiar un poco de mierda? Sabía que eras un payaso, pero no sabía que te habías olvidado el cerebro en la Capital.

Me mira confuso. De todos los escenarios que se había montado en su cabeza, no creo que verme dándole un guantazo fuese uno de ellos.

—Yo... Yo no...

Le vuelvo a cruzar la cara de otro bofetón en la dirección contraria. No se resiste, tan solo parece aturdido.

—Por mucho que quiera que esta niñera te reviente la cabeza, solo somos cinco, y esas letrinas no se van a limpiar solas. Si no quieres hacerlo por tu dignidad de señor don payaso, al menos hazlo

por tu amigo, que se va a poner de mierda hasta las gafas. —Señalo a mis amigas—. O por ellas, que también lo van a hacer porque es lo que toca.

Levanta una rodilla. No sé cómo puede seguir de pie después de esa descarga. Se apoya con los brazos en ella y me mira a los ojos.

—¿Y no me pides que lo haga por ti?

Me encojo de hombros.

—Yo solo quiero sobrevivir. Que colabores me ayudará, aunque seguro que no sabes ni cómo se coge una puta pala. Mira, haz lo que te salga de los huevos, pero saca la cabeza de tu culo y piensa un poco en los demás.

Hunter logra ponerse de pie y se apoya en Nick, que está al borde de las lágrimas. Yo me doy la vuelta hacia las escaleras con las chicas. La niñera ha bajado la pistola y murmura entre dientes. Alcanzo a entender mi apellido. Y nada más.

—En marcha —repite esa voz metálica con sequedad.

Robert avanza a trompicones apoyándose en su amigo. Frida me mira con los ojos desorbitados.

—¿Por qué lo has ayudado? —me pregunta en un susurro cuando me reúno con ellas—. ¡Si os odiáis!

Suspiro y la miro a los ojos. Respiro hondo.

Joder. Estoy a punto de llorar.

—Trato de mantener mi humanidad mientras pueda, Frida.

***

Limpiar letrinas no es peor de lo que suena.

Es *mucho* peor.

Los Exterminadores no tienen necesidad de ir al váter. Ventajas de estar muerto, supongo. Y como bien nos explicaron al principio de la

semana, solo hay un baño para todos los Candidatos, ubicado en el exterior de las cantinas. Las deposiciones caen en unas letrinas que necesitan mantenimiento. Hasta ahora, nadie se había encargado de limpiarlas.

Ahora nos toca a nosotros cinco lidiar con los excrementos de más de seiscientas personas durante una semana. Jamás he visto semejante cantidad de mierda.

Armados con palas, debemos cargar el contenido pringoso de las letrinas en unos cubos que debemos llevarnos con nosotros cuando salgamos esta noche. Los tenemos que vaciar en una fosa séptica que nos ha indicado la niñera, a doscientos metros de la Academia.

En mitad del puto Yermo.

Nos queda el consuelo de que, cuando los zombis nos coman, les quedará mal sabor de boca.

¿Lo mejor de todo? Frida ha descubierto que estas letrinas tienen un sistema de limpieza que conecta con la fosa séptica, pero —por algún motivo que supongo que está relacionado con jodernos vivos — han decidido apagar a propósito la bomba que limpia la porquería. Háblame de psicópatas.

Robert ha permanecido en silencio mientras vaciamos los pozos de excrementos. Nick no ha parado de parlotear a su alrededor, pero él no ha dicho ni una sola palabra. Al final ha sido más diestro con la pala de lo que yo había predicho, y se ha encargado de la mayor parte del trabajo. Casi me alegro de haberle impedido a la niñera reventarle la cabeza de un disparo. Casi.

Frida, por el contrario, no se ha callado durante las horas que llevamos aquí. Creo que es su forma de evadirse del lugar y del olor. Yo le he seguido el rollo, porque en el fondo me sigo sintiendo culpable de que se encuentre en esta situación.

Cuando aparece la niñera, doy un respingo. Casi me había olvidado de lo que toca ahora. «Un par de horas dando vueltas a la pista». Eso es lo que verdaderamente me preocupa. Puedo sobrevivir tres semanas limpiando mierda, pero es imposible que sobreviva a veintiún días corriendo dos horas por mi vida.

—En marcha —ordena con la mano en la pistola.

Nos guía hasta un hangar que conozco bien: el escenario de mis pesadillas. Las gradas están vacías. La niñera va a ser nuestro único público. Nos conduce hasta el interior de la pista y cierra la jaula.

—Dos horas. A correr.

Empezamos a trotar suave, como hicimos el día de la Criba. Hunter y Hagel se colocan a nuestro lado, igualando el ritmo. Hay algo en la mirada de Robert... Recuerdo cuando salió de la prueba completamente cubierto de sangre. ¿Acaso es esto lo que le da miedo?

A media vuelta el muro se alza y, esta vez, en el silencio, escucho los gruñidos de los zombis al otro lado de la pared. Dientes que castañean y sonidos guturales que emanan de gargantas desgarradas. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—¡En fin! —grita la niñera desde la grada por encima del ruido—. Ha sido un placer cuidar de vosotros. Incluso divertido. Hasta nunca.

En su mano sostiene una especie de mando y, al pulsar un botón, la pared empieza a moverse a la misma velocidad que en las últimas vueltas de la Criba. Las pulsaciones se me disparan. Es imposible que aguantemos dos horas a este ritmo.

Frida y Lisa aceleran; trato de seguirles el ritmo, pero ellas están mucho mejor entrenadas que yo. Hunter y Hagel también se adelantan, mientras que yo me voy quedando rezagada. Oigo los gruñidos cada vez más cerca, y tengo la certeza de que voy a morir.

Me toman por los brazos. Frida y Lisa han frenado para ponerse cada una a un lado y tiran de mí hacia adelante. Me dan fuerzas para continuar, y sacamos algo de ventaja al muro. Durante dos maravillosas vueltas, creo que vamos a tener una posibilidad.

Es entonces cuando voy y me tropiezo.

Frida y Lisa me miran un instante horrorizadas. Yo les hago un gesto con la mano.

—¡Marchaos!

El muro se acerca y Frida está al borde del colapso. Miro a Lisa.

—¡Llévatela!

No voy a poder levantarme, me he pegado una buena hostia. Trato de incorporarme y veo cómo me sangra la rodilla. A mi espalda, los zombis se acercan. Cierro los ojos esperando el golpe.

Noto una especie de ingravidez, como si flotara. Y abro los ojos.

—Hay que ir con cuidado por donde pisas.

Hunter me lleva en brazos, a menos de diez metros del muro. ¿Se ha vuelto loco?

—Ahora vamos a morir los dos. ¡Déjame!

—Si tú no dejas que me maten, yo no dejo que te maten. Es lo justo, ¿no?

Miro por encima de su hombro: la pared está cada vez más cerca. Por muy fuerte que esté, no va a poder cargarme y superar al muro.

—¡Rob, suéltala! ¡Corre! —grita Nick desde más adelante.

—Deberías hacerle caso a tu amigo.

—Tengo la mala... costumbre... de no hacer... caso —jadea él.

Este imbécil se va a dejar matar, ¿y para qué? Pienso en mis amigas; si sobreviven, tendrán más opciones con él ayudándolas en la letrina.

—¡Déjame!

—Lo siento, pero no.

La barrera está cada vez más cerca, los zombis casi pueden arañar la espalda de Robert. Temo que lo hagan. Lo miro desesperada, sin saber muy bien qué hacer. Me mira directamente a los ojos.

—Escucha..., Astria..., yo...

Un estruendo resuena en el hangar y hace temblar la pista. Hunter se tambalea y caemos a un lado. Me coloco encima de él por instinto —¿para protegerlo?— y me enfrento a mi final.

Sin embargo, el final no llega.

La barrera se ha detenido a un par de metros de nosotros y los zombis gruñen desesperados, oliendo mi sangre. Esto es un puto milagro.

Tras unos momentos de confusión, la niñera abre la puerta de la jaula y nos manda salir. No parece muy feliz.

—Parece que algo ha fallado en las dos pistas. Habéis tenido suerte. Venga, a tomar por culo de aquí, la mierda no se va a limpiar sola.

***

Nuestra cena ha consistido, como bien había indicado la niñera, en los desperdicios que han dejado los Gamma. Al parecer, al tercer grupo lo alimentan con la comida caducada de la despensa: dejan una tabla con alimentos en mal estado para que se puedan atiborrar. Y yo que pensaba que las raciones eran asquerosas. Para nosotros apenas quedan unos huesos de pollo roídos, trozos de tomate mordisqueado y queso rancio que da arcadas con tan solo olerlo. No sé qué es lo que comen los Delta, pero, viendo este manjar, tampoco quiero saberlo.

Al ver que ninguno tocábamos la comida, el Exterminador ha estallado en carcajadas con eco metálico.

—Esperad, jóvenes promesas —ha dicho entre risas—. Esperad unos días, y os parecerá el mayor de los manjares.

Tengo la rodilla mejor de lo que pensaba, pero el miedo me ha bloqueado. Habría muerto si esa pared no se hubiera detenido.

Que sigamos vivos no tiene ningún tipo de explicación.

El sol se pone más allá de las murallas de la Academia, y sé que ha llegado el momento que todos temíamos en silencio. La niñera nos lleva hasta las descomunales puertas que nos separan del Yermo: unas placas de tres metros de grosor de acero reforzado. Pensadas para proteger lo que hay dentro de los horrores que se arrastran allá afuera. A su señal, se abre una mínima rendija para que podamos pasar, cargados con nuestros barriles repletos hasta arriba de mierda.

Mi primera impresión del exterior no es lo que esperaba. La brisa fresca de la noche me acaricia la cara. El aire parece quemar los pulmones de lo puro que es. Nunca había respirado nada igual; hace que me sienta viva.

—Os espero aquí a las cinco de la mañana, al amanecer. Ni un segundo antes, ni un minuto después —dice la niñera antes de que las puertas se cierren por completo.

Apestamos, estamos agotados y, con toda seguridad, a escasos minutos de ser devorados por zombis.

Pero no voy a rendirme. Y no voy a dejar que ellas se rindan.

—En marcha. —Me cargo mi barril al hombro—. Según las indicaciones de la niñera, la fosa está en esa dirección.

Un calambrazo en la rodilla me arranca una mueca de dolor, pero echo a andar antes de que los demás tengan tiempo de protestar. Cuando llevo menos de diez pasos, escucho a mi espalda cómo me siguen. Aunque mis labios quieren curvarse hacia arriba, estoy tan asustada y dolorida que soy incapaz de sonreír.

El paisaje tampoco ayuda a levantar el ánimo. El único alivio es que no vemos zombis en el horizonte, aunque cada vez está todo más oscuro. A nuestro alrededor tan solo hay una extensión de tierra seca y agrietada, salpicada por montículos de roca. El Yermo lo es en la totalidad de la palabra: un páramo áspero y desolado donde no crece nada. Un lugar donde gobierna la muerte.

Al menos, así es alrededor de esta puta Academia.

Noto cómo la sensación de seguridad que sentía en el interior de ese maldito lugar se desvanece cuanto más me alejo de sus murallas. No hay nada que me separe de un Devorado. Podríamos morir en cualquier instante. Siguiendo el consejo de Frida, respiro el aire fresco y trato de disfrutar de este momento de libertad.

¿Libertad?

Eso me da una idea.

No tardamos en encontrar el lugar que nos ha indicado nuestro *tutor*. La fosa es poco más que un agujero profundo, cavado en la dura arena del Yermo. Descargamos el contenido de los barriles y nos los volvemos a cargar al hombro para dejarlos en la puerta de la Academia, esta vez vacíos, preparados para mañana.

Si es que *ese* mañana llega para nosotros.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Frida.

—¿Y si nos largamos? —respondo con seriedad, y les planteo mi idea—. Es probable que muramos devorados esta misma noche. ¿Por qué no tratamos de huir? Podríamos intentar alcanzar una Reserva cercana y...

Mi frase muere al ver como Frida niega con la cabeza.

—La Reserva más cercana a la Academia es la Cuarta. Y está a más de doscientos kilómetros de aquí. Este lugar funciona en sí mismo como una Reserva. No llegaremos con vida. En cuanto sea noche cerrada no veremos nada a más de cuatrocientos metros de la

Academia. Hoy no habrá luna, y el resplandor de sus focos es la única luz que tendremos.

—Podemos intentarlo —insisto, aunque con el entusiasmo enterrado bajo las revelaciones de mi amiga.

—Has evitado que me peguen un tiro por negarme a limpiar mierda —interviene entonces Hunter—, ¿y ahora quieres largarte con el rabo entre las piernas? No te tenía por una cobarde, Liverman.

Me giro hacia el gran idiota con una mirada recargada de asco.

—Mira, a ti no te tengo que dar explicaciones, payaso. Estoy sopesando las opciones con mis amigas. Si no te importa, ¿podrías irte a un rincón y dejar que te coman los zombis? No hagas mucho ruido.

Robert se encoge de hombros, pero no se retira.

—Mira, no espero que seamos amigos, pero las circunstancias nos fuerzan a ser aliados. Si queremos sobrevivir esta noche, debemos permanecer unidos.

Lisa enfoca la mirada en mí. Tiene esa capacidad de hablar sin decir una palabra.

«Tiene razón».

La cara de Frida refleja sus dudas y el miedo. Lisa, a pesar de esa fachada de indiferencia, también está asustada. Debo ser fuerte por ellas. Tengo que ayudarlas como sea. Aunque eso implique depender de este par de simios. Me tomo un instante para respirar y recordar que uno de ellos me ha salvado la vida hace apenas unas horas.

—Está bien. ¿Qué propones, Hunter?

Da un respingo cuando pronuncio su apellido, pero se recompone deprisa.

—Reconocer el terreno, encontrar un buen punto defensivo con rutas de escape viables y establecer allí nuestro campamento

nocturno. Hacer guardias por turnos y sobrevivir un día más. Si no me dejas morir, agradecería que nos ayudes a vivir.

Frida se lleva las manos a la cabeza.

—Aunque sobrevivamos, ¿cómo vamos a superar la Forja? Ni siquiera se van a tomar la molestia de entrenarnos. Nos han condenado.

Entonces abro los ojos como platos y recuerdo la nota: «Recuerda la segunda clase de Acorazado». Me meto la mano bajo el sujetador y Hunter se sonroja tanto que su cara parece iluminarse. Saco las notas de Lisa:

Cómo sobrevivir en el Yermo: Guía para inútiles y principiantes
Paso 1: Evaluar la situación inmediata.
Paso 2: Encontrar un refugio seguro y asegurarlo.
Paso 3: Asegurar comida y agua potable.
Paso 4: Armarse.
Paso 5: Mantenerse en movimiento.
Paso 6: Crear una rutina.

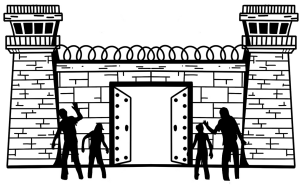
Respiro profundamente. Cierro los ojos. Cuando los abro, la noche está en calma. Frida me mira y se relaja; sabe que no debe preocuparse.

—Se acabó la teoría —digo con un tono calmado—. Es hora de unas clases prácticas de supervivencia.

No hay que temer a la tormenta.

Yo soy la tormenta.

9



EL SIGUIENTE PASO

Hemos sobrevivido a la primera noche sin avistar un solo zombi. Lo cual no quita que haya sido, con diferencia, la peor de mi vida.

El punto que escogimos como «refugio seguro», por llamarlo de algún modo, está unos metros al este de la Academia: una pequeña elevación de rocas desde la que tenemos buena visibilidad. Lo bastante cerca de los muros para aprovecharnos de su luz, y lo bastante lejos para que una horda no nos arrincone contra la pared. No es gran cosa, pero es lo mejor que hemos encontrado en este lugar plano y vacío.

Apenas he dormido. La tensión y los sonidos nocturnos del Yermo me han mantenido en vilo. No le deseo a nadie la noche que hemos pasado: contemplar la oscuridad lejana sin saber si hay algo o alguien observando más allá. Dar un respingo con cada insignificante ruido —dos piedras que chocan, una rama que cruje...—. Robert y Lisa hicieron el turno más largo. Aunque era absurdo, puesto que

todos estábamos despiertos, guardando un silencio terrible que se nos ha hecho eterno.

Y, aun así, a pesar del miedo y el terror, he comprendido una cosa: jamás me había sentido tan libre como en ese momento. Fuera de los muros por primera vez en mi vida, respirando un aire que no está viciado por el confinamiento de miles de seres humanos.

Casi me ha hecho sentir envidia de los engendros que campan a sus anchas por el Yermo, sin más preocupación que encontrar a su nueva víctima. Casi.

Antes del amanecer nos dirigimos hacia las puertas de acero. Repaso mentalmente nuestra lista de supervivencia, paso a paso.

—Tenemos que encargarnos de la comida —dice Nick.

—No jodas, genio —le suelto desde el fondo de mi alma. No lo soporto—. ¿Alguna obviedad más que quieras comentar?

El muchacho se ajusta las gafas y se encoge de hombros. Hunter me fulmina con la mirada.

—Nick tiene razón —dice con un tono seco—. No podremos sobrevivir a base de esa bazofia que dejan los Delta. Ayer no comimos. Si seguimos así, no pasaremos de esta semana. Si han arreglado la pista, puede que esta haya sido nuestra última noche.

Tiene razón. Solo hemos pasado un día sin comer y el estómago me ruge como un Devorado de clase tres. La comida ahora es nuestra prioridad; incluso sin las instrucciones de Acorazado, lo tendríamos claro.

—¿Y qué propones, Hagel? —Me coloco junto a él, suavizando el tono.

Se recoloca las gafas de nuevo, en un tic nervioso que repite a menudo.

—Es evidente. Tenemos que robar comida.

Frida se queda boquiabierta ante la propuesta; me maravilla su capacidad para escandalizarse, dada nuestra situación. Asiento conforme. Por una vez en su vida, el gafotas no ha dicho algo que sea una total gilipollez.

—¿Alguna idea de cómo hacerlo? —pregunta Hunter.

—Las letrinas conectan con el sótano de la cantina —interviene entonces Lisa, para mi sorpresa—. Ayer me fijé en que había un túnel de acceso. Podría colarme y robar algunas raciones.

Estaba en lo cierto: bajo esa apariencia de vivir en las nubes, Lisa Starlight es la más espabilada de todo el grupo. Cada vez estoy más convencida de que esa aura distraída y ausente es tan solo una coraza para enmascarar su auténtica identidad: la de un genio igual o mayor que Frida. Mi cara de sorpresa se convierte en una sonrisa. En esta mierda de mundo, al menos puedo contar con una amiga como ella.

—Eres nuestra salvación, Lisa —le digo entusiasmada—. Pero no puedes arriesgarte tú sola, nos tenemos que repartir la tarea. Lo haremos juntos.

—Llamaríamos la atención —dice Hunter negando con la cabeza—. Lisa siempre pasa desapercibida. Si tú o Frida desaparecéis, la niñera se dará cuenta; estáis todo el día hablando. Igual que Nick. Y yo soy el que hace más trabajo, así que tampoco puedo ausentarme sin que se note.

Voy a protestar, pero su argumento es tan sólido que no lo puedo rebatir. De todas formas, le dedico una mirada de desdén.

—No la dejaré sola. —Me dirijo a Lisa—. A no ser que estés de acuerdo con él.

Ella acaricia el brazo de Frida y se miran con una ternura que me destroza el corazón. Asiente con una sonrisa sin apartar la mirada de su pareja.

—Lo que sea. Siempre.

Tardamos menos de diez minutos en llegar a las puertas. En cuanto el primer rayo de sol cruza el horizonte, las compuertas se abren despacio y el casco de un Exterminador se asoma entre las placas.

La voz de la niñera nos llega con su característico sonido metálico; parece decepcionado y sorprendido al mismo tiempo. Aunque con esa placa reflectante que nos impide ver su cara es muy difícil saberlo.

—¡Buenos días, princesas! —exclama con un tono teatral. Psicópata—. Parece que los zombis os han premiado con una noche de tranquilidad. Espero que hayáis descansado bien.

Ni siquiera tengo fuerzas para responder a sus provocaciones. Cogemos los barriles que habíamos dejado junto a la puerta el día anterior y los cargamos en dirección a las letrinas.

Durante las siguientes horas, llenamos los barriles de excrementos. Aparentemente nadie nos vigila; aun así, toda precaución es poca, y no es hasta pasada media mañana cuando Lisa se atreve a deslizarse hacia el almacén de la cantina.

Apenas se ausenta unos minutos y regresa con diez paquetes de raciones militares. Son esas bolsas envasadas al vacío que contienen una pasta grumosa, las mismas que tomamos el primer día. Saben a rayos, pero nos alimentarán y será mejor que las sobras de los Delta. Cada uno engullimos una ración a toda prisa. Mis tripas lo agradecen.

—Hay que guardar el resto. No sabemos cuándo nos cambiarán de lugar o cerrarán el acceso —susurra Nick.

—¿Y dónde las escondemos? —pregunta Frida—. En la chaqueta se va a notar mucho, puede que la niñera nos registre antes de salir.

Nick se coloca las gafas y mira los barriles.

Joder, qué asco.

A Frida se le ocurre una solución intermedia. Con una de las tapas consigue crear un doble fondo en uno de los barriles, donde guardamos la comida a buen recaudo. Cuando llega la hora de comer, ya hemos realizado la mayor parte de la tarea.

La niñera nos coloca la bandeja con despojos de los Delta en el suelo del patio.

—Que aproveche.

El sol brilla abrasador en el cielo. Todavía tengo la piel enrojecida por las quemaduras durante los entrenamientos de la semana anterior. Nos sentamos alrededor de la bandeja, mirándonos con dudas. Todos compartimos el mismo temor: que hayan arreglado la pista y estas sean nuestras últimas horas de libertad.

—Tenemos que fingir que comemos algo —dice Hunter—, o sospecharán que estamos robando comida. Si... acabamos de nuevo en la pista, no se entenderá que podamos seguir corriendo en ayunas.

Vamos seleccionando trozos que parecen estar en mejor estado, con cuidado de no dar arcadas. No quiero vomitar mi ración.

—¿Qué sentido tiene la Forja? —pregunto para no pensar mucho en el asqueroso banquete—. Si tienen los zombis atados en la pista, ¿por qué no dejar que uno nos arañe de forma controlada para convertirnos?

Lisa se tensa, y Frida la agarra de la mano con fuerza.

—Astria lo desconoce todo sobre el fármaco, Lisa.

Ella me mira con esos ojos rasgados que cada vez me transmiten más emociones. Ahora parece... asustada. Carraspea antes de hablar.

—Para que el fármaco convierta a un humano en Intacto, deben darse una serie de parámetros que no se pueden replicar en un

laboratorio...

—¿Para qué? —pregunto frunciendo el ceño.

Frida toma el relevo de la explicación.

—Parámetros, diferentes factores... eh... cosas que tienen que pasar en el momento de la infección. Cuando estás nervioso, el cuerpo segrega una sustancia llamada adrenalina. Los niveles que se necesitan durante el contagio para convertir a Intacto no se consiguen en un laboratorio.

—Creo que lo pillo. Pero... ¿no podrían meternos miedo en el laboratorio?

—La sensación no es la misma —dice Lisa tajante—. No se puede replicar.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Lisa abre la boca para contestar, pero después la cierra y mira la pila de comida mugrienta.

—Somos de la Octava, ¿recuerdas? —dice Frida—. Eruditos, científicos... Dominamos estas cosas.

—Ah, ya. Perdón.

Para mi sorpresa, Lisa sonríe.

—Sé que no pretendías ser brusca.

Arrugo la nariz ante el repentino olor de un trozo de pescado en mal estado que ha asomado del montón mientras Nick removía la comida. Cambio de tema, ya que, por algún motivo, las cosas de científicos parecen despertar una vieja herida en Lisa.

—¿Y la niñera? Es un Exterminador de rango diez, ¿no?

—Eso es lo que cabría pensar —responde Frida mientras mira con inquietud una hoja de lechuga que no tendría que ser de color amarillo—. El brazalete con el número diez y el casco así lo indican, sin embargo...

—No parece un simple peón —opina Hunter, que está royendo un hueso—. La forma en que nos trata como basura... Tiene que pertenecer a un rango mucho más elevado. Hay algo que no encaja.

Frida asiente, coincidiendo con el gigantón.

—Así son las dinámicas de poder en la Academia —explica Nick, con una cáscara de huevo en la mano que mira con desgana—. Los fuertes se aprovechan de su posición. Para la niñera somos poco más que una carga de la que deshacerse.

—¿Cómo creéis que es bajo el casco? —pregunta Frida—. Con ese tono metálico no sé discernir si es un hombre o una mujer; aunque su físico parece de chico, no estoy convencida de...

—La verdad es que no me importa quién sea. Pero os diré una cosa: pienso convertirme en la mejor Intacta de la Academia —afirmo—. Conseguiré que nos infecten unos Devorados y nos hagan generales. Les demostraré que podemos ser mejores que ellos convirtiéndome en un monstruo sin perder mi humanidad. Y esto es una promesa.

Robert me mira desconcertado, pero, al cruzar las miradas, baja rápidamente la suya hacia los despojos. Frida y Lisa parecen sorprendidas.

—Cuenta con nosotras —me apoya Frida—. Cumpliremos esa promesa contigo.

La niñera se acerca con paso firme hacia nosotros, interrumpiendo el momento. No sabía que era posible odiar más a ese ser hasta este instante.

—Tenéis la tarde libre —se limita a decir con un tono seco y despectivo—. De hecho, tendréis todas las tardes libres hasta la Forja. Estoy harto de vigilaros todo el día. Después de la comida, haced lo que os dé la gana, siempre y cuando no entréis en la Academia. Oléis a mierda. Los Exterminadores tienen orden de

disparar a matar si ponéis un pie en cualquier instalación. Solo tenéis permitido circular por el patio.

Aprieto los puños, me pongo de pie y me acerco hasta quedarme a dos pasos del Exterminador, que no parece inmutarse.

—¿Por qué eres tan gilipollas? —escupo con toda mi rabia—. Solo eres un jodido rango diez. Tú también eres un mierda. En vez de jodernos podrías tratar de ayudarnos. En tres semanas nos van a matar y tú estás aquí tratándonos como a basura.

La niñera se queda en silencio unos segundos. Me imagino la cara de terror que debe estar poniendo Frida a mi espalda. Al fin, el Exterminador se cruza de brazos.

—Vuelve a hablarme así y te mato, Liverman. Te lo repito por si no lo has entendido. Prohibido acceder a las instalaciones de la Academia. —Hace un ademán señalando al alto edificio acristalado tras la estatua de Lord Z y se encoge de hombros—. Lo que hagáis a partir de la hora de comer me importa una mierda, siempre y cuando os quedéis en el patio. Al atardecer nos vemos en la puerta.

Dicho esto, se da media vuelta y se marcha.

Frida corre a mi lado.

—¿Estás mal de la cabeza, Astria? ¡Podría haberte matado! Como tú has dejado claro, no les importamos. Te podría haber pegado un tiro y quedarse tan ancho.

Sacudo la cabeza.

—No, algo me dice que no tiene intención de matarnos. —Volvemos con el grupo, que ya se ha puesto en pie—. ¿Algún plan? ¿Qué podemos hacer?

Robert choca el puño contra la palma y sonríe.

—Es evidente, ¿no? Tenemos que entrenar.

—¿Entrenar? —pregunta Frida—. ¿Cómo? Apenas sé los movimientos básicos que nos enseñó Niebla la semana pasada.

¿Cómo voy a entrenar?

Nick se coloca las gafas y carraspea. Listillo de los cojones.

—El grupo Beta entrena una hora todas las tardes en el hangar treinta y dos —lo señala—. Podemos entrenar con ellos.

—¿Estás sordo, Hagel? No podemos acceder a las instalaciones. Nos dispararán —le recuerdo mientras observo el hangar—. No quiero darles motivos para que me vuelen la tapa de los sesos.

—No tenemos por qué entrar —explica Nick—. Simplemente observar desde fuera e imitarlos.

Me encojo de hombros y suelto un bufido con los ojos en blanco. Me revienta estar de acuerdo con él.

—Odio tener que darle la razón, pero es mejor que no hacer nada.

Nos dirigimos a la puerta del hangar treinta y dos y nos quedamos en el umbral, como si nos separara una gran barrera invisible. Tal y como ha dicho Hagel, los Beta están entrenando. Por parejas, se golpean y tratan de desequilibrarse mientras la figura bajita de Niebla y otros Exterminadores —de rangos seis y siete— se pasean entre ellos, corrigiéndolos.

—Pongámonos por parejas —sugiero tras analizarlos—. Iremos rotando; el que se quede desemparejado que observe a los profesores y trate de corregirnos al resto.

—Parece un buen plan —dice Frida, Lisa a su lado asiente.

Nick se apresura a colocarse junto a Robert, y Frida y Lisa también se disponen una frente a la otra. Yo me siento junto a la puerta, alternando la vista entre mis compañeros y el entreno de los Beta. Están muy lejos como para que pueda oír sus comentarios, pero me fijo en cómo corrigen las posturas y los golpes. Niebla y los Exterminadores no tardan en reparar en nuestro grupo, pero nos ignoran de forma deliberada. Aun así, me da la sensación de que se acercan un poco más en nuestra dirección.

Tras unos minutos, mis cuatro compañeros de grupo están jadeando. Les doy indicaciones a partir de lo que observo en la clase de los Beta. Le digo a Robert que separe más los pies y flexione las rodillas. A Nick, que los junte un poco. Lisa baja demasiado los brazos; Frida se exalta y se mueve más de lo necesario.

—Así que a esto os vais a dedicar...

Doy un respingo. Nuestra fabulosa niñera está recostada contra la pared, a mi lado. No la he oído acercarse. El resto aún no se ha percatado de su presencia. Doy un largo suspiro, y ni siquiera me molesto en levantarme.

—¿No estabas cansado de vigilarnos? ¿Por qué no te vas a tomar por culo?

Creo que, si pudiera ver la mirada que me lanza a través del casco, me habría fundido. Se queda unos instantes en silencio y recuerdo que me dijo que, si volvía a hablarle así, me mataría.

No lo hace.

—Estaba cansado de veros recoger excrementos —dice en un tono apenas audible, así que me levanto y me acerco un poco más a él—. Esto me parece más... entretenido.

—Podrías darnos un par de consejos —le pido, tratando de que no parezca una súplica.

—¿Yo? Con lo bien que lo estás haciendo tú.

¿Eso ha sido una broma? No me jodas, ¿lo ha sido?

Cuando estoy a punto de responder, reparo en que hay demasiado silencio. Al girarme, veo que mis compañeros se han quedado inmóviles.

—¿Ya toca rotación? —Me doy la vuelta, ignorando al Exterminador—. Lisa, te toca cambiar.

—Claro.

Me coloco frente a Frida de tal forma que puedo observar a la niñera. Sostengo los puños en alto y flexiono las rodillas tal y como he visto hacer a los Candidatos del grupo Beta.

—Trata de tumbarme, Gönig. —Le guiño un ojo.

Frida se abalanza sobre mí y yo la esquivo con un paso lateral. Vuelve a la carga y me hace un placaje, pero he colocado los pies bien firmes y aguanto el embate. Imitando una técnica que he visto realizar a mi archienemiga Jade en su entrenamiento, me libro de su agarre y doy un contragolpe. Frida acaba en el suelo, con una de mis manos sobre su pecho y la otra inmovilizándole el brazo. Miro a la niñera.

De una forma tan sutil que no sé si lo he imaginado, ladea la cabeza y asiente.

«Mejorable».

—Otra vez —le digo a Frida tendiéndole la mano.

Pasamos la tarde entrenando. Golpe, suelo y arriba otra vez. El idiota de Hunter me tumba más de diez veces. Peso la mitad que él y me saca cabeza y media.

Por eso, derrotarlo es mi prioridad.

Si consigo defenderme de una mole como él, tendré alguna posibilidad contra un Devorado.

Porque voy a ser fiel a mi promesa. Si voy a convertirme en una Intacta, seré la mejor. En el Vertedero, solo los más fuertes sobreviven, y para proteger a Frida y a Lisa, mi única opción es llegar lo más alto posible.

Al anochecer, cansados, magullados y doloridos, nos dirigimos a las puertas. De nuevo cargamos los barriles de mierda hasta la fosa para vaciarlos. Me detengo un par de veces en el camino; estoy agotada por el ejercicio y aún noto molestias en la rodilla por la caída de ayer en la pista. Sacamos las raciones del falso fondo que,

para mi sorpresa, se han mantenido libres de porquería, y dejamos los barriles ante las puertas. Después nos dirigimos a la pequeña colina en la que hemos montado nuestro campamento.

Ni siquiera tenemos ganas de hablar. Nos tomamos las raciones en silencio y sorteamos la primera guardia. Le toca a Nick y Frida. Me tumbo en el suelo y no tardo ni dos minutos en quedarme dormida. El cansancio es superior a mí.

***

No sé cuánto he dormido. ¿Minutos? ¿Horas? Han parecido unos segundos. Alguien me zarandea con fuerza.

—¿Ya es mi turno? —murmuro mientras me froto los ojos.

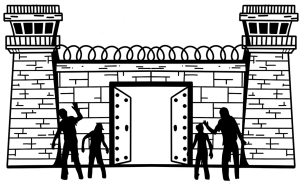
Cuando me incorporo, comprendo que algo va mal. Frida tiene una expresión de absoluto terror dibujada en su cara y a Nick le tiemblan hasta las gafas.

Miro más allá de ellos, hacia el Yermo, y comprendo su angustia.

En la lejanía, iluminados por el brillo tenue de la Academia, miles de puntitos se acercan de forma lenta pero constante.

Una horda de zombis avanza directa hacia nosotros.

10



LA NOCHE DE LOS MUERTOS VIVIENTES

Son lentos, siempre han sido lentos; por eso pudimos sobrevivir. Por eso pudimos crear las Reservas.

Y yo que pensaba que anoche había sido la peor de mi vida. Nota mental: todo puede ir a peor, siempre.

La horda debe de tener, como mínimo, doscientos zombis. Todo mi cuerpo está temblando. Trato de recordar las lecciones de Tempestad sobre la psicología del miedo. Joder, la teoría está muy bien, pero ¿cómo aplicas técnicas de relajación cuando estás ante una multitud de seres en descomposición que quieren devorarte? Incluso sobre nuestra propia pestilencia por el trabajo en las letrinas, el olor a podrido que desprenden impregna el aire. Resisto con todas mis fuerzas para no vomitar la ración. Voy a necesitar toda mi energía.

Hunter ya está en pie junto a mí y Lisa también se ha despertado. Nos quedamos inmóviles ante el terror que sentimos. Ya se

escuchan los dientes de las mandíbulas podridas castañeando, deseosos de arrancar nuestra carne.

—Tenemos que hacer algo —me obligo a decir—. ¿Qué opciones tenemos?

Mis palabras parecen activar al grupo. Frida, aferrada al brazo de Lisa, tartamudea un poco antes de poder hablar con claridad.

—Son Lánguidos. Representan una amenaza baja. Con alejarnos de ellos debería bastar.

—El problema será si nos vemos rodeados —añade Lisa.

Trato de respirar. Miro hacia mis compañeros para dejar de pensar en los zombis que se acercan. Cierro los ojos. Cojo aire. Lo aguanto. Lo suelto.

Mejor.

Repaso las notas de Acorazado en mi mente.

—Joder, ayer estábamos tan preocupados por el punto tres que nos olvidamos del cuarto paso: armarnos. Pero aún podemos aprovechar el quinto.

—¿Cuál era el quinto? —pregunta Hunter.

—Mantenernos en movimiento. —Tomo aire de nuevo, lo mantengo un par de segundos y lo expulso con suavidad—. Hunter, Hagel, vosotros trazasteis las rutas de escape. Comprobad el perímetro para ver si es seguro avanzar. Lisa, Frida, si al final tenemos que enfrentarnos a ellos, debemos estar preparadas. Vamos a hacer unas lanzas improvisadas con esas ramas de allí.

Mi tono debe transmitirles autoridad, porque todos asienten sin protestar y, de golpe, nuestra pequeña colina es un hervidero de actividad.

Hay unos pequeños árboles secos cerca, de los que arrancamos unas ramas. Intentamos afilarlas con poco éxito, y atamos unos cristales rotos que habíamos guardado para emergencias. Hunter y

Hagel nos plantean su estrategia cuando ya tenemos cinco armas preparadas.

—Escaparemos hacia el norte, bordeando la muralla de la Academia hasta llegar al muro trasero —explica Hunter, dibujando con uno de los cristales sobre la tierra—. Al mismo tiempo, un grupo de avanzada se asegurará de que no haya otra horda que nos cierre el paso. Si hemos calculado bien el ritmo, al amanecer estaremos en la puerta de la Academia, la habremos rodeado por completo y podremos entrar de nuevo.

Frida y Lisa asienten, pero yo tengo mis dudas.

—¿Y si los zombis nos hacen una pinza? Nos quedaríamos vendidos entre la muralla y la horda.

—Por eso rodearemos la Academia a cuatrocientos metros de distancia del muro —añade Hagel, con un deje de desprecio en su voz—. ¿Nos tomas por idiotas? La alternativa es perdernos en el Yermo dando vueltas y acabar muertos de hambre o de sed.

Lo fulmino con la mirada. Me cuesta tener que confiar en este par de imbéciles, pero los ojos de Hunter me miran con lo que parece una súplica silenciosa. Será una alucinación por la falta de sueño. Agarro una de las lanzas y se la paso.

—Está bien. Intentemos que no nos maten.

—Nick y yo iremos delante para vigilar...

—No —zanjo antes de que pueda terminar su frase—. Eso ni de puta coña. No voy a dejar que os vayáis juntitos y nos dejéis tiradas a mitad de camino. Una de nosotras irá con uno de vosotros en la avanzada.

—En cualquier caso —dice Frida nerviosa—, creo que deberíamos movernos. Ya.

Lanzo un vistazo a mi espalda. Esos cientos de ojos brillantes, que parecían tan lejanos, están cerca, demasiado cerca. Joder.

Acorazado tenía razón: te confías por su lentitud y a la que te das cuenta los tienes resoplando en la nuca.

Asiento y señalo la dirección que han marcado Hunter y Hagel.

—En marcha, lo decidiremos por el camino.

Finalmente, Robert y Lisa son los encargados de hacer el reconocimiento previo. Avanzamos despacio para atraer a la horda tras nosotros, aunque el primer instinto sería correr hasta perderlos de vista. Si lo hiciéramos, podríamos acabar desorientados —en el mejor de los casos—, o bien emboscados por diferentes hordas —en el peor—. Mantenemos una distancia prudencial de unos trescientos o cuatrocientos metros. Caminamos mirando hacia atrás cada diez segundos. No pienso llevarme otro susto como el de la colina.

Al principio estoy muy activa y atenta; imagino que se debe a esa «adrenalina» de la que hablaba Lisa. La pestilencia de los cadáveres vivientes también ayuda a mantenernos despiertos, pero, conforme vamos rodeando el enorme edificio de la Academia y pasan las horas, el cansancio se apodera de nosotros.

—¿Por qué odias a Astria? —le pregunta Frida a Nick.

Entiendo que lo hace en un intento de no caer rendida por el agotamiento, sin embargo, doy un respingo. ¿Quién pregunta algo así de forma tan directa?

Bueno, sin lugar a dudas, Frida.

—¿Estás de broma? —Nick me mira con desprecio—. ¿Has visto cómo nos ha tratado a Rob y a mí desde el principio? Nos juzga sin conocernos. Una pregunta más adecuada sería: ¿por qué no la odias tú, Frida Gönig? Yo también vi cómo te zarandeaba aquel día en el tren. Y, sin embargo, tú y tu novia vivís pegadas a ella, ¿por qué?

Quiero darle una bofetada al idiota de Hagel, pero sería un desperdicio de energía. Me concentro en caminar. Echo un vistazo atrás: los zombis siguen a la distancia adecuada.

—Ella estaba nerviosa, como todos —replica Frida—. La sedaron antes de llevarla al tren. La acusas de lo mismo que haces tú: juzgarla sin saber nada más. Astria es buena, se preocupa por nosotras, ¡y por vosotros! Me recuerda a... No importa.

Miro a Frida con el ceño fruncido. Está al borde de las lágrimas. ¿Qué ha querido decir?

—Solo nos defiende porque le interesa —dice Hagel antes de que pueda intervenir—. No le queda otra opción a esta escoria del Vertedero.

Ya me he cansado.

—Estoy aquí delante, ¿sabéis? Mira, Hagel, te recuerdo que, mientras tú te estabas meando en los pantalones, yo evité que le pegaran un tiro a tu colega por una gilipollez. ¿Que yo te juzgo sin saber? Sé que sois un par de pijos de las familias más ricas de la Capital. Y eso no es una opinión, es un hecho. Sé que yo no soy nadie, solo soy una huérfana del Vertedero, escoria, como tú dices. Pero conozco a los de tu calaña. Ni te imaginas cuánto. Así que, antes de echar esas miraditas de superioridad, revisa tus privilegios, imbécil.

Nick se recoloca las gafas; parece aturdido. Espera, ¿va a ponerse a llorar?

—Te agradezco lo que hiciste por Rob —murmura entre dientes, y sé que lo dice de verdad—. Pero no esperes que te aplauda por ello ni que te siga como un perro.

En serio, ¿qué les pasa a estos putos niños ricos?

—Ni busco que me sigas ni necesito tus aplausos, Hagel. Solo quiero sobrevivir. Créeme, me habría encantado que os hubierais quedado en Alfa con tal de no veros la jeta. Pero la realidad es que hemos ido a parar al mismo grupo y tenemos que colaborar. ¿Estamos?

Él asiente en silencio.

—Lo siento, no quería provocar esto —dice Frida arrepentida—. Yo solo... estoy muy cansada.

—No te disculpes, Frida. Estas cosas hay que hablarlas. Es importante que nos mantengamos unidos a pesar de nuestras diferencias. Oye, ¿a quién decías que te recordaba?

—Esto... —Comienza a frotarse las manos nerviosa—. Yo...

Distinguimos las figuras de Robert y Lisa en la distancia, aproximándose a toda velocidad.

—¡Tenemos problemas! —grita Robert—. Hay otra horda justo delante, acercándose en esta dirección.

Falta media hora para el amanecer. Ya casi hemos completado la vuelta a la Academia; solo nos queda torcer la última esquina para llegar a la pared en la que se encuentran las puertas de acceso. Los zombis están avanzando por detrás y por delante de nosotros. Una pinza, justo lo que me temía, en el peor momento posible.

—¿Tenemos opción de torcer la esquina antes de que el segundo grupo nos alcance?

—¡Si corremos, sí! —dice Lisa.

Miro a Frida, que asiente. Empezamos a trotar hacia Lisa.

—¡Esperad! —reacciona Nick, que no tarda en ponerse a nuestra altura.

Llegamos junto a Robert y Lisa y seguimos corriendo todos juntos hacia la horda que se acerca por delante de nosotros. Es nuestra única oportunidad de llegar a la puerta al amanecer. Ya distingo sus cuerpos putrefactos, las calaveras tostadas al sol, los ojos vidriosos colgando de las cuencas, las manos esqueléticas en carne viva, listas para matar. El corazón se me va a salir por la boca.

—¡Vamos! —grita Hunter.

Torcemos la esquina y corremos pegados al muro. Los zombis están a cincuenta metros y se acercan. ¡Joder!, casi puedo sentir sus dientes sobre mi piel. La horda se extiende hasta donde alcanza la vista. ¿De dónde han salido tantos? ¡Si ayer no había ninguno!

A nuestra espalda, los zombis se van apiñando contra la pared. Cada vez están más cerca, cada vez parecen más rápidos, es como si pudieran...

Nick tropieza y se cae. El zombi más cercano está a punto de rozarlo.

—¡No! —grito mientras atravieso la cabeza del zombi con mi lanza —. ¡Espabila, Hagel!

El muchacho se levanta de un salto, impulsado por el miedo. Suelto la lanza, incrustada en el cráneo del zombi, y corro tras mis compañeros.

Llegamos a las enormes puertas metálicas, pero aún quedan unos minutos para el amanecer. Lo hemos conseguido y, aun así, vamos a morir.

—¡Nos van a atrapar! —grita Frida.

Pienso rápido o estoy muerta. Recuerdo uno de mis apuntes de la clase del General Roto sobre cómo combatir a los zombis cuando estás rodeado. Observo los barriles junto a la puerta. Es una idea absurda, pero es la única que se me ocurre.

—¡Montemos una barricada con los barriles! Ayúdame, Hunter. Todos contra la puerta, ¡ya!

Cogemos los barriles y los colocamos en semicírculo contra la entrada de la Academia. Los zombis están a menos de quince metros.

—Frida, dame tu lanza y quédate detrás; si alguien se cansa, lo reemplazas. —Le tiendo la mano y me entrega su palo.

Nos colocamos entre los huecos que dejan los barriles, con las lanzas apuntando hacia fuera.

—¡Tratad de darles en los ojos o atravesar la boca, así será más fácil recuperar la lanza! —grita Robert.

Se acercan los primeros zombis. La longitud de las lanzas improvisadas nos permite atacar desde la seguridad de los barriles. Consigo atravesar la cabeza del más cercano y sacar el palo de una pieza. El Lánguido que viene detrás de él se tropieza con el cadáver y cae de bruces, lo que me permite atravesarle el cráneo semipodrido. Robert ya se ha cargado a cinco, que se acumulan haciendo tapón para los siguientes. Lisa ha acabado con uno y Nick, con tres. Los zombis escalan con calma los cuerpos de sus congéneres caídos. Siguen avanzando impasibles, y son demasiados.

Con el cuarto zombi, mi lanza se parte. Me quedo con un trozo de rama seca en la mano, sin saber bien qué hacer. Antes de que me dé cuenta, un Lánguido me aferra el brazo. Trato de librarme de él, pero su agarre es sorprendentemente fuerte para ser un muerto viviente. Sus dientes se acercan a mi antebrazo. Y, por un segundo, me parece que duda, como si no estuviera muy seguro de querer devorarme.

Ya está; ¿esto es el final?

Un palo pasa rozándome la mejilla y se incrusta en la boca del zombi, saliendo por su nuca. Miro a mi espalda.

De algún modo, Robert se ha colocado a mi lado y ha acabado con el engendro. Antes de que pueda reaccionar, Hunter avanza, coge el cadáver que ha estado a punto de matarme y, por un motivo que no alcanzo a comprender, lo mete en uno de los barriles.

Creo que el sonido de las placas de acero de la puerta abriéndose es lo más bonito que he escuchado en mi vida.

—¡Atrás! —grita Robert.

Con una fuerza que no le creía posible —a pesar de los evidentes músculos—, levanta el barril con el zombi dentro y lo lanza hacia la horda, haciendo que una gran parte de los muertos vivientes se tropiecen y se caigan. Repite el proceso con un par de barriles más mientras la puerta sigue abriéndose.

Miro desesperada al interior y alcanzo a ver el casco de la niñera. Frida tiene los brazos metidos en la rendija, haciendo fuerza inútilmente para abrirla más rápido. Tras lo que parecen unos segundos eternos, las puertas se abren lo suficiente y nos precipitamos dentro de la Academia.

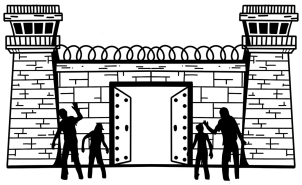
Unos Exterminadores de rango diez salen al momento con unos lanzallamas en las manos, pero ni siquiera miro atrás para ver qué hacen. Me palpo el brazo histérica. ¿Me ha arañado ese Lánguido? Por suerte, parece que estoy indemne. Respiro aliviada.

—Una noche movidita, ¿eh? —pregunta la niñera con un toque sarcástico en su voz metálica. Psicópata.

Me dejo caer contra la pared, sintiendo el muro que me protege. Estoy a salvo. Mis compañeros están desperdigados, tumbados a mi alrededor. Vivos. Hace unos segundos no lo habría creído posible.

Noto cómo la adrenalina desaparece y, antes de que pueda siquiera pensar en incorporarme, el cansancio y el sueño acumulado me dejan inconsciente.

11



ESTAREMOS PREPARADOS

Todo ha cambiado después de esta segunda noche a la intemperie. Tras nuestro encuentro con las hordas zombis, hemos demostrado que somos capaces de sobrevivir.

Cuando despierto, ya es mediodía. La luz se filtra a través de las ventanas de la enfermería. Estoy limpia y llevo un uniforme militar nuevo. Lo que más me sorprende es la ausencia de olor a mierda; casi me había acostumbrado a ese hedor.

Apenas me he incorporado cuando la puerta se abre. La niñera entra con paso firme y los brazos cruzados a la espalda. Se planta al pie de mi camastro y me observa en silencio.

—¿Cómo se te ocurrió lo de la barricada? —pregunta con auténtica curiosidad.

Lo miro de arriba abajo. Maldito bastardo, o bastarda, me importa una mierda. Un minuto más tarde y estaríamos muertos. Ni siquiera habría movido un dedo para ayudarnos. Reprimo el impulso de

escupirle y respiro hondo. No vale la pena; así es este mundo cruel y retorcido.

—El Coronel Roto lo mencionó en su clase: barricadas como último recurso. Teníamos los barriles a mano, no nos quedaba ninguna otra opción.

—Podríais haberos escondido dentro de los barriles hasta el amanecer.

Lo miro con la ceja alzada. Intento transmitirle todo el odio que me inspira.

—¿Y tú habrías venido a sacarnos? Somos menos que basura para ti. No, no contaba con la ayuda de la puta Academia. Sobrevivir era cosa nuestra.

La niñera se queda en silencio unos instantes. Después asiente para sí mismo, y se dirige a la puerta. Antes de salir, se detiene.

—Las labores en las letrinas quedan canceladas. Se ha restablecido el sistema de limpieza automática. Podéis deambular por el patio libremente, siempre y cuando no entréis en las instalaciones. Aunque ya no oláis a mierda, seguís siendo Épsilon. Las órdenes de disparar a matar se mantienen.

Por un momento quiero saltar de alegría, pero entonces me golpea una certeza abrumadora.

La comida.

El agua no me preocupa; hay un par de pozos en la explanada de los que hemos bebido estos días. Pero, sin acceso a las letrinas, tampoco lo tenemos al túnel que lleva a la despensa de la cantina. Vamos a tener que alimentarnos de las sobras de los Delta.

Me sorprendo descubriendo que, después de lo de anoche, hasta esa comida asquerosa ya no me parece tan terrible. Supongo que estar al borde de la muerte pone en perspectiva tus prioridades.

Me pongo en pie y cojo la chaqueta que me han dejado. Hace calor, así que me la anudo a la cintura y me dirijo hacia la explanada, el único lugar en el que se nos permite estar a los Épsilon.

Los demás están esperándome fuera. Por lo que veo, la limpieza ha sido general. Parecemos un grupo muy distinto sin la capa de roña y la pestilencia acompañándonos a todas partes. Frida y Lisa corren hacia mí y me abrazan. Casi se me saltan las lágrimas, pero debo mantenerme firme.

Nos acercamos a Hunter y Hagel, que me observan con expresiones extrañas. El gafotas es el primero en hablar.

—No pienses que voy a darte las gracias por lo que hiciste. —Hay veneno en su mirada.

—¿De verdad tienes que ser tan gilipollas? —le espeto sin miramientos—. Me la suda tu puta gratitud, imbécil.

Robert le pone una mano en el hombro a Nick, que da un respingo.

—No seas así, Nick. Te salvó la vida. Yo ni siquiera te vi caer. Si no fuera por ella, estarías muerto.

Él se ajusta las gafas y, como si le quemara, se sacude de encima la mano de su amigo.

—Jamás me voy a rebajar ante una sucia décima del Vertedero —murmura entre dientes.

En lugar de reventarle la cara de un puñetazo, me inclino por un ataque que sé que le hará más daño.

—Esta sucia décima al menos tiene modales. Gracias, Hunter, por lo que hiciste por mí ahí fuera. —El efecto es inmediato y Nick palidece ante mis palabras—. Sigo creyendo que eres un idiota, pero te agradezco que no me dejaras morir.

Hunter me mira durante un par de segundos y parpadea aturdido; no se esperaba esto. Opta por encogerse de hombros, pero no puede evitar el rubor que aparece en sus mejillas.

—Ahora estamos en paz, Liverman.

Hagel está a punto de explotar. Mi interacción con Hunter lo ha descolocado y observa atónito cómo su amigo trata de esconder su sonrojo. No comprendo la relación que tiene con Hunter, pero está claro que le he dado donde le duele.

—¿De verdad, Rob? —le suelta por lo bajo, aunque todos lo escuchamos a la perfección—. ¿Te vas a arrastrar ante esta pedazo de...?

Antes de que la tensión vaya a más y alguien acabe con las gafas rotas, Lisa interviene.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dice con su habitual aire ausente —. Ya no puedo colarme a robar comida.

Nos giramos hacia ella y nos sumimos en un silencio incómodo. Justo en eso estaba pensando antes de que Hagel empezase con sus tonterías. Se acabó la comida decente.

En ese momento, varios Exterminadores de rango diez pasan junto a nosotros. Un par de ellos se detienen y nos miran. Para nuestra sorpresa, nos dirigen la palabra:

—Épsilon, cojonudo lo de esta noche. Lo habéis bordado.

A pesar del casco, su voz suena natural, sin ese tono metálico. Reconozco fácilmente que hay un hombre tras la máscara.

—No podemos hablar con ellos, Dave —le advierte el otro, cuyo tono masculino también distingo a la perfección. ¿Por qué entonces la voz de la niñera suena tan distinta?

—¿Y qué nos van a hacer, Tim? Si ya somos la última mierda de este lugar. —Profiere una sonora carcajada.

—¿Cómo sabes lo que hemos hecho esta noche? —pregunto curiosa, pasándome por el forro la prohibición de hablar con los Exterminadores. Total, no me parece posible que puedan degradarme aún más.

—La Academia tiene miles de cámaras en el perímetro —comenta Dave, como si tal cosa—. La mitad de los escuadrones está apostando con vuestras vidas. Yo aposté por ti, Astria Liverman. Me has hecho ganar un buen pastizal.

Lanza otra de esas risotadas y Tim le da un codazo.

—Tenemos que irnos, Dave. Como se entere...

Aunque mi mente ruge de ira con la idea de que estos imbéciles estén apostando con nuestras vidas, mi lado racional sabe reconocer una oportunidad cuando se presenta. Si este soldado está apostando por mí, se me ocurre una forma de aprovecharlo.

—Bueno, no vas a ganar mucho más. La comida que nos dan son las sobras de los Delta y es todo porquería.

Dave deja de reírse y me pega un empujón.

—¿Y a mí qué me cuentas, escoria? ¿Qué te crees, que porque haya ganado un poco de pasta gracias a ti somos amigos? Vuelve a hablarme con esas confianzas y te pego un tiro.

Se marchan a toda prisa. Justo antes de desaparecer en el interior del edificio, Tim gira su casco hacia nosotros. Puede que sea un gesto de disculpa, aunque con esos cacharros en la cabeza es imposible saberlo.

—Menudos idiotas —dice Frida, cruzándose de brazos.

Un rato más tarde, nos traen la bandeja de restos de comida de los Delta. Nos sentamos alrededor, mirándola con asco.

—Tendremos que comer algo —dice Robert—. Si esta noche se repite lo de ayer, necesitamos energía.

—Si me como esto, vomitaré —afirma rotundamente Lisa.

Pero yo apenas los escucho mientras observo con atención la bandeja. Hay algo extraño en el montón de desperdicios. Está más llena que otras veces. Ante la estupefacción de mis compañeros, remuevo los trozos de comida mordisqueados hasta que encuentro lo que buscaba: una lona bajo los desperdicios.

Tapando decenas de sobres de raciones militares.

Los ojos se me van a salir de las órbitas. Una sonrisa, amplia como el Yermo, cruza mi rostro.

—Parece que mi comentario sí ha calado entre los guardias.

Con disimulo, nos atiborramos de raciones. Estamos hambrientos. Hunter se traga siete de una sentada. Guardamos el resto en nuestras chaquetas. Abultan, pero me da igual; a ver si tienen huevos de intentar cachearme.

Antes de entrenar, antes de hacer absolutamente nada más, acordamos nuestra siguiente prioridad: necesitamos armas.

Los palos con cristales están bien para hacer el capullo, pero necesitamos poder defendernos de verdad. Por suerte, ahora nos dejan campar a nuestras anchas en una base militar.

No pueden ser armas muy grandes; si la niñera sospecha, estamos jodidos. Nos dividimos para peinar distintas áreas del extenso patio de la Academia y comenzamos la búsqueda. Los Exterminadores apenas nos prestan atención, así que aprovechamos su falta de vigilancia para hacernos con un botín bastante decente.

Robert encuentra tres cuchillos. Lisa, una pistola y munición; cuando le he preguntado de dónde la ha sacado se ha limitado a encogerse de hombros. Frida no tiene suerte buscando armas, pero logra robar un par de rollos de cinta de tela, que nos serán de mucha utilidad para crear nuevas lanzas y protecciones. Yo he conseguido recolectar algunos cristales rotos y un cuchillo adicional.

El puto inútil de Nick regresa con las manos vacías.

En cualquier caso, ya tenemos algo con lo que defendernos del próximo ataque zombi. Lo escondemos todo en nuestras chaquetas, que van a reventar, y regresamos al hangar treinta y dos.

Ahí está la niñera, recostada contra la pared.

Nos turnamos como ayer: uno de nosotros observa las clases con detenimiento mientras los demás entrenan. De pronto, nos damos cuenta de que todos estamos pendientes de lo mismo durante los combates: los gestos, casi imperceptibles, de la niñera.

«Bien».

«Mal».

«Mejorable».

Sus tics parecen involuntarios, pero nosotros los interpretamos a la perfección. Al cabo de un rato, la niñera se da cuenta de que estamos captando sus señales, da un bufido y se marcha.

Cuando salimos al Yermo por la noche, no hay ni un solo cadáver en los alrededores. El paisaje está desierto en todas las direcciones. Como si los zombis de esta mañana jamás hubiesen existido.

Pasamos la noche sin avistar a un solo engendro.

***

A la mañana siguiente, al fin, completamos la guía de supervivencia con el último paso: crear una rutina.

Libres de nuestra obligación con las letrinas, nos dirigimos al hangar doce, donde entrenan los Alfa. Allí casi podemos escuchar las indicaciones de Niebla, que cada vez que nos ve aparecer se acerca un poco más hacia nuestra posición, aunque no estoy segura de si lo hace de forma intencionada. El caso es que así aprendemos mucho más rápido. Después damos una vuelta por el patio, en busca de

cualquier cosa que nos ayude durante la noche: armas, equipo, munición...

Tratamos de entablar conversación con los alumnos, pero todos nos evitan. Incluso las chicas que revoloteaban alrededor de Hunter lo esquivan adrede. No hay malicia en sus miradas. Tan solo miedo de terminar como nosotros.

A mediodía levantamos con discreción la lona bajo la bandeja de desperdicios. Comemos unas cuantas raciones y guardamos el resto en la chaqueta. Ya tenemos un pequeño alijo enterrado en el refugio.

Por la tarde, observamos otra sesión de entrenamiento en el hangar treinta y dos, con la niñera observándonos y ayudándonos a mejorar con esos tics involuntarios. Preparándonos para las horas de oscuridad.

Esa noche, regresan los zombis.

Por suerte, la luna creciente ilumina el Yermo mucho mejor que hace dos noches. En cuanto los avistamos, nos ponemos en marcha. Esta vez no nos pillan por sorpresa. Cogemos nuestras lanzas, cuchillos, comida y chaquetas. Llevamos los brazos y las piernas envueltos en cinta de tela para evitar que nos infecten y nos turnamos la pistola entre Frida, Lisa y yo. La usaremos como último recurso si nos vemos rodeados. Hagel protesta por que tengamos nosotras el arma y le explico de forma muy concisa por dónde puede meterse sus opiniones.

Iniciamos la marcha alrededor de la Academia, esta vez de forma mucho más eficiente. Robert y yo vamos en avanzada. Los zombis parecen moverse en la misma dirección que en nuestro primer encuentro, pero no nos confiamos.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Hunter?

Él da un respingo, como siempre que pronuncio su apellido, y me mira con prudencia.

—Bueno, como poder, puedes. No te garantizo que la vaya a contestar.

—Cuando salimos de la pista, el día de la Criba..., estabas cubierto de sangre. ¿Qué pasó?

Hunter se queda mirando al horizonte, muy serio, y niega con la cabeza.

—No pasó nada bueno, Liverman... —suspira—. La sangre no era mía. Traté de ayudar a varios chicos, pero el muro los atrapó. Fue... fue terrible. Traté de cargar con uno, a pesar de que ya le habían mordido. Pensé que podrían salvarlo. Pensé... no sé en qué estaba pensando.

Me quedo muda. Durante unos minutos, solo se escucha el rumor de los zombis gruñendo en la lejanía. Al fin, él señala los muros de la Academia, cuyo resplandor nos ilumina el camino.

—Este sitio es... el infierno. Y quiero acabar con él. Para siempre.

—Pues dejarte matar por negarte a limpiar mierda no parecía la mejor opción, ¿no crees?

Él me mira con una sonrisa que, de alguna forma, disipa la tensión.

—Sospecho que sabes tan bien como yo que la niñera no habría apretado el gatillo. —Se encoge de hombros—. Y si lo hubiera hecho, al menos mi padre se habría llevado un buen disgusto.

Me detengo un instante.

—¡Maldito cabronazo! Tú sabías que no te mataría.

—No lo tenía claro, fue una apuesta. Tuve la certeza cuando lo llamaste gilipollas y no hizo nada. Dentro de las retorcidas normas de este lugar, ellos no pueden matarnos directamente. Por eso utilizaron zombis en la Criba. Por eso me envían todas las noches

aquí fuera a morir —sacude la cabeza—. Pero tú no lo sabías y, aun así, me salvaste.

Parpadeo aturdida. Este cabrón es más listo de lo que parece. Caminamos unos minutos más en silencio.

—Y si acabas con la Academia, ¿qué pasará después? ¿Quién defenderá los vallados de las Reservas?

—¿Y la propia gente de la Reserva? ¿No nos ves capaces de proteger nuestros propios hogares?

—Si fuera posible, esto no existiría, ¿no crees?

—Hubo quien sí lo creyó posible... —Mira hacia el Yermo, y hay un deje de nostalgia en su voz—. Unos valientes creyeron en el potencial del ser humano. En que el pueblo podía protegerse a sí mismo. Ellos me inspiraron a venir aquí. A combatir al enemigo desde dentro. A renegar de la tiranía de mi padre.

Dice esto último con tanta amargura que prefiero no indagar.

—¿Y qué pasó con esos héroes? —pregunto con una ceja alzada.

Me lanza la mirada más extraña que le he visto hasta la fecha. Parece confundido, contrariado, como si se debatiera en su interior. Al final suspira y vuelve a mirar al horizonte.

—Fueron aplastados, como todas las cosas buenas de este mundo.

No parece dispuesto a decir mucho más. Y, aunque lo estuviese, la horda que aparece a lo lejos, cerrándonos el paso por ambos lados, se vuelve nuestra prioridad.

A media hora del amanecer, nos encontramos en la misma situación que hace dos días: rodeados entre dos grupos de zombis frente las puertas de la Academia.

Salvo que esta vez estamos bien armados, protegidos y tenemos una barricada preparada ante las placas de acero.

Con palés, rocas y escombros que encontramos por el Yermo hemos levantado una muralla en tres semicírculos concéntricos, igual que los vallados de las Reservas. Con los cuchillos sujetos con cinta a las ramas, los zombis caen con mayor facilidad que con aquellas lanzas improvisadas de cristales que usamos la primera noche. Resistimos durante diez minutos en el aro exterior de la barricada.

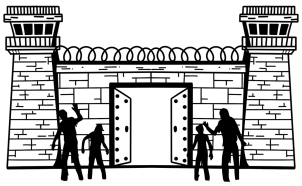
Cuando vemos que van a superar el primer círculo, nos retiramos al segundo y reiniciamos el ataque. Bloqueamos el acceso, y los propios cadáveres de los zombis caídos entorpecen el avance del resto, lo que nos da tiempo para recobrar el aliento.

Las puertas se abren antes de que lleguemos al tercer nivel defensivo.

Hemos superado la cuarta noche, aunque tengo la sensación de que los zombis avanzaban más despacio esta vez, como si estuvieran dándonos tiempo para recobrar el aliento.

Es una sensación extraña que no me puedo quitar de la cabeza.

12



NUESTROS ÚLTIMOS DÍAS

Robert
Tres semanas antes de la Forja

Todo se ha desmoronado.

Sé el momento exacto en el que todos mis planes se hundieron. En ese maldito tren, cuando tuve que cruzar la mirada con sus condenados ojos del color de las esmeraldas.

Astria Liverman.

Aún no he confirmado mis sospechas, aunque tengo una extraña convicción interior desde que escuché su apellido. Todas las señales lo indican: su actitud de ir de frente ante la vida, los ojos verdes, ese mechón rubio que le nace entre los rizos... Sin embargo, no tiene sentido que venga del Vertedero. ¿Cómo puede ser?

Ayer tuvimos una conversación decente mientras hacíamos de avanzada durante la huida nocturna. La primera en la que no acaba farfullando exasperada, hasta me ha parecido que sentía cierta

empatía. Y yo casi se lo suelto todo. No. Hasta que no tenga la certeza absoluta, no quiero contarle algo que quizás solo sea una ilusión, forzarla a encajar en el lugar en el que me gustaría verla.

Aunque, siendo sinceros, ¿qué más da que sea quien creo que es o no? Eso no va a cambiar lo que siento. Nada podría cambiarlo.

Hace poco más de diez días ni siquiera la conocía. Yo era un muchacho ingenuo de camino a una misión suicida, con miles de ideas revolucionarias en la cabeza. Y ahora todo me da vueltas. Es como si ya no supiera quién soy.

Maldita sea, ¿qué me has hecho, Astria?

El día ha transcurrido sin incidentes y, como miembros de Épsilon, nos echan a la calle al atardecer. Las puertas de la Academia se despliegan con su habitual lentitud. Estoy seguro de que podrían abrirse en un instante, pero la niñera se encarga de ralentizarlo a propósito. Algún día veré muerto a ese Exterminador, cueste lo que cueste. Cuando llegue el momento de destruir la Academia, tengo claro por quién empezaré.

Mis temores se confirman cuando la rendija se ensancha lo suficiente.

—Joder, se han cargado la barricada —masculla Astria ofuscada.

Malditos malnacidos. Quería creer que jugarían más limpio.

—Tranquila, tenemos tiempo para repararla —le respondo distraído, observando los desperfectos. Por suerte, no han arrasado con ella, tan solo la han retirado para que puedan salir y entrar los vehículos—. No es tan grave, solo han apartado algunos escombros. Vamos, Nick, ayúdame a colocar esto.

Nick está más silencioso estos últimos días. Sé que no le gusta Astria, desde el momento en el que la conocimos. Cuando le confesé lo que pensaba de ella, montó en cólera. En todos nuestros años de amistad jamás lo había visto tan furioso. De algún modo, creo que la

percibe como una amenaza, lo cual, en mi opinión, no tiene ningún sentido. Él siempre va a ser mi mejor amigo, pase lo que pase.

—Nick —lo llamo mientras agarro una roca para colocarla de nuevo en su sitio—. ¿Estás bien? Te noto... distante.

—No me pasa... —Da un largo suspiro—. Mira, si lo quieres saber, no me gusta este rollo que te traes con Liverman. Entiendo que tengamos que colaborar con ellas, pero es una décima, tío. Ni aunque fuera quien tú crees sería...

—Nick —lo corto y lo fulmino con la mirada—. Me estoy empezando a cansar de este clasismo tuyo. ¿Qué te pasa? Nunca has sido así. Ahora todos somos la misma escoria, estamos al mismo nivel, asúmelo.

Nick suspira y asiente abatido. Luego intenta cargar un palé, aunque a duras penas puede con él. Lo ayudo a colocarlo en su lugar y vuelvo a la carga.

—Ya te dije lo que pienso de ella y sé que te molestó. Pero no podemos estar así. Tienes que hacer un esfuerzo, por ellas y por mí.

Nick lanza una ojeada a las chicas. La de piel oscura, Frida, está midiendo el perímetro dando grandes zancadas. Lisa se mantiene al margen, con la mirada perdida en la muralla. Y Astria coloca escombros al otro lado del segundo nivel de barricadas. Al final, Nick alza las manos y sonríe.

—Está bien, grandullón. Intentaré ser más agradable. O menos desagradable, según como se mire—. Se ajusta las gafas mientras le doy unas palmadas en la espalda.

—Gracias, Nick, eres un buen colega.

—¿El mejor? —pregunta él con media sonrisa.

—Sin duda.

Cuando terminamos de recomponer la barricada, nos dirigimos al refugio. Allí guardamos armas, comida y algún que otro artilugio que

hemos recogido en la explanada: brújulas, martillos, clavos, tacos de madera... Cualquier cosa que la Academia considera basura, aquí fuera es una herramienta útil que nos podría salvar la vida. Así que lo primero que hago es ir a examinarlas.

—¿Qué haces, Hunter? —dice la voz de Astria a mi espalda.

—Compruebo que nuestras cosas siguen en su sitio.

—Ah.

Me giro para observarla y la veo algo desconcertada.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto.

—Venía a...

—¿Hemos tenido la misma idea? A ver si al final sí que nos parecemos.

Aunque intenta disimularlo, se sonroja. Así es ella, una tipa dura que en el fondo se desloma por ayudar a los demás. Lo intuí desde que nos encontramos fuera de la cantina. Lo confirmé cuando se puso delante del cañón de la niñera para recibir una bala por mí.

—¡No nos parecemos en nada, Hunter! Si me pintara la cara como una payasa, quizás me empezaría a aproximar.

—No me importaría verlo.

Ella emite un bufido y se marcha con sus amigas. Compruebo que todo está enterrado en su sitio y entonces saco un par de cuchillos para reponer las lanzas que partimos ayer. Lo malo de entrar con prisa por las mañanas y que la Academia haga limpieza tras la batalla es que no podemos recuperar las armas que perdemos.

Tras comprobarlo todo, dedico una hora a mis ejercicios. Flexiones, abdominales, sentadillas... El entrenamiento de las mañanas es agotador, pero debo mantenerme ágil para cualquier situación. Y, en fin, cuando llevas entrenando desde que tienes memoria, se convierte en algo... adictivo.

Tenemos que sobrevivir día a día, y debo reconocer que esto me hace sentir más vivo que nunca.

Me toca el primer turno de guardia con Lisa Starlight. No dejan que Nick y yo hagamos nada juntos: ni vigilar el perímetro ni colocarnos en la avanzadilla. Aún no se fían de nosotros. Él tampoco lo pone fácil con sus constantes burlas y retos contra Astria. No sé de dónde le viene ese desprecio hacia el Vertedero; él nunca había sido así.

Mientras los demás se acuestan sobre las chaquetas a un lado de la colina, me acerco al puesto de vigilancia, donde Starlight ya está sentada, con la vista perdida en el horizonte.

—Hoy nos va a tocar estar un buen rato juntos.

Ella se limita a asentir. No es una chica de muchas palabras. Me siento a su lado y escrutamos en la oscuridad en silencio. Llevamos ya unos minutos sentados cuando empiezo a poner mis pensamientos en orden en voz alta.

—No sé qué le pasa a Nick, la verdad. Sé que Astria... que Liverman no tiene un carácter precisamente fácil. Aun así, no es excusa para el trato que le da. Tenemos que mantenernos unidos si queremos sobrevivir, y temo que las rencillas entre esos dos acaben con todos nosotros.

Lisa se me queda mirando con esos ojos rasgados de color negro como la noche. Entonces sonríe.

—Aún no te has dado cuenta, ¿eh? —Mira de nuevo hacia el horizonte—. No te preocupes, en su momento lo comprenderás.

—¿Qué es lo que no comprendo? ¿Qué se supone que debo entender?

Pero ella ya ha vuelto a encerrarse en su silencio. Le dedico una sonrisa triste.

—Bien, Starlight, guarda tus secretos. Aunque... sí, ojalá tengas razón. Y ojalá que ese momento llegue más pronto que tarde, porque nos podría costar la vida.

Esa noche, por suerte, no avistamos zombis. Cuando Nick y Frida me relevan, me acuesto inquieto. Porque sé que no todos los peligros vienen de ahí fuera. La mayoría están escondidos dentro de la Academia. Y algunos, los más peligrosos, dentro de nosotros mismos.

Frida
Dos semanas antes de la Forja

Hay quien piensa que la ciencia es algo frío y sin sentimientos: fórmulas matemáticas, números mezclados con letras y gráficos en una pizarra. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. La ciencia nos revela una verdad fundamental: que vivimos en un mundo construido a base de conexiones.

En física, existen multitud de fuerzas fundamentales: gravedad, electromagnetismo, interacciones nucleares. Y estudiándolas con atención se puede observar que, al gobernar el universo, dibujan la forma en la que nos relacionamos con los demás.

Átomos que se enlazan y dan forma a la vida; tal y como yo lo veo, es un milagro estar vivos. ¿Cómo no iba a agradecer cada segundo que paso aquí? Incluso después de todo lo que pasó. Incluso después de perderla...

Al entrar en ese tren y encontrarnos con Astria inconsciente, Lisa y yo lo supimos: el universo siempre te da una segunda oportunidad. Una oportunidad para hacer las cosas bien. Cuando abrió los ojos y los tenía tan verdes como ella..., en fin, casi colapso. No hay teoría

ni tratado que pueda explicar los sentimientos humanos; pero, sin lugar a dudas, tuvimos clara nuestra misión desde ese preciso instante.

Ya solo quedan dos semanas para la Forja. Seguimos sobreviviendo y, sorprendentemente, es Astria quien cuida de nosotras. Se esfuerza más que nadie en el entrenamiento, duerme menos horas y trabaja mucho más: busca armas por la explanada, trata de contactar con los Exterminadores, e incluso parece decidida a descubrir la identidad de la niñera... Es toda una superviviente.

—¿Crees que deberíamos decírselo? —le pregunto a Lisa mientras deambulamos en busca de algún cuchillo de repuesto.

—¿Cambiaría algo? —repone ella—. Creo que solo nos haríamos más daño al revivir el dolor.

—Sí..., supongo que tienes razón. Aunque sé que se pregunta por qué la hemos ayudado desde el principio. Por qué nos hemos abierto a ella sin apenas conocerla. Es que es... —Los ojos se me inundan de lágrimas—. Es como volver a tenerla, Lisa ...

Ella me rodea con el brazo y me besa la frente.

—Ya lo sé, Frida. Lo sé. Yo también lo veo. Además, tiene su misma actitud. Es una buena persona, a pesar de lo abrupta que puede ser. Y es una gran amiga.

—Sí que lo es.

—Me hace reflexionar sobre qué hago yo aquí —dice Lisa con una sonrisa—. Ella es muy capaz de garantizar tu seguridad, no me necesitas.

—¡No hablas en serio! —exclamo escandalizada—. Sabes que no puedo vivir sin ti, Starlight.

Me aprieta la mano con fuerza.

—Solo bromeo, mi amor. Sabes que no hay otro sitio en el que querría estar.

Una punzada de remordimiento me recorre toda la espina dorsal y se me atraganta.

—No deberías... ¿Por qué no quieres que se lo diga? Tampoco sabe que te presentaste voluntaria para venir conmigo.

Lisa se encoge de hombros y me da un beso suave, rozando sus labios contra los míos. Todos mis receptores del deseo se encienden de golpe. Parece que la temperatura de la explanada haya subido varios grados, pero sé que soy yo.

—Nadie debe saberlo, Frida. Pero lo que sucedió no puede quedar impune. Tenemos que encontrar a los responsables. Han de pagar por lo que le hicieron a mi padre y a... ya sabes. Con Astria y Robert, estoy convencida de que llegaremos hasta el fondo de este asunto.

Ahora es ella la que se tensa. Parece al borde de las lágrimas y me arrepiento de haber sacado el tema. De repente, escuchamos unas voces que provienen de un callejón entre edificios, justo el que íbamos a revisar en busca de material.

—... están sobreviviendo más de lo esperado. —Es una voz femenina, parece una Exterminadora—. El cabrón de Danvers lleva apostando por ellos desde el primer día y está forrado. Podría comprar compuesto Z para una década con lo que nos ha sacado.

Nos asomamos al pasillo: hay tres guardias sin casco. Me sorprende su aspecto; parecen dos chicos y una chica de nuestra edad. Están fumando algún tipo de sustancia inodora. Nos quedamos tras la pared para que no nos vean, escuchando la conversación que es evidente que trata de nosotros.

—Si los quieren muertos, ¿por qué no los matan sin más? ¿A quién le van a importar cinco niñatos menos? Más material para hacer el compuesto Z y listo.

—¿Eres imbécil, Aaron? —replica la chica—. Sabes de sobra que tenemos a esos bastardos de la Capital encima. Basta que uno de

nosotros quiebre el pacto de no agredir a humanos para que los Legisladores nos retiren todos los privilegios. Si el director hubiese hecho la Criba en la pista de atletismo sin pactarlo con los políticos, estaríamos en aprietos.

—No comprendo cómo el director tolera aún al Alto Consejo— responde el tal Aaron—. Podría darles por culo a todos en un instante.

—El mundo entero adora al director. No se va a jugar su prestigio por un hijo de puta y unas frikis de la Octava. ¿Para qué? Siguen saliendo cada noche ahí fuera. No sobrevivirán hasta la Forja.

—Eso díselo a Danvers —replica una tercera voz.

—Si sobreviven dos semanas más ahí fuera y encima se convierten en Intactos en la Forja, yo seré la primera en arrodillarme ante ellos —dice la chica entre risas—. Hay que ser un cabrón con un par de huevos para aguantar todo eso. Si lo hacen, yo creo que hasta el director los apoyará.

El ruido de sus pasos encaminándose hacia nosotras me indica que es el momento de largarnos. Lisa y yo intercambiamos una mirada tensa por todo lo que acabamos de escuchar.

—Astria tenía razón —dice Lisa cuando nos hemos alejado lo suficiente—. No pueden matarnos. Al menos, no sin quebrar un montón de leyes de la Capital. No sería un drama, pero afectaría a la imagen de Lord Z como salvador de los humanos.

—Eso solo puede significar que los Legisladores tienen ojos aquí, en la Academia. ¿Crees que deberíamos decirle a Robert...?

Mi pregunta muere ante la negación de Lisa.

—Lo compartiremos con Astria entonces —musito preocupada.

—Sabes que no podemos. Eso sería confesarle la verdad.

—¡Pero tiene que saberlo, Lisa! Ella sigue pensando que estamos aquí por su culpa, cuando en realidad se trata de nosotras y del hijo

de los Hunter. Ella y Hagel solo son víctimas colaterales... Astria está en Épsilon por ser nuestra amiga.

—No podemos sacar esa conclusión tan solo por esa conversación, Frida. ¿Recuerdas cómo trabajamos con las hipótesis en el laboratorio? Mi padre no nos enseñó... a pensar así.

La voz se le quiebra al mencionar a su padre y los ojos, ya enrojecidos, se le vuelven a llenar de lágrimas. La abrazo con fuerza antes de continuar nuestra búsqueda. Ella me sonríe otra vez.

—Frida, yo también la veo en Astria. Y quiero protegerla, pero contarle todo esto no va a servir de nada. Necesita dos amigas, no una carga más. Estoy convencida de que guarda sus propios secretos, no necesita el peso de los nuestros.

No me gusta tener que mantener estos secretos, pero Lisa tiene razón; es mejor que abrir viejas heridas y volver a sufrir por todo lo que perdimos. Incluso en la miseria, durmiendo al raso y huyendo día sí día no de hordas de Lánguidos, hemos redescubierto una felicidad que no sentíamos desde antes de... lo que pasó.

Como si el destino nos ofreciera una segunda oportunidad, lo volveremos a intentar, y esta vez lo haremos bien. Lo haremos mejor.

Por nosotras.

Por los que cayeron.

Por los que vendrán después.

Y sí, por supuesto, lo haremos por Astria.

Lisa
Una semana antes de la Forja

El zombi está a menos de un metro de Frida. Es ahora o nunca; si estoy aquí, es por ella, yo no soy importante. ¿Qué sentido tendría vivir en un mundo en el que ella no existiera? Sin su sonrisa para iluminarlo, sin su voz danzarina, sin su brillante intelecto.

La sujeto con firmeza y la empujo hacia el segundo nivel de la barricada. Me quedo frente a frente con el Lánguido. La carne putrefacta se le cae a tiras de la cara, le falta un ojo y el poco pelo que aún le queda salpica de mechas irregulares su cuero cabelludo. ¿Fue hombre o mujer? ¿Amó? ¿Odió? ¿Luchó? Eso ya no importa.

—Muere.

Le incrusto el cuchillo en la cuenca vacía y el engendro expira mientras cae hacia atrás, encima de sus compañeros que esperan ansiosos su turno para devorarnos. Y por fin confirmo mi teoría. Podría haber sido mi final, podría haber muerto en un instante. Sin embargo, el zombi ha dudado. Hay algo que los retiene, algo que les impide dar el golpe de gracia. Pero ¿qué puede ser?

—¡Lisa! Vamos, no te quedes ahí.

Astria me tiende la mano desde el segundo nivel. La agarro con fuerza y me aúpo por encima del murete defensivo.

Estas semanas de entrenamiento intensivo nos han hecho más fuertes, más ágiles y más resistentes. Las raciones militares nos aportan los nutrientes necesarios para optimizar el metabolismo y los éxodos —así hemos bautizado las persecuciones zombi, aunque Astria aún se debate para comprender su significado— se suceden cada dos días. Nos da tiempo a descansar, pero no lo suficiente como para acomodarnos. Seguimos montando la barricada tras abandonar la Academia, rogando por que no sea necesario utilizarla. Hoy no ha habido suerte.

—Gracias —le respondo a Astria, agradecida.

—¿Tiempo? —pregunta Astria hacia Robert y Nick, que siguen en el aro exterior.

—¡Un minuto! —grita Hagel.

—Pues replegaos al segundo, ¡ya!

Los chicos obedecen y se escurren por las rendijas hacia el segundo nivel, que bloquean desde nuestro lado. Parece que viviremos para ver un nuevo amanecer.

Mientras cruzamos las puertas, recuerdo que hoy es una fecha especial: queda tan solo una semana para la Forja.

—Seguimos sin avistar Devorados —comenta Astria frustrada—. Solo Lánguidos y algún que otro Furioso. ¿Cómo vamos a convertirnos en las mejores Intactas si no sabemos a qué nos enfrentamos?

—Calma —la tranquiliza Frida, sonriendo—. Estamos vivas, eso es lo importante por hoy.

Como guiadas por una cinta transportadora, nos dirigimos hacia el hangar donde entrenan a primera hora los Alfa. Nos sentamos junto a los chicos, esperando que aparezcan Niebla y el resto de los Exterminadores para iniciar la lección. La niñera asoma por una esquina y se coloca en su posición habitual contra la pared. Ya ni siquiera se sorprende de que sigamos vivas.

—Un día más, ¿eh?

—Los que sean necesarios —replica Robert.

—Ya me lo diréis cuando os encontréis en la Forja —dice la voz metálica con un deje irónico.

Haciendo caso omiso, nos levantamos y nos colocamos en posición de combate. Hemos entrenado cada día, sin falta. Los callos se han endurecido, las rodillas han cicatrizado y ahora somos mucho más letales que cuando llegamos hace un mes. En mi humilde opinión, luchamos mejor que los chicos del grupo Alfa. Ellos van

rotando, pero nosotros hemos acudido a todas las lecciones de Niebla. Incluso en la distancia, sin oír bien sus instrucciones, hemos aprendido a defendernos.

Astria ya ha logrado tumbar a Hunter en un par de ocasiones y se siente muy orgullosa de ello. No entraremos en detalles de cuántas veces la ha derribado a ella el gigantón, ya que he perdido la cuenta. Aun así, la chica del mechón dorado es, con diferencia, mejor luchadora que Frida o yo. También le pone el doble de ganas, para qué nos vamos a engañar. Nosotras somos ratas de laboratorio, y a mucha honra.

Al finalizar el entrenamiento, me toca hacer ronda con Nick. Aunque procuramos emparejarnos con él para que no cuchichee con Robert o discuta con Astria, debo confesar que se nos está acabando la paciencia: el chico es un auténtico desgraciado. Y un inútil, todo sea dicho.

—Creía que la niñera era ese —dice señalando al Exterminador de la pared—. Pero parece que os empeñáis en ponerme siempre vigilancia extra.

Me encojo de hombros por toda respuesta.

—Te crees muy lista, ¿verdad, Starlight? —insiste—. Con todos esos silencios, esas pausas místicas. Yo sé la verdad. Eres más tonta que las piedras, y por eso no hablas. Prefieres mantener el silencio para que nadie sospeche de tu capacidad mental.

Podría decirle que sinteticé mi primer veneno a los cinco años. También comentarle que mis teorías sobre la fusión nuclear fueron publicadas por la liga de eruditos de la Octava. Le podría explicar con todo lujo de detalles que mi aportación fue esencial para la creación del..., bueno, de eso prefiero no hablar. Podría defenderme de mil maneras, pero ¿para qué gastar saliva con este mendrugo?

Así que me vuelvo a encoger de hombros mientras sigo buscando material que podamos utilizar para la noche.

—¡Ja! Lo sabía. Tampoco es que se pueda esperar mucho de alguien de la Octava. Pensaba que en esa Reserva de bichos raros tendríais algo más de... vocabulario.

¿Vocabulario suficiente como para describir al detalle el proceso de creación de un nuevo átomo? Aunque lo tenga, no tengo por qué compartirlo con él ni con nadie. Prefiero emplear mis palabras con la mujer que amo, en lugar de malgastarlas con un idiota de remate que solo está aquí por ser amigo de Robert Hunter. Un ser de escasas habilidades que ya habría muerto diez veces de no ser por nosotros. Las chicas tenemos un contador de «veces que he salvado al idiota de Hagel». Astria va en cabeza con tres veces. Frida, dos y yo tan solo una. Robert lo ha salvado más veces, pero, como él no juega, me quedo con la tercera medalla.

—Podrías decir algo —insiste mientras se ajusta las gafas—. Siempre estás callada, y con esos ojos parece que estés sospechando todo el día.

Oh, y ahora empezamos con los ataques personales. Qué poeta, sobre todo teniendo en cuenta que esas gafas hacen que los suyos parezcan tres veces más grandes de lo normal. Yo habría optado por meterme con otro rasgo de mi cuerpo.

Lo único que me sorprende es que Robert tolere a este chico. No me extraña en absoluto que Astria quiera destrozarle el cráneo cada vez que pasan más de tres minutos juntos. No la culpo.

No encontramos nada útil en nuestra ronda. Es como si Nick tuviera un aura repelente de armas, equipo o cualquier cosa provechosa. Nos sentamos alrededor de desperdicios de los Delta y ocultamos las raciones en las chaquetas.

Lo cierto es que cada vez es menos necesario. Muchos días llega comida en buen estado: manzanas enteras, media tortilla, muslos de pollo sin tocar... Las chicas tienen la teoría de que los Delta nos están dejando comida, que empatizan con nosotros. Mi hipótesis es distinta.

En estas dos semanas no hemos visto ni a un Gamma ni a un Delta. Los Beta que ascienden están cada vez más demacrados, casi esqueléticos. Mi teoría es sencilla: si nos llega comida, es simplemente porque no quedan suficientes Delta para comer todo lo que ponen en la bandeja. Que muchos de ellos han muerto de hambre o de sed. Pero no quiero compartir esa idea con mis compañeros. Prefiero ver cómo les brillan los ojos pensando en la solidaridad ajena. Además, solo es una elucubración. Quizás estoy equivocada.

—¿Habéis encontrado algo? —pregunta Robert.

Niego con la cabeza. Nick suelta un bufido.

—Esta iba mirando las nubes —me señala con desprecio—, seguro que hemos pasado por alto algún cuchillo que ni siquiera ha visto.

—Nick... —advierte Robert, aunque demasiado tarde; ha encendido el fuego.

—Vuelve a hablar mal de ella y vas a comerte todo el cemento de esta explanada, gilipollas. —Astria lo fulmina con la mirada—. ¿Me has entendido?

Hagel no sabe dónde meterse, le tiene un miedo a Astria que no es ni medio normal. Como siempre, mira a Robert, escudándose en él.

—Esa te la has ganado, tío —dice el rubio, defendiéndome—. Eso ha estado fuera de lugar.

Nick, en una de sus habituales rabietas, se levanta enfurruñado y se marcha dando grandes zancadas hasta perderse más allá de la

estatua de Lord Z.

—No hacía falta insultar... —empieza Robert.

—No me toques lo que no suena, Hunter —dice Astria airada—. Encima de que no encuentra nada, viene quejándose. Es más inútil que las lanzas con cristales del primer día, que ya es decir. Tú deberías tomar su lugar en el plan de la Forja. Por mucho que me cueste admitirlo, me fío de ti más que de él.

—Nick cumplirá —afirma Robert alzando las manos conciliador—. Tiene mal genio, pero no es despiadado. Cumplirá con su parte.

El plan de Frida para la Forja surgió tras una conversación que escuchamos la semana pasada. Al parecer, nos llevarán en grupos a la Forja, en un transporte desconocido; no obstante, por sus comentarios, deducimos que una vez allí podremos localizarnos y reagruparnos. Así que hemos decidido que tres personas se quedarán en posición y dos irán en busca del resto, hasta reencontrarnos todos al final. Los dos buscadores serán Astria y Nick. Astria tiene que ir a por Frida o a por Robert, y Nick debe rastrearnos a Frida o a mí. Es un buen plan porque hay mayor probabilidad de que Frida esté a salvo desde el principio. O al menos acompañada.

El temor de Astria es que Nick se salte las normas y vaya directo a buscar a Robert; en ese caso yo sería la que quedaría más desprotegida. Pero el grandullón asegura que el gafitas cumplirá con su parte. Y no nos queda más remedio que creerle.

En cualquier caso, en una semana saldremos de dudas.

Devoraremos, o seremos devoradas.

Astria
El día antes de la Forja

Los días han dado paso a las semanas. Cada vez somos más fuertes, más listos y más eficientes matando zombis. Tras el terror de las primeras noches, hemos aprendido a mantener la cabeza fría.

No nos limitamos a sobrevivir, sino que aprendemos a hacerlo de la peor forma posible: practicando.

Hemos descubierto los patrones que siguen las hordas y cómo dispersarlas utilizando señuelos con nuestra ropa. Hemos logrado enmascarar nuestro olor para despistarlos y también usar sus propios cadáveres para frenar su avance.

Durante las tres semanas que llevamos durmiendo a la intemperie, hemos tenido más de diez encuentros con los zombis. Y como me temía, aún no hemos avistado a un solo Devorado. Eso me asusta. Si queremos lograr un rango alto en la Forja, debemos enfrentarnos a uno de esos monstruos demenciales. De momento, ni siquiera sé qué aspecto tienen.

La tensión entre los chicos y nosotras tres ha ido en aumento, en concreto con el idiota de Nick, que nos mira con un odio tan profundo que me cuesta entender. Le hemos salvado el culo en trece ocasiones, y aún nos observa con esa cara de superioridad. Ni una palabra de agradecimiento.

En el combate cuerpo a cuerpo he logrado derribar a Hunter en tres ocasiones; no hace falta entrar en detalles de cuántas veces me ha tumbado él a mí. Y, a pesar de los intentos de la niñera de frustrar nuestros entrenamientos con sus comentarios, hemos seguido practicando, impasibles.

Y mañana es el día. Al fin nos enfrentaremos a la Forja y demostraremos de qué somos capaces. Esta es la última noche fuera de la Academia. Según nuestras estimaciones, hoy no deberían aparecer zombis, pero estaremos preparados para cualquier cosa.

Cuando estamos a punto de salir al Yermo, la niñera me llama por mi nombre. Le dedico una mirada cargada de incredulidad: en todas estas semanas de entrenamiento apenas nos ha dirigido la palabra.

—Mañana es el gran día. ¿Cómo te sientes?

Sus palabras me dejan helada. Es la primera vez que me pregunta algo así. Tengo el ceño tan fruncido que se podría romper una nuez en él.

—¿Estás enfermo o algo? ¿A qué viene esa pregunta?

Se limita a encogerse de hombros. Puto casco... Me encantaría saber qué aspecto tiene, o al menos poder distinguir sus expresiones cuando habla.

—Simplemente quiero asegurarme de que estáis tranquilos. Vais bien preparados y...

Mi ceño fruncido da paso a mi cara de asombro. Se me seca la garganta, pero no me puedo quedar callada.

—¿Desde cuándo te importa mi puta tranquilidad?

La niñera guarda silencio durante unos segundos. Luego retoma la palabra con su tono calmado.

—Te irá bien. Solo quería decirte una cosa: cuando empiece la Forja, no busques a tus compañeros. Son una carga. Hazme caso; por tu cuenta, puedes conseguir ser una Intacta de alto rango. Ellos se convertirán en un lastre para tus ambiciones.

—¿Mis ambiciones? Pero ¿a ti qué te pasa? Maldito psicópata.

Antes de que me dé tiempo a mandarlo a la mierda, se marcha en busca de Frida. Uno por uno, se detiene un momento para hablar con todos, excepto con Hagel.

—¿Qué os ha dicho? —le pregunto a las chicas cuando nos reunimos.

—Me ha deseado suerte en la Forja y... nada más —dice Frida, visiblemente afectada por su interacción con el Exterminador. Lisa se

encoge de hombros y asiente, diciendo algo como «A mí también, un poco raro».

Salimos de la Academia por última vez para pasar la noche al raso. Lo hacemos más preparados que nunca, pero con las dudas que nos plantea el amanecer.

Mañana comienza la Forja.

Por primera vez, nos atrevemos a encender una hoguera en nuestra colina. Frida y Lisa están arrebujadas bajo una manta, abrazadas. Nick se limpia las gafas, probablemente dándole vueltas al silencio por parte de nuestro instructor. Robert está más allá del aro de luz, escrutando la oscuridad; aunque sabe que hoy no toca el ataque de una horda, sigue sin fiarse.

Yo, por mi parte, tengo la mirada fija en el fuego, sin ver realmente las llamas.

Mi mente vaga entre los recuerdos de estas tres últimas semanas de mi vida.

Una vida que, de una forma u otra, llegará a su final en las próximas horas.

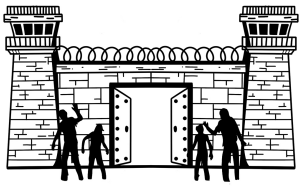
SEGUNDA PARTE

EL DESPERTAR DE LA HEREDERA





13



Bienvenidos al Matadero

Me esperaba muchísimas cosas para el día de la Forja.

Los helicópteros no estaban entre ellas.

A diferencia de los Alfa, e incluso los Beta, que estaban informados al detalle de cómo iba a funcionar la Forja, nuestra instrucción —más allá de los fragmentos de conversación que hemos captado entre Exterminadores— nos la dan la misma mañana antes de partir. Un Exterminador de rango siete nos mete en una habitación y nos hace un breve resumen.

—La Forja tiene lugar en los restos de una antigua ciudad anterior a la Guerra. Tendría un bonito nombre antes de los zombis; ahora la llamamos el Matadero. Es un emplazamiento ideal para la Forja porque la población de Dañados y Devorados es similar. Os transportaremos hasta el centro; cuanto más os alejéis, más peligrosos serán los enemigos. Habrá multitud de Exterminadores supervisando las pruebas. Es inútil pedirles ayuda, tienen orden de dejaros morir. Estáis solos.

Mientras habla, otros guardias me colocan un aro en el cuello de improviso. Ni siquiera tengo tiempo de protestar. Noto un pinchazo en la nuca.

—Os acaban de instalar los rastreadores —explica el instructor—. En el momento en que os infecten, pulsad el botón. Sentiréis un pinchazo que indicará al centro de mando si de verdad estáis infectados. Si es positivo y cumplís con los niveles aptos para vuestra transformación en Intactos, un equipo de extracción os recogerá. El equipo puede tardar entre cinco y diez minutos, tenedlo en cuenta para no morir en ese tiempo. Si tenéis preguntas...

Frida levanta la mano, entusiasmada.

—... haber estudiado —zanja el Exterminador sin dar pie a réplica —. Seguid a los guardias que tenéis a vuestra espalda, os llevarán al transporte.

Y ese transporte resultan ser enormes helicópteros de combate.

Había echado un vistazo a las lonas que los tapaban en los hangares, pero no me imaginaba que fueran tan gigantescos. Hay más de veinte de esos trastos en la explanada de la Academia. Como sospechaba, nos separan a los cinco y nos guían a helicópteros diferentes, así que me centro en mi parte del plan: debo tener claros los helicópteros en los que se suben Frida y Robert. Una vez que fijo su posición, mi única obsesión es no perderlos de vista en todo el trayecto.

En cuanto monto en mi helicóptero asignado, me coloco en un lugar desde el que tengo visibilidad por las puertas y las ventanas. Ni siquiera saludo a mis compañeros de viaje, aunque no puedo evitar sorprenderme ante la diferencia entre los grupos.

Hay un par de Alfa, con trajes blancos inmaculados, como los que llevábamos cuando llegamos en el tren. Tienen botas buenas y lo que más me llama la atención: armas. Fusiles colgados a la espalda,

pistolas en las cartucheras, mochilas con munición. Joder, yo apenas llevo un cuchillo mellado en mi bota, casi inútil después de matar a decenas de zombis con él.

Hay tres Beta con su ropa militar, de tela verde resistente. Tienen una pistola y fundas con machetes.

Los que supongo que son Gamma están demacrados; visten ropa sencilla de color marrón y botas desgastadas. Sus cuchillos tienen incluso peor aspecto que el de mi bota. Cuento a seis en mi transporte.

El olor de los Delta es aún más asqueroso que el mío, que ya es decir. Parecen vagabundos, con harapos impregnados de lo que estoy casi segura de que son excrementos. Ni siquiera les han dado un arma. Sin embargo, veo fuego en sus ojos. Veo supervivientes.

Reconozco a los Alfa y a los Beta de las clases de entrenamiento, he aprendido a luchar viendo sus errores. Y entre los Gamma creo que está una de las muchachas que seguía a todas partes a Hunter, pero no estoy segura porque tiene la cara llena de mugre.

Las aspas del aparato empiezan a girar y, antes de que pueda abrocharme el cinturón, estamos en el aire. Sigo con la mirada los helicópteros de Frida y Hunter. Mantengo la vista fija en sus transportes a pesar del vértigo que siento al ver la Academia transformada en una pequeña mota en la inmensidad del Yermo.

Uno de los chicos que está sentado delante de mí trata de decirme algo; con el ruido es imposible escucharlo, así que me limito a observar los dos helicópteros de mis compañeros en la distancia. Cada vez están más lejos, pero aún logro distinguirlos.

Llevamos poco más de media hora en el aire cuando al fin veo la ciudad. El paisaje me deja con la boca abierta.

Cientos de torres se alzan unas junto a otras, como si compitieran entre ellas. Parecen dedos que quieren arañar el cielo. Muchos de

esos extraños edificios han sido engullidos por la vegetación, que los ha convertido en descomunales bosques verticales. Pensaba que todo el Yermo era seco y árido, a juzgar por el aspecto del exterior de la Academia. Resulta que este mundo está lleno de vida... y nosotros no lo sabíamos.

La mayor parte de las cúspides de las torres planas parecen estar exentas de plantas. No tardo en comprender por qué: las usan para aterrizar.

No nos van a dejar en tierra, nos abandonan en lo alto de esas estructuras.

El helicóptero de Frida se pierde entre la maraña de torres; el de Hunter, sin embargo, aterriza relativamente cerca de mi posición. Maldigo para mis adentros, sabiendo que voy a tener que ir primero a buscarlo a él.

Las aspas del helicóptero siguen girando cuando un Exterminador, que esperaba en la azotea, nos hace salir del transporte.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! A partir de aquí, es cosa vuestra. ¡Buena suerte!

Una vez que hemos desembarcado todos, y sin añadir una palabra más, se sube en el aparato, que alza el vuelo. Nos apartamos para que la corriente que generan las hélices no nos arrastre, y algunos se quedan mirando cómo se aleja el helicóptero.

Yo no; para cuando el transporte echa a volar, ya estoy descendiendo unas escaleras que parecen eternas.

Sorprendentemente, la visibilidad en el interior de la estructura es buena. Hay muchísimas ventanas por las que entra la luz y, aunque huele a humedad, no detecto el olor a podrido que desprenden los zombis. Mis compañeros de vuelo son mucho más cautelosos y bajan poco a poco, pero yo confío en mis instintos: esta torre está vacía.

Aprovecho para comprobar el cuchillo que le he robado al Alfa mientras miraba embobado el helicóptero marcharse. Es bueno, mucho mejor que el de mi bota. Sabiendo que los zombis se mueven por el olor y el sonido, llevar una pistola no me parece una idea brillante.

Recuerdo los apuntes de Acorazado de Lisa: «Nada de armas de fuego con los zombis, es el primer paso para que una horda acabe contigo». ¿Es que no han aprendido nada en sus clases?

Tras lo que parece un descenso infinito, alcanzo la planta baja. Estoy algo mareada y noto las piernas cargadas, aunque, comparado con el entrenamiento del último mes, esto no es nada.

Al salir al exterior, un fogonazo de luz de la mañana me ciega durante unos instantes. Entonces puedo ver la calle. La hierba crece salvaje a trompicones entre trozos de cemento gris y negro. Algunos bultos, que imagino que en su día fueron vehículos, están desperdigados, cubiertos de plantas y herrumbre. Es como si un ejército de arbustos y árboles hubiese conquistado la vieja ciudad. Aun así, hay algo que ni siquiera el poder de la naturaleza puede enmascarar: el tremendo hedor a podrido que desprenden los zombis.

Al otro lado de la calle, junto a la puerta de un edificio, deambulan un par de Dañados. En lugar de huir, me acerco a ellos corriendo. Son de clase dos: Furiosos, más agresivos que los Lánguidos, pero igual de lentos.

Nada que mi cuchillo no haya solucionado en el pasado. Con dos puñaladas en sus cráneos ablandados, los elimino antes de que puedan girarse a por mí. Ahora viene la parte asquerosa.

Abro uno de los cadáveres y empiezo a restregarme por encima sus vísceras descompuestas. Ya estoy acostumbrada al hedor y, aun

así, me vienen un par de arcadas. No es agradable, pero enmascara mi olor y me permite avanzar más tranquila hacia mis compañeros.

Me detengo para analizar la situación; siempre es el primer paso. Localizo el edificio donde ha aterrizado Hunter, al norte de mi posición. Una gran calle repleta de esos antiguos vehículos de transporte cubiertos de musgo y flores conecta su torre con la mía. Teniendo en cuenta que no hay más zombis a la vista, lo más sencillo es caminar en línea recta.

Antes de marcharme, aprovecho los harapos que vestían los cadáveres para cubrirme las botas. Así consigo amortiguar mis pasos y es más difícil que los zombis me sigan el rastro.

Justo cuando termino de anudarme el trapo, mis compañeros de viaje empiezan a salir con prudencia de la torre. Están jadeando. ¿Tan cansados por unas pocas escaleras? Al verme agachada junto a los zombis, cubierta de tripas y despojos humanos, me confunden con una de ellos.

—¡Se... se los está comiendo! —grita uno de los Alfa, haciendo aspavientos para agarrar su rifle.

Por un instante, temo que vayan a dispararme; sobre todo, me da pánico ese idiota Alfa que no parece saber ni cómo se sostiene el arma. Aunque estoy convencida de que ese chaval no acertaría ni al muro de la Academia a tres pasos de distancia, me preocupa el ruido. Al final, por suerte, en lugar de atacarme, el grupo sale corriendo en diversas direcciones.

Me los quedo mirando perpleja. ¿De verdad no han aprendido nada en estas tres semanas? ¿Qué han estado haciendo en las clases?

Los gritos no tardan en llegar.

En la lejanía se escuchan voces agónicas; el miedo es el enemigo más fuerte al que nos vamos a enfrentar aquí. Trato de no pensar

demasiado en los caídos mientras me dirijo a la torre de Hunter, pero es complicado cuando a cada paso se oyen gritos y lamentos. Por un instante, vuelvo a estar en la pista, ante el montón de cadáveres desmembrados; vuelvo a ver a Tom ahogándose en su sangre. Todo se acumula en mi mente bajo ese ruido imposible de ignorar: el sonido de la muerte.

A unos metros de mí, en un recodo, se escucha un sonido distinto: el de una ráfaga disparada por un fusil semiautomático. Mierda. Solo pueden haber sido esos Alfa idiotas que han salido de la torre. He querido marcharme tan rápido a salvar a los míos que me he olvidado por completo del resto, y ahora ese cabrón nos ha condenado a todos.

Primero noto una vibración; una pequeña piedra en el suelo rueda entre mis pies.

Después me llega el olor, ese hedor podrido que va en aumento.

Y al fin los veo. Salen de todas partes sin control: una horda de zombis que se dirige al núcleo del sonido como una mosca atraída por una letrina sin limpiar.

Estoy jodida.

A mi alrededor hay Dañados de todas las clases, desde Lánguidos hasta Infractores. Pero, por encima de ellos, localizo al primer Devorado que veo en mi vida, y es inconfundible. Se trata de un Carroñero, el rango más bajo entre los Devorados; aun así, la sangre se me queda congelada en las venas.

Se comieron un brazo de ese ser; si era hombre o mujer, es imposible identificarlo. Distintas protuberancias le surgen de todo el cuerpo, pero me llama la atención su hombro, de donde le crece una extremidad bulbosa, en continuo movimiento, que parece que hierva por dentro. Frida me ha contado que los zombis no tienen el sentido

de la vista como nosotros, pero, joder, juraría que ese monstruo tiene la mirada fija en mí.

Los Dañados me rodean y me ignoran por completo, directos hacia el sonido de las armas. Con el corazón latiendo a mil por hora, trato de respirar hondo y dirigirme al edificio más cercano en silencio. Aunque sé que mi olor está enmascarado para los zombis más inofensivos, no tengo claro que ese Devorado no pueda olerme por debajo de la capa de podredumbre que llevo encima. Como no quiero averiguarlo, me voy separando de la horda despacio, en dirección a la torre que queda justo a mi derecha. Contengo la respiración los últimos pasos antes de abandonar definitivamente el grupo y acceder a la entrada desierta.

Respiro fuerte y con dificultad. No había pasado tanto miedo ni siquiera en la pista. Notaba los alientos de los zombis en mi oreja, sus dientes castañeando a mi alrededor. Me cago en el desgraciado Alfa que ha disparado, como lo pille...

Esta torre es mucho más oscura que en la que me han soltado a mí. Espera, ¿solo han pasado unos minutos? Parece que llevo días en este lugar infernal. El interior está vacío, así que busco otra salida que me permita esquivar a la horda.

De repente, caigo en un detalle que había pasado por alto. Podría haber dejado que uno de esos Dañados de clase dos me hiciera un pequeño rasguño y haber superado la Forja en unos pocos minutos. Incluso podría haber intentado infectarme con ese Devorado que había en la horda. No obstante, he seguido mi plan de buscar a Hunter por encima de todo. ¿Por qué?

Me obligo a recordar mi promesa de convertirme en la mejor Intacta. Me convenzo de que debo ayudar al grupo antes de pensar en infectarme. No pienso salir de aquí sin ellos.

Trato de abrir una puerta que da al callejón lateral, pero está atascada. Si la echo abajo podría llamar la atención de la horda, así que sigo buscando hasta que encuentro una ventana con el cristal roto. Consigo salir al exterior, unos metros más allá de la puerta bloqueada.

En la calle principal —por la que he entrado al edificio— la horda avanza con lentitud, pero el callejón al que he salido está libre de zombis. Me alejo de la avenida repleta de engendros en dirección contraria. Es entonces cuando noto un movimiento sospechoso por el rabillo del ojo.

Un muchacho está agazapado contra unos cubos metálicos, lloriqueando y temblando. Reconozco su ropa y su cara: es uno de los Alfa que viajaban conmigo. Tiene la piel oscura como Frida y el pelo igual de rizado. Mi primer impulso es abandonarlo a su suerte y seguir hacia la calle vacía; seguro que es el idiota que ha apretado el gatillo. Doy un bufido tras pensarlo durante un segundo. A veces, tener humanidad puede resultar exasperante.

Me acerco con cautela y él alza la mirada. Me apunta con su arma temblorosa y levanto las manos al instante.

Joder, al final me van a matar por imbécil.

Antes de que diga nada me llevo un dedo a los labios para que el idiota no se ponga a gritar. Es incapaz de controlar el tembleque de sus manos y no para de sollozar.

—Cálmate —susurro—. Cálmate o nos matarán a los dos.

El chico se enjuga las lágrimas con el dorso del traje de licra blanca, cubierto de barro y suciedad, aunque apenas llevamos diez minutos en la Forja. La voz le tiembla al hablar.

—Han matado a James... Se lo han co-comido... Él estaba asustado y disparó y... entonces... entonces...

Gracias al cielo el muchacho solloza con un hilo de voz. Miro hacia los zombis, pero no parecen reparar en nosotros. Él baja el arma.

—Soy Astria Liverman, estoy en el grupo de...

—Sé quién eres, Liverman. To-toda la Academia lo sabe. La que le pegó un tiro a Acorazado el primer día de clase. Tú y el resto de Épsilon sois una especie de... de leyenda urbana. Dicen que habéis sobrevivido ahí fuera.

Me quedo boquiabierta ante sus palabras. ¿En la Academia todos saben quiénes somos? Ni siquiera me lo había planteado. Opto por cerrar mi bocaza y asentir. Le tiendo la mano.

—Me llamo Morty —añade con un hilo de voz.

—Morty —repito, tratando de memorizarlo—. Si quieres sobrevivir a la Forja no puedes quedarte ahí. Tienes que practicar las técnicas de relajación que nos enseñó Tempestad. ¿Recuerdas las estrategias que Acorazado nos repetía en sus clases?

—N-no sé... N-no hubo más clases.

—¿Qué quieres decir? —pregunto confundida—. Os hemos estado viendo entrenar en el hangar todos los días. Cojeas un poco de la pierna derecha y sobrecompensas con la izquierda. El tal James te tumbaba tres de cada cuatro veces.

Morty abre mucho los ojos. No me sé sus nombres, pero conozco la forma de luchar de casi todos mis compañeros. Cuando lo único que haces es imitar a otros, acabas detectando sus pequeñas manías y defectos.

—Era lo único que hacíamos —dice él entre sollozos apagados—. El resto del día nos dejaban ver películas o comer lo que quisiéramos en la cantina. Solo hubo clases la primera semana.

Niego con la cabeza. No acabo de entender lo que me está diciendo. Si no han entrenado ni siquiera a los Alfa, ¿nos han

mandado a todos a morir? Veo a los Lánguidos pasar por la avenida, ajenos a nuestro callejón, y se me ocurre una idea.

—¿Te importa regresar siendo un Exterminador de rango diez?

Morty niega con la cabeza enérgicamente.

—Solo quiero salir de aquí.

—Bien.

Me acerco con sigilo al extremo de la calle que da a la avenida, donde la horda sigue avanzando inexorable hacia el punto en el que han escuchado el disparo de James. Lanzo un cascote hacia el grupo, que impacta en el cuerpo de un Lánguido. El zombi se separa del resto y se interna en nuestro callejón. Con paciencia y sin atisbo de miedo, dejo que se aproxime hasta la posición que ocupa el chico.

—Morty, he traído a un Lánguido. Vamos a dejar que te infecte y podrás regresar a la Academia. Te va a doler, pero tienes que prometerme que no gritarás.

El muchacho asiente. Lo obligo a ponerse en pie y le quito el arma y la munición. Me las entrega dócil como un cervatillo. Saco el cuchillo de mi funda y él lo mira con los ojos muy abiertos.

—¿Ese es mi cuchillo? Lo perdí al bajar del helicóptero.

Mierda. Me sabe mal por el chaval, pero disimulo.

—¿Tú qué crees? ¿De verdad piensas que este es tu puto cuchillo?

Morty palidece y niega con la cabeza aturdido. Joder, ahora me siento como una mierda por habérselo robado, pero ni de coña le voy a admitir que he sido yo.

—N-no. Es solo que..., bueno, es muy parecido.

—Todos los cuchillos son parecidos —intento suavizar el tono y relajar los hombros—. Y para tu información, yo soy más de dagas. Presta atención, el zombi se acerca. Arremángate el brazo izquierdo.

Puedes dejar que te arañe o te muerda, pero no dejes que te arranque la carne, ¿entendido?

Morty asiente y se sube la manga. Yo me coloco detrás del Lánguido, que solo es capaz de oler a Morty.

El engendro se precipita sobre el chico, que se protege con el brazo desnudo. Los huesos de los dedos descarnados se clavan en su antebrazo y gime del dolor. Antes de que los dientes se acerquen a él, le incrusto mi cuchillo en la coronilla.

El cadáver cae inerte y Morty junto a él, sujetándose la herida y mordiéndose el labio inferior para no chillar.

Me agacho a su lado y pulso el botón de su collar. El sonido del pinchazo acompaña su gesto de dolor. Espero que el color de la luz cambie...

Rojo.

Rojo.

Rojo...

Verde.

Suspiro aliviada y le doy unas palmadas en el hombro.

—Ya estás infectado, Morty. En unos minutos vendrán a por ti. —Le señalo la ventana—. Trepa por ahí y quédate dentro, no tardarán en venir a buscarte.

—Me has salvado la vida, Astria —dice al borde de las lágrimas.

Miro al zombi muerto en el suelo y luego a él. No sé si a lo que nos espera ahora podríamos llamarlo vida, pero al menos estará a salvo. Comprendo que, sea lo que sea lo que me depare esta Forja, ha valido la pena si he podido salvar una vida. Aunque sea la de este muchacho llorica. «Aún tengo mi humanidad, no me la arrebatarán».

—Venga, te ayudo a subir.

—¿No vienes conmigo? —me pregunta aterrorizado.

—No, Morty. Tengo que buscar a mis amigos.

Me mira con el ceño fruncido.

—En la Academia nadie hace amigos.

Cierro los ojos y pienso en Frida y en Lisa. Y también en esos dos imbéciles. Sigo viva gracias a todos ellos. Me encojo de hombros.

—Yo no soy como los demás.

Asiente, algo confuso, asimilando mis palabras. Termina por sonreír a pesar de la mueca de dolor.

—Jamás olvidaré esto.

—Ahora preocúpate por sobrevivir otros diez minutos hasta que vengan a buscarte. Quédate ahí dentro y no hagas ruido.

Una vez que pierdo de vista a Morty, vuelvo a analizar la situación. La horda parece estancada a mi izquierda, así que me desplazo hacia la derecha hasta salir a una avenida muy similar, pero desierta. Desde aquí también puedo llegar a la torre de Hunter, que está un poco más adelante. Vigilando a mi alrededor con mucha cautela, camino sin hacer ruido, gracias a los harapos que envuelven mis botas, en dirección al lugar en el que he visto aterrizar el helicóptero.

Ya solo quedan tres torres para alcanzar la de Hunter. Mientras avanzo, repaso mentalmente el plan para reagruparnos.

Si todo va según lo previsto, Frida, Lisa y Hunter permanecerán donde los hayan dejado, asegurando su posición hasta que el buscador asignado llegue. Hagel debía ir a buscar a Frida o a Lisa. Yo a Hunter o a Frida. En cualquier caso, Frida debería quedar más protegida que nadie.

Ahora el resto de los escenarios no importan. Yo voy a por Hunter y Hagel tiene que haber ido a buscar a Frida o a Lisa. En cualquier caso, todos tenemos que terminar en la posición de Lisa, ese es el punto para reagruparnos.

La idea esencial del plan es que la búsqueda sea unidireccional, para que no estemos dando vueltas como imbéciles. Si todos cumplimos con nuestra parte, no habrá ningún problema.

Hagel es el único que me preocupa. A pesar de todo lo que hemos pasado juntos, me mira con un odio que no alcanzo a comprender. ¡Si le he salvado el culo en más de tres ocasiones! Aunque yo propuse que Lisa y yo fuéramos las buscadoras, el grandullón y don gafotas insistieron en que uno de ellos debía ser el cabecilla del segundo grupo. Yo prefería a Hunter, insistí en ello, pero... al final, las cosas no han salido como yo quería. Y eso me pone de los nervios.

—Todo saldrá bien —me digo a mí misma.

Al fin alcanzo el edificio de Hunter. Por desgracia, desde este lado no hay ninguna entrada. Lo rodeo por el callejón hasta llegar a la avenida, donde estaba la horda. Al asomarme a la esquina, veo que la masa de zombis se ha detenido, como si se hubieran topado con un muro invisible.

Ya lo he visto alguna vez durante los ataques nocturnos en el Yermo. Por un motivo que no alcanzo a comprender, las hordas se detienen y se quedan dando tumbos en un punto determinado, como si se hubieran puesto de acuerdo para ello.

Hay un pequeño grupo apostado en la entrada del edificio. Al principio me da la sensación de que son unos cuantos Dañados extraviados, pero al acercarme distingo voces y sonidos humanos.

—¡Una Lánguida! —exclama uno de ellos.

Alzan las armas en mi dirección.

—No disparéis, joder —digo levantando las manos de nuevo.

Parecen darse cuenta de que soy humana, porque bajan las armas.

Entre el grupo, de seis o siete Candidatos, la inconfundible figura de Hunter alza el brazo para saludarme.

«Bien. Todo va bien».

Durante un instante, me siento calmada y tranquila.

Pero, cuando doy unos pasos en su dirección, se me cae el alma a los pies.

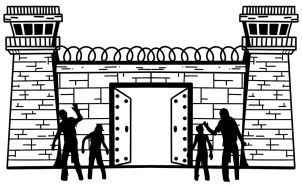
Nick Hagel está justo detrás de Hunter. El hijo de puta se coloca las gafas y alcanzo a ver cómo una de sus comisuras se alza levemente cuando me ve.

Mis peores temores se han confirmado. Ahí fuera están Frida y Lisa, aisladas, indefensas y sin saber que quizás no las pueda encontrar.

La sangre me hierve mientras aprieto el cuchillo de Morty con fuerza.

Hoy no solo voy a matar zombis.

14



Los horrores de la Forja

Lo voy a matar. Joder, lo voy a matar y le voy a arrancar las tripas.

El cabrón de Hagel me la ha jugado. En lugar de localizar a Frida o a Lisa tal y como pactamos, se ha ido de cabeza a buscar a su amigo y las ha dejado colgadas.

—¡Hijo de puta! —grito mientras corro hacia él, cuchillo en mano.

El bastardo se esconde aún más detrás de la espalda de Hunter, que se interpone en mi camino y me agarra por las muñecas.

—¡Suéltame, Hunter! —aúllo enloquecida—. Te juro que lo mato.

—¡Tranquila, Liverman!

Estoy fuera de control. Solo quiero abalanzarme sobre ese desgraciado que, encima, me está mirando con cara de satisfacción sabiendo que el grandullón lo protege.

—¿Dónde está Frida? —le grito mientras forcejeo con Hunter—. ¿Y Lisa? Eres incapaz de seguir una puta orden. ¡Yo te mato, gilipollas!

Antes de que se coloque las gafas ya sé que va a mentirme.

—Perdí el rastro de sus helicópteros —explica con voz de no haber roto un plato—, pero, por casualidad, alcancé a ver el de Rob y tomé una decisión.

—¡Y una mierda! Eres un puto desgraciado, Hagel —grito por encima del hombro de Hunter—. Ojalá se te coman vivo. ¡Están solas y muertas de miedo! Eres un cobarde.

—¡Liverman!

Hunter me agarra con fuerza y pone su cara delante de la mía. Demasiado cerca. La rabia y la ira se detienen por un instante.

«¿Dónde estoy?».

—Quítame las manos de encima, Hunter.

—Tienes que calmarte. Van a venir todos los zombis del Matadero como sigas gritando así.

Me obligo a respirar hondo. Tiene razón. El corazón me late con fuerza en el pecho, como si quisiera darme energía para destrozar a ese maldito bastardo.

—Astria, yo sé dónde está Frida. Allí, en dirección este. —Hunter emplea un tono conciliador mientras señala unas torres a nuestra derecha—. Es aquella especie de castillo con vetas rojas. Te estaba esperando antes de ir hacia allá. Vi que tu helicóptero aterrizaba muy cerca y supuse que vendrías a por mí. No ha pasado ni media hora. Estarán bien. ¿Vamos a buscarla?

¿Solo llevo aquí media hora? Busco el sol, pero apenas sobresale del horizonte entre los edificios.

—¿Vais a alejaros del centro? —dice un chico del grupo, con ropa de Alfa—. ¿Estás loco, Hunter? ¡Ahí están los Devorados!

Los había visto de lejos, pero hasta ahora no he reparado en ellos. Son seis: dos Alfa, un Beta, dos Delta y una Gamma. Todos me miran con terror en los ojos, como si vieran un fantasma. Después

de conocer a Morty no me sorprende que estén tan cagados de miedo.

Respiro un momento de nuevo y trato de reprimir mis instintos asesinos.

—¿Quiénes son estos pardillos? —pregunto mirando de reojo al cabronazo de Hagel.

—Cuando hemos aterrizado me he ofrecido a ayudar a quien quisiera —responde Hunter, tratando de aplacar mi ira con su tono suave—. Ellos se han quedado, el resto se ha dispersado.

—¿Les has contado nuestro plan?

—Esperaba que me ayudaras con esa parte.

Suspiro y cierro los ojos otra vez. Consigo tranquilizarme un poco. Está claro que Hagel es un gilipollas, pero no hay tiempo que perder. Tengo que ir a por Frida y Lisa cagando leches. No puedo dejarlas solas.

—Somos Épsilon y, quitando a ese mierdecilla de Hagel —lo señalo —, tenemos un pacto entre los cinco: nos vamos a agrupar y nuestra intención es infectarnos por Devorados para conseguir un rango elevado en la Academia.

La chica Beta da un respingo al escucharnos; la reconozco: es Jade, la chica con la que tuve algún roce en mis primeros días. En aquella época me parecía un mundo, pero ahora no me podría importar menos. Los Alfa nos miran con los ojos desorbitados; los Delta niegan con la cabeza. La muchacha de Gamma, una joven al borde de la desnutrición, creo que es la única que aprueba nuestro plan.

—No tenéis por qué venir con nosotros. Si queréis regresar a la Academia de una pieza, os ayudaré. Buscamos a un Lánguido para que os arañe y en menos de una hora estáis de vuelta como

Exterminadores de rango diez. Si queréis una posición más elevada, que sea bajo vuestra propia responsabilidad.

Todos, incluso Jade, azorada, piden ser convertidos por Lánguidos. Salvo la chica Gamma, que se llama Elsa y decide acompañarnos a buscar a Frida y a Lisa.

Aprovechando la horda que se ha detenido en la avenida, atraigo con un par de piedras a un Lánguido, y Hunter lo sujeta mientras los Candidatos se dejan infectar. Uno a uno activamos sus collares, que se iluminan en color verde.

—No olvidaré esto, Liverman —me dice Jade—. Siento lo que pasó entre nosotras.

—Está olvidado, Jade. Espero verte cuando vuelva.

Ella me pone un brazo en el hombro justo cuando unos Exterminadores aparecen por un callejón.

—Te estaremos esperando, general.

Los Exterminadores escoltan al grupo hacia las afueras y nos quedamos nosotros cuatro. En total, la operación no nos ha llevado más de quince minutos. Ni siquiera es mediodía cuando nos dirigimos hacia la torre de vetas rojas, donde nos espera Frida.

Camino un poco adelantada, con Elsa. Hunter y el maldito traidor nos siguen a escasos pasos de distancia. Han aprovechado el cadáver del Lánguido que usamos para convertir a Jade y los demás para enmascarar su olor, y ahora, cortesía de nuestros inesperados amigos, todos vamos bien armados. Tenemos un cuchillo de sobra y armas de fuego, que usaremos como último recurso.

—¿Cómo sabes tanto sobre zombis? —me pregunta Elsa—. ¿Tus padres estaban en un equipo de respuesta o algo así?

Le muestro una sonrisa triste.

—Ni siquiera había visto un zombi hasta hace un mes. Yo vengo del Vertedero, la Décima. A pesar de ser un pozo de mierda, es una

de las Reservas más grandes. Vivía en un núcleo urbano que estaba a dos días a pie del vallado más cercano. Además, me crie en un orfanato; mis padres murieron cuando yo era un bebé.

—Oh, lo siento —dice realmente apenada.

—No te preocupes, fue hace mucho tiempo. No suelo pensar en ello.

Elsa mira hacia los chicos.

—Ellos parecen fuertes, pero se nota que eres tú la que está al mando. En serio, ¿cómo has podido aprender tanto?

La miro de arriba abajo. Parece estar a punto de desmoronarse y me da miedo preguntar. ¿Qué les han hecho a los Gamma en la Academia? Prefiero centrarme en nuestra experiencia.

—Hemos dormido fuera de la Academia todas las noches, Elsa. Nos hemos pasado todo el mes huyendo y esquivando hordas de zombis.

Elsa se queda boquiabierta, observándome con los ojos desorbitados. Apenas logra susurrar un «guau».

—¿No lo sabíais?

—No teníamos ni idea. A los Gamma nos hacían dormir en la explanada trasera de la Academia; siempre me pregunté dónde os harían pasar la noche a vosotros. Pero, vaya, entre los entrenamientos y las clases...

—Espera, ¿has dicho las clases? Creía que tras la primera semana los profesores habían dejado de impartir clase.

¿Morty me había engañado?

—Bueno, no eran exactamente clases —murmura Elsa—. Pasábamos el día entrenando y corriendo. Venían a la cantina mientras nos comíamos las sobras mugrientas de los Beta y se sentaban en nuestra mesa. Hablaban con nosotros durante una media hora, nos daban consejos muy útiles de supervivencia. A mí

me parecía muy extraño, pero intentamos aprovechar cada una de sus palabras.

Así que los Gamma se comían las sobras de los Beta. En fin, seguramente tendrían más categoría que la roña que nos dejaban a nosotros los Delta. Sin embargo, hay algo que me escama.

—¿Cómo puede ser que a los Alfa no les dieran clase y a vosotros sí? No tiene sentido...

Me mira con el ceño fruncido, confusa.

—¿Acaso tiene algo sentido en este mundo? —Se encoge de hombros, restándole importancia—. Tampoco llamaría clases a esas charlas con Acorazado; básicamente nos repetía hasta la saciedad los pasos para sobrevivir en el Yermo.

Doy un respingo al recordar la misteriosa nota que me indicó que memorizase esos mismos pasos. Creo que, si hemos sobrevivido, fue en parte gracias a ello. Me imagino todo lo que debe haber pasado Elsa, y le dedico una sonrisa triste.

—Joder, Elsa. Yo... lo siento mucho.

Ella sonríe.

—¿Cómo vas a disculparte? Nosotros al menos dormíamos dentro de las murallas. Yo supe que estaba muerta desde que me tocó un puesto aquí en el Crisol. Estas semanas han sido un préstamo del universo.

Suena igual que Frida. Trato de no emocionarme, pero es difícil.

Instintivamente, echo un vistazo a mi alrededor. Las calles están desiertas, no hay hordas a la vista. Aún nos quedan tres torres para llegar a la de Frida.

—¿Por qué preguntabas lo de las clases? —me pregunta entonces.

—Yo... pensaba que los Alfa y los Beta sí estaban recibiendo más instrucción. Los veíamos entrenar todos los días y pensaba que... estarían listos para esto. Pero ahora descubro que lo único que

tenemos son niños asustados con armas de fuego. Que firmarán su sentencia de muerte si las disparan. Paradójicamente, los Delta y los Gamma parecéis mucho más preparados para luchar que ellos... a pesar de que vistamos andrajos.

Como si mis palabras fueran una maldición, escucho unos disparos más adelante.

Vienen del edificio de vetas rojas.

—¡Joder! ¡Vamos, rápido!

Corro hacia el edificio más deprisa que en la pista de la Criba. Tras ese disparo, lo más probable es que una horda lo acabe rodeando. Tenemos que sacar a Frida de ahí antes de que lleguen los zombis.

Elsa y yo llegamos a la entrada, que está desierta. El ruido los habrá alertado, así que ya es inútil guardar silencio.

—¡Frida! —Mi voz resuena en la ciudad fantasma—. ¡Frida! ¡Estoy aquí!

—¿Astria?

La voz de Frida llega débil desde el interior. No me ha gustado nada ese tono. Me precipito dentro con un único pensamiento en la cabeza: si le ha pasado algo, Nick Hagel lo va a pagar con creces.

El edificio en el que han dejado a Frida apenas tiene ventanas y no podemos ver más allá del resplandor que llega de la calle. Tardo unos segundos en acostumbrarme a la penumbra. Detecto movimiento en una esquina y levanto el cuchillo de forma instintiva. ¿En qué momento lo he sacado de la funda?

—¿Frida?

—Estoy aquí, Astria —murmura—. Estoy aquí. No puedo moverme.

Llego al bulto y me doy cuenta de que Frida está atrapada bajo el cuerpo de un enorme Candidato con el uniforme de un Alfa. Me imagino lo que ha pasado, pero tengo miedo de confirmarlo. Aparto el cadáver que tiene encima. Me suena el rostro del chico, lo he visto

entrenando alguna vez mientras los imitábamos. En cuanto puede moverse, Frida se aferra a mi cuello.

Está temblando.

—¿Estás herida?

—N-no, la sangre es suya.

—¿Has disparado tú?

Frida se deshace en sollozos.

—Yo... Yo no... Él quería...

Un rápido vistazo al cadáver confirma mis sospechas. Tiene el pecho empapado de sangre y la bragueta abierta con el miembro fuera. Frida tiene los pantalones bajados a la altura de las rodillas.

¡Maldito hijo de puta! ¿A quién se le ocurre hacer esto en una situación de vida o muerte?

—¡Elsa! ¿Puedes venir un momento?

La chica se acerca y se lleva una mano a la boca al descubrir el cadáver del Alfa. No tarda en comprender el contexto y asiente en silencio. Me quito la chaqueta y se la ato a la cintura a Frida, que me sonríe agradecida mientras se sube los pantalones. ¿Cómo puede hacerlo en un momento así? Trato de devolverle la sonrisa, pero la ira me corroe por dentro. Miro a Elsa y le hago una seña hacia la puerta.

—Esta es mi amiga Elsa, Frida. ¿Puedes quedarte con ella un momento?

Elsa se la lleva hacia la entrada mientras yo registro el cadáver. Le doy dos puñaladas en el cráneo para asegurarme de que no se convierta en zombi. Y otras cinco por pura rabia. También le corto un trozo que ya no va a necesitar más.

Nunca más.

Dos minutos más tarde, ya estamos todos fuera. Hunter y Hagel se han quedado en la entrada vigilando y no han visto nada de lo

que ha sucedido.

—Frida, ¿estás bien? —pregunta Hunter. Por su tono casi podría parecer que se preocupa de verdad—. Sentimos no haber llegado antes. ¿Qué ha sido ese disparo? ¿Y toda esa sangre?

Yo no escucho. Solo puedo mirar a Nick con la mirada más cargada de odio que he dirigido a nadie en mi vida. Aprieto el cuchillo con fuerza; aún está manchado con la sangre de aquel cerdo.

—A un idiota de Alfa se le ha disparado la pistola porque no le ha puesto el seguro. Se desangró —responde al instante Elsa.

—Pues tenemos que movernos rápido —dice Hunter, ajeno a lo que acaba de pasar—, hay que buscar a Lisa.

Joder. Joder. ¡Lisa!

Por un momento, yo también olvido lo que ha pasado. Agarro a Frida por los hombros y la miro directamente a los ojos.

—¿Viste hacia dónde se dirigía el helicóptero de Lisa?

Frida niega, aún algo conmocionada.

—N-no, no llegué a ver dónde aterrizaba.

Las manos me empiezan a temblar sin control. Hunter no sabe dónde aterrizó Lisa ni yo tampoco. Mi única esperanza era que Frida lo hubiese visto. Si nadie la tiene localizada va a estar esperando, sola, hasta que lleguen los zombis y...

—Yo sí lo vi.

La voz del cabrón de Hagel me envenena los oídos. El cuchillo me quema en la mano, y me quedo mirando la hoja teñida de color rojo intenso. Me imagino lo fácil que sería clavarlo a través de esas gafas y atravesarle el cerebro. Reprimo todos mis instintos asesinos.

Yo no soy así.

No quiero ser así.

La voz me tiembla al hablar.

—Desgraciado de mierda. La viste y te fuiste corriendo a lamerle las botas a tu dueño.

Hunter, en lugar de ofenderse, mira a su amigo sorprendido.

—¿Es cierto, Nick? ¿Sabías dónde estaba Lisa y viniste a buscarme a mí?

—Yo... necesitaba saber que estabas bien.

Voy a abalanzarme sobre él, joder. Lo voy a matar. ¿Asegurarse de que estaba bien? ¿El chaval musculado de dos metros? El cuchillo ya me arde en la palma, como si me gritase «mátalo».

Entonces sucede algo que me anula los sentidos. La boca se me queda abierta más tiempo del que me gustaría, pero es que estoy alucinando.

Robert Hunter le acaba de soltar tal puñetazo en la cara a Hagel que lo ha tirado al suelo.

—¿Cómo puedes ser tan idiota, Nick? —grita furioso—. Ellas se han estado jugando la vida con nosotros todo este tiempo. ¡Nosotros no somos así!

Hagel escupe sangre y mira a Hunter desde el suelo tras comprobar que sus gafas siguen enteras. En contra de mis instintos, siento un atisbo de admiración por Robert Hunter en este instante.

—*Tú* no eres así —gruñe Hagel desde el suelo, temblando de rabia —. No hables por mí. Ellas no son de los nuestros.

Hunter resopla y aprieta los puños. Parece que... ¿se está reprimiendo de darle otra hostia?

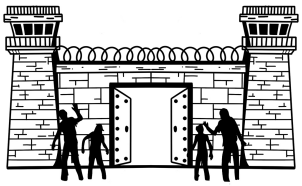
—¿Dónde está Lisa? —pregunta en un tono que me hiela la sangre.

Hagel señala a nuestra espalda, hacia un edificio grande, de base cuadrada, el más alto de los tres que he avistado. Por el tamaño, calculo que está a unos cuatrocientos metros de nuestra posición.

La buena noticia es que la gran avenida en la que estamos conecta con ese edificio.

La mala es que una horda abismal de zombis se dirige hacia nosotros desde esa misma dirección, atraída por el disparo de Frida.

15



SOBREVIVIR A CUALQUIER PRECIO

Llegar al edificio de Lisa parece imposible.

Al recorrer las calles colindantes al edificio para tratar de encontrar una salida, nos hemos dado cuenta de que la magnitud de la horda que ha acudido tras el disparo de Frida es mucho mayor de lo que pensábamos. Incluso hemos distinguido algunos Devorados en el grupo. Sin embargo, aún no es momento de pensar en infectarnos: primero tenemos que encontrar a Lisa.

—Podríamos rodearlos —propone Hunter—. Ese grupo no puede ser infinito.

—¿Y cuánto tardaríamos? —pregunto poniendo los ojos en blanco —. ¿Cuánto puede aguantar Lisa sola?

—Lisa es fuerte —murmura Frida.

A pesar de lo que acaba de pasar, parece que va recuperando el ánimo. Suavizo la voz para responderle.

—Ya lo sé, Frida. Me refiero a que, en este lugar tan terrible, cada minuto cuenta.

—¿Y qué propones?

—Como te vuelva a escuchar abrir la boca te mato, Hagel. Es una promesa.

Enmudece ante mi amenaza. Hunter se cruza de brazos, esperando una respuesta a la pregunta del traidor de su amigo. Evalúo la situación: estamos en una gran avenida, con árboles muy altos a los lados, y despejada en el centro. El terreno es irregular, las raíces de las plantas han quebrado el cemento y el asfalto y pequeños matorrales surgen a cada paso. La horda está un par de calles por delante de nosotros. El edificio en el que se encuentra Lisa está justo detrás del grupo de zombis. Estamos tan cerca y a la vez tan lejos. Si hubiera una forma de...

Claro que la hay.

—Crearemos una distracción —afirmo mostrándoles mi pistola—. Me desviaré unas calles más allá y dispararé. Si la horda me sigue, debería despejar esta avenida para que podáis cruzar. —Señalo a Hunter—. Asegúrate de atrapar algún Lánguido rezagado y embadurnar a Frida. A ella aún pueden olerla.

—Pero, Astria, ¡es muy peligroso! —protesta Frida asustada—. Te quedarías atrapada al otro lado de la horda. Las probabilidades de supervivencia aislada contra una horda descienden en proporción de...

Hago un gesto para que no me torture con los detalles técnicos de mi muerte potencial.

—Regresaré cruzando el interior de los edificios —digo mientras señalo unas torres—. He entrado en un par y suelen estar vacíos. Además, ya me he encontrado antes en mitad de una horda. Si voy con cuidado, no deberían olerme.

—Voy contigo —dice Hunter.

Niego con la cabeza mirando furiosa a Hagel.

—Ni de coña, tú tienes que vigilar al trozo de mierda con gafas. No pienso dejarlo solo con las chicas.

Él titubea, pero al final asiente contrariado.

—Yo te acompaño —dice entonces Elsa decidida.

Me cae bien, es valiente.

—Es un plan peligroso, Elsa. Es mejor que te quedes con el grupo.

Se encoge de hombros y, para mi sorpresa, sonríe.

—Estamos en el Matadero, Astria. Aquí todo es peligroso. No está bien que te la juegues por nosotros tú sola. Comprendo los riesgos. ¿En marcha?

—En marcha —confirmo con otra sonrisa.

—Entonces yo también voy —dice Frida.

La observo de arriba abajo, y una mirada basta para que entienda por qué no debe venir y por qué no es buena idea que me replique.

Nos desplazamos tres calles a la derecha de la gran avenida, comprobando que los edificios por los que pasamos están vacíos; serán nuestra ruta de escape. Cuando llegamos a una posición que considero suficientemente alejada, alzo la pistola y realizo varios disparos al aire.

—Ya vienen —dice Elsa, señalando a los zombis que, lentos y perezosos, se acercan con su parsimonia mortal.

—Venga, a los edificios —digo, guiándola hacia el primero.

Tenemos que cruzar un total de cuatro estructuras para regresar a la avenida principal. Nos colamos por la ventana de la torre más cercana; tal y como he comprobado antes, el lugar está desierto.

—Aunque no hayamos visto ningún zombi dentro de las torres, no te confíes. —Y recordando las palabras de Frida, añado—: Nunca hay que dar nada por sentado.

Pasamos de la primera torre a la segunda a través de un callejón. A los lados, los zombis avanzan impasibles hacia el origen del

disparo. Estamos rodeadas por todas partes, así que cruzo los dedos para que el siguiente edificio también siga vacío.

Para acceder a la segunda estructura no hay puerta. Mierda, tendríamos que haberlo comprobado también. Localizamos una ventana, poco más que un respiradero. Los zombis ya empiezan a inundar el callejón, así que, a falta de una opción mejor, decidimos colarnos por ese hueco. Colocamos un cubo metálico bajo la apertura, que queda por encima de nuestras cabezas.

—Pasa tú primero —le digo a Elsa—. El agujero es muy estrecho.

—No, mejor tú —replica ella—. Si me quedo atascada, será mejor que tires de mí desde dentro.

Abro la boca para replicar, pero el gruñido cercano de los zombis me obliga a actuar. Me lanzo a agujero sin pensarlo. Es muy pequeño, aunque con algo de esfuerzo e impulsándome con el cubo consigo deslizarme al interior. Elsa se encarama rápidamente a continuación; sin embargo, a pesar de lo delgada que está, le fallan las fuerzas. Consigue asomar la cabeza al interior y saca los brazos. Entonces me mira angustiada.

Se ha quedado atorada.

—No te preocupes —susurro—. Voy a tirar desde aquí y en un momento estarás dentro. Impúlsate con las piernas sobre el cubo que tienes detrás, como he hecho yo.

Un sonido hueco en el callejón y la mirada de Elsa me indican lo que va a decir antes de que las palabras salgan de su boca.

—Se ha resbalado el cubo, no me puedo impulsar.

El murmullo de los zombis se cuela por los resquicios y el pánico me invade. Respiro y me obligo a tranquilizarme.

—No te preocupes, Elsa, agárrate a mí; vamos a tirar.

La tomo de los brazos y pongo mis pies contra la pared; poco a poco, su cuerpo va cediendo y entrando a través del agujero. De

repente, muy nerviosa, se agita de tal forma que me hace perder el agarre y me caigo de culo.

—Elsa, no puedo ayudarte si no te estás quiet...

—¡Los tengo en mis pies! ¡Joder, me están mordiendo! —Da un grito de dolor.

Le tapo la boca, pero ya es tarde. Sigue retorciéndose del dolor. Desesperada, la agarro por las axilas y, haciendo otra vez palanca contra la pared, tiro de ella hacia dentro. Profiere un nuevo alarido que retumba en el interior del edificio. Joder, espero que esté vacío o estamos muertas.

Con un último tirón, consigo que sus piernas se deslicen dentro del edificio y nos llega el sonido de los zombis desde el exterior. Sin la ayuda del cubo, es poco probable que alcancen el respiradero.

Rodamos por el suelo polvoriento, abrazadas. Miro a mi alrededor y suspiro aliviada; a pesar de la penumbra, el lugar parece seguro. Si hubiera algún zombi aquí dentro, ya habría acudido en respuesta a los gritos de Elsa.

Sin dejar de vigilar, me siento junto a ella y le acaricio la cara. La pobre chica no para de sollozar.

—Ya estás dentro, ¿estás bien? ¿Te han llegado a morder?

—Mi... mi pie...

Entonces noto el calor en la rodilla y, al mirar abajo, veo por primera vez el charco de sangre.

Joder.

Se han comido su pie.

Un colgajo de piel suelta y tendones destrozados es lo único que queda en el extremo de su pierna. La sangre mana a borbotones e incluso alcanzo a ver algunos huesos partidos a mordiscos. Es una puta carnicería.

—Tenemos que detener la hemorragia. —Me pongo en pie y doy unos pasos buscando algo que me sirva para asistirla—. A ver si podemos encontrar una tabla o...

Antes de que pueda hacer nada, Elsa pulsa el botón de su collar, que se ilumina en color rojo y parpadea. Al final cambia al color verde.

—¡Elsa!

Ella me mira y, a pesar del terror y el dolor en su cara, logra dedicarme una sonrisa.

—Vendrán a por mí, Astria. Quizás me pueden administrar el fármaco final a tiempo y...

El collar empieza a vibrar y a pitar de nuevo. El color verde se vuelve a convertir en rojo. Doy un paso atrás.

—¿Qué significa...?

Antes de que Elsa pueda terminar su frase, el collar lanza un chirrido tan agudo y terrible que me llevo las manos a los oídos para tratar de amortiguarlo. Doy un paso hacia Elsa, para tratar de desactivarlo.

En ese momento, su cabeza explota.

Cráneo, fluido y materia gris me salpican. El calor de su sangre sobre mi cuerpo y el olor metálico hacen que me maree un poco. Mi mente no es capaz de procesar lo que ha sucedido.

¿Acaban de matar a Elsa?

No puedo pensar con claridad. La sangre sigue brotando del brutal agujero donde antes estaba su cuello. No hay ni rastro del collar. Y soy incapaz de apartar la mirada.

Durante un instante, creo que voy a controlar mis emociones, que voy a ser fría por una vez en mi vida. Y entonces todo me golpea al mismo tiempo: el olor, el calor, el cuerpo destrozado de Elsa, el recuerdo de su última sonrisa.

Vomito hasta vaciar el estómago y caigo de rodillas, sollozando en silencio. Todo esto me supera.

—¿Voy a acabar igual que ella? —murmuro entre lágrimas—. ¿Nos van a matar a todos?

Algo cruje más allá de las sombras.

—No. A todos no.

Me giro por instinto. Esa voz horripilante me ha erizado todo el vello del cuerpo. Es grave y gutural, como salida del mismo infierno. El edificio parece vacío, pero la oscuridad se extiende en las esquinas. No me puedo quedar aquí, no es seguro. Echo un último vistazo a los restos de Elsa.

—Lo siento —murmuro para calmar un poco mi conciencia. Un acto inútil.

***

Cruzar el resto de los edificios resulta mucho más sencillo. Mi mente me tortura a cada paso.

«Debería haber comprobado los accesos antes de disparar».

«Debería haberle dicho que se quedara con el grupo».

«Está muerta por mi culpa».

«Por mi culpa».

«Solo por mi culpa».

«Nos matarán a todos».

La voz vuelve a resonar en mi mente, apartándome por un momento de mi pozo de culpa.

«No. A todos no».

Camino como una zombi, en piloto automático, con la mente nublada. Alcanzo el último edificio, sin darme cuenta de que hay un

par de Furiosos que se han colado por las ventanas. Cuando los veo y comprendo que vienen a por mí, ya están demasiado cerca.

¿Voy a morir como Elsa? ¿Me reventarán la cabeza?

El Furioso de mi derecha está tan cerca que puedo sentir su fétido aliento; ni siquiera sé cómo reaccionar. Aún estoy aturdida por lo que he visto, por lo que he sentido.

La punta de un cuchillo asoma por el ojo derecho del zombi, y lo miro con curiosidad. El Furioso se desploma y, tras él, veo la enorme figura de Robert Hunter, que me mira con el ceño fruncido.

—¿Estás dormida, Liverman?

Su voz me trae de vuelta al presente. Estoy en el Matadero. Estamos en la Forja. He perdido a Elsa.

Pero aún puedo salvar a Frida y a Lisa.

Saco el cuchillo del cinto sin pensarlo y se lo lanzo al Furioso que se acerca por mi izquierda. Se incrusta en su frente. Me acerco a recogerlo.

Mientras mi mente se pone en marcha, intento obviar el hecho de que Robert Hunter me acaba de salvar la vida.

—¿Estás herida? —Me mira con el rostro más pálido de lo habitual —. Estás cubierta de sangre.

—Estoy bien. Te dije que no dejaras solo a Hagel —digo fulminándolo con la mirada—. No me fío de él.

—He oído gritos y explosiones, Astria —explica él, tratando de excusarse—. Tenía que comprobar que estabais bien. No te preocupes por Nick; Frida tiene un arma y creo que sabe usarla mejor que nosotros —mira a mi alrededor—. ¿Dónde está la otra chica?

Mi orgullo me impide volver a llorar. Me limito a negar con la cabeza. Hunter ata los cabos y no hace más preguntas. Me coloca una mano sobre el brazo con suavidad, y siento una corriente

eléctrica que me atraviesa. Durante un segundo, estoy a punto de derrumbarme sobre él y de romper a llorar. Al final él se separa de mí, asiente y me guía hacia la salida.

Cuando alcanzamos al resto del grupo, la horda ha despejado la avenida. Tenemos vía libre hasta el edificio en el que se encuentra Lisa. Trato de pensar que el sacrificio de Elsa ha tenido algún sentido. Que ha servido para algo.

Frida abre mucho los ojos al verme llegar empapada en sangre. Ella ya está cubierta de la podredumbre de algún Lánguido. Suspiro algo más aliviada; al menos esa parte del plan ha salido bien.

—¿Y la chica que iba contigo? —pregunta nerviosa.

Niego con la cabeza.

—Se llamaba Elsa. —Es todo lo que alcanzo a decir con la voz quebrada, haciendo un esfuerzo enorme por no romperme.

Hunter se coloca frente mí y trata de captar mi atención. No puedo dejar de mirar al suelo.

—¿Me vas a contar qué ha pasado, Liverman?

No soy capaz de responder.

—¡Astria!

Alzo el rostro para mirarlo, aturdida por escucharlo pronunciar mi nombre. En sus ojos hay auténtica preocupación.

—¿Estás bien?

Estoy a punto de contarle todo lo que ha ocurrido: el collar, el pie, la explosión, la voz misteriosa... cuando reparo en el traidor desgraciado detrás de él, toqueteándose sus putas gafas. Ese bastardo seguro que encuentra la forma de usar la información en nuestra contra, así que me aparto del grandullón. Por suerte para mí, el odio que siento por Hagel enmascara la tristeza que me inunda.

—Los zombis la han atrapado.

Hunter tuerce el gesto y maldice en voz baja.

—Tendría que haber ido yo contigo. Esto es culpa mía... —Me mira con el ceño fruncido.

¿Cómo puede culparse? Esto ha sido cosa mía.

—¿Y toda esa sangre? —pregunta Frida muy alterada—. ¿Estás herida?

Niego con la cabeza y Hagel abre la boca, seguramente para acusarme de algo. Al ver mi mirada y recordar mi amenaza —o, más bien, mi promesa— vuelve a cerrarla.

—La sangre no es mía. Un Devorado... —la mentira se cuenta sola — le ha reventado la cabeza a Elsa con sus propias manos, delante de mí. Me ha salpicado toda su sangre.

Frida ahoga un grito y Hunter avanza un paso hacia mí.

—Astria...

—No hay nada que podamos hacer por ella. —Trato de aparentar calma, reprimiendo de nuevo las ganas de llorar—. Pero sí podemos buscar a Lisa. Vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Me obligo a caminar en dirección a la posición de Lisa y los demás no tardan en seguirme. Frida me alcanza dando grandes zancadas.

—¿Estás bien? —susurra para que los chicos no nos escuchen.

¿Ella me lo pregunta? No es justo. Acaba de pasar por algo brutal, no debería estar preocupándose por mí. Así que me trago la visión de Elsa destrozada. El recuerdo de su última sonrisa al pensar que aún tenía posibilidades de sobrevivir.

—Ten cuidado con el collar, Frida. Son explosivos.

—¿Qué?

La verdad sale con más dificultad que la mentira.

—Ningún Devorado ha matado a Elsa. Ha sido la Academia. Elsa quedó atrapada, un zombi le devoró el pie antes de que pudiera hacer nada y activó el collar..., o se activó solo, no lo recuerdo

bien... Al principio estaba verde, de repente se volvió rojo y le voló la cabeza, Frida. —Toco el aro de metal en mi cuello como un acto reflejo—. Estos cacharros están cargados con explosivos.

Frida abre los ojos, asimilando lo que le acabo de decir.

—Detectan el nivel de infección —dice entre dientes—. Es la única explicación. Vieron que esa chica...

—Elsa —la interrumpo—. Se llamaba Elsa.

—Claro, perdona. Elsa. —Me mira de reojo, retorciéndose las manos—. Detectaron su nivel de infección y comprobaron que era imposible salvarla. La mataron antes de que se convirtiera, para aprovechar su cuerpo.

—Aprovechar... ¿qué?

Mi pregunta suena más alta de lo que pretendía y me giro hacia los chicos, que nos siguen a una distancia prudencial. Miro nerviosa a mi alrededor, pero no parece que haya alertado a ningún zombi. Reparo en Hunter, que me mira con preocupación. Ni siquiera le he dado las gracias por echarme una mano con ese Furioso. No sé si tendré fuerzas para hacerlo.

—Para el compuesto Z, Astria —continua Frida ajena a mis pensamientos—. Utilizan los cadáveres para crearlo. El Matadero es una magnífica fuente de material genético en perfecto estado...

El estómago se me revuelve con tan solo pensarlo.

—Quizás no sea tan mala idea que nos infecte uno de esos Lánguidos —murmuro—. Sí, seremos de rango diez, pero podríamos seguir juntos y...

Frida me agarra tan fuerte de la mano que me hace daño.

—No, Astria. De aquí saldremos como los mejores Intactos de la Academia. O no saldremos. Hicimos una promesa.

El calor se expande en mi corazón. El miedo y el pánico remiten. A pesar de la muerte que me rodea y de todo el terror que reina en

este sitio, logro componer una sonrisa.

—Tienes razón.

Al cabo de unos minutos, alcanzamos la torre en la que está Lisa. Cuesta creer que aún sea mediodía. Que no llevemos más que unas pocas horas en el Matadero. La mayoría de los Candidatos ya deben estar muertos. Y me estremezco al pensar que nuestros asesinos son los mismos que nos han enviado aquí.

—¡Lisa! —grita Frida en cuanto llegamos.

Le hago un gesto para que guarde silencio al instante. No queremos atraer atención no deseada. Indico a los chicos que esperen en la puerta. Hagel se limita a asentir y mira a Hunter como un perrito triste. El grandullón ni siquiera le presta atención a su amigo, que tiene la boca hinchada a causa del puñetazo que le ha dado. Se colocan en la entrada del edificio, uno a cada lado, con los brazos cruzados.

Al traspasar el umbral escucho como Hunter murmura entre dientes.

—Ten cuidado.

Frida y yo nos internamos con cautela en el edificio. «Tienes que seguir viva, Lisa, por favor. Te necesitamos».

—¿Lisa? —susurro.

No hay respuesta.

Todo está oscuro en el interior. La estructura del edificio está intacta, por lo que apenas entra luz del exterior. No detecto movimiento. ¿Llegamos demasiado tarde? ¿Estará...?

—¡Liverman!

Hunter me llama desde el umbral y regresamos a toda velocidad. Está señalando al edificio de enfrente, donde hay una persona levantando la mano desde una protuberancia elevada, una especie de parapeto que sobresale a quince metros del suelo.

Es Lisa.

Nos precipitamos hacia ella cruzando la avenida. Frida está fuera de sí. Lisa desaparece en el interior de la torre y sale a la calle antes de que alcancemos la puerta de entrada.

El abrazo en el que se funde con Frida es el más cálido que he visto en mi vida. Y el beso que se dan... me deja sin palabras. Tengo que apartar la mirada; siento que no les estoy dando suficiente privacidad.

Tras el arrebato inicial de felicidad, llega la tranquilidad de saber que estamos todos juntos de nuevo. Mi odio hacia Hagel se suaviza un poco. Un instante más tarde, me invade una certeza aterradora.

Ahora viene la peor parte: tenemos que infectarnos.

—¿Has tenido algún problema, Lisa? —pregunta Hunter, que baja la mirada y se muerde el labio—. Te pido perdón por no haber venido antes.

El arrebato de humildad de Robert Hunter me pilla desprevenida. Lisa niega con la cabeza y la observo con admiración. No me puedo sentir más orgullosa de ella.

Cruzamos la mirada un segundo; no sé si repara en la sangre que cubre mi cuerpo, pero le agradezco que no comente nada al respecto.

—Ningún problema —dice en su habitual tono calmado—. Los Candidatos que trasladaron conmigo se marcharon tras el aterrizaje. Busqué un lugar elevado con rutas de escape y me puse a esperar, tal y como habíamos acordado. Sabía que podíais tardar un poco, pero no ha sido tanto, no os preocupéis. ¿Qué hacemos ahora, Astria?

Esa es la pregunta que no me quiero plantear. Respiro hondo y trato de mantener la calma. Fogonazos con los últimos momentos de Elsa me asaltan a cada instante; sin embargo, consigo aparentar la

cordura que estoy perdiendo por segundos. Ni siquiera me planteo explicarle a Lisa la traición de Hagel. ¿Para qué? Ella ha esperado tranquila; es todo lo que necesito saber.

—Tenemos varias opciones. Infectarnos por un Dañado de clase uno, un Lánguido, es muy sencillo, ya hemos ayudado a algunos Candidatos a hacerlo. Si queremos regresar rápido, es el método más eficaz.

—No es eso lo que acordamos —dice Hunter—. Dijimos que seríamos los mejores.

Asiento mientras lo miro. Está firme, con los brazos cruzados.

—Así es. Y ese es mi objetivo. Pero eso fue antes de ver este horror. Si hay alguien que quiera transformarse de ese modo, no lo juzgaré.

Todos se quedan callados. Para no variar, el imbécil de Hagel es la nota discordante.

—Yo creo que deberíamos hacerlo. Nos dejamos arañar por uno de esos Lánguidos y regresamos. ¿Habéis visto a los Devorados que había en las hordas? Esas bestias nos van a masacrar, igual que han destrozado a esa chica. No tenemos ninguna posibilidad.

Es un idiota, pero yo le he dado la opción de decidir, así que me limito a asentir. Antes de que pueda decir nada, Hunter se gira hacia su amigo.

—Además de un traidor, ¿ahora eres un puto cobarde, Nick? No te reconozco.

—Rob... Has visto lo mismo que yo. No vale la pena...

—Sabes por qué estoy aquí. Sabes lo que nos estamos jugando. Con tan solo la sensibilidad sensorial que otorgan los Lánguidos no podemos hacer nada. Necesitamos los poderes de los Devorados.

—¡Nos matarán!

—¡¿Y qué importa eso ya?! —estalla Robert—. Ya venía dispuesto a morir cuando escapé de mi maldita familia. Te dije que no me acompañaras, Nick. Si quieres seguir en esto, debe ser hasta el final. Tenemos que ascender a generales. Si voy a volver a esa Academia como un limpiabotas, bien sabes que prefiero morir aquí.

Me sorprendo a mí misma interviniendo para defender al mojigato de Hagel.

—Que haga lo que quiera, Hunter —digo muy a mi pesar—. He dicho que no voy a juzgar a nadie. Esto es un horror; si quiere una salida fácil, es su decisión. El resto buscaremos a los Devorados.

Hunter parece estar a punto de añadir algo más; sin embargo, opta por encogerse de hombros y mirar con indiferencia a su amigo. Con ese gesto, doy su discusión por zanjada y me dirijo a las chicas.

—Perfecto, una vez aclarado, busquemos un Lánguido para que puedas...

El atronador ruido de dos disparos enmascara el final de mi frase. Se han escuchado en el callejón a nuestra derecha, justo al lado del edificio en el que se refugiaba Lisa. Como solíamos hacer en el Yermo y de forma inconsciente, nos colocamos en círculo, hombro con hombro, con las armas preparadas.

—Lisa, ¿no habías dicho que todos habían salido corriendo?

—Al parecer, todos no.

Nos acercamos despacio a la esquina. Al asomarnos, se me cae el alma a los pies.

Hay dos cadáveres, Betas, por la ropa que llevan. Uno tiene un disparo en el pecho y está sentado contra la pared; la sangre le baña el peto y empapa el suelo. El otro se ha volado la cabeza y está tumbado en el callejón. Tanta muerte, tan reciente. La imagen de Elsa, grabada a fuego, aparece en mi mente de nuevo y tengo que reprimir una arcada.

—¿Se han matado entre ellos? —pregunta Frida.

Niego con amargura.

—El que está sentado no tiene arma. —Señalo al que le falta media cabeza—. Este le ha disparado y luego se ha volado la tapa de los sesos.

—¿Por qué harían eso? —insiste ella—. Si se hubieran infectado con un Lánguido, podrían haber regresado.

—Creo que no habían visto un zombi en su vida —teoriza Hunter —. A nosotros nos menospreciaron en la Academia, pero somos los únicos con experiencia real contra el enemigo. Sabemos que los Lánguidos son manejables. Ellos no lo sabían. —Suspira y aparta la mirada—. Ahora jamás lo sabrán.

—En cualquier caso, tenemos que irnos —dice Hagel nervioso—. Se acerca una horda.

Me giro y, en efecto, ahí está. En el horizonte veo la masa marrón y gris que se aproxima con una lentitud mortal hacia nosotros. No creo que la mejor opción sea huir a las afueras. Según el instructor, cuanto más nos alejemos del centro, más peligro correremos.

—¿Por qué íbamos a irnos? Si controlamos una parte de la horda con Devorados, podríamos infectarnos antes de que se ponga el sol. No me gusta la idea de pasar la noche aquí.

Las chicas asienten. Frida se coloca a mi lado.

—Es cierto, aprovechemos esta oportunidad para acabar con esto ahora que estamos todos juntos.

—Estoy con vosotras —dice Hunter crujiéndose los nudillos.

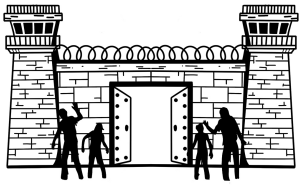
Hagel asiente abatido.

Tras un último vistazo, recogemos un par de machetes que le entregamos a Hunter y abandonamos los cuerpos de los Beta. Los cinco, en contra de cualquier lógica y pensamiento racional, nos

dirigimos de cara hacia la horda que se aproxima. Quizás sea nuestra batalla final y terminemos como Elsa. Pero lucharemos.

Y lo haremos juntos.

16



LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Por desgracia, ha anochecido.

Hemos descubierto por las malas que tratar de separar a un Devorado de la horda es mucho más difícil de lo que pensábamos. Aislar a un Lánguido, o incluso a un Furioso, es sencillo: basta con lanzar una piedra o hacer un ruido para que te sigan. Los Devorados son más fieles a la manada y siempre se mantienen cerca de algún grupo de Dañados.

Desesperada al ver cómo el sol descendía, y tras decenas de intentos fallidos, por fin hemos conseguido separar a tres de esas bestias inhumanas. El primero es un Carroñero, el Devorado de clase uno, la más baja. Igual que el que vi esta mañana, tiene un brazo bulboso que parece retorcerse por dentro sin fin, mide al menos dos metros y sus dientes son como cuchillas.

El segundo es un Cazador, un Devorado de clase dos. A este le comieron ambas piernas y se arrastra sobre una serie de extremidades informes que le crecen por debajo de la cintura. Es el

más alto de los tres, medirá unos tres metros. Hemos pasado más tiempo luchando contra el miedo que nos daba que buscando una forma de aislarlo.

Y el tercero es el más temible del grupo: un Devorado de clase tres, conocidos como Elementales. Todas sus extremidades son una maraña de bultos, garras y huesos dispares. Su cuerpo no ha dejado de humear desde que lo avistamos y sus ojos son de un color rojo intenso, como si ardieran por dentro. Imagino que su elemento es el fuego. Es un poco más alto que el Carroñero, pero no llega a la altura del Cazador.

No hemos encontrado ningún Devorado de clase cuatro ni cinco —Colosos y Titanes—, y, teniendo en cuenta la pinta que tienen los que sí hemos avistado, casi lo agradezco.

Ahora los estamos alejando de la horda, guiándolos con cuidado hacia un lugar apartado donde podamos reducirlos para dejarnos infectar.

Lisa es el cebo: es la única que no está embadurnada con restos de zombi, así que los Devorados están siguiendo su olor.

Abandonamos la zona de las torres gigantes y llegamos a un lugar donde las ruinas son mucho más bajas. Supongo que en su día fueron casas de una planta, aunque por la forma exterior es difícil de imaginar. Las paredes están recubiertas de vegetación y los árboles brotan desde el interior de las antiguas construcciones, como si siempre hubieran formado parte de ellas. Por lo que nos dijeron en la instrucción, sabemos que las afueras son más peligrosas, pero de momento no hemos visto más zombis. Aunque, después de todo lo que ha pasado, no voy a fiarme de nada que me digan esos putos mentirosos de la Academia.

El maldito bastardo de Hagel sigue con nosotros. Sospecho que, al ver cómo logramos aislar al primer Devorado, ha visto una

oportunidad para ascender sin tener que hacer gran cosa.

—Cuidado ahora —susurro a mis compañeros—. Hunter, vigila las calles paralelas, no queremos sorpresas.

El musculoso chico rubio se marcha a comprobar los alrededores. Hagel va en la retaguardia; no me gusta tener a ese traidor cubriéndome las espaldas, pero prefiero dejarlo al final del grupo, donde no tenga que verle la cara. Donde, con suerte, sirva de banquete a algún zombi que aparezca de improviso.

—¿Por qué no dejamos que nos infecten ya? —pregunta Frida—. Ya estamos bastante lejos, tan solo tendríamos que permitir que nos hagan un rasguño y activar el collar.

Todo mi vello corporal se eriza al escuchar la mención al collar, pero trato de no pensar en el cuerpo desfigurado de Elsa.

—Es mejor estar un poco más lejos —indica Lisa—. Entonces separaremos al Elemental para infectamos.

—¿Y por qué hemos atrapado a los otros dos? —dice la odiosa voz de Hagel a mi espalda.

—Para que los tontos pregunten —le suelto sin pensar.

Frida reprime una risita mientras Hagel se ruboriza.

—Necesitamos un plan de contingencia, Nick —explica Frida con sorprendente calma, teniendo en cuenta lo que ha pasado.

Frida es más fuerte de lo que pensaba, y lo está demostrando a cada paso que damos. Casi parece que haya olvidado lo sucedido en la torre..., pero en su mirada aún percibo el dolor y el pánico.

—¡Corred! —grita Hunter, que aparece de pronto corriendo desde detrás de una de esas *casas*.

¿Ha perdido la maldita cabeza? Los tres Devorados se giran hacia él al escuchar su grito.

Le hago una seña para que se calle y Lisa vuelve a captar la atención de los zombis, pero Hunter insiste.

—¡Tenemos que irnos!

—¿Qué ocurre?

—¡Ya vienen! Tenemos que largarnos. —Al acercarse, veo que está pálido y tiene una expresión de terror.

—Joder, Hunter, deja ya de gritar. Daremos un rodeo y listo.

Se detiene a dos pasos de mí y se toma un momento para recuperar el aliento.

—Estos son rápidos.

Me quedo helada, mirando a Robert como si estuviera loco. Pero sé que no me está mintiendo.

—Eso no es...

—¡Tenemos que largarnos, Astria! ¡Mira!

Veo al grupo: serán unos veinte o treinta. Dañados y Devorados en una proporción similar. Pero no van renqueando ni arrastrándose. Tampoco corren. Cuando Hunter dice que «son rápidos» se refiere a que caminan a paso humano, y eso, para nosotros, es casi como volar. A ese ritmo, si nos cruzamos con varias hordas, nos rodearán en cuestión de minutos.

—¿Qué hacemos, Astria? —pregunta Frida.

Podemos infectarnos y llamar a la Academia. Sería lo más rápido y entonces podríamos...

De repente, los tres Devorados que estábamos guiando también echan a andar a un ritmo normal. El corazón se me desboca cuando se acercan más de lo debido. Notamos el calor que desprende el Elemental.

—¡Corred! ¡Joder, corred! Vamos hacia las afueras. ¡Ya!

Avanzamos a toda velocidad por el único camino despejado, alejándonos del centro del Matadero, dejando atrás a las hordas. A medida que el paisaje cambia a estructuras cada vez más pequeñas y las calles se hacen más amplias y salvajes, veo zombis

acercándose hacia nosotros desde distintas direcciones. Cientos de ellos, como guiados por una fuerza invisible. ¿Qué está pasando? El corazón me late con más fuerza que nunca. Si nos cierran el paso por delante, estamos muertos.

—¡Dijeron que, cuanto más nos alejásemos, más peligro había! —dice Frida—. Pero jamás mencionaron zombis tan rápidos.

—¿Aún nos creemos algo de lo que dicen esos cabrones? —le respondo entre jadeos.

¿Cómo he podido ser tan estúpida? En la Academia solo conocen la mentira y el engaño. Pues claro que no nos han dicho nada de los zombis rápidos. Busco con desesperación una forma de dar media vuelta, pero la horda, ya detrás de nosotros, nos cierra el paso sin fisuras.

—No podemos regresar. Busquemos un terreno abierto donde podamos...

Un grupo aparece de la nada a nuestra derecha. Un puto zombi salta con los dientes por delante. Me aparto justo a tiempo, aunque vuelvo a tener esa extraña sensación: se ha detenido a un centímetro de mi pierna. Miro atrás, y siento alivio al ver que todos estamos a salvo...

—¡Mierda!

Un Furioso se ha tirado encima de Hagel. Los demás siguen corriendo sin darse cuenta, pero yo vuelvo para ayudarlo. Hunter grita mi nombre.

El mío, no el de su amigo.

—¡Sigue! —le grito—. No las dejes solas.

Hagel forcejea, retorciéndose en el suelo con el zombi encima. Le clavo el cuchillo en la coronilla al engendro, que cae inmóvil sobre él. Lo ayudo a apartarlo.

—Vamos, Hagel, no te quedes atrás.

Me da la mano para incorporarse y salimos a la carrera.

—¿Te han mordido? —Le echo un vistazo rápido y no veo sangre por ningún lado, aunque entre la mugre y la oscuridad es complicado ver nada.

—No, ha sido solo un susto —responde, sujetándose las gafas por el puente con el dedo índice.

Alcanzamos al resto del grupo y Hunter parece resoplar de tranquilidad al verme ilesa. ¿O me lo he imaginado?

Cada vez aparecen más zombis, como un torrente que inunda las calles a nuestro alrededor. Todas excepto por la que avanzamos en línea recta. La única vía de escape posible.

Un momento. ¿Nos están tendiendo una trampa?

Es imposible, los zombis no funcionan así. Aunque, para ser sincera, tampoco es que sea una experta. Nunca los había visto caminar tan rápido. Estos cabrones siempre pueden sorprenderte.

—¡Por allí! —Frida señala hacia un túnel.

¿Acaso la brillante Frida Gönig se ha vuelto loca?

Sin embargo, al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que no tenemos otra opción. Los zombis lo han rodeado todo y el único camino despejado conduce a un túnel bajo. Al menos se ve luz al otro extremo, por lo que no puede estar bloqueado.

—¡No queda otra! —insiste Frida.

La última luz del sol se está retirando con lentitud; en menos de una hora reinará la oscuridad. Dentro del túnel casi no se ve nada; a los cien metros todo son sombras grises y alargadas. Pero la salida no está a más de trescientos. Tenemos que salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Entonces Lisa, que va en cabeza, casi se precipita al vacío.

En la mitad del túnel hay un gran agujero que parte el camino en dos. Tras recorrerlo de lado a lado comprobamos que la única forma

de cruzarlo es una plancha de metal que está colocada en el centro a modo de puente. Miro atrás desesperada, pero parece que los zombis no nos han seguido al interior del pasadizo.

—Hay que comprobar que es seguro. No tenemos mucho tiempo —digo mirando con dudas la lámina metálica. Parece endeble.

Voy a poner un pie en el metal cuando siento una mano en mi hombro.

—Yo cruzaré —dice Hunter muy serio.

—Vale. Ten cuidado, pero no pierdas el tiempo. Si hay zombis al otro lado del túnel, estamos acabados.

—No te preocupes.

Hunter avanza con una agilidad sorprendente para su tamaño. Cruza los veinte pasos que lo separan del otro extremo con un equilibrio perfecto.

—¡Es seguro! Pero la plancha está un poco suelta por este lado y resbala. Tened cuidado.

Hagel da un paso para seguir a su amigo y le pongo una mano en el pecho para detenerlo.

—Tranquilo, capullo. Espera tu turno. Frida, Lisa, vosotras primero.

Noto el odio que me lanza a través de sus gafas, o al menos eso imagino; es difícil verle la cara en la penumbra. No protesta y se aparta. Lisa cruza sin mayor dificultad. A Frida le cuesta un poco más, y se resbala a mitad de la plancha. Por un instante me quedo sin aire, pero logra recuperar el equilibrio y llega ilesa hasta el final.

Es mi turno. Miro hacia atrás y después a Hagel, que está temblando. Joder, está cagado de miedo. En contra de mi instinto, tomo la estúpida decisión de cederle mi lugar al traidor.

—Espabila, que no tenemos todo el día.

Ni me da las gracias. Claro que tampoco lo esperaba. Cruza rápidamente la plancha, pero, al llegar al final, resbala. No soy capaz

de ver con claridad lo que ocurre. De algún modo, el muy inútil ha conseguido desplazar la lámina, que se suelta y cae al abismo que nos separa. Desaparece en las profundidades con golpes sordos cada vez más lejanos. No llego a escuchar el impacto de la pasarela contra el fondo de la grieta.

¡Mierda, mierda, mierda!

Robert trata de calmarme.

—¡Espera ahí, Astria! Buscaremos algo para que cruces.

Joder.

Estoy jodida.

Estoy muerta.

—¡No! —me obligo a gritar—. Salid de aquí. No hay tiempo. No quiero que os rodeen por mi culpa.

—No voy a dejarte aquí para que mueras, Astria —insiste él, y noto un tono de desesperación en su voz—. Aún tenemos algo de tiempo.

—¡No! —repito angustiada. Tengo ganas de llorar—. Salid de aquí. Trataré de encontrar un hueco entre las hordas por donde hemos venido.

—¡No hay hueco, Astria! —niega Frida ansiosa—. Es un suicidio.

Tomo aire y de pronto una extraña serenidad me embarga. Como si al fin aceptase mi destino. Es liberador.

—Estas semanas con vosotros, a pesar de todo, han sido las mejores de mi vida. Incluso con toda la mierda que hemos tragado, a vuestro lado me he sentido más libre que nunca. Por favor, Lisa, Frida. Tenéis que sobrevivir. —Ojalá pudiera verles la cara una última vez—. Hunter..., cuida de ellas y que ellas cuiden de ti. Al final resulta que estaba equivocada y no eres tan capullo.

—¡Astria! —grita Hunter, y las lágrimas se me acumulan en los ojos.

En su grito hay auténtico dolor.

Tomo aliento. No me voy a ir sin un último comentario al más puro estilo Liverman.

—Hagel... Que te jodan, hijo de puta. Eres un cobarde de mierda y lo sabes. Procura no morirte pronto, porque te voy a estar esperando en el infierno, y vas a desear que esa tabla se hubiera hundido contigo encima.

Salgo corriendo hacia la entrada del túnel para no romper a llorar. Los zombis aún no han entrado y quizás tenga una posibilidad. Hunter y las chicas me llaman a gritos, y me resulta muy difícil impedir que las lágrimas me empañen los ojos.

Ha sido bonito mientras ha durado. La idea de ser la mejor de la Academia, de demostrar que al fin era alguien en este mundo tan jodido. Parece que la realidad siempre golpea más duro. Pero me aseguraré de cargarme a algunos zombis para que las chicas puedan ganar un poco de tiempo. Espero que este sacrificio de mierda sirva de algo. Como el de Elsa.

Me digo que esto son cosas que pasan. Que no es culpa de nadie. Aunque, para ser exactos, es culpa de Nick Hagel. Estoy prácticamente segura de que ese bastardo ha tirado la plancha a propósito. Debería haberlo dejado morir en todas aquellas ocasiones en las que tuve oportunidad. Así que, para ser aún más concretos, todo esto tiene una única responsable.

Y esa soy yo.

¿Qué sentido tiene darle más vueltas? Voy a morir en los próximos minutos.

Alcanzo la salida del túnel y me desoriento un instante. La penumbra lo cubre todo y tengo que aguzar la vista. Mi arma está preparada y los cuchillos esperan en sus fundas, listos para atravesar más cráneos.

Me quedo paralizada cuando mis ojos se adaptan a la tenue luz del crepúsculo. No me puedo creer la estampa que tengo ante mí.

Una marea de zombis me rodea; hay cientos de ellos, no hay escapatoria posible. Pero eso no es lo más aterrador. Están todos inmóviles como estatuas. Y tienen su mirada fija en mí. ¿Qué está pasando?

Doy unos pasos hacia ellos. ¿Por qué no se mueven? Ni siquiera gruñen como suelen hacer. Quizás es una especie de colapso, no lo sé. ¿Podré aprovecharlo para huir? Es en lo único en lo que puedo pensar.

Me detengo en seco al detectar movimiento frente mí. Los zombis que están justo delante empiezan a apartarse, creando una especie de pasillo. Doy un paso atrás, aunque, espera... ¿Me están invitando a pasar entre ellos?

—Astria... Liverman.

Suena como un ronquido gutural; no es una voz humana, pero la reconozco. Es la misma que escuché después de que mataran a Elsa. Cuando me pregunté si nos iban a matar a todos.

«No. A todos no».

A través del pasillo improvisado, avanza la criatura más aterradora que he visto jamás. Incluso peor que el Devorado de clase tres que era nuestro objetivo. Su cuerpo es una masa amorfa de piel putrefacta que burbujea, pero sus músculos están bien definidos. Mide casi cuatro metros y bajo las protuberancias que enmarcan su rostro distingo dos ojos rojos que están clavados en los míos.

Una mirada con vida. Aunque, claro, eso es del todo imposible.

El monstruo se acerca con paso firme y se detiene ante mí. Luego mira por encima de su hombro.

—Podéis marcharos.

Como si alguien hubiera descongelado el universo, la horda empieza a moverse de nuevo y se aleja de nosotros, dejándonos solos en la rampa del túnel.

—No hemos tenido ocasión de hablar como es debido, Astria Liverman —dice con esa voz monstruosa—. Te he estado observando.

¿Qué hago? Los zombis ya se han alejado, quizás tenga una posibilidad.

Sin pensármelo, salgo corriendo y paso junto a ese ser terrible y descomunal. Alcanzo la parte superior de la rampa y descubro que la calle por la que hemos venido está libre, así que corro en esa dirección.

Hasta que escucho cómo unos pasos rápidos me siguen.

El monstruoso zombi me alcanza en apenas unas zancadas; corre más rápido que yo. Mucho más rápido. Cuando se detiene, cortándome el paso, ni siquiera jadea.

—No tienes escapatoria, Astria Liverman.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

¿Qué más da? Me va a matar. Pero la curiosidad me puede.

—Te he estado observando —repite por toda explicación—. Eres valiente. Capaz de liderar. Compasiva. Tú puedes ayudarnos.

—¿Ayudaros? ¿A los zombis? —No entiendo nada—. Mira, mátame y acabemos con esto.

El monstruo observa sus manos, que son bestiales zarpas afiladas, como si los huesos se hubieran alargado y convertido en garras.

—Sí —coincide—. Primero debes morir.

Hace un movimiento casi imperceptible. El dolor llega después. Tres finas líneas carmesíes atraviesan mi pecho. Las heridas se ensanchan a medida que sangro. En unos segundos, mi torso se convierte en una mancha roja y oscura.

Caigo de rodillas. El dolor es intenso, pero no quiero gritar. Aun así, no puedo reprimir un gemido cuando me llevo las manos a la herida de manera inconsciente. Noto cómo la vida se me escapa en el fluido cálido que me empapa el cuerpo.

El zombi se agacha y sus enormes garras me rodean los hombros. Sangro, sudo y tiemblo sin control. Me las arreglo para mirarlo a esos ojos infernales hundidos en su rostro.

—¿Qué quieres de mí?

En su mirada alcanzo a distinguir... ¿preocupación?

—Astria, necesitamos que nos salves.

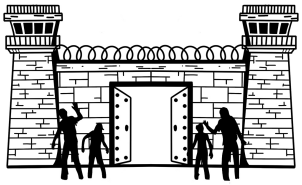
Noto como la fuerza me abandona y soy incapaz de responder. Me llevo la mano cubierta de sangre al cuello y activo el collar. Inclino la cabeza sobre el torso del monstruo, que, sorprendentemente, no huele a podrido. Espero que, cuando suene ese horripilante chirrido y explote, le abra un buen boquete en el pecho.

La vista se me nubla. Noto un cosquilleo en el cuello. ¿Así es el final?

Tomo aliento por última vez antes de que todo se vuelva negro.

Y me adentro en la oscuridad.

17



Infecciones

Frida

Astria ya no está.

De alguna forma, puedo sentirlo. Se ha ido. Aunque no soy capaz de ver mucho más allá de la grieta, de algún modo sé que no va a regresar. Incluso el sonido de sus pisadas se ha desvanecido. Hemos gritado hasta la extenuación y, sin embargo, no ha habido respuesta.

—No va a volver —susurra Robert, y logro captar un brillo en sus ojos humedecidos.

—No puede ser... —murmura Lisa tan afectada como yo.

—Ya nos lamentaremos después —dice Nick—, ahora tenemos que salir de...

Observo atónita como Robert descarga un golpe en la mandíbula ya amoratada de Nick. Cae al suelo, sangrando.

—¡Tiraste la plancha!

—No... Yo solo...

—No es una pregunta, Nick. Tiraste. La. Plancha.

Acompaña cada palabra con un golpe. Nick se queda echo un ovillo en el suelo, temblando. Alza de nuevo el puño, salpicado con sangre, pero en el último instante se detiene y se da la vuelta hacia nosotras.

—Vámonos, chicas.

Robert se encamina hacia la salida, pero Lisa y yo nos quedamos mirando a Nick. Solloza encogido al abrazo de la oscuridad.

—No podemos dejarlo ahí —digo con un hilo de voz.

A Robert se le tensan los músculos de la espalda y se gira hacia mí con la cara enrojecida.

—Por su culpa, Astria está muerta. —Le tiembla la voz—. ¿Crees que merece nuestro perdón? ¿Nuestra misericordia?

—Tampoco merecía la de Astria —interviene Lisa—, y ella lo ayudó. Una y otra vez. Hasta el final. Lo dejó pasar antes. Es lo que ella habría querido.

Las palabras de Lisa calan hondo en mi interior. ¿Lo que habría querido? Eso implica que ya no está. Es como si la hubiera vuelto a perder. Es como si jamás la hubiese tenido. Me pregunto si habrá alguna ciencia o teoría que contemple la crueldad con la que el destino nos trata en ocasiones.

—Que nos acompañe si es lo que quiere, pero ni siquiera me plantearé...

Un pitido silencia las palabras del Robert. Proviene del ovillo en el que se ha convertido Nick. Concretamente de su cuello, que emite destellos rojos. Recuerdo la advertencia de Astria.

—Alejaos de él. ¡Ya!

—¿Qué ocurre? —pregunta Lisa.

—Creo que su collar va a explotar.

Los tres damos unos pasos atrás mientras la luz roja parpadeante ilumina el rostro aterrorizado de Nick.

—¡Ayudadme! —grita desesperado.

—Ya no podemos hacer nada por ti —digo con angustia—. Lo... lo siento.

—¡Rob! Por favor. —Rompe a llorar desconsolado—. Por favor... No quiero morir.

—Tienes lo que te mereces —dice Robert tajante, con la voz fría como el hielo.

Tengo que cerrar los ojos cuando el collar cambia el color de rojo a verde, tan brillante que me deslumbra. Nick trata con poco éxito de mirarse el cuello, sorprendido. Contenemos el aliento durante un instante que se alarga demasiado. No sucede nada.

—¿Ha salido bien? —pregunta Robert frunciendo el ceño—. ¿En qué momento se ha infectado?

—Debe ser del Furioso con el que se ha tropezado —comenta Lisa —. Serás Exterminador de rango nueve. Superfuerza... no es gran cosa, pero te servirá.

Nick se levanta despacio, con los ojos secos. Cualquier rastro del miedo se ha esfumado de un plumazo. Se ajusta las gafas y sonríe. La luz del collar se ha apagado y tengo que entornar los ojos para distinguirlo.

—¿Furioso? Me ha infectado un Devorado de clase cinco. Un Titán.

Frunzo el ceño confundida. Un Titán es el tipo de zombi más poderoso que hay. Recibe su nombre por su descomunal tamaño, incluso más grande que un Coloso. Otorgan el poder de Intangibilidad, como Niebla.

—Pero ¿qué dices, hombre? —inquiere Robert—. Si por aquí hubiera un Titán estaríamos todos muertos.

—Lo que pasa es que vosotros no lo habéis visto —dice él sonriente. Casi parece creerse su propia mentira.

El sonido de unos pasos apresurados me devuelve a la realidad. ¿Astria? No, vienen del extremo opuesto del pasadizo. Unas linternas nos deslumbran y dos Exterminadores llegan a nuestra posición.

—Me cago en los no muertos —dice uno de ellos, de rango ocho —. En mi vida había visto llegar a nadie tan lejos en el Matadero. — Nos mira a todos de arriba abajo a través de su casco—. Los tenéis bien puestos.

El otro Exterminador, con un número cuatro en su brazalete, se acerca a Nick. Su casco es translúcido y distingo sus rasgos femeninos a través del cristal.

—¿Qué clase te ha infectado, chaval? En esta zona no tenemos cámaras.

—Un Devorado de clase cinco —dice Nick con toda la naturalidad del mundo.

Robert da un paso al frente.

—Eso es...

—¡Eh, Candidato! —dice el Exterminador de rango ocho—. ¿Alguien te ha dado permiso para hablar?

—Pero...

El Exterminador le propina un golpe en el estómago y Robert se dobla del dolor. Lo agarro por el brazo y lo zarandeo para que no siga hablando.

—Déjalo, Robert —le susurro al oído—. Ya lo verán cuando se manifiesten sus poderes.

—Venga, chaval. Tienes coraje para haber sobrevivido a un Titán. El director querrá verte. En marcha.

Cada Exterminador agarra a Nick por un brazo y lo arrastran fuera del túnel. No hay tiempo que perder: les hago una seña a Lisa y

Robert para ponernos en marcha y seguimos a los guardias de la Academia a través del pasadizo, aprovechando la iluminación de sus linternas.

Cuando salimos, parece que hemos entrado en otro mundo.

Lisa

«Ahora me he convertido en la muerte. La destructora de mundos».

Esas palabras, que leí en algún libro antiguo, resuenan en mi mente mientras contemplo el resultado del fin del mundo.

La salida del túnel se abre en un terreno elevado, desde donde distinguimos con nitidez las estructuras de los edificios; los ladrillos están a la vista, sin un ápice de vegetación. Es como si hubiésemos cruzado al momento exacto tras el cataclismo. Las manzanas de torres están alineadas en una cuadrícula perfecta que desciende por la loma. Y entonces, de forma abrupta: nada.

Nada excepto un enorme cráter cuyo fondo ni siquiera alcanzamos a ver.

La luz de la luna ilumina de forma tenue este escenario de destrucción. Tenemos suerte de que no hayan escogido un día sin luna, aunque no creo que sea casualidad. Los Exterminadores ya se han llevado a Nick a un edificio a la derecha de la salida del túnel, pero ni siquiera el ruido de las hélices al despegar consigue que apartemos la mirada de los últimos vestigios de la humanidad antes del apocalipsis.

—¿Aquí cayó una de las bombas? —pregunta Robert sin dar crédito.

—Así es —dice Frida paralizada por la visión.

—Es... demasiado. No puedo creer que... Espera, ¿dónde está Nick?

—Se lo han llevado en helicóptero. —Señalo hacia el aparato que se aleja por el cielo.

—No es justo, no ha dicho la verdad —masculla él furioso.

Yo también estoy furiosa, aunque no lo aparente. Sé que Nick Hagel es el culpable de que Astria esté muerta. Y aunque haya intercedido por él en respeto a su memoria, no lo volveré a hacer jamás. El dolor familiar que me embarga me trae recuerdos que creía enterrados. La imagen de papá, la última vez que lo vi...

«No pienses en ello, Lisa».

Ella a su lado, gritando, pidiendo clemencia.

«Basta, Lisa».

Los zombis acercándose a ellos. Los guardias impasibles. La mirada de Frida, impotente. La muerte. La muerte cerniéndose a sus pies.

—¡BASTA!

Robert me mira con los ojos muy abiertos, Frida corre a abrazarme. Huele a podrido y está pegajosa por la capa de vísceras, como cuando nos besamos antes, en nuestro reencuentro. No me importa, no me importa nada. Solo quiero que el dolor desaparezca.

—Ya lo sé... —me susurra al oído—. Te comprendo.

Sus palabras son como un bálsamo para mi alma. La imagen se va difuminando: el vallado, mi padre, nuestra mejor amiga, ambos amarrados para su ejecución... todo se desvanece. Y en su lugar aparece Astria caminando hacia su muerte.

—Es como volver a ese día —susurro.

—Lo sé. Lo sé.

—Nunca se lo dijimos.

—Lo sé.

Ambas rompemos a llorar, desconsoladas. Ahora estamos solas. Otra vez.

Siento una mano grande y cálida en mi hombro. Robert Hunter me mira con lágrimas recorriéndole las mejillas. Sé que su dolor es el mismo que siento yo.

—Os protegeré con mi vida. Os lo juro.

Sé que lo dice de verdad. Aunque no sé si podrá cumplir esa promesa.

Unos gruñidos que proceden del túnel me sacan de mis pensamientos. Miro a mi espalda y veo tres figuras emerger de la oscuridad del pasaje.

Son los tres Devorados que habíamos separado. Han seguido mi olor hasta aquí.

Robert

Traicionado por mi mejor amigo. Incapaz de proteger a quien quiero. Ahora mismo solo puedo definirme con una palabra:

Roto.

Cuando los tres Devorados emergen del túnel, sé que haré todo lo que esté en mi mano para defender a Frida y a Lisa. No porque crea que necesiten a nadie que las proteja.

Lo haré porque son lo único que me queda de ella.

Por el rabillo del ojo capto movimiento; de un vistazo rápido, detecto a varios Exterminadores en los edificios de alrededor. El brillo de la luna se refleja en las viseras de sus cascos. Pero sé que no van a hacer nada por nosotros, dependemos de nuestra propia fuerza.

Cierro los ojos y pienso en ella. En sus iris verdes, en su melena rizada. En ese mechón dorado que me hizo sospechar de su origen... Pero eso ya da igual. Jamás lo sabré. Tan solo me queda aferrarme a la fuerza que me transmitía. A sus ganas de sobrevivir.

—Esto es por ti —murmuro para mí.

—¿Robert? —pregunta Frida a mi espalda.

La miro por encima del hombro y sonrío.

—Yo los entretendré, necesito que salgáis corriendo de aquí.

—Robert...

Me lanzo a la carga contra los Devorados.

—¡Ahora!

Cada vez están más cerca. Acostumbrado a mirar a la gente desde arriba, la altura de esos engendros impone respeto. El Elemental va en cabeza, arrastrándose sobre las decenas de extremidades, y me observa con sus ojos rojos y humeantes. Este tiene que otorgar el poder de controlar el fuego, según lo que vimos en clase. Le siguen el Carroñero y el Cazador. Ahora que los tengo delante, no me hago muchas ilusiones con sobrevivir.

—¡Venid a por mí! —grito con todas mis fuerzas.

Por el futuro que nunca veré.

Por la mujer que nunca amaré.

Por una vida de la que jamás me vengaré.

Cuando estoy a diez pasos de los Devorados, algo cambia en sus movimientos. Algo que hace que mi mundo se vuelva del revés una vez más, como la primera vez que vi sus ojos esmeraldas.

El Carroñero y el Cazador arrancan a correr.

Con una habilidad sobrehumana pasan a mi lado como un suspiro, directos hacia las chicas. No giro la mirada; Frida y Lisa dependen ahora de ellas mismas. Pero puedo hacer un último esfuerzo. Puedo frenar al grandullón.

Saco la pistola y disparo sin piedad. Las balas resuenan en la calle con un eco ensordecedor. Un pitido se asienta en mi oído mientras el olor a pólvora me invade.

Pero el Elemental sigue ahí, impasible. Por los orificios de las balas salen nuevos hilillos de humo que se escapan de su cuerpo abrasador.

Con una sonrisa sanguinaria, tiro la pistola a un lado y desenfundo los machetes.

—Venga, vamos... ¡Vamos!

Doy un par de zancadas para tomar impulso y, con un salto, clavo los puñales en su pecho. Está caliente, como una roca que ha estado todo el día al sol. El zombi profiere un gruñido y yo, sin saber si es de dolor o de indiferencia, arranco uno de los machetes y lo incrusto más arriba, en su clavícula, para impulsarme.

A mi espalda, escucho disparos y gritos. Y deseo con todas mis fuerzas que ellas estén bien.

Una de sus extremidades se clava en mi brazo, rasgándome la piel. Es abrasador. Libero el otro machete y le corto ese miembro bulboso, que cae retorciéndose al suelo. Entonces, con un último aspaviento, asesto un machetazo en la frente al engendro.

Sus ojos rojos como el fuego se clavan en los míos, azules como el mar. Durante un momento, parece que la oposición de colores hará saltar chispas, pero entonces los suyos se apagan. El rastro de vida que lo alimentaba se esfuma mientras se desploma a un lado.

Caigo sobre el Elemental con el brazo empapado de sangre y noto como las fuerzas abandonan mi cuerpo. Un brillo rojo parpadea desde mi cuello, inundando de carmesí mi campo de visión.

Fogonazo rojo.

Veo a los dos Devorados restantes, el Carroñero y el Cazador, tumbados en el suelo.

Fogonazo rojo.

Frida y Lisa se abrazan, llorando. Distingo el color de la sangre brillante sobre ellas.

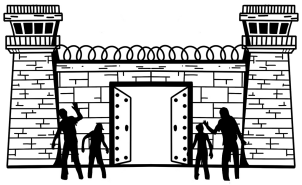
Fogonazo rojo.

Los Exterminadores se aproximan a nosotros con cautela, pero los ignoro. Prefiero dedicar mi último pensamiento a Astria.

Cierro los ojos y no veo el último parpadeo del collar. Aunque habría jurado que brillaba en un color distinto.

Ahora nunca lo sabré.

18



Regreso a la Academia

Despierto con el sonido desgarrador de unos gritos agónicos. Tardo unos instantes en comprender que son los míos y entonces siento todo el dolor impregnando cada milímetro de mi cuerpo.

Joder, ¿estoy en el infierno?

Abro los ojos. A mi alrededor todo es blanco. Nada tiene sentido, ¿por qué me duele tanto si estoy muerta? ¿Por qué el infierno es tan brillante?

El dolor remite levemente; es como un latido. De alguna forma sé que en breve llegará la próxima oleada. Al tratar de moverme es cuando descubro que estoy atada de pies y manos a una camilla. Llevo una bata blanca y hay una especie de hilos conectados con agujas a mis venas a través de los brazos. Un líquido oscuro fluye por un pequeño tubo desde una bolsa colgada en un palo metálico hasta mi interior.

Antes de que pueda pensar algo más, llega la punzada de dolor, que de nuevo me arranca unos gritos que me raspan la garganta.

Una puerta blanca, de la que ni siquiera me había percatado, se abre a mi derecha justo cuando el dolor empieza a remitir. Un descanso entre agonías. La niñera entra con paso firme en la sala. Me veo reflejada en la visera de su casco. ¿Qué clase de tortura personal es esta? ¿Soportar a mi antiguo vigilante mientras agonizo?

—Aplicad más sedante. Está consciente —dice con su inconfundible voz metálica.

Unos Exterminadores sin casco y con batas similares a la que llevo puesta entran al momento. Revisan a conciencia los hilos que me conectan a la bolsa con líquido y preparan una jeringuilla demasiado grande para mi gusto.

—Pero, señor, el sedante puede interferir con el fármaco final.

Una nueva oleada de dolor me arranca más aullidos agónicos. Es como si me estuvieran cociendo por dentro. Mil agujas candentes se clavan por toda mi piel al mismo tiempo. Si por algún casual resulta que no estoy muerta, no tardaré en estarlo.

La niñera se coloca junto a mí. Me agarra la mano con fuerza. Es entonces cuando comprendo que esto tan solo puede significar que realmente estoy muerta. Un gesto así es algo que jamás haría.

—Astria, debes resistir.

—¿Dó-dónde...? —Es todo lo que alcanzo a preguntar antes de proferir un nuevo alarido.

—Estás en la Academia, Astria. Estás a salvo. Todos los Épsilon lo estáis. Habéis superado la prueba.

La niñera se quita el casco. En mi mente, o en este infierno en el que me encuentro, tiene un rostro que es imposible que le pertenezca.

Los ojos plateados de Lord Z me miran con preocupación; su cabello, del mismo color, está apelmazado contra el cráneo por el

sudor, y sus facciones de eterna juventud muestran algo que se parece mucho al miedo.

—Sé que duele. Créeme que lo sé. —Mira de nuevo a las personas de batas blancas—. ¿No podéis hacer nada con el dolor?

Un nuevo azote me recorre las entrañas.

—¡Haz que pare!

—Señor, no podemos... Es demasiado peligroso.

Lord Z suspira. Ahora su expresión ha cambiado, es casi de culpa y arrepentimiento.

—Bien, el método tradicional entonces. Lo siento, Astria.

Me habría gustado saber por qué se disculpaba, pero antes de que pueda siquiera procesar sus palabras su puño impacta contra mi cara y pierdo el conocimiento al instante.

***

Cuando despierto de nuevo, no me duele nada, ni siquiera la cara.

Muevo las manos, que ya no están atadas a la camilla, y flexiono los dedos entumecidos. Me incorporo con cuidado hasta que consigo sentarme. Hay un espejo gigantesco en la sala que ocupa toda la pared frontal, en el cual veo un reflejo que no puede ser el mío.

Mi pelo brilla y cae en rizos sobre mis hombros. Mi mechón rubio, casi plateado, se desliza por el lado derecho enmarcando el rostro. No tengo suciedad en la cara y mi piel se ve rosada y saludable. Mis brazos están duros y tensos, y los músculos, ligeramente definidos. Apenas me reconozco.

El dolor ha remitido, pero noto en todo el cuerpo una molestia residual, como si fueran agujetas tras un ejercicio intenso. A pesar de lo ocurrido, mi cabeza está lúcida y mi visión es clara. Quizás más clara de lo que haya sido jamás.

Ya no hay ningún tubo enganchado en mis brazos, aunque tengo unas tiritas en la zona donde me clavaron las agujas. ¿Dónde estoy? ¿Es esto un sueño o la realidad? Ese zombi me mató, de eso no tengo dudas.

Tendría que haberme explotado la cabeza.

Me toco el cuello de forma involuntaria tras ese pensamiento. Junto al espejo, me abro la bata para observar las cicatrices del pecho, pero solo veo piel tersa e inmaculada, sin rastro de heridas.

Es imposible.

La puerta se abre y me vuelvo a cubrir a toda prisa. Al otro lado veo a Lord Z, enfundado en su gabardina negra y acompañado de Niebla. Se detienen en el umbral al verme levantada y cruzan una mirada cómplice.

—Ya estás despierta. Excelente. Tu recuperación se ha demorado más tiempo de lo debido.

Ladeo un poco la cabeza, tratando de poner mis pensamientos en orden. En realidad, solo una pregunta tiene sentido.

—¿Estoy muerta?

Lord Z sonríe. Cruza el umbral y toma asiento en una silla que ni siquiera había visto junto a la camilla. Por la forma en la que se sienta, parece que ha pasado mucho tiempo en esa posición.

—Ah, querida, por supuesto que has muerto.

Por fin algo tiene sentido.

—Entonces..., ¿esto es el infierno?

—En cierto modo, sí lo es. —Sonríe otra vez; parece que esto le divierte.

—Zack... —murmura Niebla.

Lord Z alza las manos tratando de parecer inocente. Se ríe. ¿Qué cojones está pasando aquí?

—Culpable, culpable. Discúlpame, Astria. Sí, has muerto como humana. Y has renacido como Intacta. Te doy formalmente la bienvenida a la Academia Z, ahora eres una de los nuestros.

¿Estoy viva? ¿En la Academia? ¿Cómo?

—No lo entiendo. El zombi me desgarró el pecho. Pensé que mi cabeza estallaría. Estaba sola con él.

Lord Z hace una seña de invitación a Niebla.

—Marisa...

Ella carraspea; la noto inquieta.

—Tu herida en el tórax no era tan profunda como para superar el límite crítico de infección. Aun así, no hemos podido detectar la clase de zombi que te infectó. Necesitamos que nos expliques qué tipo y clase era para poder asignarte un rango.

—Las cámaras que tenemos por todo el Matadero funcionan a la perfección —añade Lord Z—, salvo las que enfocan al túnel en el que te infectaron. Y los Exterminadores que teníamos custodiando esa zona han desaparecido. Tuvimos que enviar un nuevo regimiento para buscar a tus amigos.

El ser que me convirtió. Me pidió ayuda. No me comió, entonces..., ¿qué quería de mí?

—Era un Devorado, creo. Nunca había visto uno de clase cinco. Imagino que era un Titán.

No sé por qué les oculto lo que sucedió. Que el zombi era capaz de hablar. Sin embargo, algo en mi interior me dice que es lo correcto.

—Un Titán te hirió y después... ¿se fue? ¿Sin más? —Niebla no se lo traga, evidentemente—. Descríbeme su aspecto.

Medito un instante. A ella la infectó un Titán. Un Devorado de clase cinco. ¿Cómo voy a ocultarle que el zombi que me infectó era capaz de hablar? Mierda, si miento lo sabrá.

—Pues la bestia más jodidamente aterradora que he visto jamás. Esa sería la descripción más acertada. Me hirió y perdí el conocimiento. —El respingo que dan me indica que he logrado salir del paso—. Me dio tiempo a activar el collar, pensé que me reventaría la cabeza. Y me he despertado aquí. No sé nada más. —Entonces caigo en la cuenta—. ¿Lisa, Frida, los chicos? ¿Sobrevivieron?

Lord Z se pone en pie.

—Todo el grupo Épsilon ha regresado a la Academia como Intactos. Respecto a tu infección, sabremos lo que eres en cuanto se manifiesten tus poderes. Hasta entonces, estarás bajo mi tutela otra vez.

Lo miro tratando de ocultar la sorpresa.

—La niñera... ¿eras tú?

—Así es, vuestra formación era prioritaria —confirma sonriente—. No podía dejarla en manos de cualquiera.

Niebla se revuelve inquieta. Yo miro al director asombrada. Tiene que ser una puta broma.

—¿Prioritaria? ¡Éramos escoria! ¡Nos abandonasteis a nuestra suerte cada noche! No nos dejasteis entrenar ni ir a clase. ¿Cómo puede ser eso prioritario?

Niebla niega con la cabeza y se marcha, me quedo a solas con Lord Z. Inclina el cuerpo hacia delante y une sus manos tocando las yemas de sus dedos antes de hablar.

—¿Por qué crees que enviamos a los alumnos más prometedores al último escalón de los grupos? Sois los únicos que habéis tenido experiencia de combate real en un entorno controlado.

—¿Controlado? ¡Hemos estado rodeados de zombis! ¡Me han estado a punto de morder un montón de veces!

—Y, sin embargo, nunca te han mordido —replica—. Porque sois auténticos supervivientes. Justo lo que necesitamos. Os he estado supervisando. Estas semanas hemos estado enfocados únicamente en vosotros cinco.

—Pero los Alfa...

—Los Alfa y los Beta son los grupos más reducidos —me corta—; compuestos por quienes tenemos la certeza de que van a morir. Intentamos hacer sus últimos días algo más llevaderos.

No estoy entendiendo nada. ¿Abandonarnos era el entrenamiento? ¿Dejarnos tirados en el Yermo? No tiene ningún sentido. Entonces recuerdo a Morty y lo poco entrenado que estaba para combatir en la Forja.

—¿Y por qué cojones no los enviáis de vuelta a casa? ¿Por qué tuvieron que morir los Candidatos de la pista? Sois unos putos monstruos. Y unos mentirosos de mierda.

La mirada de Lord Z se ensombrece y guarda silencio unos instantes.

—A veces hay que hacer un sacrificio por un bien mayor.

—¿Bien mayor? —No puedo evitar reírme ante la evidente falsedad—. Lucháis para defender a esos mamonazos de la Capital que se están atiborrando de fiesta en fiesta, escondidos tras su puta muralla gigante. ¿Ese es el bien mayor? Mientras, en el Vertedero vivimos entre la basura y la miseria. Con algo de suerte, los muertos de hambre como yo podemos terminar aquí para que nos devoren esos zombis en una pista o nos conviertan en uno de ellos. ¡Ah, no! Que si la infección es *cítrica* vosotros os encargáis de reventarnos la puta cabeza con esos collares. ¿Dónde está el maldito bien mayor? Vamos, ¡no me jodas! Podrás ser un dios ahí fuera, pero lo que nos has hecho no tiene nombre. Lo que pasó con la chica pelirroja del

tren, con Claire, con Fleur... —Me detengo un momento para tomar aire—. Nada justifica lo que le hicisteis a Elsa.

Lord Z se agita incómodo en su asiento.

—Lamento lo de Elsa. Era prometedora, pero en la guerra suceden estas tragedias más a menudo de lo que nos gustaría. Con el tiempo lo entenderás..., y a partir de ahora tendrás más que suficiente.

—Eso no era la guerra —replico al instante—, era un puto juego para vosotros. Los Exterminadores estaban ahí y no hicieron nada por nosotros. ¡Y ahora me dices que estabais vigilando con las cámaras! No hicisteis nada, Lord Z, ¡nada! ¿Cómo puedes estar sentado tan tranquilo con las manos manchadas de la sangre de cientos de inocentes? ¡De miles!

—Te acostumbras con el tiempo —dice tras un largo suspiro—. En este mundo, cada uno tiene su rol.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es el tuyo?

Mira al techo y suspira.

—Tengo la incómoda carga de proteger a toda la humanidad. Y créeme, intento hacerlo siempre un poco mejor.

—¡Ya veo como lo intentas!

Se coloca delante de mí. No sé cómo, pero en una fracción de segundo ya no está en la silla, sino de pie. Sus ojos plateados, clavados en los míos, parecen escudriñar en mi interior. No creo que le guste lo que está viendo.

—¿Te crees que disfruto con esto? ¿Que lo hago por placer? —Entonces explota—. ¡No hay comida, Astria!

Retrocedo un paso.

—¿Qué?

—La Cuarta está al límite. Las cosechas cada año son peores. El ganado muere por plagas desconocidas. No hay comida suficiente para los mortales. Enviando aquí a los jóvenes, les dan una

oportunidad de sobrevivir. Los Intactos no necesitamos el alimento de los humanos..., tan solo los necesitamos a ellos.

Me quedo boquiabierta ante este arranque de sinceridad, y él, enervado, lo escupe todo.

—La pista es necesaria para hacer una criba inicial. Ya viste que había sitio de sobra para miles de alumnos, lo que nos falta es alimento —se relaja un poco y se aleja de mí—. Os asignamos a los grupos bajo la falsa premisa de que Alfa iban a ser los mejores y Delta, los peores. E inicialmente así fue; los mejores estabais en el primer grupo. ¿No te sorprendió que os degradaran a todos? ¡No quedó ni uno en Alfa tras la primera semana, Astria! ¡Piensa!

—Pero... los entrenamientos...

Lord Z hace un gesto de desprecio con la mano.

—Mira quiénes han sobrevivido. Los Gamma y Delta, los que tuvieron que pasar hambre y penurias durante un mes, curtiéndose, volviéndose despiadados y letales. ¡Y vosotros! Los únicos en toda la Academia con experiencia real contra los zombis. ¿De qué sirve aprender a dar un puñetazo cuando quieres que te infecten? Épsilon fue mi apuesta personal. ¿No lo entiendes, Astria? Vosotros sois la auténtica élite.

No des nada por sentado. Las palabras de Frida resuenan en mi cabeza. Me siento otra vez en la cama. Ahora el nombre del Matadero tiene muchísimo más sentido.

Ahora todo encaja un poco mejor, solo un poco. Y solo lo puedo expresar de una manera.

—Qué jodido es todo.

Lord Z se sienta a mi lado.

—Sí que lo es. Pero podemos afrontarlo. Juntos.

Niego con la cabeza. Esto es demasiado.

—No sé cómo hacerlo.

El director se levanta y avanza hacia la puerta.

—Lo sabrás en su debido momento. Ahora debes recuperarte, e imagino que querrás ver a tus amigos.

Tengo que preguntarle. Por Elsa.

—Antes de que te vayas —el director se detiene con la mano en el pomo—, ¿por qué las bombas en los collares? ¿Por qué asesinamos a los nuestros?

Se vuelve a quedar callado un instante antes de contestar.

—Porque para ellos es demasiado tarde. —Me mira con una expresión que no alcanzo a descifrar—. Y nosotros necesitamos comer.

***

Encuentro a mis amigas en nuestra antigua habitación de Alfa, donde nos han ubicado de forma provisional. Frida y Lisa están igual y, al mismo tiempo, han cambiado. La piel oscura de Frida se ve más brillante, como si acabara de salir de la ducha. La de Lisa es más firme y su pelo lacio refleja con fuerza la luz, en lugar de absorberla como hacía antes. Aunque siguen siendo ellas, parecen haber renacido.

Parece que la muerte nos sienta genial.

Al verlas de nuevo, el corazón se me acelera y mi respiración se entrecorta. Todo este tiempo sufriendo por ellas. Deseando que estuviesen a salvo.

—¡Astria! —gritan al unísono antes de abalanzarse sobre mí.

Me llenan de besos y abrazos, y Frida habla tan rápido que apenas puedo comprender lo que dice.

—Tranquila, Frida, vamos a sentarnos.

—Mejor me quedo de pie. Estoy demasiado emocionada, Astria. Cuando nos dejaste en el puente pensé que jamás volvería a verte. —No para de gesticular nerviosa. Mira a Lisa de reojo—. Todos lo pensamos. Fue muy duro abandonar aquel túnel sin ti. No volveremos a separarnos, Astria. Es un regalo tenerte de nuevo con nosotras.

Lisa asiente y me dirige una mirada cargada de cariño. Entonces frunce el ceño.

—¿Cómo lo lograste?

—Supongo que tuve suerte —digo encogiéndome de hombros. No es una mentira—. ¿Y vosotras?

Frida inicia su relato casi sin coger aliento.

—El túnel ya estaba muy oscuro. Ya sabes, faltaban unos minutos para las nueve y media, la hora a la que se pone el sol. A Nick le pitó el collar y yo recordé lo que me habías contado sobre... ya sabes quién. Retrocedimos asustados. Sin embargo, el collar se puso verde. Unos Exterminadores vinieron a por él y se lo llevaron. Los seguimos fuera del túnel. Al otro lado no había zombis. No había nada. Era donde cayó una de las bombas antes del apocalipsis. —Lisa le hace un gesto para que se relaje, pero ella sigue narrando muy deprisa, acompañando cada palabra de un gesto—. Entonces aparecieron los tres Devorados que nos habían seguido. Salieron del túnel. No nos lo esperábamos. Había un montón de Exterminadores que nos miraban desde los edificios. Tratamos de huir, pero nos alcanzaron. Acabamos con ellos, aunque nos hirieron. Fue casi demasiado fácil..., como si se contuvieran. Nuestros collares se pusieron verdes. Entonces el director nos dijo que éramos generales y que tú estabas aquí y yo te echaba de menos y quería verte. Y ahora has aparecido y solo pienso en las ganas que tengo de llorar y...

—Frida, ¡Frida! —La agarro de los brazos—. Estoy aquí. Todo está bien. ¿Con qué zombi os habéis infectado?

Lisa no dice nada, mira a su pareja embelesada y sonriente. Yo también sonrío. Frida asiente:

—A mí me arañó el Cazador. Me clavó las uñas en el brazo —se señala el lugar, aunque no hay cicatrices—; bueno, si a eso que tienen en las zarpas se le puede llamar uñas. ¡Cómo me dolió! En fin, se supone que podré mover cosas con la mente. —Me mira con un brillo en los ojos—. A Lisa la mordió el Carroñero, lo que en teoría le da el poder de comunicarse mentalmente. A Robert lo hirió el Elemental antes de matarlo, así que heredará un talento elemental: fuego, aire, agua o tierra. Aún es pronto para saber cuál, aunque todo apunta a que será el fuego. La herida de su brazo era terrible, Astria. Habría muerto para protegernos.

Trato de tragar saliva, pero se me ha secado la garganta.

—¿Y cómo está él? —pregunto preocupada, menos mal que no me escucha—. ¿Se encuentra bien?

—Estoy perfectamente, Liverman—dice una voz grave a mi espalda.

Mierda.

Hunter está igual que el primer día que lo vi en el tren. Sus músculos, desinflados en las semanas previas a la Forja a causa de la mala alimentación, vuelven a estar bien delineados. Su cabello rubio revuelto parece más brillante que el sol y sus ojos azules se asemejan más que nunca al azul del cielo despejado. Ser un Intacto le sienta muy pero que muy bien. Intento que el rubor que quiere conquistar mis mejillas pierda la batalla. No tengo mucho éxito.

—Está bien saber que salvarte el culo sirvió de algo, Hunter —digo en tono tajante, fingiendo indiferencia—. ¿Qué poder has conseguido? ¿El de ser aún más pesado que antes?

Da una zancada y, sin que pueda hacer nada para remediarlo, me estrecha entre sus enormes brazos. Hundo la cara en su pecho. Es cálido y huele bien, y me da ganas de llorar y sacarlo todo, pero me mantengo fuerte y no lo hago.

—Pensaba que no volvería a verte.

Me mantengo fuerte y no lo hago.

—Estoy... bien.

Me mantengo fuerte y no lo hago.

—Astria, no sabes lo feliz que soy en este momento.

Algo se rompe en mi interior y las lágrimas brotan con violencia de mis ojos mientras me sacudo. Y él me sostiene hasta que termino de desahogarme.

***

La ceremonia de los Intactos se celebra en el patio, delante de la estatua del director. De una forma retorcida, me recuerda a la presentación que tuvo lugar cuando llegamos por primera vez a la Academia. Nos encontramos formando filas ante un escenario donde se coloca Lord Z, custodiado por los profesores.

Parece que nos separen años de aquel primer día, cuando, en realidad, hace poco más de un mes de aquello. A veces el tiempo discurre de formas muy extrañas.

La diferencia es que aquel día entramos mil Candidatos y ahora solo quedamos ochenta y siete. Quiero pensar que Morty y el resto de los chicos y chicas a los que ayudamos a infectarse en el Matadero están entre ellos, pero todos llevamos cascos, y soy incapaz de reconocer a nadie.

Niebla da las cifras: los supervivientes hemos sido los cinco miembros de Épsilon, cuarenta y seis Delta, veinte Gamma, doce

Beta y tan solo cinco Alfa.

Los números son terribles, no por lo que explican, sino por lo que callan. De los seiscientos sesenta y seis Candidatos que superamos la Criba, han muerto quinientos setenta y nueve entre las semanas de preparación y la Forja.

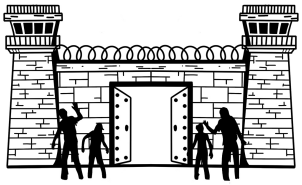
Pienso en Elsa, en la chica pelirroja de la pista, en la pareja de Betas que murieron en aquel callejón. Y espero que, allá donde estén, hayan podido encontrar la paz. Algo que aquí jamás tendremos.

El Martillo ha golpeado el Yunque, y solo el acero puro ha sobrevivido a su dureza.

Empieza una nueva etapa en la Academia Z. Contra todo pronóstico, he logrado sobrevivir a la Forja. Ahora es el momento de empezar de cero.

Y cambiar de una vez por todas este mundo de mierda.

19



Aprendiendo a ser Intacta

Hay varias cosas que me habría gustado saber antes de convertirme en una zombi.

Pero, cuando no te queda otra opción, debes hacer lo que sea para sobrevivir. Y ahora mismo, ochenta y siete personas estamos pagando el precio de nuestras acciones.

Es muy difícil tragarse esta pastilla sabiendo que está hecha a partir de una persona.

En la cantina reina un silencio sepulcral. Todos tenemos hambre y el sonido de las tripas rugiendo llena el ambiente. Sin embargo, nadie da el primer paso. Miramos nuestros platos vacíos, con una única pastilla blanca en el centro, con sentimientos encontrados. Asco mezclado con el apetito más voraz que haya sentido en mi vida. En algún momento terminaré tomando el compuesto Z, pero... ¿a qué precio? ¿Dónde queda mi humanidad?

—Tenemos que hacerlo —murmura Lisa. Sus ojos están humedecidos.

—¿No hay otra opción? —pregunto angustiada—. ¿Comer carne de animal, o incluso insectos? No me importaría.

—No —dice Frida, que evita mirar su plato—. Lo único que puede mantenernos como Intactos y despertar nuestros poderes es un conjunto de enzimas que se activan en nuestro estómago cuando leen una cadena de ADN descompuesta de la carne humana, desplegando de ese modo...

—Frida, como sigas hablando voy a vomitar la poca bilis que me queda dentro. ¿Y si como pan, pollo o fruta? ¿No sirve de nada?

Ella se limita a negar con la cabeza.

—¿Y qué pasa si no me la tomo? —pregunto dispuesta a tener en cuenta todas las posibilidades.

Frida observa a Lisa de una forma extraña. Lisa asiente en silencio, entonces se vuelve de nuevo hacía mí.

—Nuestro cuerpo no digiere como antes, ahora no tenemos necesidades fisiológicas... ya sabes. —Asiento despacio—. No obstante, si no nos alimentamos, perdemos la capacidad de usar nuestros poderes, nos debilitamos. Y si no consumimos el compuesto, empezaremos a tener tendencias caníbales hacia cualquier persona no infectada.

Para mi sorpresa, Lisa solloza. Cuando habla, lo hace con un hilo de voz.

—Este compuesto es una forma de humanizarnos... De evitar que nos volvamos unos salvajes comiendo personas, vivas o muertas.

—¿Estás bien, Lisa? —pregunto preocupada.

Ella me mira, pero es incapaz de articular una palabra más. Frida le acaricia la espalda.

—Vamos, mi vida. Tú puedes.

Cierro los ojos y tomo la pastilla entre mis dedos. Podrían haberla disuelto en un vaso de agua, pero quieren que demos este paso.

Que nos la tomemos por voluntad propia. Sin darle muchas vueltas a lo que voy a hacer, me la echo en la boca y trago. Doy un sorbo de agua para ayudar a que baje la píldora. Justo en ese instante caigo en la cuenta de algo que me deja muy sorprendida.

Está deliciosa.

Es como si todas mis papilas gustativas se hubiesen despertado al mismo tiempo. Cada milímetro de mi paladar se eriza de placer al degustar este compuesto que debería revolverme el estómago. Mi hambre se sacia al instante y un calor reconfortante me recorre el cuerpo. Sin embargo, esa sensación de plenitud es adictiva y, movida por un instinto animal, reviso si han dejado más pastillas en la mesa. Frida me sujeta la muñeca justo cuando estoy a punto de robarle su plato.

Es entonces cuando me doy cuenta de que la mitad del comedor me está mirando fijamente, con caras de miedo, sorpresa y asco en diferentes grados. Un chico sentado a un par de mesas de distancia me imita y, al igual que yo, tras tragarse la pastilla se queda con el ansia dibujada en su expresión. He roto el hielo. Mis actos desencadenan que una oleada de Intactos dé el primer paso y, en menos de cinco minutos, la sala vuelve a quedar en silencio cuando todos hemos terminado. El placer pasajero del compuesto Z da paso a las miradas de remordimiento hacia los platos vacíos. ¿Qué hemos hecho?

—La primera vez es la más difícil —dice la voz firme de Lord Z desde la entrada del comedor—. Recuerdo la mía, y fue hace más de setecientos años. Entonces no teníamos el compuesto y recurríamos a métodos... menos ortodoxos.

A veces cuesta recordar que ese hombre de apariencia joven es más anciano que el propio edificio en el que nos encontramos. Nos

observa con sus ojos plateados y su cabellera, del mismo tono exacto, resplandece bajo los fluorescentes.

—Os acostumbraréis con el tiempo —dice mientras pasea entre las mesas—. Hace décadas, el ritual de la primera comida como Intacto se realizaba de forma individual, cada uno recluido en su propio espacio. Pero muchos se negaban a comer y perdían la cordura a los pocos meses. Nos dimos cuenta de que era mucho mejor hacerlo en grupo; en cuanto uno da el paso, el resto no tarda en seguirlo. —Sus ojos plateados me encuentran—. Podéis darle las gracias a la señorita Liverman por ahorraros una muerte permanente.

Algunos Intactos me miran y asienten en muestra de agradecimiento. No sé qué decir ni cómo actuar. Dios mío, ¿toda esta gente se ha vuelto caníbal por mi culpa?

—Las próximas tomas del compuesto las podréis hacer a solas, si así lo preferís. Una vez que se experimenta el calor la primera vez, nadie vuelve a pensarlo dos veces. —Un muchacho alza la mano—. No, no se puede repetir. Los suministros son limitados y con una sola pastilla el hambre se sacia durante un mes.

¿Un mes? ¿Con tan solo una diminuta píldora? Parece imposible; yo, al menos, no me siento especialmente llena. Aunque debería alegrarme por no tener que tomar ese derivado de ser humano en un tiempo, lo que me gustaría en estos momentos es engullir cinco tarros repletos de esas pastillas. El muchacho baja la mano con una mirada triste y no puedo evitar empatizar con él.

—En el caso de que os envíen a una misión, podréis solicitar algunas pastillas adicionales —matiza Lord Z—. Cuando usáis vuestros poderes, el hambre se dispara, y hay que consumir alguna píldora adicional. Por favor, consumidlo con moderación.

Lisa también se ha tragado su píldora y mira a Frida de una forma muy extraña. Misteriosa. Había algo doloroso en la forma en que

observaba el compuesto Z, en la manera en que se lo ha tomado. Y dudo que tenga que ver con mis dilemas morales.

***

—Ahora ya no sois Candidatos —dice Niebla ante el aula repleta—. Sois Intactos, pero aún no os podemos considerar guerreros de pleno derecho. Como Iniciados, tendréis que aprender las lecciones básicas. Vuestro cuerpo es ahora más resistente, más rápido y más fuerte. Vais a asimilar en unas pocas semanas lo que a un soldado humano le costaría años de entrenamiento. Aunque sois prácticamente inmortales, eso no significa que no os puedan matar.

La clase está en silencio, atenta a las palabras de la profesora. Le escribo en un papel a Frida:

«¿Podemos morir?».

Ella me fulmina con la mirada por distraer su atención de la clase de Niebla, pero toma el lápiz y me escribe a toda velocidad la respuesta.

«Igual que cualquier zombi. El cerebro es nuestro punto débil. Por eso todos los Exterminadores llevan casco siempre; es una protección vital».

Asiento tratando de recuperar el hilo de lo que está diciendo nuestra profesora, con un ánimo muy distinto al que tenía cuando llegamos la primera semana. Parece mentira que solo haya pasado un mes.

—... caso de que tengamos la certeza del tipo de zombi que os infectó, estáis clasificados por el rango acorde. En el caso contrario, y este año tan solo hay un par de excepciones —me dirige una mirada fugaz—, seréis clasificados en cuanto se manifiesten vuestros poderes.

Al parecer, hubo fallos en las cámaras de vigilancia en el momento de mi infección. Y como no había ningún Exterminador cerca, no saben qué rango asignarme. El resto de los Intactos llevan un brazalete, similar al de los guardias. Salvo Frida, Lisa y Hunter que, al haber sido infectados por Devorados, tienen un estatus más elevado. Serán entrenados como generales.

Frida levanta la mano, ansiosa. Estamos sentadas en primera fila, uno de los *privilegios* de los Intactos de rango alto. Como dije que me había infectado un Devorado —ni yo misma sé qué era aquel ser — me han puesto con ellas.

—¿Sí, Gönig?

—¿Cuánto tardarán en mostrarse nuestros poderes?

Niebla se queda pensativa un momento y sus ojos hacen contacto con los míos. Por un segundo, noto algo en su mirada. ¿Miedo? ¿Dudas? No soy capaz de descifrarlo. Un instante más tarde vuelve a tener esa expresión fría como el hielo.

—Tras tomar el Z los poderes deberían despertar al cabo de una hora aproximadamente. Como muy tarde, mañana descubriremos vuestras habilidades.

«¿Qué poder tenías tú?», le escribo en el mismo papel a Frida.

Vuelve a dirigirme una mirada de fastidio. Sé que la estoy molestando, pero la curiosidad me mata. Escribe de mala manera una palabra en la hoja.

«Telequinesis».

Leo la palabra un par de veces, aunque no tengo ni idea de lo que significa. Malditos eruditos y sus manías para decir las cosas de forma complicada.

—Hoy empieza vuestra formación real —dice la profesora, y se da la vuelta para anotar los horarios en la pizarra—. Ocho horas de teoría y ocho de práctica. El resto del tiempo es vuestro... —dirige

un vistazo al fondo de la clase, donde se sientan los Iniciados de peor rango—, salvo que tengáis otras tareas. Los Iniciados de rango diez se encargan del mantenimiento de la Academia. —Se escucha un murmullo de protesta, que Niebla silencia con la mirada—. ¿Queríais tener un trono de oro? Pues haberos enfrentado a un maldito Devorado. Este es el precio de vuestra debilidad.

Observo por encima del hombro al grupo que tengo a mi espalda. Los de rango diez están en lo alto de la grada. Para las clases les permiten quitarse el casco. El estómago se me encoge al reconocer varios rostros familiares que me observan y me sonríen. Son los chicos y chicas a los que ayudamos a infectarse en el Matadero; Jade está entre ellos. Están vivos, están a salvo. Suspiro aliviada y les devuelvo la sonrisa.

Por el rabillo del ojo veo a alguien que me saluda. Es Morty, el primer muchacho al que ayudé en el Matadero. Su expresión de agradecimiento me dice que le daría igual que lo pusieran a limpiar las letrinas. Está contento de seguir con vida.

Si es que podemos llamar así a nuestra actual existencia. ¿Realmente estamos vivos?

«¿Nuestro corazón late?», le escribo a Frida tras reflexionar sobre mi nuevo estado. Yo no me he notado pulso, pero quizás ella tenga una explicación, como que bombea muy despacio o...

Frustrada, Frida hace un gesto para retirar el papel y, sin llegar a tocarlo, este vuela desde el pupitre hasta la pared del fondo. El lápiz que tengo en la mano sale disparado hacia el pedazo de hoja garabateada y la deja clavada en la madera, como una flecha que acierta en una diana. La clase se queda en silencio y todos miramos a Frida.

—¿Puedes mover cosas con la mente? —pregunto asombrada, aunque ahora recuerdo que me dijo algo así cuando me encontré

con ellas tras la Forja.

—¡Eso significa *telequinesis*, Astria! —exclama, tratando de ocultar el rubor en sus mejillas.

—¡Es increíble!

—Sí que lo es —dice Niebla. Joder. Había olvidado por un instante dónde estamos—. No todos los días contamos con Candidatos que tengan el valor de enfrentarse a un Cazador, como es el caso de la general Gönig, que acaba de ratificar su puesto.

La clase estalla en un aplauso que inicia la propia profesora. Frida se levanta, roja como un hierro candente, y se pone firme.

—La telequinesis es un poder muy interesante, con la práctica, podrá mover tanto objetos inanimados como seres vivos —comenta Niebla con una sonrisa mientras Frida vuelve a tomar asiento—. Aunque tiene una limitación: no puedes moverte a ti misma. De lo contrario, veríamos a todos nuestros telépatas flotando por la Academia.

Has hecho bien poniéndola nerviosa para que manifestara sus poderes.

Me giro hacia Lisa, que observa con cariño el momento de gloria de su pareja. Juraría que acabo de escuchar su voz en mi cabeza.

No hace falta que lo jures. Así funciona la telepatía. Puedo leer todos los pensamientos como si fueran los míos propios.

No me puedo creer lo que escucho en mi mente. Aunque es más fácil de procesar después de lo que acaba de hacer Frida. Trato de concentrarme para enviar un pensamiento en su dirección.

«¿Puedes oírme?».

Por supuesto —replica la voz invasora de Lisa—*, ¿qué clase de telépata sería si no te pudiera escuchar? Esta habilidad está muy infravalorada en la Academia. Es hora de cambiar esa percepción.*

«Tienes que decirle a Niebla que tu poder está activo».

Lisa mira a la profesora mientras niega ligeramente con la cabeza.

Lo haré, en su debido momento. Ahora necesito información, antes de tomar cualquier decisión de forma precipitada.

Mientras pienso en esas palabras reparo en el silencio que se ha apoderado del aula. Niebla está observando a Lisa con una mirada inquietante.

«Creo que lo sabe», digo en mi mente.

Lisa mira a la profesora y sonríe.

No lo sabe, tan solo lo sospecha. Su conciencia es como una fortaleza. No puedo leer sus pensamientos con facilidad, solo escucho fragmentos.

Doy un respingo y al momento trato de disimular mi asombro.

«¿Conmigo es diferente?».

Contigo y con todos los alumnos. Vuestra mente es como un campo abierto en un día primaveral.

Un poder interesante, sin duda. Doy las gracias de que Lisa esté de mi parte; no soportaría tenerla como enemiga. Que alguien pueda leer tus pensamientos más íntimos es... perturbador.

—Se os proporcionarán habitaciones acordes a vuestro estatus —indica Niebla cuando Frida toma asiento—. Los Exterminadores inferiores, de rangos seis a diez, no tienen derecho a habitación propia. Los oficiales podéis escoger entre varias opciones. Los Iniciados de segundo año os lo indicarán cuando termine esta sesión.

Robert no está con nosotras, lo han ubicado en una esquina de la clase, aislado de los demás. Al parecer, el despertar de sus poderes puede... complicarse. Imagino que debe ser algo serio para separarlo de ese modo, puesto que todos somos ahora bastante difíciles de matar.

Está muy serio y me mira de vez en cuando de reojo. Parece nervioso. Espero que se encuentre bien. O no. Eso es; en realidad, no me importa demasiado. Entonces recuerdo su abrazo y comprendo que, quizás —y solo quizás—, en el fondo sí que me importa.

El cabrón de Nick está en las filas del fondo. Ojalá se pudra en su miserable rango. Tiene lo que se merece. Ni siquiera me acuerdo de qué habilidad le había tocado a él. Espero que tenga la de oler a mierda y se asfixie en su propia peste. Estoy prácticamente segura de que tiró la plancha a propósito para deshacerse de mí.

En algún momento lograré ajustar cuentas con ese desgraciado.

—Y, por último, debo comentar la tutorización. A continuación, paso a leer los rangos y los tutores. Los cincuenta y dos alumnos de rango diez, con el Coronel Roto. Los veintinueve Iniciados de rango nueve, con Rayo Escarlata. La señorita Stilton, la única Intacta de rango cinco, con Acorazado. Los tres Intactos superiores estarán bajo mi tutela. Y los dos alumnos sin rango oficial, con Lord Z.

Frida y Lisa se miran incómodas y apartan la mirada. Robert aprieta el puño en su esquina y veo la furia en sus ojos.

¿Dos? ¿Hay otro? Alzo la mano. Niebla me hace una seña para permitirme hablar.

—Pensaba que yo era la única alumna de la que se desconocía el rango.

Durante un instante, esa extraña mirada vuelve a resurgir en sus ojos antes de contestarme.

—Hay dos alumnos sin rango oficial —repite ella con frialdad y consulta su listado—. Astria Liverman y Nick Hagel. Estáis bajo la tutela de Lord Z.

***

Tiene que ser un error.

Frida me dijo que lo había infectado un Dañado de clase dos, un Furioso. Aunque, ahora que lo pienso, lo dijo con voz baja y de un modo sospechoso. Sin embargo, no hay lugar a duda: yo misma le quité el zombi de encima, aunque, a primera vista, no detecté ninguna herida. Y aquí está el muy desgraciado, sentado a mi lado en el descomunal despacho del director.

Si no me hirviera tanto la sangre repararía en las molduras de madera y en el alto techo coronado por una gigantesca lámpara con miles de palitos de cristal que reflejan la luz en todas las direcciones.

Si no estuviera tan cabreada, me habría fijado en los mullidos sillones de piel en los que estamos sentados; en el magnífico escritorio de una madera tan brillante que debe ser más cara que el antiguo edificio de mi orfanato, con todas sus posesiones incluidas.

Si mi mirada no estuviera ardiendo en la sien de Hagel, me habría percatado del gigantesco retrato al óleo de Lord Z que cuelga tras su silla de respaldo alto y de las estanterías con libros antiguos y jarrones de antes de la guerra sobre repisas de mármol.

Cuánto nos ciega el odio cuando lo enfocamos sobre una sola persona.

—Mis dos enigmas —dice Lord Z con su voz profunda—. Liverman y Hagel. ¿Quién os infectó?

—Un Devorado de clase cinco—dice Nick sin inmutarse—, un Titán.

El odio se convierte en incredulidad en una fracción de segundo.

—Y una mierda, Hagel, eres un puto mentiroso, además de un traidor. Te arañó un Furioso en un choque absurdo. —Miro al director —. Yo fui la única que se encontró con un Titán, y él no estaba allí.

El peor enemigo al que nos enfrentamos fue un Elemental, y él ni siquiera se le acercó porque tenía demasiado miedo.

El desgraciado se ajusta las gafas y mira al director, ignorándome. Su piel oscura brilla como la de Frida, pero, en su caso, creo que convertirse en Intacto lo ha vuelto incluso más retorcido de lo que ya era.

—Eso lo comprobaremos en cuanto se despierten nuestros poderes. Y tengo entendido que los de clase superior tardan un poco más en aparecer.

Salto de mi silla para reventar a hostias a este imbécil, pero, antes de que pueda ponerle una mano encima, Lord Z ya se encuentra entre ambos. Me sujeta por el hombro.

—Calma.

—¡Es un mentiroso! Frida es una *telecósica* y ha mostrado sus poderes hace un rato. A este imbécil lo arañó un zombi insignificante. Se quiere hacer el interesante por... yo qué sé, porque es imbécil. Y no es de fiar. Me traicionó en el Matadero. ¡Dos veces! Si fuera por él, estaría muerta.

—Fue un accidente —se excusa sin inmutarse.

Hijo de puta.

—¡Y una mierda!

Vuelvo a saltar sobre él, pero Lord Z me aprieta el hombro. Soy incapaz de moverme.

—Calma —repite y, de alguna forma, hace que me quede sentada, relajada—. En ningún momento se os indicó trabajo en equipo durante la Forja. La prueba busca explotar vuestro sentido de la supervivencia, no de la cooperación. Como ha señalado el señor Hagel, todo se esclarecerá cuando se revelen vuestros talentos. Por ahora, sois los únicos alumnos de los que no tenemos datos de la infección. Si es cierto lo que ambos decís, seríais los primeros

infectados por un Titán en décadas. Y, dado que Marisa no tiene intención de ser mi sucesora, uno de vosotros podría optar a ese rol. Por lo que, durante las semanas de instrucción, estaréis bajo mi tutela.

Esas palabras tardan un tiempo en calar en mi interior. ¿Directora de la Academia? ¿Sucesora? Si este hombre tiene setecientos años y parece un año mayor que yo. No puede ser. A Nick se le escapa una sonrisita de autosuficiencia que me hace saltar de nuevo. Los dedos de Z se hunden un poco más en mi hombro. Sin embargo, antes de que me dé cuenta, veo al traidor en el suelo con el labio ensangrentado. Lord Z le ha dado un revés en toda la cara.

—Que no permita que Liverman te haga pedazos no implica que acepte tus fanfarronerías, Hagel. Quiero que te quede claro.

Verlo en el suelo con esa expresión de sorpresa hace que se me pase un poco el enfado. Me dejo caer en el sillón de cuero. El desgraciado se incorpora aturdido y toma asiento con cautela.

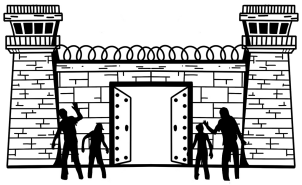
—Vuestras rencillas deben quedar atrás —dice Lord Z, soltándome y regresando a su butacón—. Sois Intactos y debéis comportaros como tales. Durante las próximas semanas colaboraréis. Se acabó la confrontación de Candidatos, ahora todos somos lo mismo. ¿Algún problema con eso?

Un puto millón de problemas.

Pero prefiero mantenerme en silencio.

Las próximas semanas van a ser otra pesadilla.

20



PODERES QUE NACEN

Vivir como Intacta no es, ni mucho menos, tan malo como había pensado. Tengo una habitación propia, un horario que me permite dormir más de cinco horas y contacto diario con mis amigas. Son, sin duda, las mejores condiciones que he tenido en toda mi vida.

O lo serían, si no tuviera todo el día a Nick Hagel pegado a mi culo.

Ha pasado una semana desde que nos convertimos en Intactos, siete días a lo largo de los cuales todos los nuevos miembros de la Academia Z han mostrado sus poderes de una forma u otra. Tan solo tres Intactos permanecemos sin haber manifestado nuestros dones: Hagel, Hunter y yo.

En el caso de Hunter, le han mantenido aislado del resto del grupo en todo momento, dado que podría desencadenar un pequeño tornado, maremoto, tormenta de rayos o incendio, dependiendo del poder elemental que despierte. Casi preferiría estar en su lugar, así no tendría que andar de arriba abajo con el puto traidor.

Estoy prácticamente convencida de que Nick ya ha manifestado sus poderes de mierda: superfuerza. Es la habilidad que obtienes de un Furioso, lo he buscado. No obstante, de algún modo, ha conseguido ocultarlo, incluso a Lord Z. No sé qué pretende haciéndose pasar por un Intacto superior cuando todos sabemos la verdad.

Cada día lo tengo más claro: tendría que haber dejado que se lo comieran.

Pero me esfuerzo en repetirme que yo no soy así.

Asistimos juntos a todas las clases. Lord Z nos obliga a mantenernos inseparables. De algún modo, espera que así nos reconciliemos. Lo que él no sabe es que yo no perdonaría a esta basura zombi ni en mil años de existencia.

Lisa y Frida opinan lo mismo que yo: también están convencidas de que tiró el puente del túnel a conciencia.

La pasarela era sólida y estaba bien puesta —me dijo en una ocasión Lisa a través de mi mente—. *La tiró a propósito, no tengo dudas.*

El muy desgraciado ha intentado hablar con Hunter en varias ocasiones, aunque el grandullón siempre lo fulmina con la mirada. Se ve que también se la tiene jurada por lo que hizo en aquel túnel. Al final resulta que tiene moral y principios. Y eso me asusta, me sentía más cómoda odiándolo. Tras el abrazo que me dio al despertarme, y con la excusa de que teme dañarnos con sus poderes, no ha vuelto a acercarse a mí.

Y creo que eso aún me da más miedo.

Esta mañana me he despertado temprano. Me gusta salir al gran patio principal a tomar el fresco antes de que empiecen las clases. Antes de que dé comienzo la tortura de aguantar al idiota de las gafas durante todo el día.

Aunque aún está oscuro, los primeros rayos de luz empiezan a asomar por el borde de los muros. El patio está desierto, o eso pienso al principio. Una figura en el centro de la explanada llama mi atención.

Robert Hunter.

Está ante la imponente estatua de Lord Z, con los ojos cerrados y sentado sobre sus piernas cruzadas. No lleva camiseta y sus músculos están marcados, como si estuvieran todos tensionados al mismo tiempo. No sé dónde meterme, así que me limito a quedarme ahí de pie, sin moverme, observando.

Al principio parece estar tranquilo, respirando profundamente, pero en un instante algo cambia. Su cuerpo convulsiona y echa la cabeza hacia atrás, quedándose en una posición extraña. Cuando abre los ojos, retrocedo un paso.

Están brillando.

Aparecen las llamas. Un fuego cegador sale de su espalda en forma de tentáculos y le impulsa a levantarse. De pie, se mira las manos ardientes con una expresión de sorpresa y sonríe. Es lo más impresionante que he visto en mi vida; es como si la energía fluyera de su interior en decenas de líneas resplandecientes.

—¡Sí! —grita con fuerza, contento de haber despertado su poder.

Las llamas lo rodean, lo envuelven y estallan. El calor llega hasta mi posición, a más de doscientos pasos de distancia, y una columna de fuego se eleva hacia el cielo. Comprendo al instante por qué lo han aislado durante esta semana. Si hubiera despertado el poder en clase, no creo que hubiéramos salido indemnes.

El fuego se extingue y vuelve a ser él mismo, con sus ojos azules sin rastro de ese brillo dorado que tenían hace un segundo. Cuando me reconoce y avanza hacia mí, ya es demasiado tarde para cerrar mi estúpida boca, abierta por la sorpresa.

—¡Astria! ¿Lo has visto? —Sonríe de oreja a oreja.

Trato de no sonrojarme. Pongo todo mi empeño en mantener la boca cerrada, evitando morderme el labio inferior.

—Así que fuego, ¿eh, Hunter? Te pega bastante.

Se mira las manos y da un paso atrás. Aún le da miedo quemarme.

—De algún modo, lo supe desde que me infectaron. Notaba el calor en mi interior. Marisa dice que tras la primera explosión no hay riesgo de más accidentes. Espero que esté en lo cierto.

Mi ceja se eleva como si tuviera vida propia.

—¿Marisa? ¿Ahora te tuteas con Niebla?

Pone los ojos en blanco y sonríe.

—Ha sido un apoyo en todos estos días de aislamiento. Ella era la única a quien podía acercarme sin miedo. Si hubiera estallado, las llamas la habrían atravesado gracias a su poder.

Intangibilidad, el mayor poder de los Intactos. El que se supone que he heredado yo. El que Hagel también afirma tener. Pensar en él me pone de mal humor.

—En fin, ya puedes volver con tu amiguito. Estará deseando reunirse contigo de nuevo.

El rostro de Robert se ensombrece; se cruza de brazos, firme como él solo. Me saca más de una cabeza.

—No tengo nada que hablar con él, Astria. Sé lo que hizo. Si no lo maté en el túnel fue porque sabía que tú no lo habrías querido.

—¿Que yo no habría querido que lo mataras? ¡Pues claro que...!

Me quedo callada, reflexionando durante un instante. Puto Hunter, tiene razón. Por mucho que odie a ese bastardo, no habría querido que lo mataran. Ni a él ni a nadie.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta, cambiando de tema—. No es fácil adaptarse a... bueno, a esto.

—Quitando la presencia molesta de quien tú ya sabes, jamás había vivido con tanto lujo. Tengo una habitación propia. —La voz me vibra de la emoción—. No te haces una idea de lo que significa para mí. Yo nunca he disfrutado de grandes lujos como...

«Como tú».

Jamás hemos hablado de él, de su pasado ni de sus motivaciones. Porque no me importaban. No tenía ningún interés en conocerlo. Veo como sus ojos se ensombrecen y mis labios se mueven con voluntad propia.

—¿Por qué decidiste venir aquí, Hunter? —pregunto sin pensarlo demasiado—. Me han dicho que te presentaste voluntario. Lo tenías todo en la Capital. ¿Por qué abandonar esa vida por esta mierda de sitio?

—¿Has estado alguna vez en la Capital, Astria?

Niego con la cabeza.

—Pues, para que lo sepas, yo sí he estado en la Décima. He visto tu hogar. He viajado a todas las Reservas. —Mira hacia las puertas de la Academia—. El mundo de la humanidad está a punto de terminar. El fin está mucho más cerca de lo que parece. Y mientras el resto de las poblaciones se dedican a sobrevivir como pueden, en la Capital todo son fiestas y excesos. Aislados en su maldita burbuja, aun sabiendo que algún día los muros caerán y todo se irá al garete. —Suspira derrotado—. Lo saben y les da igual. Yo quiero un futuro en el que la gente pueda vivir, no solo sobrevivir. Por eso vine aquí, para intentar cambiar las cosas. ¿Podría morir? Por supuesto. Sin embargo, prefiero morir con la cabeza alta y fiel a mis principios que pasar toda una vida arrepentido por no haber hecho lo correcto.

No sé ni cómo empezar a responder a este discurso. No es lo que esperaba, ni mucho menos. Si es un espía de la Capital..., joder, es buenísimo. A mí me ha convencido.

—¿Hagel piensa como tú? —Es lo único que se me ocurre preguntar.

La mirada de Hunter se ensombrece.

—Nick ha sido mi mejor amigo desde que éramos niños. Inseparables. Cuando me presenté voluntario para el Crisol, me siguió sin pensárselo dos veces. Intenté impedirlo, le rogué que se quedara en la Capital. Es demasiado obcecado. Sin embargo, tras lo que hizo en la Forja... no sé si seré capaz de perdonarlo. Podría pasar por alto sus otros errores, pero lo que pasó en el túnel... —Aprieta los puños con fuerza y unas virutas de humo emanan de ellos—. No. No creo que pueda perdonarlo por lo que te hizo.

—Él es tu amigo —le recuerdo con un hilo de voz—. Y yo... yo no soy nadie.

Me coge una mano y una sacudida eléctrica me recorre todo el cuerpo. Me mira a los ojos y el corazón se me desboca.

—Tú me has salvado la vida, Astria. De más formas de las que puedas imaginar.

Tengo la boca seca, intento tragar, pero soy incapaz. Me he quedado sin palabras. ¿Qué me está pasando? Nos miramos durante unos instantes que parecen una eternidad, como si estuviera en un sueño, como si la Academia ya no existiera.

Los altavoces anunciando el toque de diana nos devuelven a la realidad.

***

Aunque las charlas de Lord Z podrían considerarse interesantes al principio, llega un punto en el que no sé cómo esconderme para bostezar. Lleva ya media hora divagando sobre el rol de las Reservas en el cierre de brechas y la protección contra los ataques zombi.

Yo lo resumiría en tres palabras: un puto desastre.

Sin embargo, él insiste en llegar al fondo de la cuestión, explicándonos las motivaciones políticas y estratégicas de la Capital en cada movimiento que se ha realizado por parte de la Academia para cerrar brechas y lidiar contra la amenaza zombi.

Todo lo que dice conduce a una conclusión clara: si él no estuviera aquí, la humanidad ya se habría extinguido.

Le gusta darnos clase en su enorme despacho, pero hoy lo estaban limpiando y nos hemos trasladado al aula más grande que hemos podido encontrar. Lord Z no es de los que se rebajan a impartir clase en un cuarto para escobas, salvo ese fetiche por disfrazarse, hacerse llamar «la niñera» y espiarnos, claro.

—... y por eso necesitamos reforzar la presencia en los vallados exteriores de la Cuarta y la Séptima...

Hagel está tomando notas a toda prisa en su cuaderno; yo ni siquiera he traído algo para escribir. Ahora me arrepiento. No es que quiera tomar apuntes, pero no tolero que este imbécil parezca más aplicado que yo. ¿Por qué lo hace? En cuanto se descubra que es un rango nueve lo degradarán y no volveré a verlo. ¿Entonces por qué...?

—Señor —interrumpo muy seria—. Quizás no es lo más adecuado compartir información crucial, sobre todo en el caso de que uno de nosotros no sea... del rango que se ha previsto.

Hagel se coloca las gafas en silencio y se queda mirando concentrado su cuaderno. Lord Z se rasca la barbilla, pensativo.

—No hemos hablado de nada que no sea de conocimiento público —dice al fin, aunque revisa sus papeles, por si se le hubiera escapado algo.

—Yo no conocía ni la mitad de lo que ha dicho. Y en este mundo, en concreto aquí, en la Academia, la información es poder. Y no

queremos que la información caiga en las manos equivocadas, ¿verdad, director?

Lord Z coloca los codos en la mesa y las manos unidas por las yemas de los dedos a la altura de su cara. Suele hacer ese gesto a menudo antes de ponerse chulo.

—¿Y por qué crees que tus manos son las equivocadas, Astria?

Tardo un instante en comprender que me he quedado boquiabierta. Será un dios para los humanos en muchas cosas, pero bien podrían adorarlo por su capacidad para tergiversar mis palabras. Parece que tiene un don.

—Yo... Yo no... ¡No hablaba de mí!

—Aquí solo estamos los tres. ¿Estás acusando a Nick?

La sonrisa que le empieza a crecer en la cara a mi compañero me da ganas de partírsela en mil pedazos.

—Tan solo digo que hay que tener cuidado con la información que se comparte, dada la incertidumbre.

—Tienes mucha razón, Astria. Mucha razón... En cualquier caso, si uno de vosotros va a ser mi sucesor, es importante que conozcáis de dónde venimos y hacia dónde vamos.

—¿Y hacia dónde vamos, señor? —pregunta Nick, como si no hubiera escuchado la acusación que acabo de realizar.

—A la guerra. Vamos de cabeza a una guerra que nos destruirá a todos. A menos que tengamos el arrojo para hacer lo necesario.

—¿Y qué es lo necesario? —pregunto yo, ahora absorta en la conversación.

—Pues...

—¡Señor! —Un Exterminador irrumpe en la sala y se pone firme—. ¡Brecha en la Octava! Solicitan apoyo.

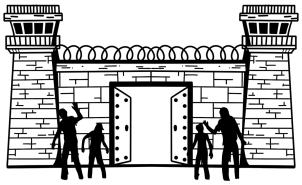
Lord Z asiente y se levanta de la mesa. Suspiro aliviada por haberme escaqueado de la clase. Nos libraremos de él una buena

temporada; normalmente los escuadrones más aventajados se encargan de las brechas. Nosotros empezaremos con simulacros en unas cuantas semanas y pasarán meses antes de pasar a la acción real.

Ya estoy pensando en mi ducha caliente de esta noche cuando escucho su voz desde la puerta.

—En pie, muchachos. Es hora de que pongáis en práctica lo aprendido.

21



Amenaza inminente

Encuentro a Frida en la habitación que comparte con Lisa, junto a la mía. Les han dado permiso para compartir dormitorio al ser de un rango tan similar. Al parecer, la Academia no tiene unas normas concretas para las relaciones entre soldados. Mucho menos entre dos oficiales.

—¡Hay una brecha en la Octava! ¿No es vuestro hogar?

Éramos de allí, ahora somos parte de la Academia.

Aún no me acostumbro a la voz de Lisa en mi cabeza; ella está en el baño, tomando esa ducha caliente con la que yo soñaba. Incluso así me ha escuchado.

—Nos han informado —dice Frida, quien, a diferencia de Lisa, sí está más preocupada—. Creo que vamos a ir todos los nuevos reclutas. Nosotras y Robert estaremos en el puesto de mando mientras los Exterminadores siguen nuestras órdenes. Salimos en una hora. —Revisa unas hojas con nerviosismo—. En las sesiones con Acorazado hemos analizado las diferentes estrategias de ataque

en caso de brecha; aun así, estoy convencida de que si aunamos las fuerzas en un solo punto podría ser más útil que dispersar a las...

Está temblando, y aunque trata de disimularlo con sus discursos sobre estrategia, está aterrada.

—Frida, Frida... ¡Frida! —La sujeto por los hombros—. Tranquila, va a salir bien. Ya nos hemos enfrentado a ellos antes.

—Sí, claro, eso lo sé. Pero lo hicimos nosotras. No es lo mismo luchar por tu vida que jugar con la de los demás. Somos todos novatos, ¡podrían morir!

Ya estamos muertos, resuena en mi mente. Por la expresión de Frida, creo que también lo ha escuchado en la suya. En lugar de replicar, sigue ordenando sus notas con un frenesí que roza lo obsesivo, al tiempo que utiliza su nuevo poder para preparar su macuto con todo lo necesario. Los objetos flotan a su alrededor y se colocan en orden en la bolsa, mientras ella sigue revisando sus interminables apuntes. Me da la sensación de que estorbo.

—Yo... os dejo a lo vuestro.

Todo saldrá bien, Astria. Te tenemos a ti, me dice Lisa antes de que salga de la habitación. Ojalá confiara tanto en mí misma como parece hacerlo ella.

En la puerta de mi habitación tengo la desagradable sorpresa de encontrar a Hagel. Ya está vestido y equipado con armadura completa.

—Lord Z nos espera en la estación en diez minutos.

Entro en mi cuarto sin prestarle la más mínima atención y doy un portazo en sus narices. A toda velocidad, preparo mi mochila con lo esencial (imitando los objetos que he visto volando en la habitación de Frida) y me equipo con la armadura de cuero de combate. Guardo mis dagas —más finas y versátiles que los cuchillos— en las fundas del traje y me coloco el casco táctico. Al tener el mayor

rango, el mío es translúcido y se me ve la cara. En dos minutos estoy lista.

Por algún motivo, el traidor sigue esperándome en la puerta, con su sonrisita de espabilado. No comprendo cómo a estas alturas no se le han extraviado las gafas, ni cómo puede ir cómodo llevándolas debajo del casco. Quizás debería ayudarlo a deshacerse de ellas con un buen puñetazo entre ceja y ceja.

—¿Vamos? —pregunta a pesar de que ya me he adelantado y camino en dirección a la salida.

Me alcanza dando unos pasitos rápidos.

—Creo que será bueno para la experiencia militar que podamos ver un combate real. Lo más inteligente sería distribuir las tropas de forma uniforme a lo largo de la brecha y hacer una carga en línea paralela, al igual que Rayo Escarlata hizo en la brecha de la Decimonovena en el año...

—¿Te callas o te callo? —lo amenazo tajante—. En primer lugar, no tenemos ni idea de qué situación vamos a encontrar; por muchos informes que hayamos recibido, tardaremos como mínimo una hora en alcanzar la Octava y puede que la situación haya cambiado. Y, en segundo lugar, ¿cuándo vas a aceptar tu rango y dejar de hacer el imbécil? Todos sabemos que te mordió un puto Furioso mientras escapábamos. Yo te lo quité de encima, ¿recuerdas?

Hagel se frena en seco durante un instante, pero vuelve a alcanzarme al momento.

—Tienes razón... Hasta que no lleguemos, la situación es imprevisible. En cualquier caso, yo apostaría por la línea paralela. Su eficacia ha sido probada tanto en combates contra hordas pequeñas como de tamaños más considerables...

—Nick. Estoy al límite. Al. Puto. Límite.

Silencio.

Lord Z, tal y como mi odioso compañero ha indicado, nos espera en la estación de acceso a los trenes. Mientras bajamos en el ascensor de cristal, recuerdo cómo me sentí al llegar por primera vez a la Academia, el miedo y la tensión acumulados.

Y ahora me encamino a una batalla real.

Me sorprende lo poco asustada que estoy. Imagino que la Forja y el hecho de ser prácticamente inmortal calman a cualquiera cuando te tienes que enfrentar a una panda de zombis descerebrados.

—No deis por sentado nada ahí fuera —nos sermonea el director mientras tomamos asiento en nuestro cubículo del tren—. Confiad el uno en el otro, aunque os odiéis. Especialmente si os odiáis. Un buen líder sabe aprovechar los recursos de los que dispone, por limitados o complejos que sean.

«No dar nada por sentado». Ese fue el primer consejo que me dio Frida cuando llegamos a este lugar, y ha resultado ser uno de los mejores. En cambio, su segunda recomendación, la de confiar en Hagel, me revuelve el estómago.

Vaya consejo de mierda.

De reojo, veo como se ajusta las gafas ahora que nos hemos quitado el casco al entrar al tren. ¿Confiar en él? Ya me ha traicionado en más de una ocasión, y tengo claro que volverá a hacerlo. Pero ¿qué opciones tengo? Para bien o para mal, este idiota está en mi bando... ¿O no?

—¿Cuál es la situación? —pregunto—. ¿Estamos actualizados?

Lord Z asiente y me sorprende la fracción de sonrisa en su rostro.

—Así es; sin embargo, a pesar de la velocidad del tren, a nuestra llegada la situación será mucho peor. La Octava cuenta con tropas muy limitadas. Los equipos de respuesta están peor equipados cuanto más nos alejamos de la Capital. La Décima, por ejemplo, ya habría dejado de existir si no fuera por la colaboración ciudadana. —

Me mira con el ceño fruncido cuando abro los ojos, sorprendida de lo poco que sé de mi propia Reserva—. ¿No lo sabías?

Niego con la cabeza.

—Pensaba que sí —dice distraído—, siendo hija de Francis y Alvia Liverman.

El mundo se detiene.

Siento como si me hubieran dado un golpe en el estómago. Tengo la garganta seca.

¿Cómo sabe el nombre de mis padres?

A mí me costó años descubrir sus identidades, tras rebuscar mi ficha en los archivos de la directora del orfanato.

—Eran... eran mis padres. Murieron cuando yo era un bebé. No sé nada de ellos, solo sus nombres.

Mierda. No quiero hacer esto delante de Hagel.

—¿Nos puedes dejar un momento? —pregunta el director al traidor, como si leyera mis pensamientos.

Él asiente y sale del compartimento. Lord Z me mira a los ojos.

—Debes disculparme. A mi edad, la magnitud del tiempo se... distorsiona. Y la sensibilidad hacia lo ajeno desaparece. —Acompaña las palabras con un gesto teatral de su mano—. Tus padres eran auténticos héroes, Astria. Líderes del regimiento vecinal de la Décima. Si no fuera por cómo organizaron la resistencia cuando la Capital los abandonó..., ya habrían caído. Llevo más de veinte años sin tener que preocuparme de brechas en vuestra Reserva gracias a ellos.

Los ojos se me anegan de lágrimas, esto es demasiado.

—Yo... No lo sabía...

Lord Z se da toques en la barbilla con el dedo, pensativo.

—¿Nunca te llamó la atención haber crecido en el mejor lugar de la Reserva?

—¿El mejor lugar? ¡Estaba en un orfanato mugriento! Mi vida se resumía en interminables lecciones con las hermanas y un atisbo de libertad cuando lograba escaparme.

El director alza la ceja y frunce los labios.

—¿Acaso no tenías un plato de comida caliente cada día? ¿No vivías en el centro del distrito obrero, la zona más segura y alejada de los vallados? ¿Acaso no recibiste formación y una educación básica? ¿Puedes decir lo mismo de la gente que te rodeaba?

La vida no era fácil en el Vertedero. Cada día me encontraba un cadáver distinto en la calle y las peleas callejeras eran la norma. Sin embargo, nunca me cuestioné mi situación. Vivir en el orfanato, privada de libertad, era una tortura en sí, pero... ¿Me estaban protegiendo?

—Nunca lo había pensado así.

—El orfanato de la Décima está financiado por la Academia. Fue un último gesto hacia Francis y Alvia por su sacrificio.

Cruzo los brazos y trato de encontrar consuelo en el mullido sillón.

—Quiero saberlo todo.

Lord Z suspira y también se reclina en su asiento.

—Veamos..., hará unos veinte años, sí. La Capital decidió que la Décima Reserva era demasiado cara de mantener: muchas bocas y poca productividad, una colonia de marginados. No podían dejarla sin suministros, pues eso habría supuesto un varapalo social importante. En cambio, mermar las defensas, provocar una brecha y permitir que los zombis hicieran el trabajo sucio... era una alternativa válida.

Reprimo un grito ahogado.

—Me obligaron a retirar todas las tropas de la Décima, la Novena y la Octava, y solo acudir en defensa de las dos últimas. La Décima

quedaba a su suerte. La Academia no se encargaría de su protección.

—¡Eso es una sentencia de muerte!

—Exacto. Francis y Alvia eran Legisladores de la Capital, miembros del Alto Consejo, por lo que conocían el plan desde el principio y se opusieron a él con firmeza. A pesar de ello, la propuesta se aprobó. Fue entonces cuando vinieron en mi búsqueda.

»Aparecieron en mi despacho sin previo aviso. Ambos formaban parte de las familias más prominentes de nuestro mundo, y me pidieron ayuda. Victor y Marisa... esto... Acorazado y Niebla los acompañaron a la Décima, donde crearon el equipo de respuesta vecinal. Los hombres y mujeres de los distritos exteriores fueron adiestrados para combatir a los zombis e instruidos en las estrategias defensivas en caso de brecha. La convocatoria fue un éxito, y en pocos meses había una pequeña milicia que operaba de forma independiente en la Décima.

Demasiado que asimilar. Tanta información en tan poco tiempo. ¿Mis padres eran de la Capital? ¿Héroes de la Décima?

—Me cuesta creerlo. —En toda mi vida, jamás he oído hablar de un equipo de respuesta vecinal en el Vertedero—. De hecho, si no recuerdo mal, la semana pasada salió un batallón a cerrar una brecha en la Décima. Si ese espectacular equipo de respuesta existiera, creo que me habría enterado.

Lord Z cruza las piernas y mira la pared, hacia una ventana inexistente.

—No recuerdas mal, Astria. Es solo que no me has dejado terminar la historia. La Décima no caía, a pesar de los intentos de sabotear el vallado por parte de la Capital. Hasta que descubrieron la milicia que estaba operando en la frontera. —Niega con la cabeza sin mirarme—. Comprendieron que el pueblo no era tan estúpido

como pensaban y recularon en su decisión de dejar la Décima indefensa. Me dieron poder para actuar de nuevo en las Reservas inferiores, como ellos las llaman, y los mejores soldados de aquella milicia pasaron a formar parte de los equipos de respuesta locales. El asunto se olvidó y se enterró. Solo pidieron una cosa a cambio.

Las piezas van encajando en mi mente.

—A mis padres.

Lord Z asiente taciturno.

—Así es. Querían a los responsables de dar al traste con sus planes de hundir la Décima. Cuando se enteraron, tus padres te llevaron al orfanato, donde les aseguré que estarías a salvo. Y regresaron a la Capital.

El corazón me late desbocado y las venas de mi cuello palpitan sin control.

—¿Y qué fue de ellos? ¿Los asesinaron?

Lord Z mira al suelo; por primera vez desde que lo conozco parece incómodo.

—Eso creo. Nunca más volví a saber de ellos. Mi único cometido fue protegerte a ti.

—¿Protegerme? ¿Y por qué no te limitaste a tachar mi nombre cuando lo viste en la lista del Crisol? ¡Ahora no sería una jodida muerta viviente!

El director me observa confuso.

—¿Tacharlo? Astria, yo puse tu nombre en el Crisol.

Me incorporo en el acto, con los ojos desorbitados. ¿Todo esto es culpa suya? Joder, ¡Frida tenía razón! El cabrón amañó los resultados. Y ahora que sé quién soy... todo tiene más sentido. Aunque me falta lo más importante: el porqué.

Lord Z alza las manos, como si fuera a decir algo. ¿Una disculpa? Pero el tren tiembla y la puerta del compartimiento se abre sin

previo aviso.

—¿Habéis terminado? —pregunta Hagel, que entra con un portapapeles y le da unos golpecitos—. Hay noticias del frente.

—¡No hemos terminado! —grito fuera de mí—. ¡Vete a tomar por culo! Tenemos que...

Pero Lord Z alza una mano, mandándome callar.

—Proseguiremos en otro momento, Astria. La situación de la batalla es nuestra prioridad; el pasado puede esperar. Permanece intacto, eterno. —Suaviza la mirada—. No va a cambiar por mucho que queramos. Informa, Nick.

Antes de que pueda protestar, Hagel ya está plantado en firmes, sonriendo con los ojos a través de las gafas y dispuesto a lamerle las botas al director.

—Han contado tres centenares de Dañados, Lánguidos y Furiosos en su mayoría, junto a unos treinta Devorados, Elementales y Colosos. La situación es crítica: el equipo de respuesta se está retirando hacia el vallado interior. Según el informe —vuelve a mirar el documento que tiene en las manos—, «la horda camina a un paso regular, repetimos, camina a un paso regular, mucho más rápido que cualquier horda anterior».

Lord Z se pone en pie y le arrebata el portapapeles. Ojea las páginas frenético.

—¿No es algo normal? —pregunto confusa—. A nosotros en la Forja también nos persiguió una horda que caminaba. Por eso terminamos en aquel túnel.

El director se gira hacia mí con una expresión de sorpresa que nunca he visto en su rostro.

—¿Y ahora se te ocurre decírmelo? —Mira a Nick—. ¿Tú lo sabías?

Hagel traga saliva y, por primera vez, veo el miedo en su mirada.

—Yo pensaba que... Pensaba que era parte de la Forja. Yo...

—Yo, yo, yo —espeta Lord Z furioso—. Eres un necio, Hagel. No me olvidaré de esto. —Activa un intercomunicador del compartimento—. Detén el tren, voy a bajarme. Llegaré más rápido.

De golpe, es como si el director amable con el que estaba hablando hace unos instantes jamás hubiese existido. En su lugar hay un ser lleno de ira, frío y calculador.

—Ya ha empezado —murmura para sí mismo—. Y lo hace por la Octava.

—¿Cómo vas a llegar más...?

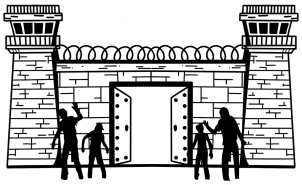
—Silencio, Astria —replica con una voz sin vida—. Prestad atención. Nick, tú vas a comandar las tropas de Gönig y Starlight. Tú dirigirás las de Hunter —dice señalándome—. Procurad desplegar las tropas como hemos visto en clase; ante la duda, consultadme. Esto es del todo irregular. Deberíais regresar, pero ya es demasiado tarde, así que procederemos como profesionales.

El tren se ha detenido y el director se dirige a la puerta. La abre sin miramientos y salta a la oscuridad del túnel. Unos rayos rojos recorren su cuerpo durante un instante.

—¡Pero, señor, no nos ha dicho...!

Hagel le habla al vacío, porque Lord Z ya ha desaparecido.

22



MEDIA HORA DE LIBERTAD

«Tiempo estimado de llegada al destino: treinta minutos», anuncia una voz robótica por los altavoces del tren.

—Astria, tenemos que...

—Piérdete, Hagel.

—Pero el director dice...

—¡Que te pierdas de mi vista, cojones! Queda media hora hasta la Octava, ¿me puedes dar un puto respiro hasta entonces?

Sonríe. Ha conseguido lo que quería: ponerme de los nervios. Para ser honestos, no lo tenía muy difícil y, aun así, ha logrado que pierda los papeles con tan solo siete palabras.

El pasillo del tren está desierto. Nick ha regresado a nuestro compartimento, lo que me da un momento para pensar en todo.

En mis padres.

En Lord Z.

En lo que representa mi miserable existencia para el mundo.

Hasta hace menos de diez minutos pensaba que no era nadie, una muerta de hambre del Vertedero con demasiada suerte. Ahora parece que soy la hija perdida de unos héroes. No tiene ningún sentido. Eso pasa en los cuentos y las historias con final feliz.

Y esta no es una de esas.

Al menos, es un alivio saber que mis padres no eran un par de trozos de mierda. Que no me cambiaron por un paquete de pastillas ni por un pase a una Reserva superior. Me dejo caer contra la puerta por la que, hace un momento, ha salido el director.

—¿Estás bien, Astria?

Joder. La última persona en el mundo que quería ver ahora mismo está delante de mí. Me observa con preocupación, con esos ojos azules como diamantes.

—No, no estoy bien, Hunter. Me acaban de dar tal puñetazo emocional que ha trastocado todo mi mundo.

Él se rasca la coronilla y, por un instante, duda.

—¿Quieres estar sola?

Lo miro desde abajo. Parece un árbol gigantesco que proyecta su sombra sobre mí, pero me observa con esa ternura que desprende siempre que está cerca. ¿Por qué? ¿Por qué se empeña en ser tan agradable todo el tiempo? ¿No se da cuenta de que nadie puede ser perfecto?

Pero... ¿quiero estar sola?

—No. Puedes sentarte si quieres.

Se deja caer junto a mí, es un milagro que no reviente la pared con esas espaldas; parece un Titán.

El silencio se vuelve a adueñar del pasillo y nos quedamos mirando las pálidas paredes frente a nosotros, donde están los compartimentos.

—Así que al final te lo ha soltado todo, ¿eh, Liverman?

La forma en que pronuncia mi apellido lo dice todo.

—¿Qué? ¿Tú lo sabías?

Hunter suspira y mira el techo.

—Lo sospeché desde los primeros días. Lo supe cuando pasamos aquellas noches en las afueras de la Academia. Eres igual que tu padre... —su mirada se desliza por encima de mis ojos—, pero las cejas son de tu madre.

—¿Las cejas...? —Me las toco de forma instintiva—. Espera, ¿conoces a mis padres?

—Los conocí, sí —admite en un murmullo—. Estoy aquí por ellos. Para cumplir con lo que no pudieron. Para completar su visión.

—¿Están... vivos?

Niega con la cabeza y mi corazón se acelera.

—No lo sé. La última vez que los vi estaban en un estado tan deplorable que apenas se mantenían en pie. La Capital es cruel, Astria. Más de lo que puedas imaginar. Los de las Reservas inferiores creéis que somos la flor y nata, y que vivimos a todo trapo, derrochando los recursos. Y sí, para muchos es así. Pero algunos nos alzamos en contra de las injusticias. Y para nosotros... bueno, ya ves dónde he acabado.

Frunzo el ceño, asimilando sus palabras.

—Creía que viniste aquí voluntario.

Él, a pesar de todo, sonríe.

—Así fue. Prefería la crueldad y los métodos sádicos de la Academia que pasar un solo día más luchando por los derechos de las Reservas en la Capital, donde mis protestas iban a chocar contra un muro de indiferencia. —Suspira antes de continuar. Parece que le cuesta horrores—. Es duro, en especial cuando ese muro no es otro que tu padre.

—¿Tu padre...? —recuerdo que Frida me habló de él—. Eckbert Hunter.

Hunter se crispa al escuchar el nombre y me arrepiento al instante de haberlo pronunciado.

—Alguien tenía que hacer algo. Alguien tenía que hacer lo correcto. Si te mantienes callado ante la injusticia, te conviertes en parte del problema. Y yo quiero ser la solución.

Frunzo el ceño ante sus palabras.

—¿Qué pretendes conseguir? Ahora somos soldados al servicio del gobierno. Acorazado lo dejó bien claro en su clase.

Me mira con una ceja alzada.

—No sabía que seguías prestando atención a sus clases después de descerrajarle un tiro en la frente. —Le doy un codazo—. ¡Au! Sí, es cierto, estamos al servicio de la Capital, pero ahora tengo el tiempo y la habilidad necesarios para lograr mis objetivos. Y esta era la única forma de conseguirlo. Ahora somos prácticamente inmortales, Astria. Tenemos todas las vidas que necesitamos para cambiar el mundo y, con algo de suerte, disfrutar de lo que construyamos.

Se me forma un nudo en el estómago ante esa perspectiva. Mi gran plan de unas semanas atrás había sido escaparme con Tom y vivir una vida miserable en el Vertedero. Trapicheos y negocios poco respetables para sobrevivir... y una muerte temprana casi asegurada. Aceptar que ahora soy inmortal es difícil de asimilar. Lo cierto es que no me siento muy distinta tras haberme convertido en Intacta.

Salvo, claro, por esa necesidad de comer carne humana que, gracias a la ciencia, puedo mantener a raya con el Z.

—Así que quieres derrocar el gobierno. ¿Y después qué? ¿Serías el rey de la basura que quede con vida? ¿Lord rey Hunter el magnánimo?

Para mi sorpresa, se ríe con fuerza. Algunas cabezas se asoman por los compartimentos aledaños y, al vernos, se esconden de inmediato.

—Tus padres tenían un plan. Uno muy bueno. Y algunos en la Capital aún creen en ese propósito. Recuperar las antiguas Reservas. Dejar de ser ganado esperando a ser devorado por los zombis. Luchar. Ganar terreno. Reconquistar.

Le brillan los ojos mientras habla. Confía de verdad en ello. Casi hace que yo también quiera creer en ese futuro. Pero parece demasiado bonito para ser práctico. Me encojo de hombros; no sé muy bien qué decir.

—Podríamos pedir un permiso para escabullirnos a la Capital —me suelta entonces, como si nada—. Tratar de averiguar si tus padres siguen con vida. Y rescatarlos.

Tardo unos segundos en reaccionar.

—Yo... no los conocí jamás. ¿Por qué iba a querer ir a rescatarlos? Para mí son un par de desconocidos.

—¿Entonces no quieres ir?

—No... yo... —Mierda, ¿qué se supone que debo decir?—. Sí. Me gustaría intentarlo.

—No se hable más. —Se pone en pie y me tiende una mano—. Es una promesa.

Al tomar su mano para levantarme noto un escalofrío que me recorre la piel. Él se limita a mirar hacia otro lado. Antes de poder decir nada, me fijo en la puerta de mi compartimento. Tiene una ranura abierta, y veo claramente al traidor observándonos. A través de los cristales de sus gafas, distingo su ojo oscuro clavado en mí. Destila un odio abrumador. Y eso activa toda la ira que se había calmado, como cuando un gran peñón cae en el agua de un charco en reposo.

—Joder, Hagel. ¿Eres imbécil o qué? ¿No sabes respetar una conversación privada?

Hunter da dos zancadas y abre la puerta de un manotazo. Hagel retrocede aturdido y cae en el asiento de Lord Z. Ya no hay rastro de odio en su mirada; tan solo miedo, angustia y... ¿es eso vergüenza?

—¿Qué haces espiando, Nick? —Robert parece más decepcionado que furioso—. Creo que te dejé muy clara la situación. Ya me parece aberrante que estés haciéndote pasar por un Intacto superior para acercarte a nosotros, pero esto... no te reconozco.

La piel oscura de Hagel se enrojece. ¿Se acaba de ruborizar? Agacha la mirada.

—Lo... Lo siento, Rob. Quería asegurarme de que estabas bien. Liverman no es de fiar.

Estoy a punto de intervenir, pero noto cómo la espalda del grandullón se tensa por completo bajo el traje militar.

—¿Y tú sí? —brama Hunter. Algunas cabezas vuelven a asomar por los compartimentos—. Has traicionado la confianza de tus compañeras en cada ocasión que se te ha presentado. Y jamás te perdonaré lo que le hiciste a Astria en el túnel. Jamás.

—Fue un accidente, yo...

Hunter da un puñetazo que hunde una parte de la pared.

—¡Basta! Los dos sabemos lo que pasó. Tienes suerte de que me quede algo de cariño por todos nuestros años de amistad. Pero ya no confío en ti, Nick. Lo siento.

Hagel no habla, le tiemblan las manos y su respiración es agitada y desigual. Casi me da pena. Casi.

—Ya tendréis otro momento para discutir, chicos —digo desde detrás de la enorme espalda de Robert, tratando de calmar los ánimos—. Tenemos un combate que librar y no nos va a hacer ningún bien pelear entre nosotros, por mucho que algún idiota se lo

merezca. —Fulmino con la mirada a Nick—. Ya habrá tiempo de liberar tensiones en el campo de batalla.

Hunter me mira por encima del hombro y asiente.

—Tienes razón.

Respiro hondo. Necesito hacerlo. Debo calmarme.

—Lord Z me ha puesto al mando de tu escuadrón, Hunter. Prepara a tu equipo y nos vemos en el andén cuando lleguemos a la Octava para analizar la situación y desplegar las tropas.

Él se gira hacia mí y se pone firme. Me guiña un ojo. Casi se me escapa una sonrisa.

—A sus órdenes.

Se pierde al final del pasillo. Hagel ya parece recompuesto y me observa con su habitual rostro insufrible.

—Nos tendremos que coordinar bien —le digo con la voz más calmada—. Haré caso del consejo de Lord Z y, en contra de todo mi sentido común, intentaré confiar en ti en el campo de batalla. Pero vuelve a joderme y será lo último que hagas en tu miserable existencia de Intacto, ¿estamos?

Se pone en pie y hace una reverencia burlona.

—Vivimos para servir.

Sale del vagón y camina en dirección opuesta a por donde se ha ido Hunter.

—¿Se puede saber adónde vas?

—A buscar a mis generales —responde como si fuese evidente—. Quiero comentar la situación con Gönig y Starlight.

—Te acompaño.

«Tiempo estimado de llegada al destino: quince minutos».

Mientras recorro el tren, de camino al vagón de Frida y Lisa, empiezo a notar las diferencias con respecto al lugar en el que las conocí. Sin duda, los oficiales viajamos en los mejores vagones. En

comparación, el tren en el que llegamos a la Academia era una auténtica piltrafa. Sonrío para mis adentros al recordar que, incluso entonces, me había parecido todo un lujo en aquel primer viaje.

Una vez que alcanzamos la puerta de las chicas, Nick se detiene un instante.

—¿Qué pasa, espabilado? —le digo con sorna—. ¿Por qué no atraviesas la puerta con tus poderes de intangible? Podrías echar un vistazo rápido.

Se recoloca las gafas antes de responder.

—Mis poderes aún no han despertado. Temo que lo hagan en un momento como este. Podría caer del tren y materializarme en las vías. ¿Te imaginas cómo acabaría eso para mí?

«Sería un momento maravilloso». Evito decirlo en voz alta. Él llama a la puerta antes de entrar.

Qué considerado.

Un momento, por favor, Astria, dice la voz de Lisa en mi cabeza.

—Espera. —Pongo la mano sobre el antebrazo de Hagel, evitando que abra la puerta—. No han dicho que pases.

Siento la tensión en su brazo a través del uniforme, pero me mantengo firme. Él se limita a asentir y vuelve a tocar a la puerta. Se escucha movimiento en el interior del compartimento y, finalmente, el ruido del pestillo desactivado.

—¡Adelante! —La voz de Frida se escucha amortiguada desde dentro.

El traidor abre de un tirón, sin miramientos. Frida y Lista están sentadas una junto a la otra, cogidas de la mano. Se deja caer pesadamente ante ellas, en el asiento más cercano a la puerta. Frida me mira y sonríe. Sus ojos están enrojecidos y hay varios pañuelos desperdigados por el suelo. Lisa aprieta su agarre con tanta fuerza

que tiene los dedos blancos. Recuerdo nuestra última conversación antes de salir a toda prisa hacia la estación.

«No es lo mismo luchar por tu vida que jugar con la de los demás».

—¡Gönig! ¡Starlight! El director me ha asignado el mando de vuestros escuadrones, Liverman os lo podrá confirmar, ¿verdad?

—Esto no tiene ningún sentido —dice Frida antes de que yo abra la boca—. Somos novatas, sin experiencia real en combate en las brechas. No tiene lógica que nos envíen a liderar las tropas. Va a ser un desastre. Los soldados morirán y será culpa nuestra. ¿De qué les sirve haber sobrevivido a la Forja para acabar muertos en su primera misión?

—Seguid mis instrucciones y todo irá bien —afirma Hagel con un tono calmado—. En cualquier caso, las bajas serán, en última instancia, mi responsabilidad. Yo daré las órdenes; yo asumo las consecuencias.

Lisa se mantiene en silencio, ni siquiera me mira. Solo está pendiente de su pareja.

—¿Cuál es la situación actual? —pregunta Frida con un hilo de voz.

—La última información apuntaba a trescientos Dañados y una treintena de Devorados, Elementales y Colosos. Avanzan más rápido de lo previsto. Lord Z se ha adelantado para contener la situación.

—¿Cómo va a hacerlo él solo? —pregunta Frida—. ¿Y cómo diablos ha adelantado al tren?

—Será algún beneficio adicional de la intangibilidad. Imagino que ese es su don. —Me encojo de hombros—. En cualquier caso, parece que la horda que nos encontramos en la Forja era algo extraño. Los zombis no avanzan nunca tan rápido. ¿Crees que puede estar relacionado?

La mirada de reojo de Frida a Hagel me hace morderme la lengua. No quiere comentar nada delante de él. Le hago un gesto para mostrar que he comprendido su insinuación y observo con una mueca al imbécil repantingado en el asiento. Por suerte para nosotras, tenemos a Lisa.

Sí, Astria, creemos que puede estar relacionado. Pero no te fíes de Nick. Está bloqueando su mente, como si le hubieran enseñado a hacerlo. Oculta algo.

Me quedo blanca. No esperaba esto. Pero no tengo más opción que seguirle la corriente a Hagel. De momento.

—¿Cuál es tu plan? —le pregunto, fingiendo indiferencia mientras aparto la mirada de Lisa.

—Yunque y martillo —dice él con confianza—. Gönig y Starlight avanzan por los extremos opuestos del vallado y contienen a la horda en la zona cercana a la brecha. Tú caes sobre ellos desde el vallado interior, con las tropas de Rob, para expulsarlos.

Sigo de pie en la puerta, y no puedo evitar fruncir el ceño ante sus palabras.

—¿Perdona? No recuerdo cuándo Lord Z ha dicho que pudieras disponer de mis tropas.

Hagel me observa en silencio, tamborileando en el asiento con los dedos.

«Tiempo estimado de llegada al destino: cinco minutos».

—Por supuesto, te perdono.

Si Lord Z no me hubiera hablado de mis padres, si no hubiera visto la actitud de Hunter hacia él y si Frida y Lisa no estuvieran ante mí, juro por todos los zombis sobre la faz de la tierra que le arrancaba la cabeza en este mismo instante.

¿Por qué no se enfada? Antes vivía amargado. Recuerdo sus miradas furibundas en la explanada fuera de la Academia, sus

quejas constantes durante los entrenamientos. Pero ahora ni siquiera me devuelve las pullas. ¿Será que...?

Es una posibilidad que vale la pena probar.

—Imagino que este tipo de actitudes acaban haciendo que incluso tu mejor amigo te deje de hablar, ¿eh, Nick?

La mano ha dejado de tamborilear. Parece que he dado en el clavo.

—Creo que deberías empezar a llamarle Robert. O Hunter —continuo sin piedad—. ¿Rob? Dudo que le haga mucha gracia que sigas usando ese diminutivo, ¿no te parece, Nick?

Aparenta mantenerse impasible, pero la tensión se le nota en la sien, que palpita.

—Al menos él puede confiar en el mando de Astria —añade Frida, comprendiendo mis intenciones—. No tendrá que estar mirando constantemente a su espalda, esperando la puñalada, ¿eh, Nick?

—Esperemos que no haya ningún túnel cerca de la brecha —añade Lisa—. No querríamos que Nick se resbalara de nuevo.

Remátalo, me dice mentalmente.

Nick aferra el reposabrazos y el labio le tiembla.

—¿Sabéis, chicas? Hace un momento he estado hablando con Rob. Cuando todo esto pase vamos a intentar pedir un permiso para viajar los dos juntos a...

Entonces explota.

—¡No vas a ir con él a ningún lado, pedazo de puta!

Hagel arranca el reposabrazos, abollado en el extremo, y le da un puñetazo a la pared, atravesando con el puño la placa de metal que separa el compartimento del pasillo. Ni siquiera Hunter tenía tanta fuerza hace unos minutos. Nos sorprende el contraste de tal demostración de fuerza cuando, a pesar de ser un Intacto, el imbécil sigue siendo un saco de huesos.

—Para ser un poder obtenido de un Furioso de mierda, la superfuerza no está tan mal, ¿eh, Hagel? —digo imitando su sonrisa de autosuficiencia—. Se acabó el numerito, espabilado.

El traidor jadea. Las gafas se le han deslizado hasta la punta de la nariz. Lanza el reposabrazos al suelo y se tira de los faldones de la chaqueta del uniforme, tratando de calmarse. Suspira antes de componer esa sonrisita odiosa.

—Lord Z no ha visto nada de esto, y vuestra palabra vale lo mismo que una mierda. —Señala a mis amigas—. Gönig, Starlight, formad con vuestros escuadrones en la estación y marcharemos a la brecha. Liverman, te veo en el puesto de mando. Intenta no montar un espectáculo ante el director.

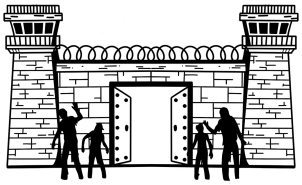
Al marcharse, le oigo murmurar entre dientes.

—... puta décima de mierda.

El imbécil ha mordido el anzuelo. Este es, sin duda, el primer paso de su caída. Las tres cruzamos una mirada cómplice cuando suena un último aviso.

«Octava Reserva. El tren ha llegado a su destino».

23



LA BRECHA

Quizás hayamos llegado demasiado tarde. Quizás la Octava esté perdida.

—¡Comandantes, no paran de atravesar la brecha! Parece que la horda es infinita —grita el jefe del equipo de respuesta, casi tan aterrado como lo estoy yo.

—Ya lo vemos —alcanzo a contestar con la mirada fija en la estampa que se extiende ante nosotros.

A pesar de intentar evitarlo, noto que me tiembla la voz. Las desventajas de llevar apenas unos días siendo una Intacta.

Los zombis atraviesan la brecha como el agua líquida, un torrente continuo que marcha sin piedad. El equipo de respuesta no basta, ni de lejos, para detener la marea de Dañados y Devorados que avanzan hacia nuestra posición. Si nos superan, todos los habitantes de la Reserva estarán condenados a la extinción.

Por desgracia para ellos, soy yo la que está aquí.

Hagel y yo nos encontramos en el puesto de mando, sobre el segundo vallado, desde donde vemos la brecha a una distancia de unos quinientos metros. Me asomo al borde de la muralla y distingo un reducido grupo de personas, diminutas desde aquí arriba, al pie de la valla.

—¿Todo bien, Hunter? —digo tocando el intercomunicador en mi oreja, esperando que funcione.

No tengo acceso a la comunicación con Frida ni con Lisa. Hagel ha bloqueado mi señal para que solo pueda contactar con Hunter, así que yo he hecho lo mismo para impedirle hablar con su antiguo mejor amigo. Es absurdo, y me pone muy nerviosa.

—Esperando órdenes, comandante —responde él como si hablara directamente dentro de mi cabeza.

Hunter tiene quince Exterminadores novatos a sus órdenes, aguardando al pie del vallado para lanzarse contra la horda en un ataque frontal. El traidor, a mi lado, se comunica con Frida y Lisa, que se han desplegado en los flancos, cada una con veinte Exterminadores bajo su mando, para rodear al enemigo. La técnica de martillo y yunque, según las lecciones que hemos recibido esta semana en la Academia, es la más eficaz para cerrar la brecha. No he podido refutar los argumentos de Hagel y he cedido al plan que nos expuso en el tren. No estoy cómoda confiando en alguien de su calaña, pero no tengo otra alternativa.

Lord Z ha contenido la horda durante media hora. Hay cientos de zombis muertos repartidos por la tierra de nadie entre vallados. ¿Cómo ha podido un solo hombre hacer todo eso? No soy capaz de concebirlo. No me extraña que lo adoren como a un dios.

No obstante, los zombis siguen llegando en tromba, y los que eran trescientos según los informes ahora son más de mil. Sucios,

podridos y descerebrados, sí, pero nos superan en una proporción de veinte a uno.

Al parecer, en cuanto hemos llegado, Lord Z se ha esfumado más allá de la brecha. Es imposible saber si han acabado con él, aunque es poco probable. En cualquier caso, estamos igual que cuando aterrizamos en el Matadero para enfrentarnos a la Forja.

Solos.

—No expongas a tus tropas antes de tiempo —me dice Hagel, aferrado a la baranda del parapeto, observando al enemigo—. Aguarda a mi señal para actuar.

Es increíble que, después de todo lo que le ha dicho Hunter, siga queriendo protegerlo. ¿Lealtad inquebrantable? ¿O solo es estúpido?

—No te preocupes por eso, Hunter cumplirá.

—Eso ya lo sé.

Imbécil.

La marea de engendros parece infinita, pero el jefe del equipo de respuesta me indica que tan solo unos quinientos zombis han atravesado el vallado. El resto de la gran horda se extiende al otro lado de la verja, hasta donde alcanza la vista. Él lleva años sacando cifras a ojo, así que me lo creo. Aunque da la sensación de que avanzan cada vez más rápido.

Creo que algo va mal, dice Lisa en mi mente, y veo en la lejanía cómo su escuadrón se acerca a la horda por la derecha.

—Deberíamos replantear la estrategia —le digo a Hagel—. Quizás si los tres escuadrones se agrupan y atacan unidos, tengamos una mejor oportunidad de repelerlos.

Se ajusta las gafas y niega con la cabeza. Habla con convicción.

—Saldrá bien. Lo hemos visto en las simulaciones; es la mejor opción.

—Esto no es una clase en la Academia. Esto es real. Deberíamos estar ahí abajo, ayudando a nuestros amigos.

Bufa y me mira con desdén.

—¿Y quién los dirigiría entonces? Somos los comandantes, Liverman. Este es nuestro cometido.

El escuadrón de Frida aparece en mi campo de visión, a la izquierda. Ambos escuadrones se acercan, con los cascos de protección bien encajados y las armas automáticas en ristre. Contengo el aliento mientras veo a mis amigas expuestas al peligro.

—¿Avanzo ya? —me pregunta Hunter a través del intercomunicador—. ¿Los tres escuadrones al mismo tiempo?

Me muero de ganas de decirle que sí. De gritarle que salga corriendo a protegerlas. No. Ahora soy una comandante. Y hemos tomado una decisión.

—No, Hunter. Yunque y martillo.

—¡Son demasiados!

El corazón me late con fuerza. En efecto, son una inmensidad. Los escuadrones de mis amigas parecen, en comparación, una hormiga avanzando hacia una enorme rata.

—Hagel, detén el avance —le digo desesperada. Esto no va a salir bien.

—La formación ya está en marcha, Liverman, es demasiado tarde para...

—¡Detén el puto avance, joder!

Hagel se aferra a la barra, que se hunde bajo sus dedos. Parece que va a ignorarme, hasta que al fin habla:

—No.

Tranquila, Astria, haremos todo lo que esté en nuestra mano, dice Lisa, aunque sus pensamientos arrastran con ella algo más: miedo. ¿Es el suyo o el mío propio?

«Por favor, Lisa, tened cuidado. No sé qué haría sin vosotras».

Lo que siempre has hecho, Astria, dice ella, y la última palabra resuena con eco en todo mi cuerpo: *sobrevivir.*

Están a menos de cien pasos de los zombis, que siguen avanzando a un ritmo humano en todas direcciones.

—¡Fuego!

No me había dado cuenta del silencio que dominaba la zona hasta que estallan los disparos.

Los Exterminadores disparan sus armas automáticas con una precisión letal gracias a sus sentidos aumentados. Los zombis caen con las cabezas acribilladas y la horda mengua por momentos. Todo parece ir bien; el plan está funcionando. El traidor observa el campo de batalla con una sonrisa triunfante, como si ya hubiese vencido.

—Se están acercando demasiado a la horda —insisto a su espalda —. Los zombis avanzan más rápido de lo esperado. Diles que se retiren unos metros. Voy a enviar a Hunter.

Al ir a tocarme el intercomunicador, me sujeta la mano. Noto su fuerza en la muñeca, y sé que podría arrancarme el brazo en un segundo si le diera la gana. Me quedo inmóvil.

—Espera —dice él con calma, soltándome el brazo para volver a aferrarse a la baranda—. Todo va bien, la horda está menguando. Cuando esté reducida a la mitad podrás enviar a Rob sin miedo a...

—¡Comandantes! —nos interrumpe el jefe del equipo de respuesta —. ¿Qué es eso?

Un zombi ha trepado el vallado de alambre y se sostiene en cuclillas en la parte superior. No está observando la batalla. Incluso en la distancia, noto que me está mirando a mí.

Lo reconozco. No olvidaría ese ser en la vida: el monstruo que me convirtió en lo que soy. Pero no puede ser él. ¿Cómo ha llegado

hasta aquí? La Octava está a más de dos mil kilómetros del Matadero y...

Un gruñido gutural recorre la distancia que nos separa y hace que todo el vello del cuerpo se me ponga de punta. Me entran unas ganas locas de salir corriendo hacia la batalla, una especie de frenesí salvaje, pero me contengo. A mi lado, Hagel ya ha destrozado la barandilla con las manos y observa el enfrentamiento con el rostro desencajado. Sigo su mirada y ahogo un grito. Me quedo helada. Solo puedo pensar una cosa.

«Joder, joder, joder».

Están *corriendo*.

—Da la orden de retirada, Hagel —le digo con una voz tranquila que me sorprende.

Él ni siquiera se inmuta. Le doy un toque en el hombro.

—¡Nick! Ordena la retirada.

—¡No podemos retirarnos! —dice él, sin rastro de esa aparente calma en su voz—. Será un fracaso para mí. No podemos.

—¡Ordena la puta retirada, Hagel!

—¡No!

«Lisa, retiraos. YA».

¿Y Frida? No puedo comunicarme con ella, algo bloquea mi poder en su dirección.

Mierda.

—¡Hunter, avanzad! ¡Ya! Vamos a cubrir la retirada de los escuadrones de Gönig y Starlight.

Hagel me mira con los ojos desorbitados.

—¡No! Cancela esa orden.

—Que te follen, cabronazo. Eres un puto cobarde de mierda. Tendrías que estar tú ahí delante.

El escuadrón de Lisa se repliega, pero el de Frida sigue combatiendo. El puto traidor de Hagel no va a ordenar la retirada, va a dejarlos a su suerte. Los zombis están a menos de cien metros de su equipo. Pese a que muchos caen acribillados por las flechas metálicas que Frida controla con su poder, son demasiados. No tengo tiempo para pensar.

Salto la barandilla y me lanzo al vacío.

El jefe del equipo de respuesta grita algo desde arriba. Ya no importa lo que tenga que decir. Entonces la tierra firme recibe mis piernas, que se destrozan con el impacto. A mi espalda, varios guardias junto al vallado me miran estupefactos. Hunter avanza ya hacia el combate, lanzando llamaradas, unos metros por delante de donde he caído. Mis piernas ensangrentadas se curan en unos segundos, aunque tengo que recolocar un hueso con mis propias manos. Uno de los humanos se acerca con cautela.

—¿Estás... bien?

—Sí —gruño dolorida y le echo un vistazo—. Voy a necesitar tu arma.

Echo a correr hacia el escuadrón de Frida. No debería tardar más de dos minutos, pero temo que sea demasiado tarde. Aunque los chicos de Hunter ya disparan y diezman la horda, esos putos zombis se mueven más rápido de lo que he visto jamás.

El monstruo del grito gutural ha desaparecido del vallado. Ni siquiera lo he visto marcharse. Me concentro en correr, con el fusil en mano, hasta la posición de mi amiga.

De repente, la mitad de la horda cae fulminada, como si la hubiera atravesado un rayo. Parpadeo varias veces. ¿Se han cansado de correr? Me fijo en los cuerpos caídos. No. Están muertos.

Entonces los veo: junto a la brecha, está el inquietante zombi que puede hablar luchando contra Lord Z. El director ha regresado y nos

ha dado un tiempo muy valioso. El suficiente para que pueda alcanzar a Frida.

Llego a su posición antes que los zombis. Frida me mira a través del casco. Mierda. Yo he olvidado el mío en el puesto de mando.

—Astria, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no llevas casco?

—Retírate, Frida. Nos replegamos al vallado interior.

—Pero el comandante Hagel no ha ordenado...

—¡Que le follen a ese puto cobarde! ¡He dicho retirada! Hunter y yo os cubriremos. Lisa ya está de camino a la muralla.

Frida dispara otra ráfaga y abate diez zombis de una pasada con esas flechas que controla con su mente. Hace una señal a su equipo.

—¡Ya la habéis escuchado, muchachos! Nos retiramos.

Su escuadrón se retira corriendo mientras contengo la línea de zombis. Tan solo llevamos una semana practicado con armas, pero logro derribar bastantes enemigos. Es fácil cuando no tratan de protegerse ni esquivan las balas.

Resisto unos minutos para asegurarme de que Frida y su equipo llegan al vallado interior. Entonces el escuadrón de Hunter me alcanza.

Lisa los acompaña.

—¡Lisa! ¿Qué cojones haces aquí?

—No podía usar mi poder y quería asegurarme de que Frida estaba bien —dice ella con su aire ausente, como si fuera lo más lógico del mundo.

—¡Acaban de irse! —Señalo hacia las murallas—. Hunter y yo cubrimos la retirada.

Lisa alza el rifle y apunta a la horda. Me sonríe y me guiña uno de sus ojos rasgados.

—Entonces me quedo aquí con vosotros. Hasta el final.

Los disparos silencian cualquier otra réplica y los zombis caen en filas desordenadas ante nosotros. Sus congéneres los pisan y trepan sobre los cadáveres para seguir avanzando. Cada vez más rápidos.

Entonces hacemos contacto.

Se abalanzan sobre nosotros con ansia, intentando mordernos a través de las protecciones. A pesar de ser Dañados, son clase tres y cuatro: Incendiarios y Desgarradores, mucho más fuertes que simples Lánguidos o Furiosos. Los informes no los mencionaban.

—¡Cuerpo a cuerpo! —grito por encima del bullicio.

Los soldados sacan los cuchillos de sus uniformes y empiezan a apuñalar los cráneos enemigos. Yo prefiero utilizar mis dagas, más ligeras y afiladas. Luchar cuerpo a cuerpo es una tarea mucho más difícil que disparar desde la distancia, pero es el precio a pagar por cubrir la retirada.

Un Coloso se interpone en mi camino. Es el zombi más grande que he visto en mi vida, debe medir por lo menos cuatro metros. Con una manaza descomunal, agarra un Exterminador del equipo de Hunter y lo levanta como un muñeco de trapo. Con un apretón, se escucha un crujido desagradable y la sangre se escurre entre sus dedos. Le arranca la cabeza de un bocado y el casco se resquebraja bajo sus monstruosos dientes. El desgraciado ni siquiera hace ademán de comérselo, escupe los restos de cráneo al instante.

Saben lo que somos, no quieren devorarnos.

Solo quieren acabar con nosotros.

Les hemos dado suficiente ventaja, tenemos que retirarnos, dice Lisa en mi mente. Miro alrededor, pero no la localizo; estará con el resto del escuadrón a mi espalda.

—¡Nos vamos! —Hago la señal de retirada con el brazo.

—¡Son demasiados! —me dice Hunter, disparando y lanzando bolas de fuego a mi lado—. Alguien tiene que quedarse para

retenerlos o nos pisarán los talones hasta el vallado.

Tiene razón. Si nos marchamos juntos, los zombis nos seguirán hasta la muralla y arrasarán con los guardias humanos del equipo de respuesta. Alguien debe darnos tiempo para evacuar y replegarnos tras el segundo vallado. El primer nivel está perdido y, si nadie cubre la retirada, quizás todos acabemos muertos. Sé que, si digo que me quedo, el cabezón de Hunter también lo hará. Así que improviso un plan: fingiré que me retiro y, en cuanto se despiste, me quedaré atrás para frenar a los zombis.

—Vámonos ya. Si nos alcanzan, yo les pararé los pies —afirmo con rotundidad—. Ni de coña voy a perder a nadie más. ¡En marcha!

El escuadrón corre hacia la muralla. Hunter y yo los seguimos a poca distancia, disparando a los que se acercan. Nos alejamos unos metros del frente, que parece haberse rezagado por algo.

O por alguien.

—¡Mierda! ¿Dónde está Lisa?

Cuida de ella por mí, ¿vale?

—¿Qué? ¡No! ¡Mierda! —Corro hacia el frente—. ¡Lisa!

El calor me ciega y la explosión me hace salir volando de espaldas. Caigo sobre la tierra mientras una columna de humo se alza en el lugar donde Lisa ha detonado la granada de fragmentación.

No puede ser.

Joder, no puede ser.

Esto no tenía que pasar.

Un pitido se me incrusta en el cerebro. Ni siquiera me doy cuenta de que Hunter me ayuda a levantarme. No es posible. Tendría que ser yo. No debía morir nadie.

Las lágrimas anegan mis ojos. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué?

Entonces recuerdo que somos Intactos. No tiene por qué haber muerto.

—¡Vete tú, Hunter! Tengo que volver a por ella.

El lugar donde Lisa se ha inmolado está cubierto de restos de zombi que se arrastran por el suelo y extremidades reventadas salpicando un cráter negruzco. El humo aún no se ha disipado del todo, pero una pequeña chispa de esperanza palpita dentro de mí.

«¿Lisa?».

No hay respuesta, aunque siento una fuerza suave, invisible, como si aún quedase algo de ella. Aunque mi mente me empuja a comprender que mi amiga ya no está, esa pequeña chispa de esperanza prende un incendio de ira en mi interior.

—¡¿Qué dices?! —exclama Robert desesperado—. No queda nada por lo que volver. Nos ha dado una oportunidad. ¡Aprovéchala!

—¡No, joder! ¡Quítame las putas manos de encima, Hunter!

Me zafo de su abrazo y me dirijo hacia los zombis. Quiero matarlos a todos, joder. Tienen que pagar por esto. Corro tan rápido que dejo de oír los gritos desesperados de Hunter, que aúlla mi nombre. El mundo a mi alrededor enmudece; solo hay ira pura que fluye por mis venas, ligera como el viento. Solo puedo pensar en matar, en destruir.

En aniquilarlo todo.

Voy tan deprisa que los zombis se convierten en un borrón marrón y gris. Ya no distingo el paisaje ni los rostros ni las formas. Todo se mezcla en una mancha difuminada y embarrada. Caótica, como la vida.

Como la muerte.

Un calor dentro de mí crece igual que una flor que se abre en primavera y una sensación eléctrica me recorre el cuerpo. El metal de las dagas vibra, el suelo bajo mis pies tiembla. El aire parece

arremolinarse con violencia a mi alrededor. Todo se estremece, salvaje como la propia naturaleza.

Y entonces todo se detiene a la vez.

Me freno en seco, aturdida por la quietud repentina. Estoy rodeada de zombis, todos ellos inmóviles. Sin pensármelo dos veces, atravieso el cráneo del más cercano con la daga, que se hunde en su cabeza como si atravesara una nube. Retiro la hoja con suavidad y el zombi se queda en la misma posición, impasible. ¿Qué está pasando?

Doy un paso atrás y pequeños rayos y chispas de color violeta envuelven mi cuerpo al moverme. Al mirar alrededor, veo a Hunter más allá de la línea de zombis con una expresión de desesperación en la cara, mirando hacia mí sin ver, completamente petrificado. Tiene un pie suspendido en el aire, a mitad de carrera, y en su mano brilla una llama inmóvil. ¿Cómo es posible?

Tras la conmoción inicial, la ira vuelve a brotar con más fuerza que nunca. El humo de la granada se ha convertido en una nube oscura y sólida, justo en el lugar en el que Lisa se ha sacrificado por mí.

Por todos nosotros.

Desato mi rabia y avanzo de un enemigo a otro clavando mis dagas en sus cráneos, cortando la piel como si atravesara el aire. Acabo con diez, veinte, treinta Dañados que no se resisten, que ni siquiera saben que están muriendo. Los Devorados no ofrecen un reto mayor, pero me tengo que poner de puntillas para que mi cuchillo alcance su cerebro.

Cada vez me muevo con más facilidad; descubro que me desplazo mucho más rápido de lo que debería. Pronto compruebo que basta con darles un leve toque con el dedo para que las cabezas de los zombis se quiebren en mil pedazos, como si aplicase una tonelada de presión. Me abro paso entre la horda hasta llegar al lugar de la

explosión. No veo a Lisa, el humo negro lo cubre todo. No puedo atravesar esa cortina oscura. Algo o alguien parece querer protegerme de lo que puedo encontrar ahí dentro.

Así que sigo matando, destruyendo, aniquilando. He llamado cobarde a Hagel y, sin embargo, aquí estoy yo, acabando sin piedad con un enemigo que no tiene la capacidad de defenderse.

Y no me importa.

Mato por instinto, como si fuera algo natural. Una parte de mí está aterrada.

Otra está disfrutando como nunca.

***

No sé cuánto tiempo ha pasado. ¿Diez minutos? ¿Una hora? El tiempo parece irrelevante ahora. Jadeo mientras observo el campo de batalla con satisfacción.

Los he matado a todos.

Los zombis siguen en pie, inmóviles, con los cráneos destrozados y los cerebros atravesados. He salido al exterior a través de la brecha y también he acabado con la gran mayoría de los engendros que esperaban fuera, hasta que mi furia se ha aplacado y mis brazos han fallado a causa del esfuerzo. Los que quedan no supondrán una amenaza.

Después he regresado al vallado y lo he reparado con las herramientas necesarias, poniendo en práctica lo que nos enseñaron en las clases de armamento militar sobre el uso del equipo portátil de cierre de brechas.

Estoy reventada. Además del dolor físico tras atravesar mil cráneos, es como si mi mente —e incluso mi espíritu— también estuviera agotada. No tengo demasiadas fuerzas para planteármelo,

pero ¿y si me quedo atrapada en este mundo sin tiempo? Esto no es un poder, sino una maldición. Me paseo entre las filas de cadáveres, que permanecen en pie, hasta dejar atrás la horda y me acerco al vallado interior. ¿Y ahora qué?

Alzo la vista hacia el puesto de mando. Pienso en el cabrón de Hagel; él tiene la culpa de todo esto. Podría subir ahí arriba, acercar un simple dedo a su cabeza de traidor y...

—Ya has descubierto tu poder —gruñe una voz gutural a mi espalda—. Bien hecho, Astria. Lamento que la situación haya sido tan radical.

Al girarme me encuentro de bruces con el monstruoso zombi que me transformó. El responsable de estos malditos poderes. La última vez que lo vi, estaba combatiendo al director.

—¿Dónde está Lord Z?

—Zacharias se me ha escapado... otra vez. Pero nadie puede huir para siempre.

Las manos me tiemblan de la ira.

—Tú tampoco —digo apretando las dagas con fuerza—. Has matado a mi amiga, desgraciado.

Antes de que pueda siquiera parpadear, desaparece de mi campo de visión.

—Un simple gesto y podría matarte —susurra a mi espalda—. Pero no lo haré.

Me doy la vuelta despacio y veo uno de esos dedos huesudos, como una enorme garra, a escasos milímetros de mi frente. El terror me invade. Sin embargo, el monstruo aparta la mano y mira en dirección a la columna de humo que ha dejado Lisa. Parece... ¿turbado?

—Siento que esto haya salido así. Cuando Zacharias me ha atacado, he perdido el control de la horda. No pretendía herir a tus

compañeros. Yo solo quería...

Se queda en silencio y mira hacia el vallado, en dirección a la Octava.

—¿Por qué no me matas? —pregunto al borde de las lágrimas—. ¿Qué quieres de mí?

El monstruo lanza un gemido que se parece mucho a un suspiro.

—Ya te lo he dicho, Astria, quiero que nos liberes.

—¿Libertad? —Tiene que ser una puta broma—. ¡Sois vosotros quienes nos mantenéis prisioneros en las Reservas!

El monstruo abre la boca y parece que va a decir algo, pero se lo piensa un instante.

—Nada de lo que diga podrá convencerte, ¿verdad? Y menos ahora que tu amiga ha muerto. —Mira de nuevo hacia la cortina de humo negro—. Ya has liberado tus poderes, Astria. Ahora necesitas conocer la auténtica historia. Regresa a la Academia. Escucha con atención las mentiras que irán cayendo por su propio peso. Y tú misma decidirás ayudarnos.

—¿Cómo...?

—Confía en tus amigos. —Señala hacia Frida—. Desconfía de todos los demás. Especialmente de aquel al que tanto adoráis. Y nunca des nada por sentado.

Miro en la dirección que ha señalado y, al volverme para replicar, el monstruo ya ha desaparecido. Corro hacia la horda y me adentro entre los zombis, buscándolo. Quiero respuestas, las necesito. Entonces siento algo que, en un primer momento, me resulta extraño: la brisa sobre mi rostro. Le sigue un crujido atronador a mi alrededor, como si se partieran miles de nueces al mismo tiempo.

De repente, como si un dios furioso hubiera soltado una maldición sobre la horda, centenares de zombis caen fulminados al suelo,

tanto dentro como fuera del vallado, con la brecha sellada a la perfección. Pero esto no ha sido obra de un dios.

Esto lo he hecho yo.

Soy la última mujer en pie en el centro de la horda, rodeada de los cadáveres de mis enemigos, mientras la humareda de la explosión de Lisa se disipa. En el centro del cráter hay un cuerpo carbonizado.

Lisa no ha sobrevivido.

Si tan solo hubiera despertado mis poderes un poco antes... ella aún seguiría con vida.

El viento parece arrastrar unas palabras que gimen en mi mente: *No es culpa tuya, Astria*. Ojalá tuvieran razón.

Veo a Hunter a través del humo; avanza hacia mí. Camina con cuidado por encima de los zombis, con una expresión de asombro en el rostro.

—Astria, ¿estás... estás bien? Joder. ¿Qué ha pasado? Lord Z ha...

—He sido yo —respondo con firmeza—. Yo los he destruido a todos.

—¿Cómo...?

Alzo los brazos; no me había dado cuenta, pero están manchados de sangre zombi hasta los codos. Negruzca y podrida, demasiado similar al contenido que estuvimos retirando de las letrinas.

Vuelvo a mirar hacia la muralla, hacia el puesto de mando. Hacia el cabrón responsable de lo que ha pasado hoy. Y lo señalo con un dedo acusador. Incluso desde aquí, noto como el desgraciado de Hagel se encoge. Está acojonado. Y hace bien en estarlo.

Esto no ha terminado.

El resto del escuadrón se acerca despacio. También se agolpan a mi alrededor los otros dos escuadrones. Frida examina los

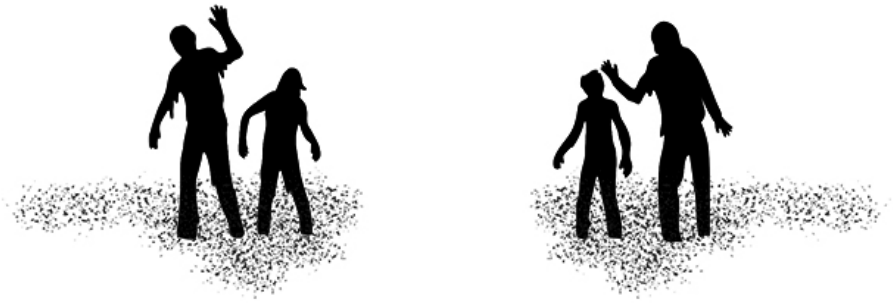
alrededores, buscando a Lisa. Joder, no sé cómo se lo voy a decir. Todos me miran expectantes. Parece que esperan una respuesta.

Y yo puedo dársela.

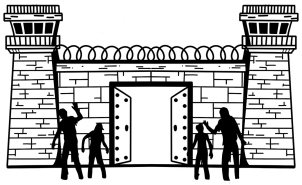
—¿«Cómo», me preguntas, Hunter? Con furia. Con ira. Con sed de venganza. Y con un poder mayor del que la Academia Z ha visto jamás. Yo soy la auténtica heredera de Lord Z. —Desenfundo una de mis hojas ensangrentadas y la muestro con orgullo. Después señalo con ella al traidor—. Yo... soy la daga que acabará con esta puta guerra. De una vez por todas.

TERCERA PARTE

REGRESAR A LAS RAÍCES



Interludio



El legado de Lord Z

Unos meses antes...

Quizás haya llegado demasiado tarde. Quizás ya no quede esperanza alguna para la humanidad.

—¡Lord Z, han atravesado la brecha! —grita el jefe del equipo, asustado como un crío.

—Ya lo veo —me limito a contestar, apático, con una voz carente de vida; una de las muchas desventajas de llevar muerto más de setecientos años.

Los zombis traspasan la brecha como una mancha de petróleo, una masa viscosa y lenta pero letal, que lo arrasa todo a su paso. Han superado el primer nivel, la malla metálica que rodea toda la Reserva. El equipo de respuesta no es suficiente para detener la marea de Dañados y Devorados que avanzan sin piedad hacia el segundo vallado de seguridad, la muralla sobre la que nos encontramos supervisando la situación. Si superasen este muro, no

tardarían en alcanzar el núcleo urbano, que cada día está un poco más cerca de la aniquilación.

Por suerte para ellos, yo estoy aquí.

Sin previo aviso, salto del parapeto hacia la batalla. Escucho los gritos del jefe de equipo desde arriba; ya no importan, tan solo son gimoteos en el aire.

Me precipito a una caída de no menos de cincuenta metros y aterrizo en el suelo con los pies por delante, doblando ligeramente las rodillas; un movimiento casi mecánico tras siglos de práctica.

Las piernas se me quiebran con el impacto. El fémur derecho se parte por la mitad y me desgarra el muslo, y el pie izquierdo es una masa de carne, sangre y hueso. Noto el dolor, un viejo amigo que acude a mi encuentro, y cierro los ojos.

«Uno. Dos. Tres. Cuatro...

Cinco».

Al levantarme, la pierna está curada y el pie, en perfecto estado. Dirijo una mueca de desaprobación al agujero que el fémur me ha dejado en el pantalón y a la mancha de sangre negruzca. A veces pasa. Tampoco es que sea mi mejor traje de combate.

Los gritos de angustia me devuelven al presente. La batalla. Los zombis. Claro, alguien tiene que salvar a estos inútiles. Quizás pueda aprovechar alguno de los cadáveres para la cena.

«No pienses mucho en ello».

Me tomo una pastilla de compuesto Z para saciar el hambre y me dirijo hacia la horda. Avanzo a una velocidad que ningún humano podría alcanzar jamás y el suelo se quiebra bajo la presión de mis pies. Cada vez voy más rápido. La Chispa Mortal fluye en forma de finos rayos de energía carmesí que recorren mi cuerpo.

Los zombis se convierten en un borrón marrón y gris por delante. El equipo de respuesta, en una reducida mota verde a mi izquierda,

en la lejanía. Odio este momento en el que el mundo parece difuminarse, como si nada tuviera sentido.

Entonces llega la calma. El mundo sigue igual que siempre.

Salvo que todos están congelados.

En realidad, no es que el universo se haya detenido. Se trata de mis células, que se agitan a una velocidad extrema. Liam es muy técnico al respecto, él sabe explicarlo mejor. Después de casi un milenio, debería conocer en detalle el proceso al que somete mi cuerpo la Chispa Mortal.

Pero es mucho más divertido sentirlo que pensar en ello.

Me basta un vistazo a la horda para localizar los objetivos que van a causar más problemas. Media decena de Devorados de clase cinco avanzan en la vanguardia. Los Titanes; unas monstruosidades de casi cuatro metros de altura. Normal que me llamasen acojonados, no he visto tantos Titanes juntos en la vida. Cuando estos desgraciados eran humanos, los zombis dejaron poco más que su cabeza tras darse un festín, inundando el cerebro con el virus. Con el tiempo, se han regenerado en unos monstruosos cuerpos putrefactos. Así funciona el virus: cuanto mayor es la infección, en peor engendro te conviertes. Uno a uno, me encaramo a ellos y les atravieso el cráneo con mi bastón de duelo.

Primera amenaza eliminada.

Por pura casualidad, diviso a mi derecha a una chica del equipo de respuesta. El color ha abandonado su rostro y el terror se puede palpar en su mirada. Un Dañado de clase uno, un Lánguido, está a escasos milímetros de su cuerpo. Estos zombis, de tamaño y aspecto más humano, apenas me suponen una pequeña molestia. Sin embargo, para ella, un simple roce es el final. Los dientes del no muerto casi alcanzan la piel desnuda de su brazo. Me aseguro de

reventar el cráneo de ese monstruo antes de encaminarme a la brecha.

No han entrado demasiados, poco más de cien. El equipo de respuesta tardará varias horas en exterminarlos a todos, un día a lo sumo. Sin los grandullones de clase cinco que he eliminado, se las apañarán bien.

Ahora toca cerrar el agujero.

Cuando voy a echar mano de mi equipo de reparación portátil, escucho algo que no debería escuchar. Sencillamente, es imposible. En este mundo en quietud, el silencio es absoluto. Pero ahí está, reverberando en mi mente.

Una voz que me llama por mi nombre.

Alzo la vista y, más allá de la valla, entre la multitud de zombis que se agolpan en el Yermo, uno de ellos me está observando. Reconozco su rostro deforme. Jamás pensé que volvería a ver esa cara. Los ojos rojos parecen atravesarme.

Me estoy moviendo a la velocidad de la luz. ¿Cómo es posible que...?

—¿Pensabas que no regresaría? —Repite mi nombre—. ¿O debería llamarte Lord Z?

—No es posible...

Su voz gutural suena igual que hace siete siglos, cuando lo maté.

—Créeme, soy tan real como siempre lo fui. A pesar de lo que hiciste, vengo a darte otra oportunidad. Entrégamelo. O me veré obligado a tomar decisiones drásticas.

Me falta el aire. No me he sentido así en décadas. Sus ojos siguen atravesándome, parecen ver a través de mí. Tal vez lo hagan.

—Jamás.

El Despertado asiente en silencio y se da media vuelta. Cuando creo que se ha ido, vuelvo a escuchar mi nombre.

—Este es mi último intento de convencerte. La próxima vez nos veremos en la batalla real, y desearás que el mundo hubiese acabado contigo hace setecientos años.

Me recorre un escalofrío mientras trato de mantener la mente serena. Podría seguirlo y enfrentarme a él, pero no sé si los otros también han regresado. Necesito más tiempo para prepararme. Respiro hondo mientras se aleja y me focalizo en la reparación del vallado exterior.

De regreso al parapeto acabo con varias decenas de Dañados por el camino. También termino con la miserable existencia de un par de Devorados de clase uno en los que no había reparado. No veo ningún otro zombi que suponga una amenaza seria dentro del vallado; el equipo de respuesta tendrá que ocuparse de ellos. Excepto la chica a quien he rescatado antes, el resto de los humanos están a una distancia prudencial y no deberían tener problemas para exterminar esta pequeña horda. No ahora que los he salvado a todos.

Escalo el muro con facilidad hasta llegar al puesto de mando. Es entonces cuando dejo que el tiempo vuelva a fluir a su ritmo habitual. O ralentizo mi cuerpo, según se quiera ver.

—... ha caído. Necesito un batallón que baje a... —El jefe del equipo se queda mirándome con el rostro desencajado; a continuación, observa incrédulo el lugar en el que supuestamente estaba hace un instante para él—. Lord Z, le he visto saltar y...

—La brecha está sellada —informo con voz firme por encima de sus lloriqueos—. Tu equipo puede ocuparse de la horda, ahora solo quedan Lánguidos. Que este ataque os sirva como recordatorio de lo fundamentales que son las tareas de mantenimiento. Si no hubiera llegado a tiempo, incluso vosotros, en vuestra gran muralla, podríais haber muerto.

—Señor, tienen varios Titanes en sus filas...

—¿Esos? —Señalo a los Titanes que van en cabeza y, como si mi dedo fuese la propia Muerte, caen fulminados al suelo, causando un gran estruendo.

Los soldados dan un respingo y miran aterrados en dirección a la horda. Los disparos del equipo de respuesta retumban en la distancia. A la señal del jefe, se ponen firmes y me dedican un saludo militar.

—Todopoderoso Lord Z, no somos dignos de su clemencia.

Asiento antes de despedirme.

Patéticos humanos. Siempre en busca de algo o alguien a quien adorar. Casi me arrepiento de haber salvado a esa chica; esos brazos parecían deliciosos.

«Basta. No pienses mucho en ello».

La Cuarta Reserva es el corazón del mundo humano. Si caen ellos, la humanidad no sobrevivirá. Sus líderes lo saben y, aun así, permiten estas brechas en el vallado exterior. Deberían ser más precavidos. Estar más atentos.

Estos humanos... Casi no vale la pena luchar y morir por ellos.

Desciendo de la muralla, esta vez por las escaleras, hacia la zona interior. Un coche sin conductor me espera para llevarme a mi destino. Pienso en el Despertado. ¿Podría ser él de verdad? Sé lo que he visto.

Este año el Crisol va a ser decisivo. Quizás sea la última oportunidad de reclutar antes de que todo estalle en nuestras narices. No sé cuánto tiempo me queda.

El vehículo viaja a toda velocidad entre los campos de cultivo de un color marrón nada saludable; el cielo mantiene su tono gris, aunque recuerdo que una vez fue azul.

Hace tanto tiempo...

Me debato entre mis pensamientos de juventud y los problemas del futuro inmediato hasta que el coche se detiene ante un edificio elegante. La puerta se abre hacia arriba y subo las escalinatas de mármol. Él me espera en lo alto, junto a la entrada.

Lleva un traje elegante, con unos zapatos más caros que un equipo militar completo. Sus ojos azules como el hielo se clavan en mí con esa mirada de superioridad que tan solo puede tener un miembro del Alto Consejo.

—¿Problemas en el vallado exterior, milord? —pregunta con una sonrisa burlona.

Imbécil.

Esperaba encontrarme con Elise, la líder de Reserva. ¿Qué hace un pez gordo en la Cuarta? No puede ser coincidencia.

—No te esperaba por aquí, Eckbert. —Hago una mueca—. Deberíais ser más precavidos. La próxima vez quizás no llegue a tiempo.

—Para eso está tu gente, ¿no? Para protegernos. —El tono de superioridad que utiliza me hace fruncir los labios—. El mundo entero os adora. No podríamos estar en mejores manos.

«Mantén la calma. No le arranques el cuello a mordiscos».

—Los miembros de la Academia colaboramos por la supervivencia de la humanidad, bien lo sabes. No obstante, vuestros vallados exteriores son responsabilidad de los equipos de respuesta.

—Vamos, Lord Z, estoy seguro de que no nos dejaríais a nuestra suerte. —Sonríe y me da unas palmadas en el brazo; noto su calor a través del cuero negro del traje de combate—. Le debemos mucho a la Academia.

Suspiro. Desde luego, ha nacido para ser político. Pero tiene razón. El mundo nos lo debe todo. Me lo debe a mí.

Pasamos al interior de la sede del gobierno regional y Eckbert me guía hasta el despacho de la líder de Reserva. Sin embargo, no hay ni rastro de Elise. Su actitud se torna aún más arrogante en cuanto toma asiento, lejos de las miradas indiscretas.

—La situación es crítica, Zeta. Las cosechas son las peores que hemos tenido en décadas. Hace falta reducir las bocas que alimentar.

Tuerzo el gesto; sé qué es lo que quiere. Maldito bastardo, me estaba esperando. También soy consciente de lo que debo responder. Una condena más que cargar a mi conciencia.

—Quieres hablar del Crisol —siseo.

Él se toma unos instantes antes de proponer la cifra.

—Mil muchachos este año.

Parpadeo aturdido. «¿Ha dicho mil?».

—Son demasiados.

—Cien de cada Reserva. El Alto Consejo lo ha aprobado. —Con un gesto indiferente, me lanza el documento que sentencia a mil seres humanos—. Con vuestra tasa de supervivencia en la Forja, no deberían sobrevivir más de un centenar. No creo que os vengan nada mal todos esos nuevos reclutas.

La decisión está en mis manos. ¿Condenar novecientas almas a una muerte segura? Por otro lado... la guerra es inminente. Aun así, la idea de ceder siquiera un palmo ante este imbécil me abruma.

—Lo podremos manejar.

Estrechamos las manos. Eckbert Hunter esboza una sonrisa amable. ¿Cómo puede sonreír sabiendo que va a enviar casi mil jóvenes a la tumba? Para él tan solo son números. Menos bocas que alimentar. Me estremezco al pensar en la crueldad humana. Aunque, para ser justos, él tan solo ha hecho la propuesta. Soy yo quien ha firmado su sentencia de muerte.

Mientras me dirijo a la salida, me pregunto qué sentiría si mi corazón aún latiera. ¿Me dolería saber lo que les va a pasar? Después pienso en el encuentro con ese ser de un pasado que creía extinto. ¿Podría proponerse...? Una idea brilla en mi mente al instante. Quizás esta nueva Criba me sirva para deshacerme de algún rival potencial. Un nombre aparece en mi mente. Sonrío para mis adentros. Creo que será un Crisol excelente.

Observo al político, tan sonriente, tan confiado.

Me preguntó si pondrá esa misma cara cuando vea a su querido hijo en el listado de los afortunados.

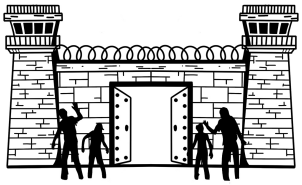
En cualquier caso, es algo inevitable. La humanidad está al borde de la extinción. Viejos enemigos resurgen de sus tumbas para enfrentarse a mí en una batalla final.

Tengo dos cosas claras.

Necesito soldados. Todos los que pueda reunir.

Y Astria Liverman debe morir.

24



CONSECUENCIAS

Abro los ojos y veo un techo conocido: mi habitación de la Academia. Estoy cómoda y calentita bajo las mantas, abrazada por el mullido colchón. El despertar parece tan solo una prolongación natural de un dulce sueño.

Entonces llegan los recuerdos.

Manos ensangrentadas, un campo de batalla congelado, traiciones esperadas... y, finalmente, Lisa.

Lisa.

Joder, no puede ser que esté muerta.

¿Ha sido por mi culpa? No sé si tiene mucho sentido buscar culpables a estas alturas, cuando el daño ya está hecho. Un temblor en mi mano me recuerda la ira que siento, porque algo sí es seguro: sé quién es el responsable.

Y va a pagar por ello.

Observo a mi alrededor; ¿cómo he llegado hasta aquí? Busco en mi memoria, aunque no consigo recordar más allá del instante en el

que el tiempo volvió a fluir y la horda cayó a mis pies. Después de ese momento, de dirigir una última mirada a Hagel, clamando venganza, no hay nada más. Solo oscuridad.

A mi lado, Frida me observa encaramada a una silla, con los ojos abiertos como platos, enrojecidos y brillantes. Se rodea las piernas con los brazos, encogidas sobre su pecho.

—Astria. —Su voz suena afónica, apagada—. Estás despierta.

No lo pregunta, solo constata un hecho.

—¿Cuánto...? —La mía suena pastosa y ronca; carraspeo.

—Llevas ahí tumbada diez días. Pensaba que nunca te ibas a despertar, pero él dijo que te recuperarías.

—¿Quién?

—El mismo que nos ha condenado a todos... —Su voz suena lejana, ausente.

Antes de que pueda preguntarle a quién se refiere, un vaso de agua se alza desde la mesita y se acerca a mí, flotando. Lo cojo con cuidado. Frida se encoge de hombros y hunde la cara entre las rodillas.

—He pensado que tendrías sed —murmura entre sollozos ahogados.

—Frida, yo... lo siento.

No sé qué más decir. Joder.

Frida levanta la cara y las lágrimas le recorren la piel oscura. Niega con la cabeza.

—Vi cómo corrías tras ella, Astria. Tú también la querías, lo sé. Eres la última persona en este mundo a la que se me ocurriría culpar por lo que pasó. Porque yo sé... que fue mi error. Si me hubiera retirado, no habría venido a buscarme.

—No fue culpa tuya, Frida —digo, pensando con ira en el auténtico responsable—. Fue él. Él tomo las decisiones. El

responsable de todo esto es Nick Hagel.

—Insiste en que no ha hecho nada mal. —Su tono ha cambiado, es más firme, y se agarra las piernas con fuerza—. Lord Z ni siquiera lo ha sancionado por la pérdida de un oficial. He presentado varios recursos... —entonces suspira, y parece relajarse—. Si no se le juzga, yo misma lo mataré con mis propias manos.

Lo dice con una tranquilidad que me eriza el vello de la espalda, y sé que lo dice en serio. Matará al traidor en cuanto tenga una oportunidad.

—Lord Z me pidió que confiara en él. —De nuevo me tiembla la mano—. ¿Acaso no es ese consejo una traición en sí mismo? Lisa me dijo que el director ocultaba algo. Debería haberle hecho caso. Debería...

—Astria —me interrumpe Frida, que ahora está sollozando—. Hay algo que debo contarte. Creo que te mereces saber toda la verdad. Sobre Lisa. Sobre mí. Sobre cómo hemos actuado contigo. Lisa decía que contarlo solo reviviría el dolor, pero... —Sonríe con tristeza—. Ahora el dolor es permanente.

—Frida...

Me mira directa a los ojos. Los suyos brillan por las lágrimas derramadas.

—Alguna vez nos has preguntado por qué confiamos tan rápido en ti. Por qué te acogimos desde que salimos de aquel tren. Lisa y yo crecimos juntas, pero no estábamos solas. Siempre fuimos tres. Ella, yo... y Victa.

»Éramos inseparables, lo hacíamos todo juntas. Lisa era la reflexiva, yo era la mente científica y Victa... ella era puro fuego. Tenía siempre una determinación inquebrantable y luchaba por lo que era correcto. Y eso fue lo que le costó la vida.

Frida se queda unos instantes en silencio, y yo me incorporo un poco más en la cama. No me atrevo a interrumpir el silencio, pero la curiosidad es demasiado intensa.

—¿Qué pasó? —pregunto con un hilo de voz.

—Detuvieron al padre de Lisa —murmura Frida, casi en un susurro —. El doctor Starlight es el creador del compuesto Z. Victa trató de rescatarlo del calabozo y también la atraparon. No nos dijo nada. Si lo hubiéramos sabido... —Ahoga un sollozo e inspira con fuerza, tratando de pronunciar las siguientes palabras—. Los ejecutaron a ambos. Los ataron al vallado exterior, hasta que llegaron los zombis.

—Joder...

Frida tiene los ojos húmedos y le tiemblan las manos.

—Desde el primer momento en que te vimos, nos recordaste a ella. A Victa. Os parecéis físicamente; sus ojos eran tan verdes como los tuyos. Pero no es solo eso. —Se queda en silencio un instante, pensativa—. Es en el interior donde más te pareces a ella; en ese ímpetu y esa fuerza que nos transmites, en tu voluntad férrea para seguir adelante pase lo que pase.

Mis ojos se inundan de lágrimas y no sé si podré aguantar mucho más sin quebrarme.

—Pensé que tenías que saberlo —dice sin poder reprimir las sacudidas por el llanto—. No quiero que pienses que te usamos como un reemplazo, Astria. Te queremos. Ella te quería. De no ser por ti, ahora estaría sola en este mundo.

Me levanto para abrazarla con fuerza y le acaricio la espalda mientras llora sobre mi pecho. Mis lágrimas caen en silencio. Pienso en esa muchacha misteriosa gracias a la cual gané dos ángeles guardianes. Victa. Me habría gustado conocerla.

—Ya lo sé, Frida. Y doy gracias al universo por parecerme a vuestra amiga... a Victa. Sin vosotras, yo ya me habría perdido.

Ojalá ella estuviera aquí. Ojalá pudiera decírselo. Ojalá lo sepa.

—Ella lo sabe —afirma Frida en un gemido.

—Esto no tenía que pasar —susurro al fin, quebrándome del todo por dentro—. No es justo.

No tiene sentido debatir sobre lo que podría haber sido. Eso no nos la devolverá.

—No —murmura ella mientras se le anegan los ojos de nuevo—. No lo es.

Con el corazón roto, lloramos hasta quedarnos dormidas.

***

—¿Cómo que no puedes decirme dónde está? —le grito al Exterminador—. ¿Quién lo ha ordenado? ¡Soy tu puta superior!

—Órdenes del director, comandante —dice el Exterminador a cargo de la recepción—. La ubicación del comandante Hagel es información clasificada, por su propia seguridad.

—¡Me cago en los putos zombis!

Salgo del registro dando zancadas y me voy directa al despacho de Lord Z. Me va a oír. Mientras avanzo por los pasillos, con Frida pisándome los talones, no puedo evitar fruncir el ceño al pasar junto a una multitud de Exterminadores que me hacen el saludo militar, profesores que quieren estrecharme la mano y personal de mantenimiento que me sonríe embobado. ¿Qué coño le pasa a la gente? Se lo comento a Frida.

—Todo el mundo te tiene por una heroína, por lo que hiciste en la Octava —musita Frida a mi espalda—. Yo también, obviamente, pero para mí ya eras una jefa antes de cargarte a una horda tú solita.

—No hubo honor ni valentía en lo que hice —susurro por encima del hombro—. Solo puro instinto de supervivencia.

—¿Crees que esta gente busca honor? ¿Valentía? No, Astria. —Señala a la gente a mi alrededor—. Llevan mucho tiempo esperando seguir a alguien como tú. Una superviviente, alguien en quien puedan verse reflejados, una esperanza de recuperar el hogar perdido. Para todos... salvo para Lisa, supongo.

Suspiro abatida.

—Ya.

Un pensamiento fugaz cruza mi mente. Hunter. Ni siquiera he ido a verlo tras despertar; me he decantado por buscar al traidor. Quizás debería haber pasado a saludarlo. Me ocuparé de eso más tarde.

Me planto ante la enorme puerta de madera del despacho de Lord Z. ¿Qué voy a decirle? Necesito pensarlo un instante, pero al ver la cara congestionada de Frida, la ira me desborda y entro dando un portazo que retumba en el despacho.

—¿Por qué cojones has ocultado a Hagel? —bramo con una furia incontenible.

El director alza la vista del montón de informes que tiene sobre su mesa y guarda silencio más de lo debido. Hasta que mi ira se convierte en vergüenza. Hasta que empiezo a preguntarme si no estoy haciendo el ridículo y comportándome como una imbécil.

—En primer lugar, me alegro de verte de nuevo en pie. En segundo lugar, eres una de mis comandantes en jefe y te tengo un cariño especial, Astria Liverman. —Lo dice sin alzar la voz, casi en un susurro—. Sin embargo, si me vuelves a hablar así, te arrancaré la cabeza antes de que puedas parpadear.

Sé que lo dice en serio. Sus ojos plateados me atraviesan. Trato de no mearme encima.

—Yo...

—Yo le pedí que viniera —irrumpe entonces Frida—. Ella tiene más rango que yo, por eso he querido que interceda por mí. Me hago

responsable de su actitud. Asumiré cualquier castigo en su lugar.

—Cierra la puerta, Frida —dice él impasible.

Ella obedece al instante y nos quedamos los tres a solas en el despacho. Frida y yo atravesamos la descomunal sala hasta quedarnos de pie ante la mesa de madera oscura brillante. Nadie nos invita a sentamos en los sillones tapizados de piel.

—Comprendo vuestra angustia. Perder a un compañero nunca es fácil. Sin embargo, el comandante Hagel actuó acorde a los mandatos de la Academia. En la batalla siguió una lógica que cualquier militar experimentado aplaudiría. No hay nada que reprocharle. Y si he ocultado su paradero es exactamente para evitar que este tipo de... comportamientos interfieran en mi cadena de mando.

El temblor que me recorre las manos es incontrolable. El fuego que me atraviesa las venas es inextinguible. Estoy a punto de saltar encima de Lord Z cuando Frida me agarra la mano con firmeza.

—Señor..., con todo el respeto —dice ella mirándole a los ojos—, Nick Hagel no es un Intangible. Ambas fuimos testigos de cómo manifestó sus poderes de superfuerza. Debería tener un puesto acorde a su rango.

Parpadeo sorprendida. Lo ha dicho con tanta calma y dulzura que cuesta creer que esté hablando de la persona a quien quiere ver muerta.

—Hagel mantendrá su puesto como comandante —declara Lord Z regresando la mirada a sus papeles—. Sus actos en la batalla han reforzado mi decisión.

—Señor... —La voz de Frida se quiebra—. Sus poderes no...

—¡Los poderes no son la única forma de ascender, señorita Gönig! —El director resopla exasperado—. El Coronel Roto tiene tan solo sentidos aumentados, que equivalen a un mísero rango diez. Rayo

Escarlata ni siquiera estaría al mando del escuadrón de mantenimiento si fuera por sus poderes. Sin embargo, han demostrado ser soldados útiles y serviciales. —Nos mira con desprecio—. No puedo decir lo mismo de vosotras.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con rabia contenida.

—Os vendrá bien un descanso. He autorizado un permiso de una semana. También se lo he concedido al general Hunter. Podéis quedaros en la Academia o visitar cualquier Reserva, no os lo impediré. No obstante, no vais a acercaros al comandante Hagel. Tras vuestra excedencia, revisaremos la situación y, si estáis en condiciones, seréis readmitidos; los tres. —Hace un ademán con la mano, dando la discusión por zanjada—. Espero que para entonces hayáis recuperado la calma y optéis por tomar decisiones razonables.

¿Ahora nos quiere quitar de en medio? ¿Después de todo lo que ha pasado?

—Pero...

—Eso es todo. Una semana.

—Señor...

—¡He dicho que eso es todo! —Su tono me hace dar un respingo —. Cerrad la puerta al salir.

No soy consciente de que Frida me arrastra fuera del despacho ni del camino de vuelta a nuestras habitaciones. «Hagel mantendrá su puesto como comandante». Esas palabras se han grabado a fuego, un mantra que no dejo de repetirme. Aunque Frida habla, yo solo escucho un zumbido lejano. No lo entiendo, no puedo comprenderlo. Vio la situación, vio que íbamos a perder... y aun así decidió no hacer nada. ¿Cómo puede Lord Z considerarlo apto para comandante?

—No podemos matarlo aún —sisea Frida a mi espalda—. Lo ideal sería dejar que pase esta semana, que se confíe... y acabar con él cuando nadie se lo espere.

Lo comenta con la naturalidad de quien habla del tiempo, y sé que nada la detendrá para cumplir su objetivo. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que estos días libres impuestos por el director son una manzana envenenada.

—¿Qué quieres hacer esta semana? —le pregunto.

—Me quedaré en la Academia —afirma ella con rotundidad.

—Me quedo contigo —digo sin pensármelo dos veces.

Frida niega con la cabeza, con los ojos brillantes por las lágrimas que amenazan con desbordarse.

—No —replica ella al momento, tajante—. Te lo agradezco, Astria; pero, en momentos así, necesito estar sola. He pasado estos últimos diez días pegada a tu cama. Ahora que sé que estás bien, quiero un tiempo para mí.

Asiento aturdida. La entiendo a la perfección, aunque no alcanzo a imaginarme por lo que estará pasando.

—Frida, yo... aún no te he dado las gracias por quedarte a mi lado todo este tiempo.

Ella me abraza y solloza contra mi hombro.

—Para eso están las amigas —susurra, con la voz amortiguada—. Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Asiento, tratando de contener mis propias lágrimas.

Frida se separa de mí y se seca los ojos.

—Tú deberías alejarte unos días de este lugar. Aquí ocurre algo extraño..., y quizás algo de distancia te dé perspectiva.

Niego enérgicamente y me cruzo de brazos.

—¿Y adónde voy a ir? Te daré tu espacio, pero mi lugar está aquí, contigo.

Frida niega de nuevo. Los surcos húmedos en sus mejillas hacen que su piel oscura brille bajo el reflejo de los fluorescentes. Trata de mantener la compostura y sé que está haciendo un esfuerzo titánico.

—Estaré bien, Astria. Sé que, si algo pasa, tú estarás ahí.

Se dirige a su habitación y se detiene justo antes de cerrar la puerta.

—Astria...

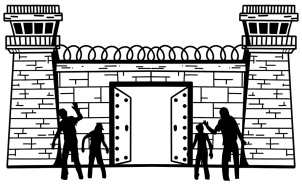
—¿Sí?

—Pase lo que pase, recuerda...

Noto como unas lágrimas templadas se abren paso por mi rostro en contra de mi voluntad mientras termino su frase.

—Lo sé, Frida. Jamás daré nada por sentado.

25



UN NUEVO IMPULSO

Llevo dos días vagando por la Academia, caminando sin rumbo, perdida en mi propia miseria.

Grupos de Exterminadores me detienen por los pasillos, me dan palmadas en el hombro y me felicitan por mi actuación en la brecha de la Octava. Se ha corrido la voz de lo que hice allí, tanto dentro de estos muros como en la propia Capital. Me llaman heroína.

Sin embargo, no siento nada heroico en lo que hice. Y cada segundo tengo que lidiar con una certeza que me corroe por dentro como ácido.

Llegué demasiado tarde. No pude salvarla.

No hay ni rastro de Hagel. Al parecer, el director lo ha ocultado en un lugar inaccesible. He preguntado por él sin éxito. Es como si se hubiese esfumado.

Frida se ha encerrado en su habitación y no quiere hablar conmigo. Tampoco la he forzado, sé que necesita su espacio. No sé qué hacer, adónde ir. ¿Al Vertedero, donde soy una asesina? ¿A la

Octava, donde Lisa murió? Parece más simple salir al Yermo y vagar por las llanuras hasta que...

—¿Astria?

Su voz me saca de mi desconexión. Es Hunter. Está plantado en el umbral de mi habitación, apoyado contra el marco de la puerta. Su sonrisa hace que mi estómago dé un vuelco. He tratado de evitarlo durante este par de días, aunque sabía que este momento llegaría.

—¿Hunter? ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, disfrutar de mi permiso. Al parecer has conseguido que nos den vacaciones a los tres. —Tuerce el gesto y su expresión se vuelve seria—. ¿Cómo estás? Cuando fui a la enfermería me dijeron que te habías marchado. No he logrado dar contigo desde entonces. Eres escurridiza, Liverman.

¿Cómo estoy? Eso es lo que me gustaría saber. ¿Cómo vives sabiendo que tu amiga ha muerto, en parte, por tu culpa? ¿Cómo trabajas con el responsable de su muerte, día tras día, durante el resto de la eternidad? Suspiro abatida.

—¿Que cómo estoy? Jodida. Asqueada. Y con tantas ganas de matar a Nick Hagel que reviento.

Hunter me mira con sus enormes ojos azules. ¿Qué espera de mí?

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —pregunta con suavidad.

—No... Sí... No lo sé.

—Esas son las tres opciones.

Sonrío. Imbécil.

—Quiero que el puto Hagel pague por lo que hizo. —Trato de contener las lágrimas—. Quiero que Lisa vuelva a estar con nosotros.

Hace un ademán de acercarse a mí, pero se lo piensa en el último momento y se retuerce las manos nervioso, avergonzado.

—Yo también la echo de menos —dice afligido—. No la conocía tan bien como tú, pero... lo creas o no, nuestras noches a la intemperie

me unieron mucho a vosotras tres. Lamento su pérdida.

Suelto un bufido y un ramalazo de ira me recorre la espina dorsal.

—No parece que eso afecte a todo el mundo. Al menos no a tu amigo.

Suspira y baja la mirada al suelo, dolido.

—Nick ha escogido su camino. Una senda oscura. No soy capaz de seguirlo hacia donde se dirige, pero tampoco puedo olvidar todo lo que hemos pasado juntos. Ha hecho mucho por mí. Era mi único amigo.

Parece a punto de romper a llorar. Es extraño verlo así, tan grande, tan fuerte y tan... vulnerable. Se me pasa por la cabeza la locura de acercarme a él y abrazarlo. Descarto esa idea tan rápido como ha llegado a mi mente. En su lugar, pongo la mano sobre su antebrazo. Noto una especie de descarga eléctrica en el momento en que las yemas de mis dedos tocan su piel. La ira ha desaparecido de un plumazo; solo me queda la inmensa tristeza que nunca me abandona.

—Yo... no sé muy bien qué decir. No sé qué hacer, Hunter. Pensaba que quería esto: la guerra, las batallas, el mando. Al ver morir a Lisa comprendí que... solo quiero sobrevivir. Es lo que siempre he querido. Es por lo que sigo luchando.

—¿No es lo que hacemos todos? —dice con una sonrisa triste—. En el tren, antes de llegar a la Octava, te propuse visitar la Capital juntos. Quizás te parezca un poco precipitado, pero podríamos...

Todas las piezas encajan de golpe. Salir de aquí. Buscar a mis padres. Encontrarme a mí misma. Creo que, sin saberlo, Robert Hunter acaba de dar con la solución a una parte de mis problemas.

—Puede que no sea la peor idea que has tenido —respondo con una sonrisa—. Si el cabrón del director nos quiere fuera, lo mejor

será aprovechar el permiso que nos ha dado, ¿no? De todas formas, Frida necesita tiempo; si me quedo, sé que la terminaré agobiando.

—Todos necesitamos tiempo —murmura entre dientes—. No obstante, la visita será fructífera, para bien o para mal. Pero no quiero que te sientas forzada a...

Se queda callado, sorprendido al ver que ya estoy preparando mi mochila. Me he decidido. Si no puedo enfrentarme a Hagel en este momento, lo mejor será resolver mis asuntos, y saber qué ha sido de mis padres es una de las prioridades en mi lista.

Antes de marcharme, dejo una nota para Frida, que deslizo por debajo de la puerta de su habitación. Comprendo perfectamente que necesite estar sola. Si yo ya estoy rota por el dolor, no puedo llegar a imaginarme cómo está ella. Y sé que, en el fondo, ella prefiere que no esté aquí durante un tiempo.

Me desvío hacia el ala este de la Academia. Aunque Hunter frunce el ceño ante mi repentino cambio de rumbo, me sigue sin rechistar. Tras recorrer unos cuantos pasillos llegamos a mi destino: el almacén de compuesto Z.

Uno de los talentos que desarrollé en el Vertedero es el sigilo para colarme en lugares en los que no debería estar. Tardo cinco minutos en entrar y salir. El rubio se queda más pálido de lo habitual al verme salir con un saquito de pastillas.

—¿Estás loca, Liverman? Si nos pillan...

—Solo si nos pillan —respondo guiñándole un ojo.

El grandullón está tan aturdido que casi se le caen las pastillas cuando se las pongo en la mano. En el último instante reacciona y se las guarda.

—No sabemos con qué nos vamos a encontrar ahí afuera —comento mucho más seria—. Y no hay que dar nada por sentado.

El muchacho vuelve en sí y asiente solemne, le doy una palmadita en el hombro y, sin perder un segundo más, me encamino hacia una nueva aventura.

Un intento desesperado de adelantarme a la oscuridad que me persigue.

***

No tardamos mucho en llegar a la estación de tren. Hunter ha preparado su equipaje incluso más deprisa que yo, y en menos de una hora desde su propuesta ya estamos listos para partir.

Los Exterminadores que montan guardia han recibido la orden de dejarnos pasar y accedemos al convoy que se dirige a la Capital. Viajamos en primera clase, dada mi condición de comandante.

—Serán un par horas de viaje —explica Robert, dejándose caer en uno de los mullidos asientos—. ¿Podrás aguantarme todo el trayecto?

—Siempre puedo salir a dar una vuelta —digo sentándome junto a él.

—También podrías...

Unos toques en la puerta silencian sus palabras, aunque me pregunto qué barbaridad estaba a punto de decir. Deslizo el pestillo desde mi asiento y me quedo de piedra al ver quién hay al otro lado.

Niebla y Acorazado entran en el compartimento y cierran la puerta sin decir palabra. Se sientan ante nosotros y se mantienen en silencio mientras ella activa el pestillo de nuevo.

—Comandante Liverman, general Hunter —dice Acorazado mascando las palabras, como si estuviera pasando lista.

—Lamentamos vuestra pérdida. La general Starlight era, desde luego, un ser excepcional —dice Niebla, y sé que lo dice de corazón.

—Así es, un ser excepcional —conviene Acorazado.

Su actitud y su presencia aquí no son habituales. Cruzo una mirada con Hunter, que parece tan desconcertado como yo. Aunque, para ser sincera, también estoy muy intrigada.

—Esto... gracias. Y... ¿a qué debemos esta visita? —pregunto incómoda, tratando de no sonar insolente ante mis profesores—. ¿O es que también os dirigís a la Capital?

—Hemos pensado que, tras los recientes... acontecimientos —dice Niebla midiendo sus palabras—, querríais tener alguien con quien hablar de...

—¿Vamos al grano, Marisa? —resopla Acorazado—. Las decisiones de Zack han sido cagada tras cagada en las últimas tres décadas.

—Victor... —dice Niebla en un susurro apagado.

—No, no digas que no es cierto. —La corta con un gesto y vuelve a mirarnos—. Algo se está alzando entre las filas enemigas, pero vamos tan ciegos como él quiere que vayamos. Lo que ocurrió en esa batalla no fue normal. Era una brecha estándar, ni siquiera de las graves. Un contingente de primer año cerró una brecha con mil quinientos Dañados hace tres años. Vuestra situación no era, ni de lejos, tan peligrosa. Y, aun así, dos bajas: un Exterminador y una general. Queremos saber qué sucedió. Porque nadie nos cuenta una mierda y los soldados solo rebuznan sobre Liverman y sus gloriosos poderes.

Atónita ante las graves acusaciones que acaba de verter Acorazado... es decir, Victor, contra el director, me quedo sin palabras. Ni siquiera sé cómo responder a esa bravata. Hunter me cubre mientras trato de ordenar mis pensamientos.

—Astria barrió a todos los enemigos en un pestañeo. Es la heredera de la Chispa Mortal.

Acorazado me mira y alza una ceja, después vuelve a reparar en Hunter.

—¿Estás seguro, muchacho?

—Por supuesto —afirma Hunter—. Sé lo que vi.

Niebla y Acorazado se intercambian una mirada. Durante un instante, se muestran vulnerables. En ese momento los veo tal y como son: unos muchachos que aparentan nuestra edad. Siendo profesores, a veces se me olvida.

—¿La Chispa Mortal? —pregunto aturdida—. ¿Qué es eso?

—Eso, querida —dice Niebla..., es decir, Marisa—. Es el único poder al que nadie ha accedido en siglos. El poder que ostenta tan solo Lord Z.

Noto un mareo. ¿Tengo el mismo poder que el director? El zombi que me infectó... llamó a Lord Z por su nombre. Se conocían. ¿Y si...?

—Los zombis marchaban a un paso normal, humano, y después echaron a correr —prosigue Hunter. Marisa y Victor abren mucho los ojos—. Eso nos pilló desprevenidos. Unido a las desacertadas medidas tomadas por el comandante Hagel, que mantuvo la posición de los escuadrones de Gönig y Starlight a pesar del peligro inminente.

—¿Corriendo? Eso podría acabar con todos los sistemas de defensa que tenemos establecidos —dice Marisa, sopesando las palabras—. Un par de ataques bien coordinados por parte de esos zombis y sería el fin de la humanidad.

Niego con la cabeza.

—No quieren el fin de la humanidad —digo convencida.

—¿Cómo que no *quieren*? —pregunta Acorazado—. Los zombis no tienen deseos, no *quieren* cosas. Se mueven por puro instinto.

Me tomo un instante antes de revelarles mi secreto.

—No —insisto—. Ya no. Algunos de ellos razonan, piensan y hablan. Y están pidiendo ayuda.

Sus caras parecen haberse congelado en una expresión de sorpresa continua, que tan solo va a más.

—¿Despertados? —pregunta Marisa—. Eso... no es posible. Después de la Gran Purga, Zack acabó con todos.

Acorazado profiere tal bufido que me hace dar un respingo.

—¿La Gran Purga? ¡Marisa! ¿Aún crees en cuentos de viejas? Si quiso terminar con esos Despertados fue para garantizar que nadie accediera al poder de la Chispa Mortal. —Hace un aspaviento y me señala—. Y resulta que tenemos a la heredera ante nosotros. La mismísima hija de Francis y Alvia Liverman, ni más ni menos. Tus padres tenían agallas, eso siempre se lo he reconocido.

Abro mucho los ojos y se entrecorta mi respiración.

—¿Conocéis a mis padres? —digo esperanzada—. Vamos a la Capital para saber qué ha sido de ellos.

Hunter me aprieta con disimulo el brazo: «cuidado». Me arrepiento al instante de mis palabras. No sé si puedo confiar en ellos.

Marisa se pasa una mano por el cabello platino y me mira con un atisbo de tristeza en los ojos.

—No creo que el Alto Consejo los haya dejado con vida todo este tiempo. —Niega con la cabeza—. Lo lamento.

A pesar de todo, me obligo a mostrar una sonrisa.

—Llevo toda mi vida creyendo que están muertos, profesora —respondo con calma—. Si lo están, no será una decepción. Pero, si están vivos, o hay la más mínima posibilidad de que lo estén, haré lo que sea para encontrarlos. Necesito respuestas que solo ellos pueden ofrecerme.

Ambos profesores asienten casi al mismo tiempo. Marisa se aclara la garganta.

—Astria, Robert. Hemos venido a pediros ayuda.

Nos miramos frunciendo el ceño. Victor se revuelve incómodo, tensando todos los músculos bajo su camiseta de tirantes. Se pasa una mano por la cabeza calva y brillante antes de hablar con su habitual rudeza.

—El director ha perdido el norte. Nos estamos agrupando, creando una resistencia dentro de la Academia. Zack tiene mucho poder, aunque, contigo de nuestra parte, la balanza estaría equilibrada.

Traición. Están hablando de acercarse en silencio al jefe y apuñalarlo por la espalda. Hace un par de días los habría escupido, los habría insultado y los habría mandado a la mierda. Eso fue antes de mi última charla con el supuesto héroe de la humanidad.

«Hagel mantendrá su puesto como comandante».

No consigo quitármelo de la cabeza. Si esa es la línea de acción bajo su mando, mucho mejor estar en el lado opuesto. Recuerdo también otras palabras, las que pronunció el Despertado antes de esfumarse.

«Confía en tus amigos. Desconfía de todos los demás. Especialmente de aquel al que tanto adoráis».

Y por supuesto, las palabras de Frida, que son ya un mantra constante en mi mente.

«Nunca des nada por sentado».

—Si Lord Z se entera... —empieza Hunter.

—El director es consciente de que el descontento entre sus filas es un reguero de pólvora a punto de estallar —dice Victor tajante—. Todo comandante en jefe sabe que siempre hay voces discordantes. Sin embargo, él cree tenernos atados en corto. O eso pensaba, hasta que la señorita Liverman ha decidido mostrarnos que el

director puede ser reemplazado. Que la Chispa Mortal ha encontrado una heredera.

»Esta es nuestra propuesta: mientras estáis fuera, buscaremos aliados. Media Academia ya está de vuestra parte, aunque no lo sepáis, en especial las nuevas generaciones. Llevan apostando por vosotros desde que el director os condenó a vagar por el Yermo. Cuando regreséis, habremos reunido suficiente apoyo para tomar la Academia y dirigirla hacia una nueva... —frunce el ceño—. ¿Cómo decirlo, Marisa?

Ella me mira directamente a los ojos.

—Una nueva dirección. No podemos confiar en un megalómano como el director. Y por eso te necesitamos.

El silencio envuelve nuestro compartimento y los profesores aguardan mi respuesta, expectantes.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de vosotros? —pregunto con fuego en la mirada y señalo a Marisa—. Tú estabas allí, en la pista, viendo cómo las chicas morían. Y tú... —me dirijo a Victor—. Bueno, tú eres un cabronazo.

Marisa se mira las manos, y parece realmente compungida. Pero sigo sin fiarme.

—No pudimos hacer nada durante la Criba, y soy la primera que se arrepiente de ello. Pero sí os pudimos ayudar después...

Hunter suelta una risotada.

—¿Que vosotros nos ayudasteis? ¿Y cómo fue eso, si puede saberse?

Victor nos fulmina con la mirada.

—¿Creéis que las pistas de atletismo se estropearon por arte de magia? ¿Las dos?

Hunter y yo nos miramos sorprendidos.

—El sistema de limpieza de las letrinas tampoco se activó solo por casualidad —prosigue Marisa.

—¿Y quién os pensáis que os puso las raciones de comida ocultas bajo una lona?

Trato de no quedarme con la boca abierta como una idiota. Entonces vuelvo a mirar a Marisa. Y le hago la pregunta que siempre me rondó mientras entrenábamos.

—En el hangar, cada día te acercabas más a nosotros, ¿verdad?

Ella asiente en silencio.

—El director creó Épsilon como un castigo final —dice Victor apretando un puño—. Y encima se disfrazó para veros sufrir de cerca. Nosotros tratamos de evitar que os matara con los recursos que teníamos disponibles.

—¿Por qué?

—Porque todo lo que sea un peligro para Zack es una oportunidad para nosotros —explica Marisa—. Nuestras sospechas se han confirmado. Eres la heredera, Astria. Nuestra primera oportunidad en siglos para derrotarlo. Llevamos demasiado tiempo ocultos en las sombras, es hora de actuar. Solo debes decidir...

Victor se cruza de brazos y frunce el ceño.

—¿Qué estás dispuesta a sacrificar para sobrevivir?

Respiro hondo y tomo mi decisión.

—No soy heredera de nada. Pero me uniré a vuestra causa siempre que cumpláis con una cosa.

—¿De qué se trata? —pregunta Marisa alzando una ceja.

—Si queréis que el director caiga, estupendo, es cosa vuestra.

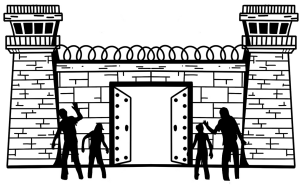
—¿Pero...?

—Nick Hagel es mío.

Ambos me miran con una sonrisa sincera.

Parece que tenemos un trato.

26



La Capital

La primera vez que vi la Academia, aluciné. Después, en el Matadero, a pesar del terror previo a la Forja, me fascinó el hogar de los Antiguos y sus enormes torres. Vivir en el Vertedero puede hacer que tus expectativas ante las creaciones de la civilización sean escasas.

Sin embargo, nada me habría preparado para ver la Capital.

Cientos de rascacielos se elevan hasta donde la vista alcanza, como si acariciaran las mismísimas nubes. Las torres del Matadero me resultan ridículas en comparación. El suelo de la calle es firme y recto, alicatado con baldosas brillantes. Hay amplias calzadas negras de algo llamado *asfalto* por las que circulan los vehículos, unos aparatos resplandecientes y limpios que poco o nada tienen que ver con los armatostes para patrullar en la Academia.

No es solo lo que veo; también me alucinan los olores. O más bien la ausencia de pestilencia. Es la primera vez que llego a una ciudad

que no... huele mal. Es posible que lo más apestoso de este lugar sea yo misma. No tiene ningún sentido.

La gente es distinta; van vestidos de forma pulcra y elegante, como jamás imaginé que alguien pudiera vestirse. Hombres con trajes anchos y holgados, y otros con camisas estampadas en miles de colores. Mujeres con conjuntos despampanantes, pero también con atuendos similares a los masculinos, aunque más ajustados a la figura. Observo al gentío pasar por la calle que cruza la salida de la estación, como si hubiera entrado en un mundo alternativo donde no hay guerra.

Donde no hay zombis.

—Esto es... vaya. —Es todo lo que alcanzo a expresar con palabras.

—Primera vez en la Capital, ¿eh? —Hunter sonríe—. Te acostumbras rápido.

—Hay tanta gente... ¿Cómo voy a encontrar a mis padres?

—Podríamos empezar por...

—¿A qué huele? —le interrumpo de repente. Un olor dulzón y penetrante se adueña de mis fosas nasales en un instante. Es... agradable.

Hunter arruga la nariz ante mi comentario.

—Oh, casi lo había olvidado. Será algún puesto callejero de comida.

—Ojalá pudiera comer algo así... Supongo que ya es tarde para eso.

—No puedes echar de menos lo que no conoces —dice él encogiéndose de hombros—. Vamos, iremos a tu casa..., es decir, a la de tus padres. Y desde allí investigaremos.

Se coloca el casco opaco de Exterminador.

—¿Qué haces? ¡Eres general, no necesitas ese casco!

—Aquí sí —replica, ya con voz metálica—. No tardarán en reconocer mi rostro; me sorprendería que no lo hubieran hecho ya. No puedo arriesgarme.

Aun con la voz amortiguada, noto que hay algo más.

—Es por tu padre, ¿verdad?

Me arrepiento al instante de haber preguntado. Hunter aprieta el puño y alza la mirada, aunque no puedo ver su cara por culpa del maldito casco.

—Mi padre es un ser malvado, Astria. Fue él quien amplió el Crisol a mil candidatos. Poniendo como excusa que no hay comida. ¡Mira a tu alrededor! ¿Te parece que esta gente pasa hambre?

Al fijarme, veo hombres y mujeres rechonchos. Apenas había reparado en ellos; mi mente ya solo detecta amenazas. Pero es evidente que la gente aquí es muy distinta a la del Vertedero, donde estamos todos en los huesos.

—En fin —dice Hunter ajustándose el casco aún más—. Mi padre es un desgraciado y no quiero que me relacionen con él. ¿Alguna pregunta más?

Yo también me coloco el mío, aunque mi casco de comandante es translúcido y revela mis facciones. Nadie va a reconocerme, pero no me fío de andar por ahí sin protección. Niego con la cabeza y le indico que lidere la marcha.

Hunter me guía con habilidad entre las calles y callejuelas de la Capital. En la planta baja de los edificios se apiñan comercios: supermercados, restaurantes...

—¿Qué es un restaurante? —pregunto cuando Hunter me lo indica.

—Un lugar al que la gente va a comer.

—¿Una cantina?

—No exactamente. —Señala una pareja comiendo junto al cristal —. Se trata de ocio; pagan por que les preparen la comida. Por disfrutar de una experiencia.

—¿Por qué harían eso? —pregunto frunciendo el ceño—. ¿Por qué no cocinan su propia comida?

—Bueno, esto... —Hunter se frota el cuello, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Por pereza, supongo.

—Ya veo. Los capitaleños sois gente extraña.

Al parecer también pagan por que les corten el pelo o les limen las uñas. Incluso acuden a un lugar para que les arranquen el vello de las piernas con tiras de pegamento. Imagino que no queda mucho por hacer cuando tienes la vida resuelta y te tienes que inventar chorradas de ese estilo.

Llegamos a uno de los lugares más maravillosos que he visto en mi vida. Una especie de prado con la hierba recortada y mullida, como si el suelo fuera una moqueta verde. Arbustos podados rodean el perímetro y se disponen en diagonal hacia el centro, donde una enorme fuente circular lanza chorros de agua verticales.

—¿Qué es esto? —digo maravillada.

—Em... ¿un parque?

—Parque... ¿Y de quién es? ¿Por qué deja sus tierras sin protección para que cualquiera pueda entrar?

Robert se gira hacia mí. Seguro que, bajo el casco, me mira como si fuese un alienígena. Quizás lo sea, porque siento que he llegado a un mundo muy distinto al mío.

—Astria, este lugar es público. Cualquiera puede entrar. Y esto tan solo es un rincón; el parque del barrio norte ocupa tres veces la extensión de la Academia.

—Tres veces...

Apenas puedo imaginármelo. Camino por encima de las losas hasta llegar a la fuente y acaricio el agua fría con la mano. Los chorros me salpican y me hacen sentir viva. Casi tengo ganas de sonreír.

—Esto es una maravilla. ¿Cómo renunciaste a todo esto?

—Una coraza bella a veces puede ocultar un interior podrido. —Por su tono, diría que sonríe—. Aunque no siempre es así.

El rubor me enciende las mejillas y trato de evitar que se me note.

—¿Falta mucho para llegar a mi...? —¿A mi qué? A mi nada—. ¿A la casa de los Liverman?

—Estamos a un par de calles.

Tras dejar atrás el parque cruzamos una calle y los edificios descomunales dan paso a pequeñas casitas ajardinadas, idénticas las unas a las otras. ¿Cómo reconoce la gente cuál es su hogar? Al fondo hay una mansión de un tamaño portentoso; solo el edificio principal es tan grande como seis de esas casitas. El pulso se me acelera cuando me doy cuenta de que Hunter se dirige a la entrada.

—¿Es ahí?

—¿Qué esperabas de una de las familias más ricas de la Capital? Tus padres eran miembros del Alto Consejo, Astria.

—No lo sé. —Señalo las casas gemelas—. Imaginaba algo como eso, supongo.

Hunter toca una especie de pantalla; a los pocos segundos, un anciano calvo y con la frente arrugada aparece en el monitor, entornando los ojos. Él mira nervioso alrededor y se quita el casco, así que yo también me quito el mío.

—¿Quién es? —pregunta con voz quebrada.

—Soy el hijo del Legislador Hunter, quería conversar con vos acerca de los Liverman.

—Aquí no hay nada que conver... —De algún lugar saca unas gafas y entonces sus ojos se abren de forma exagerada—. ¿Quién es esa muchacha?

—Doña Astria Liverman —afirma Hunter con convicción.

¿Doña?

El hombre se queda en silencio, con esa expresión de sorpresa congelada en la cara. Durante un instante, creo que va a colgar, pero en su lugar se escucha un zumbido y las puertas se abren muy despacio con un quejido metálico.

Accedemos a la mansión por un camino polvoriento. La descomunal puerta se abre en un fino resquicio con otro chirrido molesto y el hombrecillo del monitor muestra las narices a través de la estrecha rendija abierta. Es mucho más bajo de lo que parecía en la pantalla, y bastante más anciano. Me mira de arriba abajo hasta que empiezo a sentirme incómoda.

—¿Tienes algún problema, viejo?

Hunter me recrimina mis modales con una mirada acusatoria, pero yo me limito a soltar un bufido. La puerta, sin embargo, se abre de par en par.

—Tenéis el rostro de Francis y la voz de Alvia. ¡Y también tenéis sus cejas! —La voz le tiembla, parece a punto de echarse a llorar—. Por todos los muertos vivientes, de verdad sois vos.

¿Las cejas? Me las palpo sin pensar, algo extrañada.

—Eso parece —respondo incómoda.

El hombre se abalanza sobre mí y yo doy un paso atrás. Tropieza y cae de bruces, así que nos agachamos para ayudarlo. Antes de que me dé cuenta, lo tengo aferrado a mi cuello, abrazándome y llorando.

—Lo siento mucho, señorita Astria. Yo debería... ¡Debería haberla buscado, sí! Sus señores padres no me lo permitieron. Lo siento, lo

siento muchísimo.

Trato de apartarlo, pero el pobre viejo no para de sollozar. Al final opto por darle unas palmaditas en la espalda.

—No pasa... ¿nada?

—Vamos, hombre, guarde un poco la compostura —le dice Hunter desde su portentosa altura.

El anciano se aparta y lo ayudo a ponerse en pie. Se alisa el traje y se retoca la pajarita. Entonces procede a hacerme una reverencia.

—Lady Astria, es un placer servirla. Soy Humphred Dowston Tercero, servicial jefe de una estirpe de mayordomos de la casa Liverman desde los días antiguos. Bienvenida a su hogar.

Sacudo la cabeza y miro con el ceño fruncido al anciano.

—¿Un nombre y un tono de voz y ya me abres la puerta de la casa? ¿Aquí dejas entrar a cualquiera o qué?

El anciano tose y se pone rojo como el acero en la forja. Se frota las manos con nerviosismo.

—Es un conjunto de detalles, señorita Astria. Por vuestra ropa, venís de la Academia. Supimos que seguíais con vida al ver vuestro nombre entre los seleccionados para el Crisol. Así que, con todo el pesar de mi corazón, ya os dábamos por muerta. Vuestro cabello, y ese mechón rubio... es una herencia familiar, querida.

Me toco de forma instintiva mi mechón de la suerte.

Joder. Al final sí que era de la suerte de verdad.

—¿Podemos pasar, Humphred?

—Cómo no, mi señora, estáis en vuestra casa.

Accedemos a un salón más grande que el comedor de la Academia. Esperaba encontrar una mansión desvencijada y llena de polvo, pero el interior está inmaculado, los suelos brillan. Decenas de cuadros decoran las paredes que suben por la escalera doble al

fondo de la enorme estancia, y mis botas hacen eco con cada pisada que doy.

—Vaya, esto sí que es un salón.

—Esto es el recibidor, querida —dice el mayordomo—. El salón está por aquí.

Hunter también parece impresionado con la casa.

—La casa de mi padre es impresionante, pero esto... Vaya.

Tomamos asiento en un alargado sofá de una sala más pequeña y acogedora. Humphred nos ofrece un té en unas tazas de porcelana blanca, que acepto más por decoro que por gusto. Quizás sea el vaso más caro que haya tocado en toda mi vida. El mayordomo se sienta en una silla modesta ante nosotros y me mira con fervor, como si fuese una especie de ídolo religioso.

—Si la señorita quiere alojarse en...

—Mis padres —atajo sin rodeos—. ¿Están vivos?

Humphred se quita las gafas y se pone a limpiarlas de una forma muy meticulosa, ensayada, como si lo hubiera hecho millones de veces. Da un largo suspiro y parece estar de nuevo al borde de las lágrimas.

—Eso es lo que espero desde el fondo de mi corazón, aunque... me temo que no lo sé. Cuando regresaron de la Décima tras el escándalo en el Alto Consejo, pasaron tres años recluidos aquí, mientras los Legisladores decidían qué hacer con ellos. Entonces los exiliaron al Yermo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Miro a Hunter con el ceño fruncido.

—Si llevan quince años en el Yermo, ¿cómo puedes acordarte de ellos?

Hunter enmudece, y es Humphred quien toma de nuevo la palabra.

—Porque vencieron al Yermo, señorita Astria. Sobrevivieron doce años más allá de los vallados. El tiempo exacto que duraba su condena. Volvieron para exigir su restitución en el Alto Consejo, como miembros vitalicios que son. Yo he cuidado la casa desde entonces —suspira y se mira las manos temblorosas—. Incluso después de su desaparición... sigo confiando en que regresarán.

Abro la boca sorprendida.

—Eso fue hace tres años —dice Hunter apretando el puño con fuerza—. Esa fue la última vez que los vi. No sabría decir qué sucedió a continuación. Mi padre jamás me habló de ello, por más que pregunté.

El mayordomo se pone en pie con el rostro enrojecido por la ira.

—¡Porque su señor padre se estaría muriendo de la vergüenza! —proclama Humphred, fuera de sí—. Él y sus malditos acólitos. ¡Traidores! Los Liverman cumplieron con su parte. Sufrieron el Yermo. Sin embargo, cuando regresaron... El Alto Consejo se acobardó, no fueron capaces de mandarlos ejecutar. Así que los barrieron debajo de la alfombra, como todo aquello que no les interesa.

Hunter se queda boquiabierto y entonces abre mucho los ojos.

—No... ¿El Hoyo?

Humphred asiente y el grandullón entierra la cara entre las manos. ¿Tan malo es?

—¿Qué es el Hoyo? —pregunto confundida.

Humphred, relajado al escuchar mi voz, vuelve a sentarse, y Hunter toma de nuevo la palabra, ajeno a los improperios del mayordomo.

—Es un lugar al borde de la Capital, en la tierra entre vallados —comenta con un gesto sombrío—. Similar a una prisión, aunque... los prisioneros son arrojados allí como una condena de muerte. Los

reclusos pueden intentar salir, pero el Hoyo tiene todas las salidas bloqueadas. Es un agujero del que no hay posibilidad de escapar, pese a que tiene una red de túneles subterráneos que comunican con el exterior...

—Entonces sí que se puede...

—... plagados de zombis —termina Hunter—. Una vez a la semana se arrojan provisiones y nuevos reclusos al Hoyo. La mayoría no dura más de unos pocos meses ahí dentro.

Miro al mayordomo.

—¿Cuánto hace que llevaron a mis padres a ese lugar?

El hombre se encoge en su silla.

—Dos años y medio.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Tan cerca... y a la vez tan lejos. Pero si sobrevivieron en el Yermo durante doce años... La esperanza arde en mi pecho con fuerza.

—Perfecto, Hunter, nos vamos. Llévame a ese Hoyo.

Nos dirigimos a la puerta, acompañados por una retahíla de súplicas de Humphred para que no lo haga, para que me quede con él. Freno en seco y el anciano choca contra mi espalda. Le lanzo una última pregunta antes de marcharme.

—¿La Academia supo de la situación de mis padres? ¿De que los enviaban al Hoyo?

El mayordomo se retuerce de nuevo las manos nervioso y asiente entre temblores.

—Así es, le he escrito más de quince misivas al director de la institución. Jamás he recibido respuesta.

Los labios me tiemblan.

Lord Z es un puto mentiroso.

—Ni las recibirás. —Le doy una palmada en el hombro a Hunter—. Bien, vamos a meternos en ese Hoyo.

—Señorita, ese lugar... es el infierno en la tierra.

Le dedico una sonrisa.

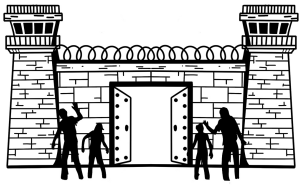
—Ah, pero, Humphred, yo ya he estado en el infierno. Y he regresado con el corazón muerto y una sed de venganza insaciable. Si mis padres están ahí, te garantizo que los volverás a ver.

—¿Y si no? —pregunta él con un hilo de voz.

Hunter alza la mano y una bola de fuego se materializa sobre ella. Miro al anciano y le guiño un ojo.

—Entonces este mundo arderá.

27



El Hoyo

El vallado de la Capital es gigantesco.

La ciudad tiene cinco aros concéntricos de murallas defensivas, en lugar del doble vallado habitual en las Reservas inferiores. Los tres anillos interiores funcionan a su vez como complejos residenciales, donde viven hacinadas las familias del personal de servicio y mantenimiento, según me ha contado Hunter. Me cuesta pensar que haya gente dispuesta a pasar sus días dentro de un muro, pero, recordando el Vertedero, quizás esta es una gran alternativa. Pensándolo bien, puede ser incluso mejor que servir en una academia militar.

El Hoyo está entre la última muralla, el triple de alta que la de la Octava, donde combatimos la brecha, y el vallado metálico exterior. Incluso la verja plateada es de mayor calidad que cualquier otra que haya visto: tres capas de entramado de acero con hilos tan gruesos como mi dedo recorren el perímetro y se pierden en el horizonte. Me

cuesta muchísimo pensar que los zombis puedan crear problemas en este lugar.

—Se nota donde hay dinero —murmuro ante la estampa.

Hunter y yo hemos cruzado la última muralla y atravesamos tierra de nadie. Nuestros uniformes militares han silenciado cualquier pregunta por parte de los guardias. Nos dirigimos hasta una pequeña loma cubierta de hierba verde y alta; una maleza más salvaje que la de los parques de la Capital. Camino distraída observando el paisaje y tratando de no pensar demasiado en mi acompañante.

Casi caigo al vacío de no ser por él.

Me sujeta fuerte con su mano gigante y evita que caiga al abismo. Ante nosotros se extiende un cuadrado perfecto de unos cincuenta metros por lado. El agujero desciende hacia la más profunda oscuridad. Sus paredes son de hormigón liso, sin escaleras, sin huecos a los que agarrarse.

—Bienvenida al Hoyo, la peor prisión del mundo —dice Hunter—. Este es el lugar en el que quieres colarte. Ahora solo tenemos que averiguar cómo hacerlo.

Me encojo de hombros.

—Pues saltando —digo mientras ajusto el casco—. ¿Cómo va a ser?

—Astria, no podemos simplemente...

Pero yo ya he saltado.

El aire silba a mi alrededor mientras me precipito al vacío. Trato de mantener las piernas abajo; no querría poner a prueba la integridad del casco. Intento frenar la caída haciendo presión con las manos en la pared. Mis palmas se desgarran y dejan unas marcas rojizas en el hormigón, aunque pronto la oscuridad lo consume todo. El dolor, sin embargo, persiste.

Caigo durante lo que parece una eternidad, hasta que el suelo me encuentra de repente.

Un sonoro crujido anuncia mi llegada. A pesar de que no veo nada, sé que mis piernas están reventadas. El dolor es intenso, pero más leve que cuando salté del parapeto de la Octava. Quizás esto no es tan profundo como pensaba, o puede que la fricción de mis manos destrozadas haya frenado la caída.

Me recoloco las piernas, que empiezan a soldar los huesos al instante. Las palmas de las manos me arden, pero en menos de un minuto noto como la carne abierta vuelve a cerrarse. Un chasquido cercano y un gruñido lastimoso me indican que Hunter ha tenido las pelotas de seguirme en el descenso.

Una vez que logro sostenerme en pie, me acerco a tientas al lugar en el que he escuchado el ruido de la segunda caída.

—¿Hunter?

Un gimoteo precede la respuesta del hombretón.

—Estás loca de remate, Liverman.

—Me lo dicen a menudo.

Distingo la silueta de Robert mientras renqueo hacia él. Mi visión se va adaptando a la oscuridad y, poco a poco, me familiarizo con la estructura del fondo del pozo. Varios túneles se extienden en todas las direcciones desde la plaza cuadrada, como decenas de ojos negros que observan el lugar. Al final de uno de los pasillos se ve un resplandor titilante de luz.

Una anciana desaliñada nos observa desde el centro de la plaza, sentada en una silla desvencijada y con una expresión de asombro impresa en su cara.

—Habéis... saltado. —Parece más divertida que sorprendida—. Al Hoyo. Pensaba que erais zombis hasta que has empezado a hablar. No os he disparado de milagro... Y estáis vivos.

—Quizás vivos no sería la palabra más adecuada, pero, para el caso, es lo mismo. —Hunter se sacude el polvo de las piernas recién curadas —. ¿Eres la alcaide?

Una risa gutural surge desde el fondo de su garganta, lo que hace que rápidamente descarte que esta mujer sea ningún tipo de funcionaria.

—¡Esto es el Hoyo! Aquí no hay ley. Solo los fuertes sobreviven en este lugar. No duraréis ni...

—Ya. Ya. Muerte y destrucción, cuéntame algo nuevo. —No me va a sorprender nada de lo que diga—. Estamos buscando una pareja. Llevan casi tres años aquí. ¿Conoces alguien que lleve ese tiempo encerrado y siga con vida?

Otra de esas risas guturales.

—¿Tres años? ¡Yo llevo aquí seis meses y soy toda una veterana! Nadie sobrevive más de un año, excepto...

Cruzo los tres pasos que me separan de la mujer en un suspiro y la agarro por la pechera de la mugrienta camisa, que noto viscosa bajo mis manos.

—¡¿Excepto quién?! Habla claro, mujer.

Hay algo en la mirada de la anciana que me indica que su cordura pende de un hilo.

—El Bajo Consejo es quien dirige este lugar —sisea como si entonara una cancioncilla—, si alguien sabe qué fue de vuestra pareja, son ellos. El Bajo Consejo dirige este lugar.

—Eso ya lo has dicho —dice Hunter casi tan frustrado como yo—. ¿No habías dicho que este lugar no tenía ley? Un Consejo parece algo... civilizado.

Esa risa gutural está empezando a cansarme. Sacudo a la mujer para que se calle.

—¿Por dónde?

Señala el pasillo en el que se distingue una tenue luz. La dejo caer de nuevo en la silla, que cruje bajo sus huesos. Me dirijo al umbral oscuro sin mediar palabra.

—Astria... —me llama Hunter—. Puede ser una trampa.

—Tiene toda la pinta. Pero ¿qué nos van a hacer? Ellos son los que deberían tener miedo. Buscamos nuestras respuestas y nos largamos. —Echo un último vistazo a la mujer, que nos dedica una sonrisa con muy pocos dientes y se pone a tararear en voz baja—. Y si las cosas se tuercen, bueno, es una suerte que me haya traído un lanzallamas con patas, ¿no?

Los pasillos son amplios, de paredes lisas del mismo hormigón que las del hueco principal. Quizás ahora sea una prisión, pero estoy segura de que no siempre lo fue.

—¿Qué demonios es este sitio? —pregunto mientras acaricio la pared con las palmas completamente curadas tras la caída—. Quiero decir... ¿qué era antes de ser una cárcel?

—Se supone que era un refugio —murmura Robert.

Lo miro con una ceja alzada. La luz del final del pasillo brilla con más fuerza a medida que avanzamos.

—¿Un refugio? ¿Aquí abajo? Buena idea si quieres acabar rodeado de zombis.

—Esto lo construyeron los Antiguos. Es anterior a la plaga de zombis —contesta él—. Y mira, ha resistido todo este tiempo.

—¿Entonces de qué se querían defender cavando tan hondo?

—De las bombas —dice Hunter con la mirada perdida—. Bombas lanzadas por otros humanos. Si hubieras visto el cráter del Matadero...

¿Humanos tratando de matar a otros humanos? Cuesta creerlo. Aunque, después de lo que me contó Lord Z sobre el abandono de la

Décima, no es tan descabellado. No obstante, no es eso lo que más me llama la atención de estas ruinas.

—Cuesta creerlo... un mundo sin zombis.

—Quizás algún día podamos vivir en un mundo así. —Lo dice como si tratara de convencerse a sí mismo—. Y para lograrlo debemos seguir luchando. Tenemos que vencer al enemigo.

Ahora la que se ríe soy yo. Parece que Hunter no termina de entenderlo. Lo que hemos hecho. Lo que somos.

—¿Vencer? Hunter, estamos luchando contra nosotros mismos. ¡Somos zombis! Lo único que nos separa de un Lánguido es nuestra capacidad de pensar; capacidad que creo que ellos también están desarrollando. ¿En qué nos convierte eso?

—No me refería a ese enemigo...

—Calla. ¿Escuchas eso?

Unos repiqueteos suenan al final del túnel. Caminamos con cuidado; la luz, antes tenue, ya es casi cegadora. Cuando alcanzamos el umbral, nos quedamos boquiabiertos.

Otro pozo desciende ante nosotros. Muy similar al agujero por el que hemos caído y, al mismo tiempo, completamente distinto. Las paredes son de hormigón liso, y una estructura metálica recorre el cuadrado en sentido descendente. Miles de bombillas iluminan las decenas de pisos a lo largo del hueco hasta una plaza que se ve diminuta al fondo.

Varios reclusos deambulan por los pasillos y escaleras, entrando y saliendo de las aberturas que salpican los cuatro muros, y se internan más en este laberinto de piedra.

—¡Eh! ¿Quiénes cojones sois vosotros?

Nos topamos de bruces con un muchacho armado con un fusil. Tiene el rostro duro y curtido, y una cicatriz le recorre el lado

izquierdo de la cara. A pesar de eso, no parece mucho mayor que yo.

—Estamos de paso, buscamos una pareja que...

—Eh, aquí nadie está de paso, grandullón. Dejad las armas en el suelo, ahora mismo.

Lo fulmino con la mirada.

—No.

El chico me mira y me apunta directamente a la cabeza. A pesar de llevar el casco, un ramalazo de pánico me azota. Trato de mantenerme impasible. Robert observa la escena en tensión.

—Astria...

—No le vamos a dar nuestras armas a este capullo. Eh, imbécil, ¿no ves la ropa? ¿Los cascos? Somos de la Academia, idiota.

Mi tono y mi chaqueta militar hacen que el muchacho dude; un segundo, no necesito más. Me abalanzo sobre él y le doy un codazo en la mandíbula. Empleando una técnica de Niebla que he repetido cientos de veces en el patio de la Academia, le arranco el fusil de las manos y en un parpadeo hemos intercambiado posiciones. Ahora yo lo tengo encañonado y él está arrodillado ante mí, escupiendo sangre por la herida de la boca.

—Me cago en...

El sonido de decenas de armas apuntándome ahogan los quejidos del muchacho. Más de veinte hombres y mujeres han salido como cucarachas de los agujeros, rifles en mano. ¿De dónde los han sacado? Levanto el fusil con cautela y lo muestro en señal de paz.

—Soy comandante de la Academia Z —digo con voz firme—. Estamos buscando información acerca de unos reclusos que mandaron aquí hace tres años. Francis y Alvia Liverman. Solo queremos confirmar que fallecieron en este lugar. Después nos marcharemos.

Unos pasos pesados resuenan contra el suelo metálico. Una figura aparece por un agujero un nivel por debajo nuestro, justo en la baranda de enfrente. Un hombre con un traje de combate raído y una barba rala y desigual. Un pañuelo gris le cubre media cabeza, tapándole el ojo izquierdo; el otro brilla en tonos verdes. Se apoya en la balaustrada, que chirría bajo su peso. A pesar de su aspecto envejecido, la parte visible de su rostro es joven; no debe tener ni cuarenta años.

—¿Quién lo pregunta? —dice con una voz aún más firme que la mía, escudriñándome de arriba abajo.

¿Les digo quién soy? ¿Y si tenían cuentas pendientes con mis padres? No me parece muy inteligente en este momento, con tantas armas apuntándome al cráneo. No confío tanto en la protección de mi cabeza.

—Venimos de la Academia Z y queremos...

Hunter trata de susurrarme algo, pero lo fulmino con la mirada.

—Ya habéis dejado bien claro de dónde venís. Te he hecho una pregunta: ¿quién eres, muchacha? Me suena tu cara.

Me encojo de hombros; si me quisieran matar, ya lo habrían hecho.

—Yo he preguntado primero.

El hombre sonríe y alcanzo a ver una terrible cicatriz que le recorre parte del labio. Joder, ¿qué pasa aquí con las cicatrices en la cara? Vuelvo a mirar al chico del fusil, que aún sigue en el suelo, sujetándose la mandíbula ensangrentada.

—Está bien, está bien. Esos Liverman que estás buscando... ¿qué quieres hacer con ellos?

—Sacarlos de aquí —replico al instante.

Un coro de sonoras carcajadas resuena en el bloque de hormigón. Miro irritada a mi alrededor. Hunter, con los brazos también en alto,

parece insistir en decirme algo, pero le hago un gesto para que se calle. Lo va a estropear todo.

—De aquí no sale nadie, muchacha —dice el hombre aún sonriente. A todas luces es el líder de esta gente—. El único modo de escapar es a través de los túneles, y están repletos de esos amigos carnívoros con predilección por devorarnos.

—Yo abriría paso —replico. Y a continuación caigo en una cosa—: No me has dicho que estén muertos. ¿Siguen con vida? ¿Después de tres años?

—Sí que siguen con vida —dice entonces una voz, que no es la del hombre, sino el eco metálico de Hunter.

—¿Qué? —¿Me ha hecho bajar hasta aquí y ya lo sabía? El corazón se me congela.

—Es él —me dice señalando al hombre—. Él es Francis Liverman. A pesar del pañuelo lo reconozco. Esa cara y esa voz son inconfundibles.

Me quedo inmóvil. Estoy mirando a la cara a mi padre. Y parece el hombre al mando de este zulo. ¿No se suponía que era un político? Me esperaba a un señor delgaducho, encogido entre la mierda; no a este guerrero sacado de una guerra brutal. Tiene aspecto de... me cago en la leche, pues de héroe. Francis observa a Robert achinando los ojos.

—Descúbrete, ahora.

Para mi sorpresa, Hunter obedece sin protestar. Y Francis suelta una sonora carcajada al reconocer su cara.

—Vaya, vaya... ¿Eres el muchacho de los Hunter?

—Así es —confirma con un tono solemne que me descoloca—. Me sorprende que me reconozcas.

—Tengo buen ojo para esas cosas —dice él con calma, como si no hubiera tres decenas de armas apuntándonos—. ¿Qué te dan de

comer ahí arriba, chico?

Más risas por parte de la gente armada. Joder, me estoy mareando. Me tiemblan hasta las puntas de los dedos. Si somos tan amiguetes, podrían bajar las putas armas.

—Eso solo nos deja una cuestión. —Todas las armas vuelven a apuntarme a mí, como si las hubiese invocado con mi pensamiento —. ¿Quién eres tú?

—Mi nombre... —Intento que no me tiemble la voz—. Mi nombre es Astria Liverman. He venido a sacaros a mamá y a ti de este agujero.

La cara de asombro de Francis tan solo es comparable a la de los hombres y mujeres que le acompañan. El pañuelo se desliza y deja a la vista su rostro, en el que me veo reflejada. Joder. Sí que es él de verdad.

—Tú...

—Yo.

—Yo... —Mira a su alrededor, como si acabara de llegar al lugar—. Maldita sea, claro que me suena tu cara. Si tienes hasta su voz. ¡Bajad las armas!

Su gente deja de apuntarnos con los fusiles y siento cómo mis hombros se liberan de una tensión de la que no era consciente. Suspiro aliviada y tiro el arma del chico a sus pies cuando bajo las manos.

—¿De verdad eres tú?

—Con toda esta mugre no se ve —digo tirándome del mechón—, pero tengo el mechón rubio, los ojos verdes... Ni idea, según Humphred son pruebas suficientes para probar mi linaje. Eso, y que vengo de esa pocilga de orfanato de la Décima en la que me dejasteis.

Francis se limita a asentir. Camina hasta nosotros rodeando el parapeto del cuadrado y subiendo las escaleras. Entonces se acerca tanto que creo que me va a golpear. En su lugar, me hunde contra su pecho en un abrazo.

No sé muy bien cómo reaccionar, aunque debo confesar que, incluso a pesar del olor a humedad y sudor, es algo reconfortante. Le doy unas pequeñas palmadas en la espalda al hombre, que pasa unos segundos más aferrado a mí, como si no existiera nada más en el mundo.

—Lo siento, es que... —Parece a punto de romperse en mil pedazos. Me observa y, de cerca, veo que sus ojos tienen exactamente el mismo tono de verde que los míos—. Alvia querrá verte. Acompañadme. ¡Y que alguien le mire esa herida a Gustav!

Sin añadir nada más, da media vuelta y avanza por el pasillo del que ha salido. Hunter y yo lo seguimos bajo la atenta mirada de los guardias, hombres y mujeres armados hasta los dientes. ¿En qué clase de prisión los reclusos tienen metralletas? Conforme nos internamos en las profundidades del Hoyo, descubrimos un mundo muy distinto al que nos habíamos imaginado. Parece una especie de pueblo subterráneo, más una comunidad que un lugar donde se maten unos a otros.

—Es distinto a todo lo que imaginaba de este lugar —murmura Hunter asombrado cuando llegamos a un amplio comedor iluminado con grandes luces fluorescentes.

—Y así debe seguir. Al Alto Consejo le interesa propagar todo tipo de rumores sobre este lugar, y a nosotros que sigan haciéndolo. Mientras crean que el Hoyo no es una amenaza, no intervendrán. Nos habéis dado un buen susto.

—¿Por qué nos enseñas esto? —pregunto nerviosa mientras me quito el casco y me lo ato al pantalón—. Podríamos estar aliados con

los Legisladores.

—No creo que el muchacho Hunter esté de buenas con su señor padre si ha terminado en la Academia —dice Francis profiriendo una carcajada—. ¿Cómo era tu nombre, chico?

—Robert —responde él con un hilo de voz.

—¿Y qué tal las cosas en casa?

Noto como la espalda del grandullón se tensa, y no creo que Francis lo haya preguntado por casualidad. Su reacción corrobora la suposición.

—Prefiero no hablar de ello.

Francis me dedica una mirada reveladora, y yo me encojo de hombros. Bueno, ahí tiene un punto, no se lo voy a negar.

—Aun así...

Francis sonríe ante mi insistencia. Debo de parecer imbécil criticando que se fíen de mí. Pero él asiente.

—Aun así, Lydia ya nos ha comentado a través de su intercomunicador cómo habéis... aterrizado aquí. Solos, sin equipo, saltando al vacío como unos desquiciados. El Alto Consejo no actúa así. Si hubieran querido atraparnos habrían anunciado su llegada a bombo y platillo, y jamás apoyándose en la Academia. —Se da unos golpecitos en el pecho—. Si algo se le da bien a un político es hacer una rápida evaluación de todos los posibles escenarios.

Frunzo el ceño y sonrío.

—Está bien, si tanto os fiais de mí, podrás explicarme cómo unos reclusos en una prisión disponen de armas de fuego.

Francis ríe con fuerza y me sigue mirando de reojo, como si aún no se creyera que estoy aquí.

—Nuestros amigos del Alto Consejo nos proporcionan las armas de vez en cuando entre los escasos suministros que nos envían. Es su forma velada de controlar la población aquí abajo. Creen que nos

peleamos como perros por las provisiones y nos matamos los unos a los otros —le guiña un ojo a Hunter—. Y aquí estamos, riéndonos en las narices del todopoderoso Eckbert Hunter. ¡Y con su hijo!

Hunter observa alrededor y se encoge de hombros.

—¿Consideráis esto una victoria? —Se nota la ira contenida en su tono—. Estáis atrapados mientras mi padre y el resto de los Legisladores siguen malgastando nuestros recursos y viviendo una vida a todo tren, a sabiendas de que no quedará nada para los que vengan después. Vosotros luchabais por algo más grande.

Francis se queda en silencio y su rostro se ensombrece. Caminamos un rato sin decir nada. Hunter parece satisfecho tras haber hecho reflexionar a su ídolo que, en este caso, es mi propio padre.

Observo a los hombres y mujeres que nos cruzamos en el camino. No parecen malhechores, no es muy distinto a caminar por cualquier barrio del Vertedero. Es una sensación extraña. Casi familiar.

—¿Quién es esta gente? —pregunto distraída mirando alrededor, tratando de disipar la tensión acumulada—. Pensaba que esto estaba lleno de criminales.

—Solo si consideras un criminal a aquel que piensa diferente —dice una voz suave a nuestra izquierda—. ¿A quién traes de visita guiada, Francis?

El hombre mira a la mujer y luego a mí. No sabe qué decir; abre y cierra la boca varias veces. Hunter da un paso atrás y me hace un gesto afirmativo. Es ella.

Es mi madre.

Es alta y esbelta, tiene el pelo oscuro y rizado, con un mechón rubio de la suerte idéntico al mío, recogido en una cola. Parece absurdo, pero, de algún modo, Humphred tenía razón: tenemos las mismas cejas. Me mira con curiosidad; es muy guapa. Su rostro

conserva el buen aspecto, a diferencia de las cicatrices que cruzan el de mi padre. Inspiro con firmeza. Jamás habría creído que viviría este momento. Esto es un regalo del destino.

—Soy Astria... —titubeo; no sé muy bien qué decir—. Mamá, soy yo. He venido a sacaros de aquí.

Ahora es Alvia quien nos mira a Francis y a mí. La expresión de curiosidad da paso al reconocimiento y después a la sorpresa. Se lleva una mano a la boca y los ojos se le inundan de lágrimas. Francis asiente conmovido. Un parpadeo más tarde, ella se arroja a mi cuello, abrazándome. Huele a una humedad distinta, más cálida, más... maternal. Imagino que es así, nunca he olido a una madre. Hasta ahora.

Al igual que con mi padre, palmeo su espalda, pero ella solloza en mi cuello, que empiezo a notar húmedo por sus lágrimas. No para de susurrar entre el llanto.

—Lo sabía..., sabía que vendrías... Yo lo sabía.

***

Estamos sentados en una sala muy mal iluminada, en unas sillas de metal que chirrían al arrastrarlas por el suelo. Hunter está a mi lado y, frente a nosotros, mis padres, Francis y Alvia Liverman. Vivitos y coleando. Algunos de los ciudadanos más respetados del Hoyo completan el grupo de nuestra pequeña reunión. Francis está relatando toda la historia. Lo escucho con atención.

—Tras la disolución de nuestra milicia en la Décima, decidimos dejarte en el orfanato para asegurar tu protección. No podíamos permitir que nadie te hiciese daño para llegar a nosotros, y ese mentiroso cabrón de Z nos obligó, en cierto modo —en su voz suena una rabia auténtica y visceral; se nota que odia al director—. Nos

amenazó con revelarle tu existencia al Alto Consejo. Una última baza oculta. Jamás tuvo intención de protegerte, y no debimos fiarnos de su palabra. Cuando regresamos a la Capital pasamos tres años de arresto domiciliario, sin posibilidad de ir a buscarte. Cada día encerrados en casa era una tortura sabiendo que tú estabas allí, en el orfanato. Sin saber si sobrevivirías. Entonces nos condenaron a doce años de exilio.

—¿Por qué lo hicieron? —pregunto confusa.

Francis sacude la cabeza.

—Porque querían que los zombis se encargaran de sus problemas. Un buen plan, salvo por un pequeño detalle: no nos dejamos devorar. Llevábamos años combatiendo a los engendros en las brechas de la Décima, y no suelen acercarse a los alrededores de la Capital. Mucha defensa, demasiado trabajo para ellos, teniendo tan cerca la Segunda o la Quinta. Viajamos hasta la Octava, donde el doctor Starlight nos... ayudó. Desde entonces, luchamos por sobrevivir. Nuestra intención siempre fue regresar a la Capital, recuperar nuestro puesto en el Alto Consejo y restaurar los derechos de las Reservas oprimidas.

—Siempre hemos sido unos idealistas, Francis —dice Alvia, acariciando su mano—. Hace casi tres años que regresamos. En cuanto el Consejo nos vio aparecer, tomaron la decisión de encerrarnos en este agujero, donde nos hemos dejado la piel por convertirlo en un lugar mejor desde entonces.

Las preguntas se amontonan en mi cabeza sin control.

—¿Por qué regresasteis? ¿Por qué no venir a buscarme al Vertedero? Si fuisteis hasta la Octava, podríais haber llegado a la Décima. ¡Ya os daban por muertos!

—Así es —afirma mi padre—. Por eso lo hicimos.

Noto cómo la sangre se me hiela en las venas.

—Alcanzamos la Décima y nos colamos para asegurarnos de que estabas bien —dice mi madre con la voz quebrada—. Tú eras muy pequeña, apenas tenías cinco años, y no podíamos quedarnos allí. Pensamos en llevarte a la Capital con Humphred, pero sabíamos que el Alto Consejo intentaría matarte. Así que, con todo el dolor de nuestro corazón, te dejamos allí. En el único lugar en el que podrías estar a salvo. Espero que algún día puedas perdonarnos.

Lo más triste de todo es que lo comprendo. ¿Qué iban a hacer con una niña en el Yermo? Haber estado ahí fuera me da la perspectiva necesaria.

Aun así, duele.

—¿Vagasteis por el Yermo durante doce años? ¿Y decís que os ayudó el padre de Lisa?

Mis padres se miran incómodos.

—Astria, el doctor Starlight era un buen hombre. Años más tarde, el Consejo se enteró de que nos había ayudado y... —La voz de mi padre se quiebra—. Lo ejecutaron por sus ideales.

Cierro los ojos y asiento, recordando la historia de Frida. Encerraron al doctor Starlight, Victa intentó rescatarlo y ambos acabaron ejecutados. Y todo por ayudar a mis padres, por creer en un futuro mejor. Si existe el destino, tengo claro que el mío es estar aquí y ahora. Aunque no pudimos salvarlos, daré hasta mi último aliento para vengarlos.

—Si las personas buenas no luchan por las causas justas —dice Alvia—, ¿quién lo hará?

—Nadie —murmuran al unísono varias personas, como una especie de oración.

Mi padre me mira a los ojos.

—Luchamos para que el futuro, tu futuro, sea mejor para todos.

—No parece que hayáis tenido mucho éxito —digo mirando alrededor.

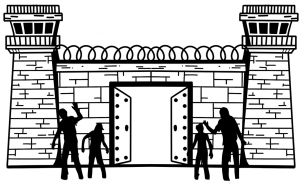
Él asiente y se rasca la cicatriz de la mejilla.

—Jamás nadie se había coordinado en este agujero. Este era un lugar al que venían a morir. Ahora les damos una razón para sobrevivir, para resistir. Estamos planeando una ruta de escape. Llevamos dos años asegurando un paso franco por los túneles inferiores, libres de zombis.

Me pongo en pie.

—Pues estáis de enhorabuena, porque esos planes se adelantan oficialmente. Nos vamos de aquí. —Miro a todos los presentes—. Esta noche.

28



EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Mi intención de marcharnos esta misma noche se ha visto frustrada por un pequeño inconveniente. Aunque quizás *pequeño* no es la palabra adecuada.

Demasiados zombis. Toneladas de esos cabrones taponan los pasillos.

Hay tres posibles salidas del Hoyo que conducen directamente al Yermo. Hasta ahora, la idea de mis padres era asegurar la vía más rápida: un pasillo de unos mil quinientos metros plagado de infectados. Hunter y yo hemos propuesto otras alternativas más... creativas.

—¿Hacia la ciudad? —Francis se nos queda mirando como si hubiéramos perdido el juicio.

—Exacto —dice Hunter señalando el plano extendido sobre la mesa—. En lugar de abrirnos paso hacia las afueras, avanzaremos en dirección a la estación de trenes. Desde allí podríamos dirigirnos

a la Academia. Tenemos el apoyo de parte del profesorado y otros alumnos. Con vosotros, seríamos imparables.

Francis y Alvia intercambian una mirada. El amor que sienten el uno por el otro, incluso después de tantos años, me conmueve. Algo vibra en mi interior cuando noto su conexión. Asienten al mismo tiempo y señalan un viejo plano.

—El problema sigue siendo el mismo —dice Francis, marcando un punto en el que yo solo veo rayas y palabras—. Aquí hay una puerta que conduce a la ciudad. Está sellada.

—Nosotros podemos abrirla —replica Hunter chocando su mano con el puño.

—No lo dudo, pero ese no es el problema —añade Alvia siguiendo una línea con el dedo índice—. Este túnel, el que comunica con la puerta sellada, está repleto de zombis. Es la ruta larga para escapar del Hoyo, la que habíamos descartado por completo.

Observo con detenimiento el mapa. Creo que empiezo a comprender algo de estos patrones intrincados.

—¿Y si hacemos que los zombis retrocedan y sellamos la siguiente puerta? Con un solo ataque podríamos despejar todo este pasillo. —Lo señalo en el mapa—. ¿Lo estoy entendiendo bien?

Francis frunce el ceño mirando los planos y asiente.

—Técnicamente sí, podríamos activar esta vieja compuerta, aunque después de todos estos años no sé si...

—Lo haremos —afirma Hunter.

Alvia niega con la cabeza mirando más allá de nosotros, hacia la prisión.

—No se trata de hacerlo o no hacerlo. Se trata de qué decidimos como grupo. Si podéis despejar la ruta corta, podremos salir al Yermo para...

—¿Para qué, mamá? —respondo airada—. ¿Para que vaguéis por ahí diez años más? No. Volveremos a la estación. Si queréis traer a vuestros amigos, perfecto. Si no, me da igual. He venido a por vosotros y me iré con vosotros. Esperaba encontraros muertos, pero estáis vivos. Así que ahora os venís conmigo.

Se miran un momento y entonces empiezan a reírse.

—Desde luego, eres hija nuestra, eso no se puede negar —dice mi padre secándose las lágrimas de los ojos—. Ese carácter es cien por cien Liverman.

—Sí que lo es —murmura Hunter para mi sorpresa.

—Te seguiremos, Astria. No porque nos obligues —aclara mi madre—, sino porque tu planteamiento es el más acertado. Parece que en esa Academia os enseñan bien, a pesar de su líder...

Me quedo asombrada. Tiene razón. He empleado las tácticas de escape de zona de guerra que nos enseñó Victor. Siempre buscar la salida más improbable, donde el enemigo no te espere. Siempre tratar de ganar ventaja. Siempre escoger la opción más favorable para la supervivencia. Algo que mis padres ya habían tenido en cuenta, pero ahora contamos con mis poderes y los de Hunter.

—Bien, ¿los demás nos seguirán?

—Las opciones son seguirnos o morir, ¿no, jefa? —dice Francis guiñando un ojo—. Nos aseguraremos de que les quede claro. Cuenta con que la gran mayoría nos acompañará.

Observo esa telaraña de infinitas ramificaciones dibujada sobre el papel.

—Perfecto. ¿Cuál es el plan? ¿Cuánto terreno tenemos que despejar?

—Te explico. —Alvia, se inclina hacia mí—. Si la cosa fuera tan fácil como ir reventando cabezas zombis para abrir paso hasta la salida, ya lo habríamos hecho. Estos condenados túneles tienen tres

problemas. El primero es el espacio; en los pasillos apenas caben tres personas hombro con hombro, lo que limita mucho el rango para atacar. Además, su estructura produce un eco tremendo, lo que garantiza que, tras el primer disparo, todos los zombis cercanos acudirán en tromba a vuestro encuentro.

»En segundo lugar, las ramificaciones. De todas partes parten pequeños túneles adjuntos. Aunque se pueden bloquear las puertas, son tantos que jamás lo hemos conseguido. Todo lo que hemos logrado es sellar las cinco primeras bifurcaciones. Sin embargo, a juzgar por el plano, tendréis que cerrar más de veinte compuertas que dan al pasillo principal. Eso sin contar que os perdáis u os desviéis, porque ahí está el tercer problema.

—¿Que es...? —pregunta Hunter.

—La oscuridad. Absoluta y total oscuridad. Tan solo se oyen los gemidos de los zombis y vuestra propia respiración. Es muy fácil perderse..., y más fácil aún acabar devorado por uno de esos engendros.

Hunter se cruza de brazos satisfecho.

—Eso no será un problema. —Chasquea los dedos, en los que se prende una pequeña llama—. Tendremos buena iluminación.

—Un Intacto elemental... Supongo que te habrán nombrado general —dice Francis asombrado. Entonces me mira—. Antes dijiste que eras comandante, ¿qué poderes tienes?

Me retuerzo las manos; por primera vez desde que he conocido a mis padres, me siento insegura. Pero en sus ojos percibo comprensión... ¿Lo entenderán?

—Yo... soy la heredera.

Se miran confundidos y al instante recomponen el semblante.

—¿La Chispa Mortal? —pregunta mi madre, cruzando una mirada con mi padre.

Asiento despacio, y veo que sus ojos se abren como platos.

—Pero... ¿cómo es posible? —Mi padre se rasca la barbilla—. Zack destruyó a todos los Despertados hace cientos de años. Se aseguró de ser la única persona en este mundo con ese poder.

—Parece que están regresando —dice entonces Hunter—. Y han decidido otorgarle la Chispa a Astria.

No parecen asustados, ni siquiera incómodos. Tras la sorpresa inicial, asienten y vuelven la vista a los planos.

—Esto lo cambia todo. Disponer del poder de la Chispa nos da una oportunidad única en la historia. —A mi padre le brillan los ojos—. Podríamos derrotar a Z, podríamos...

—Solo la he utilizado una vez —digo casi en un susurro—, cuando tuve que cerrar una brecha en la Octava. No sé cómo controlarlo. ¿Cómo me voy a enfrentar al director? La última vez temí quedarme atrapada en un mundo congelado.

Francis me mira con seriedad y alarga la mano para coger la mía. No la retiro.

—Esto es nuevo para ti, Astria. Lo comprendemos. La decisión es tuya. Si decides luchar, lucharemos a tu lado, siempre.

Mi madre asiente y sonríe.

—Si no quieres usar tu poder hasta que estés preparada, lo respetaremos. Pero, si lo utilizas, podrías abrir fácilmente dos vías de escape. Una para aquellos que deseen huir al Yermo y otra para los que vamos a luchar. Al igual que tú, esta gente también merece elegir. Algunos preferirán quedarse aquí. Sea lo que sea lo que decidas, contarás con nuestro apoyo.

Sus palabras me dejan sin respuesta. No era en absoluto lo que esperaba. Tom, Z, los profesores... Todos tratan de utilizarme en su beneficio. Me siento extraña en este lugar, donde mis padres y Hunter quieren apoyarme porque... me aprecian. Trato de tragar,

aunque mi garganta está seca y acabo carraspeando con una tos irregular.

—No os preocupéis por eso. —No hay un atisbo de duda en mi voz —. Cuando salté a este pozo lo hice con la convicción de que, si estabais vivos, haría todo lo posible por sacaros de aquí. Y eso es precisamente lo que voy a hacer.

—Será peligroso —advierte mi madre—. Y, sin compuesto Z, podríais perder el control y empezar a devorar prisioneros.

—Tenemos Z —dice Hunter.

Mis padres cruzan una mirada y parecen a punto de decir algo, pero entonces intervengo.

—Mamá..., mi vida ha estado rodeada de peligro desde que me dejasteis en aquel orfanato. —Sus semblantes se nublan—. ¡No!, no os culpo por ello. Ahora sé que hicisteis lo mejor para mí. Solo quiero que sepáis que para mí esto es tan solo un día más.

Miro a Hunter.

—Pero tú no tienes por qué hacerlo. No tienes por qué hacer nada, joder. Ni siquiera sé qué haces aquí conmigo.

Él me mira con esos ojos azules que atraviesan y traga saliva. Sus mejillas se vuelven rojas mientras habla.

—Estoy aquí porque ellos me inspiraron. —Su voz es firme, pero hay algo en su mirada, en la forma en que me observa, que la hace sonar más profunda—. Decidí seguirte porque vi su espíritu en ti. La resolución, las ganas de actuar ante la injusticia. Estoy aquí por voluntad propia, porque no quiero estar en ningún otro lado. Lucharé contigo hasta el final, Astria.

Pasan unos segundos hasta que me doy cuenta de que lo estoy mirando embobada. Creo que hoy es el día que más tiempo he pasado con la boca abierta en los últimos meses. Y eso que he visto de todo. Suelto la mano de mi padre para agarrar la de Hunter. El

contacto es eléctrico, todo mi vello se eriza y él hace una mueca extraña; ¿está incómodo?

—Gracias, Robert. —Su nombre suena en mi boca como una melodía.

Él me mira con la boca entreabierta, aturdido.

—Lo que necesites, Astria. —Mi nombre suena en su boca como una súplica.

—Al final va a resultar que no eres tan imbécil.

—Al final va a resultar que no eres tan estúpida.

Sonrío.

Mis padres carraspean y me aparto de él. El rubor me sube a las mejillas. Ni me acordaba de que estaban aquí delante.

—Tardaremos unos días en...

—¿Días? —Me pongo en pie—. No, esto acaba hoy. Robert y yo despejaremos el túnel que lleva al tren. Cuando esté listo, liquidaremos a esos cabrones hasta la salida del Yermo. Vuestra gente debe decidir rápido; no vamos a quedarnos aquí días. Venga, Hunter, tenemos trabajo.

Hunter me toma del brazo y vuelvo a sentir la electricidad. En sus ojos hay fuego, pero es una mirada que transmite calma.

—Tranquila, Astria. Esta mañana estábamos en la Academia. Hemos recorrido media Capital y nos hemos lanzado a una prisión por un agujero oscuro. Todo en un día. No nos vendría nada mal descansar.

Su mirada, unida a la de mis padres, hace que finalmente me rinda.

—Está bien, pero mañana empezaremos a primera hora.

—A la orden, jefa —dice mi padre sonriendo.

***

Estoy sentada en el catre de la *lujosa* habitación que me han asignado, mal iluminada por una pequeña bombilla. Preferiría estar trabajando; apenas consigo conciliar el sueño.

Unos golpes suaves suenan en la puerta.

—Adelante —digo con el ceño fruncido; no estoy acostumbrada a tener un cuarto propio, y mucho menos a que alguien llame antes de entrar.

Mis padres entran a la habitación. Alvia lleva un farol en la mano que disipa las sombras que se arremolinaban a mi alrededor.

—¿Te hemos despertado? —pregunta ella preocupada.

—Los Intactos dormimos poco —respondo tajante. Sin embargo, al ver su cara, añado—: Estaba pensando en el plan de mañana. Me cuesta dormir con tantas cosas que procesar.

Se intercambian una mirada cargada de un significado que se me escapa. ¿Más secretos? No sé si estoy preparada.

—Astria —dice mi padre, con más formalismo de lo normal—, no hemos sido del todo sinceros contigo. No es que hayamos mentido, pero no te hemos contado toda la verdad.

Me incorporo en el catre y los miro a los ojos. No parecen preocupados ni incómodos por lo que van a decirme, más bien... avergonzados.

—Está bien, soltadlo de una vez.

Mi madre deja el farol en el suelo y se sienta en el catre a mi lado. Me pone una mano en el regazo. No la aparto.

—Quizás hayas reparado en... nuestro aspecto.

Voy alternando la mirada entre el rostro de mi padre y el de mi madre, sin comprender sus palabras. ¿Qué se supone que tengo que ver?

—¿Es por las cicatrices? —pregunto finalmente mirando a mi padre—. ¿Tienen alguna historia cruel detrás?

Él niega con la cabeza.

—Me la hicieron unos Dañados.

—Imposible —le digo al instante—. Eso os convertiría en...

Su mirada es reveladora, y es entonces cuando abro muchísimo los ojos.

—No es posible... El fármaco final solo funciona en jóvenes de...

—¿Quién dice eso?

—¡La Academia!

—¿Y sigues confiando en su palabra?

Me quedo en silencio, sopesando la pregunta de mi madre.

«Nunca des nada por sentado».

—Somos los únicos Intactos del mundo mayores de diecinueve años —dice ella—. El doctor Starlight nos convirtió. Fue él quien nos ayudó a mantenernos vivos durante todos esos años en el Yermo..., algo que jamás habríamos conseguido como humanos.

—¿Entonces cualquiera puede convertirse en Intacto?

—No si no lo hacen con altos niveles de adrenalina en el cuerpo. Por eso en la Academia os llevan al Matadero. No obstante, en esencia, sí. Cualquiera podría ser un Intacto si se dan las condiciones idóneas. —Su boca se tuerce en un gesto de seriedad—. Sin embargo, solo el doctor Starlight conocía a fondo el proceso. Sin él... llevará décadas de investigación volver a replicarlo.

Observo a mi padre boquiabierta. Esto lo cambia todo. Esto sí es algo que podría transformar el mundo.

—¿Y por qué no lo compartís? ¿Por qué no se lo explicáis al mundo? ¡Podrían empezar a investigar mañana!

Mi padre me mira con una ceja alzada, incrédulo.

—¿Compartirlo? ¿Cómo crees que se lo tomaría el Alto Consejo, eh, Astria? Un puñado de viejos convencidos de que pueden ser inmortales. La Décima se convertiría en un matadero, un lugar donde seleccionar los mejores bocados... Y su avaricia no terminaría ahí. Después vendrían la Novena, la Octava... Al final no quedaría nada excepto ellos, que acabarían devorándose entre sí o vagando por el Yermo. Lo que está claro es que la humanidad, tal y como la concebimos, desaparecería.

—Si generamos compuesto Z suficiente para que la población...

Mi madre niega con la cabeza.

—Quizás no hayas probado aún la carne humana y solo hayas tomado compuesto Z. Una vez que la pruebas es... irresistible. —Tuerce el gesto en una expresión avergonzada—. La buena noticia es que podemos subsistir sin esas pastillas, cielo. Nosotros llevamos años sin tomarlas, aunque por eso no somos capaces de usar nuestros poderes para escapar del Hoyo. Pero tu padre y yo tomamos esa decisión y nos apoyamos para no devorar a nadie. Los miembros de la élite no son como nosotros.

—Pero la gente... ¡No tendría por qué morir nadie más!

—No lo estás entendiendo, Astria —me dice Francis, poniéndome una mano en el hombro—. Si esto llega a oídos del Alto Consejo, no habrá ninguna opción para los ciudadanos. Se dedicarían a comer humanos como *hobby*. Son unos monstruos. Estoy segura de que tu amigo Robert podrá confirmarlo.

Esas palabras hacen que se me revuelva el estómago.

—Habéis dicho que no podéis usar vuestros poderes para escapar. ¿Por qué? —pregunto aún aturdida por la revelación.

—El poder requiere energía. La energía requiere combustible. —Los ojos de mi padre se oscurecen—. Y, como te hemos dicho, por principios, no nos comemos a nadie... con vida.

La garganta se me ha secado. Las palabras no acuden a mí hasta que comprendo su mirada tras el comentario de Hunter.

—Pero ahora hemos traído Z.

Ellos asienten solemnes.

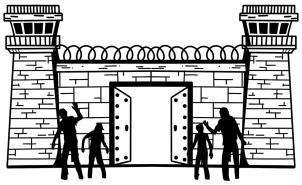
—Así es, Astria. Ahora podremos escapar juntos. Y obtener la venganza por todo el dolor que ha soportado esta familia.

«Familia».

Una familia.

La mía.

29



AMENAZAS ATEMPORALES

En el fondo del Hoyo es imposible distinguir el día de la noche. Sin embargo, antes de que el rudimentario reloj de la sala en la que nos reunimos ayer marque las cinco de la mañana, yo ya estoy lista y me dirijo a la compuerta que conecta con el pasillo que vamos a liberar.

Robert da pasos amplios y potentes para alcanzarme, que resuenan contra las escaleras metálicas mientras descendemos. Ralentiza el ritmo para colocarse a mi lado.

—¿Vamos a hacerlo? ¿Ahora?

—¿Vas conmigo hasta el final o no?

Él titubea, como si le hubiera propuesto una locura, pero al final carraspea y asiente.

—Sí.

—Pues venga. Tenemos mucho que hacer.

Llegamos al nivel inferior del Hoyo y encontramos un guardia en la puerta. La herida aún roja en el labio lo delata: es el muchacho que ayer nos dio la cálida bienvenida.

—No podéis..., mierda, sois vosotros.

Aunque no tengo tiempo para esto, pienso en mis padres y trato de ser educada.

—Gustav, ¿verdad? Soy Astria, la hija de los Liverman. Sé que empezamos con mal pie y quería decirte que..., bueno, en fin, siento lo de tu cara.

Él se limita a encogerse de hombros.

—Yo solo hacía mi trabajo y tú ibas a lo tuyo. Cada cuál allá con sus cosas. Por mi parte, estamos bien.

Me tiende la mano y se la estrecho.

—Me alegro. Ahora necesitamos pasar; vamos a liberar ese pasillo de putos zombis.

Se nos queda mirando y frunce el ceño.

—¿Estáis mal? Esto está infestado, os matarán antes de que deis tres pasos. Hombres mejores ya lo han intentado y han acabado convertidos en esas cosas.

Robert alza los brazos, que arden al instante. Me concentro y unos rayos púrpuras empiezan a relampaguear a mi alrededor. Gustav da un respingo y se queda pegado a la pared con una expresión de terror en la cara.

—Vale, vale. Joder, vale. Tocad así para volver.

Choca el arma contra la puerta metálica. Pom-po-po-pom pom pom.

—Si no volvemos en media hora...

—No voy a entrar ahí, joder. No pienso entrar a buscaros.

Me río y le doy unas palmadas en la espalda.

—Tranquilo, campeón, te iba a decir que esperes otra media hora. —Me interno en la oscuridad del pasillo—. Venga, Hunter, ¡a por ellos!

—¿Adónde vais tan rápido?

Mierda.

Mis padres están justo detrás; ni siquiera los he oído llegar. Francis lleva su traje táctico desvencijado y una gabardina raída encima. Alvia viste uno de cuero que ha visto mejores días, con agujeros en las rodillas, pero ambos sonríen, dispuestos para la aventura.

Ayer me lo contaron todo. Mi padre puede manipular la gravedad. La explicación científica ni siquiera la entendí; a grandes rasgos, puede dejar a sus enemigos pegados al suelo como si el culo les pesara una tonelada. Mi madre tiene habilidades elementales, como Hunter; en su caso, ella controla el viento y las corrientes de aire, por lo que no nos será de mucha ayuda en un túnel cerrado. Mi idea era liquidar a los zombis antes de que se dieran cuenta, para que no tuvieran que correr riesgos.

—Dejad que nosotros nos encarguemos —les pido con calma—. Tenemos Z limitado y mis poderes combinados con los de Hunter deberían ser suficientes.

Por un momento, parece que van a protestar, que se van a negar. Al final, asienten y se apartan.

—Nos quedaremos a este lado de la puerta —claudica mi padre—. Pero, en cuanto notemos que algo va mínimamente mal, tomaremos parte en la acción.

Asiento y noto una calidez en el corazón, algo extraño y muy difícil de encontrar.

Ese sentimiento de gratitud cuando la gente que admiras confía en ti.

***

El túnel está sumido en la más absoluta negrura hasta que Hunter enciende las manos. Como si llevara un par de antorchas,

avanzamos por la soledad del pasillo. Nuestros pasos resuenan hacia el fondo y unas sombras irregulares juguetean y danzan alrededor. Por razones evidentes, yo llevo el mapa, y nos guío en dirección a la puerta que conduce a la ciudad.

Cuando hemos recorrido doscientos metros, giramos a la derecha y allí encontramos dos puertas cerradas. Analizo el mapa a conciencia durante un par de minutos.

—Es la puerta de la izquierda —dice Hunter mirando el mapa por encima de mi hombro.

—¿Tendremos sorpresas al otro lado?

—Según lo que dijeron tus padres, no. Debería haber otra puerta sellada cien metros más adelante. A partir de ahí empezará la fiesta.

—Ahora lo veremos.

Con algo de dificultad, Robert mueve la llave circular de la compuerta, que se abre lentamente con un chirrido. Sin el fuego de sus brazos, estamos a punto de quedarnos en la más absoluta oscuridad, si no fuera porque, de algún modo, hace que su espalda brille como ascuas, lo justo para que podamos ver algo. Los músculos se le tensan mientras empuja la puerta y me coloco a su lado para ayudarlo. Entre los dos la desbloqueamos.

El pasillo está tan oscuro como el que dejamos atrás, pero no hay rastro de zombis. Robert lanza una bola de fuego que atraviesa el túnel desierto. Avanzamos con cautela; él iluminando, yo consultando el mapa. A cien metros encontramos la última compuerta, que tratamos de abrir siguiendo el mismo procedimiento.

Al otro lado, a través de la gruesa placa de metal, podemos escuchar los murmullos y los gruñidos de los zombis.

—A la de tres —dice Robert agarrando la llave de la compuerta.

Asiento y me concentro. Trato de recordar esa emoción que sentí en la batalla de la Octava, esa electricidad que noté cuando les

mostré los rayos a mis padres.

Esa Chispa.

—Uno...

Unos rayos púrpuras recorren tímidos mi cuerpo, pero no es suficiente.

—Dos...

Debo esperar a que abra la puerta o no tendrá sentido parar el tiempo. ¿Cómo lo hice la última vez? Estaba furiosa, mi mente estaba enfocada en matar y...

—¡Ya!

Claro. Estaba corriendo.

Me precipito hacia los zombis dando grandes zancadas en cuanto Robert abre una rendija lo suficientemente amplia.

—¡Arde, Robert! Ilumíname el camino.

Él se vuelve incandescente y decenas de ojos resplandecientes se iluminan ante mí. Son todos Dañados, pero, aun así, impresionan en ese espacio tan reducido. Es difícil correr rápido entre tantos zombis. Es complicado concentrarse en matarlos. No siento nada de odio ahora mismo. No voy a lograrlo...

De repente, silencio.

Los zombis se han quedado congelados. Lo he conseguido, contra todo pronóstico; he parado el tiempo de nuevo. Sin detenerme a felicitarme ni darme unas palmaditas de agradecimiento, me pongo manos a la obra. Un asunto bien feo el de matar zombis en la penumbra.

Mis dagas atraviesan cabezas como gelatina. Mato zombis de forma metódica, sin dejarme ninguno, desde la puerta hacia la penumbra, en dirección a la oscuridad. La mayoría son Lánguidos, por lo que podríamos haber acabado con ellos incluso sin mis poderes. Pero mejor no correr riesgos.

Vuelvo hasta la entrada, junto a Hunter, que brilla con una luz fulgurante detenida en el tiempo. No puedo mirarlo directamente sin entrecerrar los ojos.

Me concentro en regresar a la normalidad. Respiro hondo y los rayos púrpuras a mi alrededor se disipan poco a poco. Los zombis empiezan a caer; al principio, el movimiento es casi imperceptible, pero, conforme mi respiración se calma, el mundo se acelera. Tras unos instantes, se escucha el sonido sordo y hueco de decenas de zombis cayendo inertes al mismo tiempo.

—¡Astria! ¿Estás bien? —dice Hunter mientras se apaga—. Ha sido espectacular. Como si mi fogonazo hubiese fulminado de golpe a todos los engendros del pasillo.

Sacudo la cabeza.

—No pienses mucho en ello. ¡En marcha!

Corremos hacia la puerta que da al túnel que conduce a la estación, según el plano. En lugar de abrirla, avanzamos hasta la siguiente compuerta para cerrar el paso a los zombis.

Apartamos los cuerpos amontonados sin perder el tiempo. Un sonoro rugido en mis tripas me interrumpe, tan fuerte que creo que lo habrán escuchado hasta en el vallado, fuera del Hoyo. El hambre es atroz y me paraliza unos segundos.

Ignorando mi ansia caníbal, me esfuerzo en cerrar la compuerta, que al principio no cede, pero termina por moverse hacia nosotros. Entre los dos conseguimos bloquearla. Y así, en cuestión de minutos, el camino que conduce a la estación está asegurado.

—Bueno, ahora tendremos que despejar el camino al Yermo...

—Robert... No sé si podré... Tengo demasiada hambre.

Un nuevo gruñido de mi estómago subraya mis palabras. Robert, iluminado por su mano en llamas, me mira con el ceño fruncido.

—¿No llevas nada de Z encima?

Niego con la cabeza. Dejé mi reserva en la habitación.

—¿Tú has traído?

Se saca un pastillero de metal de uno de sus bolsillos. Alzo una ceja sorprendida.

—¿Cómo es que no se ha fundido?

—Es de un material cerámico altamente resistente que... —Me mira perplejo y se ríe—. ¿Desde cuándo te interesan estas cosas? ¿Lo quieres o no?

Me ofrece las pastillas con la mano que no arde. Son dos. Nos han dicho que no abusemos, pero tengo tanta hambre...

Me las trago sin pensar. El hambre remite de forma casi inmediata. Me siento fuerte, firme, lista para arrasar con todo.

—Muy bien, vamos a despejar ese pasillo hacia el Yermo.

***

Abrir el segundo camino hacia el Yermo es más sencillo que el paso a la estación. Se notan los esfuerzos de mis padres durante estos años para liberar el pasaje. He tenido que activar y desactivar mis poderes hasta en tres ocasiones para que Robert pudiera avanzar e iluminar el túnel, y aun así, ha pasado menos de una hora desde que empezamos a liquidar zombis.

Hemos tardado unos minutos en hacer lo que a esta gente le habría costado años, vidas y esperanzas.

Al fin salgo a la luz del día en una especie de llanura rodeada de maleza, con estructuras de metal combadas y cubiertas casi por completo de hierbas y enredaderas.

Es precioso.

Todo está en completa quietud con el tiempo congelado, y recorro varios metros a la redonda para asegurarme de que no hay zombis

acechando alrededor de la salida. Quienes quieran escapar al Yermo merecen una oportunidad. A lo lejos se ve el vallado exterior de la Capital; quizás estemos a un par de kilómetros.

De momento el hambre no me aprieta, pero creo que no tardará demasiado en regresar. Me preparo para volver a la normalidad, que cada vez es más fácil. Haré el camino de vuelta sin utilizar el poder, para ahorrar energía.

—Astria Liverman.

Me quedo tan helada como todo a mi alrededor al escuchar esa voz. Ese sonido gutural que tan bien conozco. Al darme la vuelta, él está ahí. Mi ejecutor, mi condena, mi perdición.

El Despertado.

Está a menos de cinco metros de mí. Ni siquiera lo he escuchado acercarse, pero su voz resuena fuerte y áspera como la roca.

—¿Cómo...? —Mis palabras se ahogan cuando el monstruo alza un dedo.

—Te concedí mi don, Astria. Me duele ver cómo lo utilizas para matar a nuestros hermanos.

Miro a mi espalda, al túnel, a las figuras de pie que aguardan a que reestablezca el flujo del tiempo habitual para caer muertas de una vez por todas.

No es amor fraternal lo que siento por ellas.

—¿Hermanos? Solo quieren comer y matar. Son monstruos.

—¿Es un monstruo un pez por nadar en el mar? —pregunta el Despertado haciendo un gesto que abarca el Yermo—. ¿O un águila por surcar los cielos? Somos lo que somos y nos atenemos a nuestra naturaleza. El nombre de *monstruo* nos lo otorga nuestra presa, aterrada y encogida en sus Reservas, creyendo que es superior.

«Piensa rápido, Astria».

Claro, pensar.

Yo puedo y ellos no.

—Nosotros tenemos conciencia, pensamientos, sentimientos que vale la pena proteger. Ellos ya están muertos del todo.

—¿Eso crees? —El Despertado esboza una mueca que solo puedo interpretar como una terrible sonrisa—. ¿Eso te han contado en esa Academia, que somos unos monstruos sin sentimientos?

—Somos muertos en vida. Yo también. Sé lo que fui, y no voy a renunciar a ello.

Él me da la espalda y me mira por encima del hombro.

—Aún no estás preparada... Sin embargo, lo estarás. Para construir algo nuevo, hay que reducir a cenizas lo viejo.

Esas palabras hacen que mi corazón se desboque.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes seguir atada a Zacharias. La Chispa Mortal ha escogido a su heredera. Me temo que no me queda más opción que un último ataque desesperado.

Una brisa me acaricia el rostro. Sin darme cuenta, hemos vuelto al flujo habitual del tiempo. El Despertado profiere entonces un gruñido que hace temblar el suelo; un chirrido estridente que resuena en mi cerebro como una orden silenciosa: *Atacad la Academia*.

—¡No! No puedes hacerlo.

—La Academia debe caer —afirma con una expresión que me recuerda al dolor, a la tristeza; algo imposible en un monstruo como él—. Zacharias no quiere salvarnos, en cambio, tú puedes hacerlo. Si alcanzamos la fuente, podremos vivir en paz. Él ostenta el látigo y la cadena, aunque también tiene las llaves. Destruiremos su baluarte y, de sus cenizas, forjaremos un nuevo mundo. ¿No es eso lo que siempre has querido, Astria?

—Yo no...

No hay nadie para escucharme, el Despertado ha desaparecido.

A lo lejos, en la llanura, cientos de figuras se mueven en la misma dirección: hacia el este, hacia los infranqueables muros de la Academia. ¿Resistirán antes de que lleguemos?

Regreso a la carrera por el túnel que he despejado, esquivando los cuerpos caídos de los zombis. Mis... ¿hermanos? No. Imposible. Me quito esos pensamientos de la cabeza.

Robert está a unos metros, en el último punto de iluminación, justo donde lo dejé; me observa radiante, ajeno al peligro.

—¿Ya has acabado con todos? ¿Está despejada la...?

—Hunter, no hay tiempo. He visto al Despertado, van hacia la Academia y Frida está allí. Tenemos que irnos. ¡YA!

Él se limita a asentir y emprende la carrera conmigo hacia el interior. Tardamos unos minutos en regresar al Hoyo. La muchedumbre está reunida en las barandillas de los pisos que ascienden por el hueco de hormigón. Sin embargo, nosotros nos dirigimos a la plaza inferior, que conecta con el túnel de la estación. Allí veo a mi padre, hablando a la multitud.

—... la decisión está en vuestras manos; sabed que, elijáis lo que elijáis, estáis haciendo lo correcto. Incluso si decidís quedaros, lo respetaremos. Es un mundo difícil este que nos ha tocado vivir; sin embargo, dadas las circunstancias...

Políticos. No va a terminar nunca. Y no tenemos tiempo.

—¡Atención! —grito, silenciando a mi padre. Cientos de pares de ojos me observan—. Os acabo de despejar dos caminos. Uno es por allí. —Lo señalo—. Os llevará al Yermo; no os lo recomiendo. Por ahí —apunto hacia el lado contrario— iremos a la ciudad, robaremos un tren y nos dirigiremos a la Academia. Va a haber un ataque zombi a gran escala y necesitan toda la ayuda que les podamos prestar. A mí me da igual lo que hagáis, pero yo me voy ya a la estación porque

no tengo tiempo de aguantar estas chorradas. Así que decidid rápido. ¡En marcha!

—Pero, Astria... —dice mi madre.

—¡O vienes o te quedas! —grito angustiada. En los pisos superiores se arma una revolución de movimientos en todas direcciones—. He venido a buscaros, pero el puto Despertado estaba aquí. Va a atacar la Academia, donde ahora mismo está mi mejor amiga, sola, triste y asustada. Haz lo que quieras, me da igual. Yo ya he tomado mi decisión. Si la pierdo a ella, nada de esto tendrá sentido para mí.

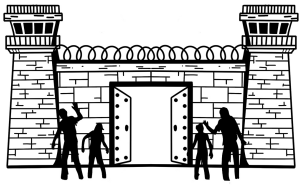
Mi padre da un paso al frente; no me había percatado, pero se ha cambiado el traje raído por un uniforme de batalla, aunque en condiciones penosas. Está listo para luchar.

—Iremos contigo, Astria.

Les sonrío agradecida durante un instante, y me doy la vuelta para dirigirme al túnel.

Frida está en peligro y temo que no pueda llegar a tiempo para salvarla.

30



JUNGLA DE CRISTAL

Los potentes focos del tren iluminan las vías a una distancia de doscientos metros. Más allá, solo hay oscuridad. ¿Cómo pueden conducir estos trastos sin matarnos a todos? El conductor está inconsciente, amordazado en el compartimento del servicio, y mi padre maneja los mandos del convoy. Al parecer, sabe hacer un poco de todo, desde dar discursos políticos impecables hasta sobrevivir en el Yermo, pasando por conducir trenes robados.

Mi madre está sentada a su lado, revisando los botones iluminados, tocando algunas palancas y haciendo observaciones acerca de los túneles. Robert y yo observamos desde la parte trasera de la cabina, anonadados, cómo se manejan con la máquina.

—¿Dónde habéis aprendido a conducir un tren?

—¿Dónde has aprendido tú a robarlos? —contesta Francis.

No ha sido difícil; para ser el único medio de transporte entre Reservas, la seguridad era patética. Apenas un par de guardias vigilando. Hemos tardado menos de quince minutos en hacernos con

uno. Algunas tiendas de segunda mano donde solía robar para Tom tenían más seguridad que esa estación.

Supongo que cuando llevas décadas siendo el rey del mundo sin que nadie te sople, te acabas relajando.

—En el Vertedero hay que aprender rápido si quieres sobrevivir —mascullo como réplica.

—Se lo estás diciendo a quien unió a sus vecinos para hacer frente a los zombis, cielo —dice mi madre sonriendo.

Los observo enmudecida. Ni siquiera soy capaz de imaginarme por todo lo que han pasado. Doce años en el Yermo..., nosotros pasamos un solo mes, por las noches, y fue una tortura. Yo me quejaba de mi orfanato, comiendo caliente y durmiendo en una cama mullida, mientras ellos se arrastraban por el Yermo. Y todo para acabar en un pozo profundo sin esperanza de ver más que un atisbo de la luz del sol.

No es justo.

Y, aun así, siguen sonriendo, siguen amándose, siguen creyendo que pueden cambiar el mundo.

Imagino que de eso trata nuestra humanidad, de querernos a pesar de las circunstancias. De seguir adelante cuando todo está en nuestra contra. Eso es algo que el Despertado no entiende, y que lo llevará a la derrota. ¿Cómo puede pretender que me una a él? Jamás me pondría del lado de semejante monstruo.

Incluso teniendo en cuenta la alternativa.

—Lord Z es un capullo —afirmo con rotundidad—, pero no podemos dejar que caiga la Academia. Allí hay muchísimas personas más allá de su director. Personas que no merecen pagar por su culpa.

—Así es —coincide mi padre—. A pesar de la crueldad de sus métodos, son la última barrera de defensa de la humanidad. Si cae

la Academia Z, cae nuestro mundo tal y como lo conocemos. Entonces no quedará nada que cambiar, solo polvo y ceniza.

Un escalofrío me recorre rápido como un rayo. No quiero pensar mucho en ese final, así que enfoco mis pensamientos en Frida.

«Cuida de ella por mí, ¿vale?».

No puedo perderla, no después de lo que pasó con Lisa. Tengo que cumplir la última promesa que le hice.

«Lo haré, Lisa. La protegeré. Aunque sea lo último que haga».

A pesar de que no hay aire en la cabina, es como si el viento arrastrase la voz de Lisa hasta mí, susurrando las palabras que justo necesito oír.

Lo sé.

Robert me toca el hombro y me mira frunciendo los labios.

—¿Por qué no vamos atrás a sentarnos? No llegaremos antes por estar aquí escrutando la oscuridad.

—Tienes razón —dice mi madre, mirando sus mapas—. Deberíais descansar. Hoy habéis hecho más que suficiente.

Salimos de la cabina y buscamos un sitio en el primer vagón. El tren no va lleno, pero sí lo bastante ocupado como para cruzarnos con un par de personas que deambulan por los pasillos. Más de cien prisioneros del Hoyo se han unido a nuestra causa. Hombres y mujeres valientes, rebeldes que escapan de un agujero para meterse en una guerra, dispuestos a luchar por esa gente que los encerró. Quizás la palabra más adecuada para definirlos sería *locos*.

Entramos en el primer compartimento: primerísima clase, mejor incluso que mis estancias de comandante. Robert pulsa un botón y los asientos se repliegan y se convierten en una enorme cama.

Una. Sola. Cama.

Lo miro sorprendida.

—¿Qué pretendes, Hunter?

Para mi absoluta sorpresa, Robert Hunter, el gigante intimidante de dos metros, capaz de convertirse en fuego, general de la Academia Z, se sonroja como un niño de tres años. Sus mejillas pálidas se ponen al rojo vivo y aparta la vista incómodo.

—Solo quería que estuvieras cómoda y durmieras un poco —balbucea—. Puedo... puedo volver a ponerlo como antes.

Va a tocar el botón de nuevo, pero pongo mi mano sobre la suya para detenerlo. Ese calambre eléctrico me recorre de nuevo. Él sigue rehuyendo mi mirada. ¿Dónde está el valiente abrasador de zombis?

—Tranquilo, está bien. Viajaremos más cómodos tumbados.

—Yo no... pensaba... quedarme... quiero decir... esto...

Creo que va a explotarle la cabeza; me sorprende que no le salga humo por las orejas.

—¿Me traes aquí y me dejas abandonada? Venga, Hunter, échate aquí conmigo y hablamos un poco. Tienes que estar tan agotado como yo. Si no más.

—Tú has acabado con casi todos los zombis —murmura aturdido.

No obstante, cede y se tumba a mi lado. La cama es lo suficientemente grande y nos separan unos palmos de distancia; aun así, siento su respiración, torpe y entrecortada. Está cerca.

Demasiado cerca.

—¿Qué crees que pretende el Despertado? —le pregunto, intentando aliviar la tensión.

Él se revuelve hasta quedar boca abajo, se pone la almohada bajo el mentón y fija la vista en la pared. Estoy casi segura de que está evitando mirarme.

—Según lo que me has contado, parece tener una relación especial con Lord Z. Creo que él fue quien le dio los poderes, hace tantos años. Quizás pretendía que lo ayudara, igual que ahora

espera que tú lo hagas. El director es el único que conoce las respuestas, y no sé si está dispuesto a compartirlas con nosotros.

Me encojo de hombros.

—Me contó lo de mis padres. Tú no lo hiciste.

Se queda en silencio y me arrepiento de haberle dicho eso. ¿Le habrá molestado? Entonces tose un par de veces y me mira, con la mejilla hundida en la almohada. Ahora la que se pone colorada soy yo.

Demasiado cerca.

—No lo sabía a ciencia cierta. Si no, te lo habría dicho en cuanto te vi. Pero, por lo que cuentas, él sí era consciente de tu identidad desde el principio. ¿Por qué esperó hasta justo antes de la batalla para decírtelo? ¿Por qué se marchó sin dar más explicaciones?

—Porque... —«Eso, Astria, ¿por qué?». Me doy cuenta de que no tengo respuesta—. No lo sé. ¿Cuál es tu teoría?

—Mi experiencia entre políticos y embusteros me da cierta perspectiva... por desgracia. Creo que el director trama algo. Un plan que involucra a Nick, y te quiere fuera de juego. Diría que quiso desconcentrarte justo antes del combate; quería que saliera mal. Pretendía hacerte responsable del fiasco. Cuando todos empezaron a verte como la auténtica heroína y a Nick como el traidor cobarde que es, intentó apartarte del día a día de la Academia para calmar los ánimos. De no ser por el Despertado, seguiríamos en el Hoyo, o quizás tratando de reagruparnos en el Ver... en la Décima.

Sé que se ha contenido para no ofenderme, y una sonrisa fugaz se me escapa.

—No te preocupes, el Vertedero es su nombre, Robert. Entonces... ¿crees que su idea es acabar con mi prestigio?

—Creo que nos quiso eliminar desde el principio. Dejándonos fuera, rebajándonos a lo peor en las letrinas... En su momento,

pensaba que no se habría atrevido a dispararme aquel día. Pero ahora, tras verlo todo en conjunto... Me salvaste la vida. En más de un sentido.

Mi corazón se acelera, y me da miedo de que él lo note.

Porque está demasiado cerca.

—Él dice que en realidad quería hacernos más fuertes...

Hunter se incorpora y se sienta con las piernas cruzadas, agita las manos en el aire. En mi interior, lamento que se haya separado de mí. Se toca la barbilla pensativo.

—Tenemos claro que es un embustero, eso es evidente. Yo creo que quería supervisar personalmente nuestra muerte. Por eso se hizo pasar por la niñera. En algún momento llegó a un acuerdo con Nick para que te matara. Por eso intentó hacerlo en La Forja. Lo consiguió con Lisa y, como recompensa, lo ratificó en su cargo de comandante, a pesar de no tener una habilidad acorde al rango. Es peligroso, y que ahora sepa que eres la heredera de su poder te convierte en su peor enemiga.

Lo que dice Robert tiene sentido; aun así, sigo pensando que algo no cuadra. Cuando Lord Z me dijo que nosotros éramos los auténticos Alfa parecía tan... sincero. Aunque, claro, setecientos años dan para perfeccionar las mentiras.

—Me has dado mucho en qué pensar... Aunque creo que da igual las vueltas que le demos. Cuando lleguemos a la Academia, saldremos de dudas.

—Cierto —musita él, y bosteza—. Creo que deberíamos descansar.

Se tumba a mi lado y cierra los ojos. Acunados por el ligero traqueteo del tren, los míos también van cediendo al sueño. En unas horas llegaremos a la Academia y entonces se resolverá esta historia, de una vez por todas. Echo un último vistazo a Hunter, pensando en que está muy cerca.

Y, a la vez, muy lejos.

***

—¡Astria! ¡Astria, despierta!

Robert me zarandea por los hombros y casi le suelto un puñetazo en la mandíbula como acto reflejo. ¿Dónde estoy?

Vale, el tren.

¿Adónde íbamos?

El Hoyo. Mis padres. El Despertado. La Academia. Todo cruza mi mente en un instante.

El tren está frenando, con demasiada fuerza. Un golpe brutal nos lanza contra la pared delantera de la habitación, pero me mantengo consciente. El impacto ha sido duro, pero solo tenemos unas pocas magulladuras.

Un leve olor a humo impregna la habitación. Algo está jodido. Muy jodido.

Me arrastro hasta el borde de la cama. Mientras me ato las botas, que estaban desperdigadas por el suelo, observo al grandullón de refilón.

—¿Qué está pasando, Hunter? ¿Cuánto rato hemos dormido?

—Creo que un par de horas, no estoy seguro —dice él aún somnoliento—. ¿Hueles el humo?

—Sí, todavía no me he quedado sin olfato. —Me levanto preparada—. Vamos a ver qué está pasando ahí fuera.

Al abrir la compuerta, la habitación se llena de humo; el olor a gasolina y a quemado nos golpea de lleno. Los ojos me escuecen y lagrimean; apenas puedo ver a través de esta nube grisácea que cubre todo el pasillo.

—¡Mis padres!

Alcanzamos la puerta de la cabina y tardamos unos instantes en abrirla: está bloqueada. Los músculos de los brazos de Robert se tensan, parecen a punto de explotar; los míos hacen lo propio y juntos conseguimos liberar el acceso.

La cabina está destrozada. Caen cables del techo que dan chispazos y los cristales han desaparecido. A la luz tenue de los faros que aún funcionan se adivina una roca descomunal.

El tren se ha estrellado.

Mis padres están desplomados sobre los paneles de mando, con la cara enterrada entre las pantallas y los circuitos. Me da miedo comprobar si siguen con vida. Me aterra llegar a pensar que acaben de morir, ahora que al fin nos hemos encontrado.

Después recuerdo que son Intactos, como yo.

Mi madre es la primera en moverse: mira alrededor confundida y al final asiente. No nos ha visto. Se sujeta el cráneo con ambas manos y mueve el cuello hasta que hace un terrible chasquido y su cabeza vuelve a apoyarse de la forma habitual sobre sus hombros.

—¡Joder! —grito sobresaltada, cayendo hacia atrás, sobre el pecho de Robert—. ¡Mamá! ¿Estás bien?

Alvia sonríe y asiente con calma.

—Tranquila, cielo, no es la primera vez que me disloco el cuello. —Su voz suena igual de calmada que si estuviéramos tomando el té con Humphred—. ¿Vosotros estáis bien?

—Somos difíciles de matar —dice Robert sonriendo, y mira hacia mi padre—. Señor Liverman, ¿se encuentra bien?

Mi padre tose un par de veces, pero se incorpora, parpadeando aturdido.

—Puedes llamarme Francis, muchacho. ¡Por los zombis! Los paneles se han reventado; esto parece una jungla de cristal.

Observo a mi alrededor las esquirlas de vidrio que riegan el compartimento. Mi padre tiene algunos fragmentos en los brazos, y se los va retirando poco a poco.

—¿Nos podríais dar media pastilla de Z para regenerarnos más rápido? —pregunta Alvia tras echarle un rápido vistazo a mi padre.

Robert saca el pastillero sin dudar y les da una píldora a cada uno.

—Gracias —dice mi padre antes de tragársela.

Robert le ofrece otra a Alvia, que se la guarda en el bolsillo frunciendo el ceño.

—Por si acaso —dice él encogiéndose de hombros.

—¿Qué ha pasado? —pregunto al fin.

Uno de los focos parpadea, mostrando un gran peñón que bloquea las vías. El tren se ha estampado contra esa roca.

—La vimos y tratamos de frenar —explica mi madre—, pero íbamos demasiado rápido.

—Estos túneles llevan casi mil años operativos —añade Robert—. Quizás ha habido un deslizamiento de tierras o...

—No —niego con rotundidad—. Esto ha sido adrede. Lord Z trata de bloquear el acceso a la Academia.

—¿Por qué iba a hacer eso? —inquiere Robert—. No tiene sentido si nosotros vamos a...

—¿Podemos discutir sobre esto más tarde? —nos corta mi padre —. Estaría genial salir de aquí.

—¿A cuánto estamos de la Academia? —pregunto, tratando de ver algo más allá del pedrusco.

—La estación no debe estar a más de un kilómetro de aquí. —Mi madre lanza una mirada triste al montón de mapas destrozados—. Estábamos a punto de llegar; habéis dormido las dos horas seguidas.

Robert frunce el ceño, y yo también me sorprendo. Para mí han pasado apenas dos minutos desde que cerré los ojos. ¿Tan cansados estábamos? Trato de centrarme en nuestro próximo objetivo.

—Perfecto, Robert y yo nos adelantamos. Buscad a todos los supervivientes y nos encontraremos en la Academia. ¡No hay tiempo que perder!

—Deberíamos ir todos juntos —dice mi padre muy serio.

—Venid si queréis abandonar a los vuestros, pero yo no voy a esperar —digo tajante—. Mi amiga está ahí dentro, y si este peñón ha caído aquí, es que las cosas no van muy bien. ¿Vienes, Hunter?

—Estoy contigo, Liverman. Hasta el final.

Mis padres nos ayudan a salir por el hueco de las ventanas delanteras y saltamos al túnel. El espacio entre las vías es llano, ideal para avanzar a buen ritmo.

—¿Un poco de luz?

Robert ilumina sus brazos con llamas y juntos recorremos el estrecho sendero con mi sombra bailando a ambos lados del túnel.

—Sigo pensando que no tiene sentido que Z haya manipulado las vías —insiste Hunter mientras avanzamos—. Y de haberlo hecho, ¿por qué aquí, a un kilómetro de la Academia? Podría habernos detenido nada más salir de la Capital.

—Le habrán informado cuando se han enterado del robo del tren —mascullo entre dientes—. Y lo ha hecho en este punto del túnel para retrasarnos y porque no quiere que nadie salga de aquí.

Hunter me mira y, tras un suspiro, asiente.

—No soy muy fan de darte la razón, Liverman, pero eso tiene mucho sentido.

Corremos hasta que vemos el brillo de las luces de la estación en la lejanía, más intenso a medida que nos acercamos. Tengo que entornar los ojos cuando nos quedan pocos metros para llegar.

Al menos, la estación está intacta. Desierta, pero en perfecto estado.

—¿Dónde están los vigilantes? —pregunta Hunter—. ¿Y los guardias?

Un estruendo amortiguado hace retumbar los techos y pequeños hilos de polvo y piedrecillas se desprenden de las altas bóvedas de la estación. Ahí está su respuesta: algo sucede ahí fuera. Robert señala los ascensores.

—Veamos si funcionan.

Por suerte para nosotros, aún están activos. Entramos y pulsamos el botón. Las puertas de cristal se cierran con un sonido seco. No es hasta este momento que me doy cuenta de que estoy temblando. Saco la pistola y compruebo mis dagas, preparada para encontrarme con lo que sea ahí arriba.

—Todo irá bien, Astria. Lo superaremos juntos.

—Estoy lista —digo con firmeza, tratando de convencerme a mí misma.

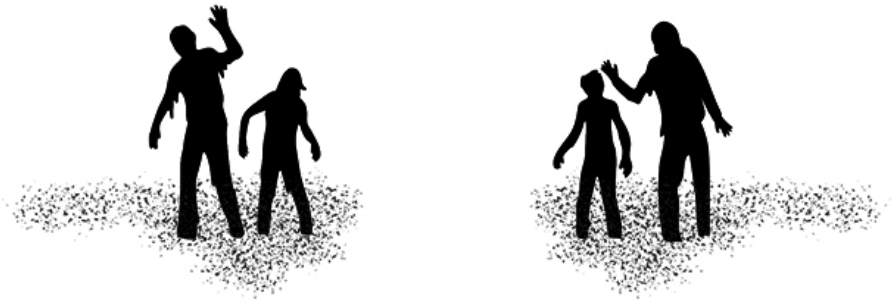
Pero nada me prepara para lo que encontramos al salir del ascensor. Para lo que vemos en la plaza por la que tantos días hemos vagado. Para la escena que asola el interior de la Academia Z. Para el terror que recorre nuestras venas.

Es la guerra.

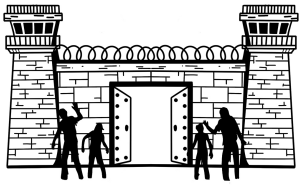
Ya ha empezado.

CUARTA PARTE

LA HORA DE LAS DAGAS



31



SINFONÍA DE LA DESTRUCCIÓN

–¿Qué ha pasado? ¿Cómo han llegado aquí?

—Astria...

—¡Dime algo, maldita sea! ¿Dónde está Frida, la general Gönig? ¿La conoces?

—Astria, por favor...

—Joder, espabila. —Zarandeo al Exterminador con fuerza—. ¿Me quieres contestar, cabrón?

—Astria, ese chico está muerto.

Me quedo sujetándolo por la solapa de la chaqueta; ahora que me fijo, hay unas marcas extrañas y deformadas en su casco y por el lateral corre un hilo de sangre.

—No... no... yo... lo siento. —Me tiemblan las manos al darme cuenta de que estoy insultando a un cadáver.

—Venga, vamos —dice Robert poniendo una mano sobre mi hombro—, tenemos que buscar a Frida.

Una lágrima me recorre la cara. ¿Por qué ahora? ¿Por qué con este muchacho? Quizás sea por el caos desatado a mi alrededor; en medio de esta catástrofe, siento pena por él.

—Lo siento...

—¡Astria!

El estruendo de los disparos me devuelve a la realidad.

La plaza es un caos de destrucción y muerte. Cientos de Devorados arrastran sus cuerpos bulbosos hacia los Exterminadores, claramente superados en número. Por los cuatro costados de las murallas se desparraman más y más zombis, como un lavabo lleno de agua que se desborda. No comprendo cómo han llegado hasta ahí arriba; esos muros parecían infranqueables la primera vez que los vi. Ahora son poco más que barreras de papel para los Colosos y Titanes que se dejan caer desde lo alto.

Algunos escuadrones están replegados y combaten sincronizados. A esos les va mejor: avanzan por la plaza como un solo cuerpo, destrozando a los zombis a su alrededor. Aquellos que se han desperdigado o han descuidado la formación no tardan en ser alcanzados por los Devorados, que arrancan cabezas a bocados y revientan cuerpos con la presión de sus descomunales garras.

Entre lágrimas, abandono al soldado muerto junto a la salida del ascensor y avanzamos hacia uno de los hangares, donde parecen haberse replegado la mayor parte de las unidades.

Robert lanza llamaradas a diestro y siniestro, calcinando a todos los zombis a su paso; yo lo sigo de cerca, disparando a las voluminosas cabezas deformes y repletas de bulbos de los Devorados. Un blanco fácil si te concentras lo suficiente, pero es difícil escoger un objetivo cuando decenas de monstruos se abalanzan a por ti.

—¡No te pares! —grita Robert, como si tuviera intención de echarme una siesta en mitad de la batalla.

Varios zombis trepan por la escultura de Lord Z. En un lugar muy profundo de mi mente, una pequeña parte de mí que no está poniendo toda su atención en el combate desea que la derriben.

Cuando llegamos al hangar, ya están cerrando las puertas. Al vernos agitar las manos se detienen.

—¡Comandante Liverman! —exclama una voz que me resulta familiar.

Nos mantienen el portón abierto hasta que cruzamos. Después, lo cierran por completo. Los gemidos de los zombis quedan amortiguados en el exterior.

—¡Eres tú! Astria, ¿me recuerdas? —dice la voz de uno de los Exterminadores.

Estoy algo mareada de la carrera, pero trato de enfocar su rostro. Tan solo me veo reflejada en su visera brillante. Y tengo un aspecto espantoso.

—Hombre, pues así con el casco...

Rápidamente se lo quita y una cara de tez oscura me sonríe de oreja a oreja.

—¡Morty!

—¡Sí que te acuerdas! ¿Veis? ¡Os dije que Liverman me salvó en la Forja!

Se dirige a un grupo de unos treinta Exterminadores, todos con sus cascos, que asienten muy despacio. Entonces lo agarro del brazo y lo sacudo con fuerza, como hace unos instantes zarandeaba a su compañero muerto.

—Morty, ¿sabes dónde está Frida? Esto... ¿la general Gönig?

Él se queda muy sorprendido y mira a su alrededor confuso. Se vuelve a colocar el casco y niega con la cabeza.

—Nuestro capitán cayó de los primeros. Los chicos me han escogido para que lo suceda, porque no había ningún oficial que nos dijera una mierda. No hemos visto a los profesores ni a Exterminadores de alto rango desde que los zombis se empezaron a desbordar por la muralla. Nadie nos avisó... Ha sido un caos.

—Tenemos vigías —dice Hunter airado—. ¿Cómo es posible que nadie avisara? ¿Cómo han llegado ahí arriba?

—¡Señor! —interviene uno de los chicos de Morty, poniéndose firme—. Fue por la velocidad. Llegaron miles de Lánguidos, señor. Formaron una especie de rampa amontonando sus cuerpos uno encima de otro. Luego vinieron esos Devorados... y todos se aproximaban corriendo.

—¿Corriendo? —pregunto incrédula.

—Así es, comandante —afirma Morty—. Dentro de la Academia han vuelto a caminar, después de que esos cabrones deformes subieran corriendo por encima de los cuerpos de sus congéneres.

Un golpe en el umbral nos saca de la conversación. Unas enormes garras se ciernen sobre la pequeña apertura para ensancharla. Los muchachos de Morty se apresuran a contenerlo, pero otra bestia aparece para ayudar y, juntos, van ganando metros al portón.

Disparo en la cabeza al primero, y en su lugar aparece otro Devorado al instante. Parecen multiplicarse como ratas. Ya hay al menos ocho de esas terribles garras tratando de abrir el portón. Las cabezas asoman por detrás; bulbos viscosos que emiten sonidos desgarradores. Respiro hondo y trato de mantener la compostura.

De pronto, los seis Devorados caen fulminados. Unas finas flechas plateadas les han atravesado la cabeza. Los proyectiles quedan suspendidos en el umbral del pabellón, flotando en el aire, empapados en la sangre marrón de los no muertos. Veo cómo una

figura trepa los cuerpos de los cadáveres y accede al hangar. Es menuda y el corazón me da un vuelco al reconocerla.

—¡Cerrad la puerta, chicos! No puedo estar matando zombis todo el día —dice Frida cuando cruza el umbral.

Recorro la distancia que nos separa en un suspiro y me fundo en un abrazo con ella.

—Dios, estás bien..., estás bien.

Me separo unos centímetros, la miro y su sonrisa me reconforta. Un segundo más tarde frunce el ceño confusa.

—Astria... ¿Cómo?

—Es una larga historia. Después te la cuento, cuando hayamos terminado con esto. ¿Sabes dónde está Lord Z?

Niega mientras observa la sala y analiza los escuadrones que hay agrupados en el interior. Sé que su mente está calculando las posibilidades al tiempo que formula una respuesta.

—Perdí el rastro de los comandantes y los profesores cuando se desbordó la muralla. Cientos de Lánguidos llegaron, Astria. ¡Una rampa de zombis! Ha sido una locura, nunca había visto...

—Lo sé, lo sé —sigo sin soltarla—. Morty me lo ha contado.

—¿Morty?

Me separo de ella.

—Es él. —Lo señalo y el muchacho asiente con la cabeza—. Le eché una mano en la Forja.

—Pues ahora nos va a tener que devolver el favor. ¿Y bien? ¿Cómo procedemos?

La miro con el ceño fruncido. Pensaba que ella me lo iba a explicar a mí.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque eres nuestra comandante —dice Robert, a mi espalda—. Ahora mismo no hay nadie con más rango que tú aquí. Tú das las

órdenes.

A mi alrededor, todos asienten. Hay unos cinco escuadrones, lo que implica más de ciento cincuenta soldados a mis órdenes. Algunos Exterminadores son veteranos, tendrán décadas de experiencia encima. Yo, en cambio, apenas llevo unas pocas semanas lidiando con este tipo de situaciones. Sin embargo, nadie alza la voz para reclamar el mando y la silenciosa mayoría me acepta sin reparos. Frida me pasa un brazo por el hombro y, de algún modo, logra arrancar otra sonrisa de su cara, aunque sus ojos estén llenos de tristeza.

—Lucharemos hasta el final —digo de forma que me escuchen todos—. Capitanes de escuadrón, conmigo.

Se acercan cinco soldados, confirmando mis cálculos. Morty es uno de ellos. El resto tienen varios galones en las solapas, indicando su veteranía.

—¡Comandante! —me llama una voz femenina desde un casco—. Encantada de servir a sus órdenes. Todos sabemos lo que hizo en la Octava. Si me preguntan, es usted una jodida heroína.

Asiento, tratando de evitar el rubor, con muy poco éxito. No quiero imponer mi autoridad. Hoy no. Necesito el consejo de estos soldados.

—Vosotros habéis combatido más que yo —digo mirando a través de las viseras donde me imagino que están sus ojos—. ¿Quién es el más veterano de vosotros cuatro? Ya sé que tú no, Morty.

Uno de los Exterminadores da un paso al frente.

—Imagino que ese soy yo. Doscientos cuarenta años de servicio, comandante.

El soldado se quita el casco y, debajo, tan solo hay un joven de mi edad. Es moreno, y sus ojos oscuros me observan con confianza. Un

respeto que no creo merecer. Estoy hablando con un soldado inmortal de más de dos siglos de vida, esto es de locos.

—Me llamo Mike, pero por aquí me llaman Gran Calibre. Ya sabes, con los años solo nos queda el apodo.

Por su tono de voz y su forma de expresarse me cuesta mucho creer que lleve más de doscientos años luchando contra zombis; parece más uno de mis compañeros del orfanato. No es muy distinto de Tom, mirándolo bien.

—Te recuerdo... Ayudabas a Niebla en las clases de combate. ¿Por qué te llaman así?

Gran Calibre desenfunda el arma que le da nombre: una descomunal pistola de calibre cincuenta como mínimo. El cañón es del tamaño de mi brazo.

—Comprendo. ¿Qué nos propones, Gran Calibre? ¿Habías visto alguna vez algo así?

—No, en mi vida he visto nada así, comandante. Si podemos escapar de aquí, será únicamente gracias a vuestros poderes. Casi todos somos rango diez, sentidos aumentados. Lo único que podremos hacer será oler con especial entusiasmo la mierda de nuestros pantalones cuando nos caguemos encima.

Morty suelta una risita nerviosa, y yo trato de mantener la calma.

—Mi propuesta es atrincherarnos en el interior de la Academia. —Señalo al fondo de la sala—. Montaremos tres líneas defensivas con barricadas y resistiremos mientras nos reagrupamos. También tenemos que abrir un paso seguro entre este hangar y la estación.

—¿Queréis que escapemos con el tren? —pregunta Gran Calibre confundido.

Robert niega con la mirada baja.

—Las vías han quedado inutilizadas; de algún modo, *alguien* ha hundido una roca sobre la vía, que llevaba más de mil años intacta.

No; el paso es para unos civiles que vienen a ayudar. Hay dos Intactos y unos cien humanos, o al menos esas eran las cifras antes del accidente.

—¿Qué hacen los civiles humanos aquí? —pregunta Gran Calibre —. ¿Tantas ganas tienen de morir?

—Vienen a luchar, igual que nosotros —zanjo con tono autoritario —. Les intentaremos poner las cosas un poco más fáciles. Morty, buscad una ruta al interior de la Academia para montar el último aro de seguridad. —Señalo a los tres capitanes que no han hablado—. Vosotros tres os encargaréis del segundo nivel, en el otro extremo de este hangar. Gran Calibre cubrirá las salidas y entradas hacia la plaza. Hunter y Gönig me ayudarán a despejar el paso a los civiles.

Todos asienten y se disponen a actuar, pero alzo el brazo una última vez.

—Necesitamos compuesto Z. ¿Tenéis a mano?

Veinte pastillas, es todo lo que tenemos. Las reparto con Robert y Frida: vamos a necesitar nuestros poderes al máximo. Recuerdo que en el Hoyo yo ya me he tomado un par para despejar los túneles, y quizás no conviene abusar del compuesto, sin embargo... Esto es la guerra.

Ya habrá tiempo de pagar el precio.

Guardo las píldoras, a pesar del instinto que me invita a tragármelas todas de golpe. Preparo mi arma y compruebo mis dagas. Uno de los capitanes que no había hablado se acerca y me entrega dos hojas más; están bien afiladas.

—Mi padre decía que nunca se tienen suficientes cuchillos.

Los acepto con una sonrisa.

—Tu padre era un hombre sabio. ¿Cómo te llamas?

—Logan —responde bajo la visera—. Verás, comandante, en realidad, yo soy el soldado más veterano. Llevo aquí desde que se

fundó la Academia, hace más de tres siglos. Gran Calibre sabe que prefiero mantenerme en segundo plano, por eso ha dado un paso al frente. En cualquier caso, quería decirte que me parece un buen plan, por si te ayuda a sentirte más confiada.

Lo miro sorprendida. Es difícil adivinar su expresión tras el casco. Antes de que pueda siquiera darle las gracias, regresa a toda velocidad con su escuadrón.

Me enfundo los cuchillos en el traje de combate. Cuatro hojas en total; como diría el padre de Logan, es mejor que llevar solo dos. Compruebo la pistola, y otro recluta me trae una segunda. Me sentiré más protegida disparando a dos manos, sin duda.

Robert y Frida también se están preparando. Él se toma una pastilla de Z mientras que ella revisa sus flechas. Al mirarla no puedo evitar recordar a Lisa. Nuestra promesa silenciosa. Y tiemblo al pensar que no pueda cumplirla.

Todo irá bien, susurra en mi mente la voz ficticia de Lisa. De algún modo, me reconforta imaginarla.

—¿Estáis preparados? —pregunto cuando me acerco a ellos.

—Te sigo, Astria —dice Robert sonriendo—. Hasta el final.

No me creo que llegase a odiar a este chico. No es lo que esperaba que fuera. Resulta que sí voy a tener un corazón funcional, a pesar de estar muerta. Al final quizás aprenda a no dar nada por sentado, ni a fiarme de las primeras impresiones.

—Comandante... —Gran Calibre se acerca, alejándose de su escuadrón—. ¿Permiso para hablar con franqueza?

Putos cascos; no soy capaz de intuir lo que va a decirme, pero necesito escucharlo.

—Concedido.

—Mira, Liverman... He estado bajo el mando de muchos comandantes y algunos profesores. Y en mi vida he visto a ninguno

arriesgarse tanto. Normalmente se quedan detrás, bramando órdenes, mientras los soldados nos ensuciamos las manos. Si quieres buscar un puesto de refugio en el interior de la Academia con el escuadrón de Morty, no te lo tendremos en cuenta.

Le dedico una sonrisa. Esta soy yo. Esta es la persona que quiero ser.

—He visto a comandantes quedarse impasibles mientras sus hombres morían, Gran Calibre. Por suerte para vosotros, no soy el desgraciado de Nick Hagel. No me esconderé cuando mi gente muere masacrada por esta horda salvaje. Si alguien tiene que encabezar este ataque, solo puedo ser yo.

Escucho su aliento entrecortado a través del casco y espero que esté algo impresionado, al menos. Imagino que lo está cuando se pone en posición de firmes, recto como si tirasen de su cuerpo con un hilo invisible hacia arriba.

—EresEres un ejemplo a seguir, comandante. La Academia conocerá tus hazañas. —Mira a Frida y a Robert—. Las de los tres.

—Sí, bueno —dice Robert—. Para eso primero tendremos que sobrevivir a esta locura.

—No hay tiempo que perder. Vamos a abrirles un paso a mis padres.

—¿Tus padres? —dice Frida con los ojos muy abiertos—. ¿Los encontraste? ¿Están vivos?

—Sí —afirmo sonriente—. Los rescatamos de una prisión y robamos un tren... Ya te contaré los detalles.

Unos soldados del escuadrón de Gran Calibre se acercan corriendo.

—Comandante, generales. —Nos tienden unos cascos—. Toda protección es poca.

No me voy a negar. Nos colocamos los protectores en la cabeza y nos dirigimos al portón, donde varios soldados están haciendo presión para mantenerlo cerrado.

—En fin, vamos a por ello. Me encargaré de los que hay alrededor de la plaza. Hunter, ábrenos paso. Frida, asegúrate de que los civiles llegan al hangar a salvo. La operación no debería de llevarnos más de tres minutos, ¿de acuerdo?

Ambos asienten, con los ojos fijos en el portón.

—Confío en vosotros, chicos. —Miro a los soldados que sostienen el acceso bloqueado—. Salimos. Mantened la puerta abierta tres minutos, después cerrad, tanto si hemos regresado como si no.

—Pero, comandante...

—¡Esas son mis órdenes! ¿Algún problema, Exterminador?

La soldado se cuadra en firmes.

—¡No, comandante Liverman!

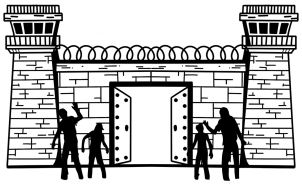
—Genial. Si no hay más objeciones... ¡abrid la puerta!

Es hora de luchar, de plantar cara. Es el momento que estábamos esperando, nuestro contraataque contra las fuerzas que nos quieren hacer desaparecer. Será un golpe relámpago.

Tres minutos.

Vamos allá.

32



TRES MINUTOS

Hunter

Tres minutos. Solo tengo que quemar a todos los que se interpongan entre el ascensor y el hangar. Apenas son ciento cincuenta metros. Tuve tiempo de aprenderme al dedillo las medidas de la explanada mientras vagábamos por aquí, pasando hambre. Parece que aquello sucedió en otra vida.

Pero no, hace tan solo un mes que éramos la escoria de este lugar. Otra humillación más que añadir a la lista de lo que he sufrido por esta maldita Academia. Otro reto más que superar para vencer a mi padre.

Las puertas se abren muy despacio y puedo ver los rostros de esos engendros al otro lado. Rostros en los que me veo reflejado, en los que observo los remanentes de mi padre.

De un monstruo.

Mis manos están a punto para entrar en combustión. Para quemarlo todo. Ojalá hubiera sido tan fácil en la Capital, antes del Crisol. Sin embargo, en el seno de la familia Hunter, fui yo quien acabó calcinado. Esta es mi venganza, por ellos, por todo lo que está mal en este mundo retorcido y salvaje.

Astria está a mi lado, concentrada en salvar a su familia. Logra recordarme que no todo está perdido; que, mientras ella exista, hay algo por lo que merece la pena luchar. Algo bueno, algo mejor.

—¡Vamos allá!

Compartimos una última mirada mientras las Chispas Mortales, finos hilos de electricidad de color púrpura, recorren su cuerpo. Un instante después, ha desaparecido.

En un parpadeo, varias decenas de Devorados caen por toda la plaza como si un rayo los hubiera fulminado. Cráneos destrozados por doquier. El poder de la Chispa Mortal es increíble. Sin embargo, por más que lo intento, no localizo a Astria. El tiempo fluye diferente para ella, pero... ¿dónde demonios está?

—¡Hunter! —grita Frida—. ¡Ahora!

Un bramido vibra en mi garganta al expulsar las llamas, que fluyen de mis manos como un torrente salvaje en una línea recta desde el hangar hasta los ascensores. Los Devorados caen ante mí retorciéndose, agonizando. No creo que esté bien disfrutar tanto de un momento así, sin embargo, me dejo embriagar por la emoción de este instante de destrucción.

Frida se encarga de rematarlos con esas flechas que mueve con la mente, atravesando sus cráneos y sembrando la plaza de cadáveres humeantes que se agolpan sobre los que ya ha matado Astria.

Unos soldados que se habían escondido en un pabellón cercano salen para apoyarnos. Siguiendo mis indicaciones, tardamos menos de un minuto en despejar algo similar a un pasillo desde el hangar al

ascensor. Con sus poderes, Frida aparta los cadáveres calcinados, creando una especie de barrera. Frunzo el ceño al darme cuenta de que han dejado de llegar enemigos desde las murallas. ¿Es cosa de Astria? ¿Dónde se ha metido?

—Voy a bajar en el ascensor a buscarlos —dice Frida—, mantén la posición.

Sacudo la cabeza para asentir y me preparo para una nueva carga. Desde ambos lados se acercan los últimos Titanes y Colosos que quedan en la explanada. Una mole de más de tres metros de carne putrefacta, tachonada de bulbos viscosos y protuberancias. Al menos no corren. Aprovecho su lentitud para extender mis llamas y calcinarlos sin piedad. Pienso en la Forja. Si nos hubiéramos topado con uno de estos especímenes nos habríamos muerto de miedo. Ahora son pasto de mis llamas.

El hambre me asola como una tormenta en una llanura. Fría, despiadada y brutal. Si ahora mismo sale un humano de ese ascensor, juro por Lord Z que le arranco el cuello de un bocado. No me paro a pensar demasiado en ello y apago las llamas. Saco el pastillero de cerámica del bolsillo y me tomo un par de dosis de Z. El efecto es casi inmediato.

Mucho mejor.

Mi fuego desbocado sigue calcinando zombis en todas las direcciones. La explanada se convierte en un infierno real, del cual yo soy el epicentro. El demonio encargado de la destrucción. Los soldados que han sobrevivido se repliegan a mi espalda.

—¡General Hunter!

—¡Corred al hangar! —grito por encima del sonido chisporroteante de las llamas—. Yo os cubro.

—Pero, general...

—¡Ahora! —No tengo tiempo para discutir, solo para matar—. Rematad a los Devorados. Disparos a la cabeza.

Los Exterminadores recorren con agilidad el pasillo que ha creado Frida. Sus balas son menos certeras que las flechas de Gönig, pero logran acabar con una gran parte de los Devorados que se retuercen en el suelo. Entre los que ha matado Astria y los que hemos calcinado nosotros, apenas queda una decena de zombis en pie.

El ascensor suena a mi espalda y un grupo de hombres y mujeres aparecen tras nosotros. Van encabezados por Gustav, el muchacho al que Astria le partió la nariz en el Hoyo. La tiene del tamaño de una patata, aunque, de algún modo, conjunta a la perfección con la terrible cicatriz de su cara. Un tipo duro.

—¿Dónde está Frida? —le pregunto en cuanto sale del ascensor—. ¿Y los Liverman?

El muchacho me reconoce y me mira los brazos, aún en llamas. Traga saliva, algo aturdido.

—Suben en el próximo viaje, no cabíamos todos.

El ascensor vuelve a bajar hacia la estación y asiento conforme.

—De acuerdo. ¿Ves aquel hangar? ¡Corred hacia allí sin mirar atrás! Si disparáis a la cabeza a esos bultos que se retuercen en el suelo, mejor, pero no os paréis. ¡Vamos!

Gustav hace una seña al grupo, que avanza corriendo tras él. Para mi sorpresa, los humanos tienen mejor puntería que los soldados que acaban de cruzar, y liquidan incluso a Devorados en pie que aún no he calcinado. Llegan sin dificultad al hangar. No queda mucho tiempo para que se cumpla el límite que ha marcado Astria, quizás un minuto.

El ascensor vuelve a sonar y miro por encima de mi hombro. Frida, los Liverman y una decena de rebeldes más salen del ascensor.

—¿Y el resto?

Frida niega con la cabeza; noto la tristeza en su expresión. Envidio su empatía, pero en un general puede ser una gran debilidad. Le doy unas palmadas en el hombro en un intento pobre de reconfortarla. ¿Cómo podría? Ha perdido a la persona que más amaba en este mundo. Lisa murió para salvarme y no puedo dejar de pensar en ello.

—Está bien. Frida, sácanos de aquí.

Se concentra en los Liverman y su gente. De repente, salen despedidos hacia el hangar, atravesando el aire gracias al impresionante poder de Frida. Frenan justo antes de cruzar el umbral. Sin que pueda prepararme, noto un empujón y sobrevuelo los ciento cincuenta metros en un segundo. Si esto es lo más parecido a volar, no es para mí, gracias. En unos instantes, todo el mundo ha sido evacuado. El poder de Frida es formidable.

Ella aún se encuentra junto al ascensor. A pesar de sus increíbles poderes, no puede moverse a sí misma. Corre hacia mí y me encargo de cubrir su retirada con mi fuego. Hay poco peligro, apenas quedan dos o tres Devorados, y ninguno está demasiado cerca. Mis llamas los alcanzan y sus flechas hacen el resto. Parece que todo marcha según lo previsto.

De repente, uno de los Titanes que aún se retorcía en el suelo alcanza el pie de Frida, que cae de bruces contra el hormigón.

—¡No!

Corro hacia ella y me aferro al brazo del Titán que la está agarrando. Su piel marrón y gris se vuelve roja y unas ampollas terribles explotan al momento en todo su cuerpo. Su cabeza se funde por mi calor. Frida me mira con los ojos como platos.

—¿Cómo has...?

—¿Estás bien?

—Sí, pero...

—Pues para adentro.

Cuando llegamos al hangar me miro las manos, confundido. He fundido a ese Titán transmitiendo calor a su interior. ¿Hasta dónde llega este poder? Todo el mundo se encuentra a salvo dentro de la gigantesca estancia.

Todos salvo Astria.

Desesperado, recorro la explanada con la mirada en su busca, pero soy incapaz de encontrarla. ¿Qué demonios ha pasado? Si le han hecho algo... Mi cuerpo se calienta por la ira.

Los Devorados se precipitan de nuevo por los bordes de la muralla, como si tan solo nos hubieran concedido esos tres minutos de gracia. En unos instantes, la plaza vuelve a estar plagada de zombis. Es como si todo nuestro esfuerzo hubiese sido en balde.

—¿Dónde está Astria? —pregunta Frida.

Trato de ubicarla, pero solo hay engendros ahí fuera. Ni rastro de sus rizos, de su mechón dorado ni de sus enormes ojos verdes. Nada. Estos nervios van a acabar conmigo.

—Diez segundos para los tres minutos —anuncia uno de los soldados mirando su reloj.

—¡Esperaremos! —grito enfurecido.

—La comandante Liverman ha dicho...

—Yo soy el general —susurro fulminándolo con la mirada—. Y digo que esperaremos.

—¡Cinco segundos! —grita otro, haciéndome caso omiso.

Mierda. Van a cerrar la puerta. La orden de Astria ha sido clara. Y ella es nuestra comandante.

«¿Dónde estás? Por favor».

«Por favor...».

«Por favor, no puedes irte. Aún no».

Es entonces cuando la veo: aparece en mitad del pasillo, a unos pasos de distancia. La observo un instante y mis ojos se abren desesperados.

Si mi corazón muerto aún latiera, se habría detenido en este instante.

Frida

—¡Vamos allá!

Astria desaparece. Al instante, cuarenta y tres Devorados de clase cuatro —Colosos— y veintiuno de clase cinco —Titanes— caen abatidos. Heridas de cuchillo en el cráneo, si la vista no me engaña. Astria debe de estar oculta entre alguno de esos engendros, porque no alcanzo a verla. Siguen quedando treinta y siete enemigos en la plaza, aunque, por la distancia y la velocidad, representan una amenaza moderada. «Piensa, Frida, piensa. Céntrate en la batalla, no pienses en ella...».

Robert está aletargado, buscando a Astria con la mirada; espero que, si salimos de esta, el muy bobo le diga al fin lo que siente. No tiene sentido mantener esa falsa indiferencia que se muestran el uno al otro.

Nunca sabes cuándo puede ser el último día junto a la persona que amas. Hasta que ya es demasiado tarde.

—¡Hunter, ahora!

El muchacho reacciona al instante y prende su poder. Verlo es un espectáculo: de sus brazos salen disparadas unas llamas doradas y naranjas que envuelven a los engendros como una manta mortal. Me concentro en mis agujas. A mí jamás se me habría ocurrido un

arma así, fue idea de Lisa. Ella sabía sacarle el máximo partido a todo.

Si quieres tejer un mundo nuevo, vas a necesitar agujas más grandes. Recuerdo sus palabras como si acabara de pronunciarlas en mi cabeza.

«La batalla, Frida. Céntrate en la batalla».

Me sacudo el recuerdo de la mente y las lágrimas de los ojos. Ahora la victoria se basa en la física. Evalúo los ángulos y las posiciones de los engendros que se retuercen bajo las llamas. En mi cabeza, todo son líneas y vectores. Rememoro las clases con mi padre, girando la mano con el pulgar en alto para calcular la dirección asociada al giro.

Otro tiempo, en un mundo más sencillo.

Mis agujas salen disparadas, certeras, justo en el centro de todos los blancos. Los bultos se mantienen inmóviles cuando atravieso sus cráneos. Aprovecho los cadáveres para moverlos y crear una especie de pasillo desde el hangar al ascensor, con voluminosos cuerpos de Devorados muertos a modo de barrera. Un vallado hecho de zombis, menuda ironía.

A Victa seguro que le habría hecho mucha gracia.

El recuerdo de su cuerpo atado al vallado junto al padre de Lisa me asalta de nuevo. ¿Estoy condenada a perder a toda la gente que me importa? No. Aún me queda Astria, se parece tanto a Victa... Es como volver a tener una segunda oportunidad.

«La batalla».

—Voy a bajar en el ascensor a buscarlos —le digo a Robert cuando alcanzamos la puerta de cristal, alejando mis pensamientos intrusivos—. Mantén la posición.

Al descender, a través de las puertas transparentes, observo que el caos se ha desatado en la estación.

Decenas de Lánguidos acosan a un reducido equipo de hombres y mujeres que los repelen a disparos. Por suerte, los engendros ya no corren, sino que se desplazan a la velocidad habitual; eso le ha dado una oportunidad a esta gente. Aunque hay varios bultos al fondo, en el suelo. No todos han sido tan afortunados.

Cuando ven abrirse las puertas a sus espaldas, sus rostros se iluminan.

—¿Podemos escapar por aquí? —pregunta un chico con una terrible cicatriz en la cara—. Pensábamos que los ascensores no funcionaban.

Respiro hondo: hora de ser una militar. Es el momento de honrar su memoria.

—Soy la general Frida Gönig, he venido a evacuaros. ¡Vamos, subid!

Apenas hay una veintena de hombres y mujeres defendiendo la posición. Saco mis agujas para darles un poco más de tiempo. Me sorprende ver a una pareja entre la horda disparando y acuchillando cráneos, ajenos al miedo a ser mordidos. Solo pueden ser los padres de Astria. ¿Y si se infectan?

—¡No cabemos todos! —dice el chico de la cicatriz.

—Yo os cubriré. Llévate a la mitad, luego subiremos los demás.

El muchacho asiente y entra en el ascensor con una decena de personas, hasta que no cabe nadie más. El cristal se cierra y el aparato asciende. Miro a los civiles restantes, que forman en semicírculo con una precisión impresionante. Son soldados bien entrenados.

—¡Junto al ascensor! —les indico por encima del gruñido de los zombis—. En cuanto se vuelvan a abrir las puertas, entrad sin pensarlo.

Como una maraña de hilos en mi campo de visión, veo claro el ángulo de tiro. Mis agujas recorren las cabezas de los Lánguidos, atravesándolas como espuma, y creo alrededor del grupo un círculo de unos cinco metros de diámetro con los zombis aniquilados, a modo de anillo de seguridad.

No nos queda mucho tiempo. Tenemos tres minutos, y ya habremos consumido más de la mitad.

La pareja deja de luchar al ver cómo caen los zombis a los que se están enfrentando bajo mis afiladas púas. Me observan y me hacen un gesto afirmativo. Su respeto me infunde nuevas energías.

—¿Dónde está Astria? —pregunta el hombre. Sus ojos tienen el mismo tono que los de mi amiga.

El mismo tono que los ojos de Victa.

Es difícil concentrarse en una conversación y en matar zombis al mismo tiempo. Señalo el ascensor para que se coloquen junto a los demás; no es necesario añadir nada más para que lo capten. El hombre se reúne con el grupo, pero la mujer se queda a mi lado.

—Eres su amiga, ¿verdad? Frida.

Lo único que puedo hacer es asentir. Si quiero seguir abriendo hueco entre los zombis para mantener esta ventaja, no puedo perder la concentración, o mis agujas caerán inútiles al suelo.

—Eres muy valiente —me dice, y me da un beso en la mejilla antes de reunirse con su grupo—. Tiene mucha suerte de tenerte.

¿Cómo le digo que la afortunada soy yo? ¿Que el hecho de perder a tu mejor amiga y encontrar a una nueva con el mismo aspecto y actitud es imposible? Astria y Victa, dos caras de la misma moneda. Atrevidas, descaradas, valientes.

He hecho los cálculos. Es imposible. Sencillamente, no tiene sentido que la haya conocido.

«Céntrate en la misión».

Salvar a los padres de Astria. Hecho.

Un pitido me indica la llegada del ascensor.

—¡Vamos! —me apremia el hombre.

Corro hasta el ascensor y me tomo un segundo para recuperar mis agujas. Una vez que se cierran las puertas de cristal, resoplo aliviada.

Entonces me entra un hambre como jamás había sentido.

Por algún motivo, el hombre y la mujer —los líderes— no me atraen lo más mínimo. Sin embargo, esos civiles... Muestro los dientes y estoy a punto de abalanzarme sobre ellos cuando la mujer me agarra de la cintura y me pone una mano en la boca.

—Traga.

La pastilla de Z baja por mi garganta y mi estómago se calma unos segundos más tarde. Logro serenarme y miro a la mujer con un gesto de gratitud. Tiemblo al pensar que habría matado sin dudar a un civil para comérmelo si ella no hubiera intervenido.

¿En qué me estoy convirtiendo?

Al salir del ascensor, las brillantes llamas de Robert me dan la bienvenida con una vaharada cálida. La plaza está más despejada. Muchos Devorados, desperdigados por el suelo, se retuercen aún bajo las llamas.

Con mi poder, lanzo a los civiles y al voluminoso Robert en dirección al hangar. Luego echo a correr hacia el portón. Astria ya habrá regresado al interior.

Una garra aparece de la nada y me aferra el tobillo. Caigo de bruces contra el suelo. ¿Este es mi final? Veo al Devorado, con la mirada vacía y los ojos sin vida. Se arrastra hacia mí. Estoy en blanco, ni siquiera recuerdo cómo llamar a mis agujas. El miedo se apodera de mí, me recorre como una corriente eléctrica. Podría

lanzar al monstruo por encima de las murallas con mi poder. ¿Por qué no soy capaz de hacerlo?

Pienso en Lisa y en Victa. Pienso en Astria. Si voy a morir, quiero que mis últimos pensamientos sean para ellas. Quizás los pueda aferrar y llevarlos a lo que sea que venga después de esto.

Entonces aparece Hunter y agarra de la muñeca al engendro, que empieza a retorcerse y a derretirse. Los ojos de Robert están teñidos de rojo y en su mirada hay más odio del que jamás haya visto.

Estoy aterrada.

Su expresión se suaviza cuando me mira para comprobar que estoy a salvo.

—¿Cómo has...? —¿Cómo ha calcinado a un zombi desde dentro? Tiene el poder de controlar la temperatura además de las llamas... Ese preámbulo sería interesante y las aplicaciones...

—¿Estás bien?

—Sí, pero... —Necesito comprenderlo. ¿De dónde procede la temperatura? ¿Cómo se crean entonces las llamas?

—Pues para adentro.

Sin darme tiempo a formular más preguntas, nos lanzamos hacia el hangar. Cuando llegamos al interior, en un vistazo rápido, comprendo una aterradora verdad.

Astria no ha regresado.

—Soldados, revisad a estos civiles —digo señalando a los padres de Astria—, comprobad que no estén heridos ni infectados.

Espero de verdad que no lo estén, pero hay que ser precavida.

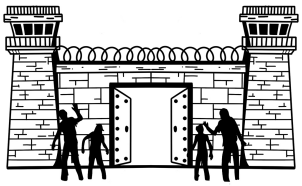
Robert está en la puerta, discutiendo con los guardias. Faltan unos segundos para que las cierren. De repente su expresión se oscurece y observa al exterior con el rostro desencajado. ¿Qué está ocurriendo?

Al asomarme, veo el cuerpo de Astria, y las lágrimas anegan mis ojos.

Por favor, no...

Otra vez no.

33



MÁSCARA QUEBRADA

–¡Vamos allá!

Me concentro en mi poder y la electricidad púrpura recorre mi cuerpo. La Chispa Mortal. Miro otra vez a Robert, que tiene esa expresión melancólica en el rostro, como si no fuéramos a vernos de nuevo. Como si yo fuese lo único que existe en el mundo.

Entonces, el mundo se congela.

Me cuesta apartar los ojos de la mirada azul de Hunter, pero tengo un trabajo que hacer y unos padres que rescatar.

Me aparto de los zombis del centro —esos se los dejo a Robert y a Frida—, aunque me cargo a los cinco que están más cerca de ellos por si acaso. El casco me agobia, así que me lo quito y me lo cuelgo en la cintura; me lo volveré a poner en cuanto reanude el tiempo.

Respiro hondo, cruzo mis dagas ante mí y doy comienzo a la tarea. Acabar con tantos Devorados requiere más esfuerzo de lo habitual, dado que miden entre dos y tres metros y tengo que levantar mucho los brazos para llegar a sus cabezas. Como en los

pasillos del Hoyo, trato de ser metódica, pero esta explanada es tan grande que cuesta ubicarse, así que trazo una línea mental que divide el hangar y el ascensor y limpio la zona que queda a la derecha en primer lugar.

En el lado izquierdo, además, hay varios Dañados. No los había visto entre el tumulto; atravieso también sus cabezas de forma sistemática y eficiente. Cuando ya he liquidado a casi todos los zombis, una voz me hiela la espina dorsal y me detiene en seco.

—Vaya, vaya, Astria. No te ha costado mucho dominar el poder.

Lord Z se alza sobre el techo del hangar. Lleva un traje de combate táctico completo, con protecciones y un casco de tercera generación, no como la birria que llevo yo. El suyo permite mover el cuello y la parte frontal es transparente, por lo que veo perfectamente su cara, con su nariz aguileña y sus ojos plateados.

—Ya estamos todos —dice una voz gutural a mi espalda.

Al girarme, veo al Despertado. Su descomunal cuerpo deforme camina sobre sus congéneres caídos. Se coloca junto a mí. Lord Z da un salto sobrehumano y cae unos pasos por delante de nosotros. El suelo se quiebra bajo la presión temporal que ejerce.

—Apártate, Astria. Yo terminaré con él.

El Despertado me mira; sus ojos son de un color verde azulado. Hay algo en su expresión que me remueve la conciencia. Una palabra que se forma en mi mente.

«Ayúdame».

¿Cómo voy a ayudarlo? Está invadiendo la Academia. Está masacrando inocentes. Es él quien debe ser detenido.

Sin embargo, esa mirada...

Sigo mi instinto y me coloco ante el Despertado, interponiéndome entre él y Lord Z. El director me mira sorprendido y hace una mueca a través de su cristal protector.

—¿Qué significa esto, comandante?

Lo señalo con una daga.

—Esperaba que tú me lo explicaras.

El director hace un ademán con la mano, dando a entender que mi presencia es un estorbo.

—Apártate de él. Te destrozará sin pensárselo dos veces.

Miro por encima del hombro; el Despertado está a menos de un palmo de mí, inmóvil. En su cara creo reconocer el asombro, pero con todos esos bulbos es difícil asegurarlo.

—Si me quisiera muerta, me habría matado hace tiempo. Como has intentado hacer tú.

—¿Yo? —Su rostro muestra indignación, como si lo hubiera ofendido—. Yo te he protegido desde que naciste, Astria. ¡Deberías darme las gracias! ¿Cómo puedes confiar en ese ser? ¡Es un monstruo! Yo soy tu protector, comandante. Soy el protector de toda la humanidad.

Miente, dice la voz imaginaria de Lisa en mi mente.

Miro al director, desafiante.

—He conocido monstruos con cara de ángeles. ¿No puede haber también seres bondadosos con aspecto de demonios?

Todos damos un paso hacia atrás. De pronto me doy cuenta de un detalle: tanto mi energía como la del Despertado son de un tono púrpura. Sin embargo, los rayos alrededor de Lord Z son de otro color, de un rojo vibrante, igual que la sangre fresca. ¿Qué quiere decir eso? Lo señalo con un dedo acusador.

Es la hora de la confrontación final.

—Sabías que mis padres estaban vivos. Sabías que tenían un secreto. Me mantuviste con vida para chantajearlos. Entonces algo cambió y decidiste que ya no era útil, que era una amenaza. Algo que sucedió antes del Crisol.

—Me encontré con él en la Cuarta Reserva, hace unos meses —interviene entonces el Despertado—. Al ver que había regresado, supo que podría transmitir mis poderes; por eso quiso acabar contigo. La hija de unos rebeldes con un gran sentido de la justicia, criada de forma clandestina. No había mejor candidata, y él era muy consciente. Pero no podías estar seguro de a quién elegiría, ¿eh, Zacharías? Por eso amañaste la selección para incluir a todos los candidatos que se te ocurrieron entre los hijos de tus enemigos.

Lord Z hace una mueca de desagrado. No lo está negando. Ahora todo tiene sentido. Los Épsilon éramos aquellos con posibilidades de heredar la Chispa Mortal. Por eso nos tenía tan vigilados, por eso...

—No querías entrenarnos ahí fuera... ¡Querías matarnos! —exclamo sorprendida al darme cuenta de que la teoría de Hunter era cierta—. A mí y a mis amigas. ¿Por qué? ¿Y por qué a Robert? Él me odiaba, ni siquiera lo escogiste. ¡Se presentó voluntario!

—El heredero del Legislador Hunter, uno de los políticos más influyentes de la Capital, podría ser un problema para tus planes, ¿no es así, Zacharias? Tuvo que ser un golpe de suerte inesperado para ti que el muchacho se presentara por su cuenta. Aunque algo me dice que, de no ser así, habría terminado en la Academia de todos modos. —El Despertado me mira a los ojos—. Los ataques de los zombis seguían patrones, ¿recuerdas, Astria? ¿No te preguntabas por qué nunca os llegaban a alcanzar? Imaginé sus retorcidos planes y envié a los míos para que pareciese que estabas en peligro, pero en realidad te estaba observando..., protegiendo.

Recuerdo aquellos momentos en las puertas de la Academia, cuando los zombis parecían a punto de atraparnos y... se contenían. No puede ser cierto.

—¿Protegiendo? —Lo miro de reojo para no perder de vista al director—. ¿Y qué me dices de este ataque? ¡Aquí hay inocentes!

Están muriendo por tu culpa.

El Despertado observa los cadáveres de zombis esparcidos a su alrededor. Me parece ver lágrimas en sus ojos.

El director nos dedica una sonrisa.

Muerta.

Despiadada.

Letal.

Entonces comprendo que el Despertado dice la verdad. Que Robert tenía razón con sus teorías sobre el director. Que he vivido engañada desde que puse un pie en este lugar. Ese hombre me ha mentido tantas veces... ¿Por qué?

—Habladurías sin pruebas —dice Lord Z, como si nada—. Me estoy cansando de este juego. Astria, apártate; tengo que encargarme del monstruo que ha invadido mi Academia.

No *la* Academia.

Su Academia.

El Despertado da un paso al frente.

—¡Para salvar a los míos! —grita desesperado—. Si me hubieras dado la fórmula del compuesto Z como te pedí, ya nos habríamos marchado hace un año. No tenemos por qué matar más humanos.

El corazón se me detiene un instante. ¿Ese era su plan desde el principio? La paz entre zombis y humanos... parece una utopía. Pero, joder, si me lo hubiera dicho antes, podríamos habernos ahorrado todo esto. Miro al director y le lanzo una duda que cruza mi mente. La única que importa.

—¿Por qué no lo ayudas?

Lord Z mira su estatua, rodeada de zombis, con una expresión de añoranza. Sonríe.

—No se puede ser un héroe en un mundo sin villanos.

¡Cabrón vanidoso! Este desgraciado ha vendido a toda la humanidad para tener su momento de gloria. El Despertado lo observa con una expresión extraña. Una mezcla de furia... y algo que parece compasión.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? —le pregunto, mirándolo por encima del hombro.

El ser monstruoso niega con su cabeza repleta de protuberancias.

—¿Me habrías creído? No. Tenías que verlo por ti misma. Hace trescientos años que queremos la paz. —Señala a Lord Z—. Él masacró a todos los de mi estirpe. Analizó y refinó el proceso que nos convirtió para crear sus propios Despertados. A vosotros, los Intactos. Y así pudo montar su ejército personal. Ahora el mundo entero lo aclama como a un héroe, un dios incluso. La realidad es que, si no fuera por él, nos habríamos marchado hace mucho tiempo.

»He tardado trescientos años en poder regenerar mi cuerpo después de lo que me hizo, y ahora que al fin he regresado cumpliré la voluntad de mis hermanos, Zacharias. La paz es posible. —Me mira directamente al alma—. Sé que harás lo correcto, Astria.

El silencio conquista la explanada. Mi mente trata de ordenar los pensamientos, pero uno sobresale por encima del resto. Una sola palabra, un solo concepto:

«Traidor».

Lord Z muestra sus palmas y empieza a reírse con fuerza. Sus carcajadas hacen eco en el tiempo congelado. Yo no me río.

—No puedes creer lo que está diciendo, Astria. —Su semblante se vuelve serio—. Yo te protegí, yo te acogí. ¡Yo te di el mando!

Miente, repite esa voz interior que me recuerda a Lisa.

Lo miro a los ojos. Bajo ese brillo plateado, bajo esa cara de inocencia, logro ver sus engaños. Las mentiras fraguadas a lo largo

de tantos siglos. Mentiras que condenan a la humanidad.

Y entonces estallo.

—¡Eres un puto mentiroso de mierda!

Lord Z sonríe mientras niega con la cabeza, y chasquea repetidamente la lengua, como quien intenta calmar a un bebé.

Y es ahí cuando su máscara, al fin, se rompe en mil pedazos.

—Te advertí que, si me volvías a hablar así, te mataría. En fin, es hora de avanzar un poco. ¡Hagel!

Nick aparece en la puerta del hangar y apoya un cuchillo en la sien de Frida, que tiene la mirada congelada en el tiempo. La sangre se me congela en las venas.

Joder. Joder. Joder.

Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Tú? Pero ¿cómo...?

Los rayos rojos, idénticos a los del director, lo envuelven como un aura maligna. Bajo las gafas, sus iris brillan del mismo color que esa energía escarlata. Es la encarnación de un demonio, por dentro y por fuera. ¿Cómo ha conseguido el poder de la Chispa?

—Tres siglos de investigación dan para mucho, querida —dice Lord Z, respondiendo a mi pregunta no formulada—. Ahora apártate de mi querido hermano o matamos a tu amiga. Bueno, a la otra. Tuvimos suerte en la Octava con esa zorra de Starlight. No podíamos arriesgarnos a que nos leyera el pensamiento. Una estirpe de molestias, sin duda; su padre también fue un buen estorbo.

Mi sangre congelada pasa a hervir. No había sentido tanto odio en mi vida. Quiero arrancarle la puta cabeza. Quiero matarlo. Noto la presencia del Despertado a mi lado, que pone su brazo ante mí.

—Apártate, Astria. No es necesaria más destrucción. No deseo más muertes.

Lord Z suelta otra carcajada y yo doy un paso atrás. Ya apenas suena como un humano, parece la risa de un psicópata. De un monstruo.

—¿Qué dices, Ashford? ¿Acaso tus zombis no son los portadores de la muerte?

Ashford. Así se llama el Despertado. Niega con la cabeza y noto su sufrimiento.

—Necesitábamos entrar en la Academia. Con el Z, podrán sobrevivir en paz, sin tener que agolparse alrededor de las Reservas como ganado. Podrán seguir su existencia sin el ansia de comer carne humana, sabes que...

—Eres un maldito hipócrita. —Lord Z está fuera de sí—. ¡Siempre lo fuiste!

Voy a acelerar un poco el tiempo, Astria. Escucho en mi cabeza una voz, se asemeja a la del Despertado... Ashford, pero mucho más suave y melódica, casi humana y muy parecida a la de Lord Z. *Eso nos dará un impulso de velocidad que no se esperan. En cuanto lo haga, salta a por tu amiga. A la de tres.*

«Ashford...».

Llámame Ash. Una, dos...

TRES.

Corro hacia Hagel y noto un impulso que me lanza con fuerza. Nick abre mucho los ojos y, para cuando quiere reaccionar, yo ya me he empotrado contra él. Esperaba que el contacto lo destrozase. Sin embargo, al compartir el poder de la Chispa, parece que nos podemos tocar sin reventar nada. Rodamos por la plaza y, durante un segundo, el tiempo vuelve a correr con normalidad. Robert lanza una llamarada que calcina una línea recta entre el hangar y el ascensor. La barrera de fuego nos separa a Nick y a mí de Ash y Lord Z.

El tiempo se vuelve a detener, aunque no del todo. Como si se moviesen a cámara lenta, los Devorados que he matado empiezan a caer a nuestro alrededor y las flechas metálicas de Frida atraviesan los cráneos de los Devorados calcinados.

—¿Esto es lo que querías, Liverman? —me grita Nick con su mirada roja—. ¿La muerte de nuestros compañeros? ¿La destrucción de...?

—¡Cállate, gilipollas! —le espeto por encima de su diatriba interminable—. Te voy a matar, como debí haber hecho el primer día que me traicionaste.

Se ajusta las gafas y sonríe mientras saca una pistola de su cartuchera. Y, justo entonces, recuerdo que no llevo el casco puesto.

—Esto se acaba aquí —dice con su puta sonrisa de superioridad.

Me dispara, una bala directa a la cabeza.

Por desgracia para él, la bala sale también ralentizada y me aparto mientras pasa a mi lado con suavidad. En una cosa sí tiene razón el muy desgraciado. Y es que esto, en efecto, termina aquí y ahora.

—Mira que eres imbécil, Hagel. —Limpio las dagas con las mangas y me pongo el casco—. Has cometido tres errores, y por eso vas a morir.

Él desenfunda un machete y se lanza hacia mí con un grito de guerra. Comenzamos a danzar. Ejecuta estocadas potentes que rechazo y esquivo. Me dedico a rodearlo y mantenerlo en movimiento, cada vez más agotado.

—El primero ha sido pensar que un disparo bastaría. Que no tendrías que ensuciarte las manos. Así que no tenías un plan B. —Lanzo un ataque a su costado, que consigue esquivar—. Una cagada de novato.

—¡No me importa ensuciarme las manos! —grita cuando lanza un tajo vertical.

Me aparto justo a tiempo para evitar la hoja y el fuego de Robert, que impacta muy despacio en uno de los zombis a nuestro lado. Él y Frida ya han alcanzado el ascensor. Han creado una especie de pasillo con los cadáveres de los Devorados y, a través de las llamas, veo a Ash y Lord Z luchando a puñetazo limpio.

Desvío la mirada un segundo, lo justo para que Nick se abalance sobre mí. Lo esquivo y trato de clavarle una daga en la pierna, pero el bastardo es rápido. Me dedica otra de sus sonrisitas de mierda.

—Ese es tu segundo error —le digo con calma, colocándome en posición, como tantas veces he visto hacer a Marisa en sus clases de entrenamiento—. Subestimar a tu adversario. Es una lección que se aprende demasiado tarde y que nunca he compartido.

—Pues yo te veo muy propensa a compartir la información... y poco concentrada en el combate —jadea.

Amago con dejarme caer hacia un lado y Nick lo aprovecha: salta fiero, con el machete en mano. Cambio el peso de un pie a otro y me agacho por debajo de él. Mi daga encuentra sus costillas y se clava entre ellas, perforando el corazón. Si fuese mortal, ya la habría palmado.

Para mi desgracia, es un jodido Intacto, igual que yo, y veo cómo la herida se cierra en un segundo, dada nuestra velocidad.

Sigo bailando a su alrededor y él embiste a lo bruto, sin pararse a medir sus fuerzas. Tras él, veo a Gustav y un grupo de personas a cámara lenta avanzando hacia el hangar. Nick los mira por encima del hombro y sonríe.

—¿Humanos? —Una sonrisa sádica se dibuja en su rostro—. ¿Amigos tuyos? Tendré que hacerles una visita.

Corre hacia los rebeldes, hombres y mujeres que ni siquiera podrán verle venir; para ellos no somos más que un borrón. Me deslizo sobre mis rodillas y le doy un tajo en la parte posterior del

tobillo. Se cura al instante, pero, aun así, le causa la molestia suficiente para hacerlo gemir y obligarlo a clavar una rodilla en el suelo. Me interpongo entre él y los humanos.

—¿Estás luchando conmigo o no? ¿Qué te he dicho de subestimarme?

—Eres tú quién me subestima, maldita zorra.

Lanza un tajo que no veo venir y me desgarra en diagonal de la cadera al hombro. Aunque me regenero casi tan rápido como él, la punzada de dolor me paraliza. Hagel aprovecha para agarrarme del hombro y ponerse en pie. Con dos golpes ágiles me quita las dagas de las manos y me deja indefensa ante él.

Empieza a apuñalarme una y otra vez en el estómago, hasta que las heridas tardan en cicatrizar y la sangre empapa su machete.

—¡Me lo has quitado todo! —grita ciego por la ira.

—Agh...—Solo siento el dolor de sus puñaladas.

Al parecer, la velocidad no le quita la superfuerza, por lo que estoy recibiendo las cuchilladas con la intensidad de un disparo. Lo veo todo rojo, y solo consigo pensar en lo jodida que estoy.

—¡Yo lo amaba! —grita Hagel, casi llorando—. ¡Aún lo amo! Y tú me lo has arrebatado. ¡Muérete, joder! ¡Os mataré a todos!

Consigo aferrar su muñeca, pero sigue teniendo la maldita superfuerza. Me aparta la mano como si nada y retuerce el machete en mis entrañas. Escupo una bocanada de sangre que le salpica la cara, acentuando su expresión de locura y paranoia.

—Me has jodido la vida, Liverman. Ojalá nunca te hubiéramos conocido, puta décima. Íbamos a estar juntos, íbamos a arreglar el mundo juntos. Y entonces apareciste tú. ¡Muérete de una puta vez!

Saca la hoja de mi vientre y me aporrea el cráneo; el casco es resistente, aunque con su superfuerza no durará mucho. Un golpe. Dos.

Crac.

Joder, ¿este cabronazo me va a matar?

Tres. Cuatro.

Crac. Crac.

Veo borroso a través de la visera del casco agrietado. Solo distingo sus ojos, rojos como la sangre, llenos de furia. Es el final.

«Lo siento, Lisa».

Pienso en Robert. Me habría gustado decirle lo que siento por él. Lo que, sin darme cuenta, ha ido creciendo dentro de mí. Lo mismo que, de una forma retorcida y obsesiva, Nick llegó a sentir por él. Robert Hunter es un buen hombre.

Una lástima que jamás se lo vaya a poder decir.

El quinto golpe revienta el cristal y me permite ver con claridad la cara de mi asesino, que, con una sonrisa triunfal, alza el machete.

—¿Unas últimas palabras, desgraciada?

¡Lucha!, grita la voz de Lisa.

Tomo un último aliento.

—Tu último error...

Nick detiene el machete en alto y frunce el ceño tras las gafas. Curva los labios en una sonrisa terrible.

—¿Sí? ¿Cuál ha sido? ¿Reventarte las tripas?

—No... —Me cuesta respirar—. Tú también deberías... haberte puesto el casco.

Le clavo el cuchillo de Logan a través de una oreja y la punta asoma ensangrentada por la otra. Nick Hagel parpadea un par de veces y su rostro alcanza la comprensión de lo que ha pasado justo antes de caer muerto a mis pies.

—Nunca des nada por sentado, hijo de puta.

Caigo de rodillas y me doy cuenta de que la pelea nos ha arrastrado hasta el pasillo. He perdido mucha sangre, y no sé si voy

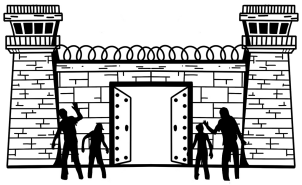
a sobrevivir. Mi vientre no se ha curado del todo y puedo ver trozos de mis vísceras sobresaliendo y un charco rojizo que se expande por debajo de mis piernas.

El casco se quiebra y cae al suelo, hecho pedazos. Un instante más y Hagel me habría partido la cabeza.

Justo ante mí, veo que mis padres ya han entrado en el hangar. Robert está discutiendo a cámara lenta con los guardias, que van a cerrar la puerta, tal y como he ordenado. Lord Z y Ash han desaparecido.

Una ligera brisa me advierte de que el tiempo vuelve a fluir con normalidad, y vomito una cantidad desproporcionada de sangre ante la mirada atónita de mis amigos.

34



COMANDANTE

Todo está oscuro, tan oscuro que dudo si alguna vez volveré a recordar lo que es la luz.

Algo parpadea. No brilla; tan solo resalta, como una sombra más tenue en medio de la negrura absoluta. ¿Esto es la muerte?

No, Astria, aún no ha llegado tu hora.

«¿Lisa?».

Las sombras empiezan a tomar forma: un campo, una muralla, una valla metálica. Dibujan la silueta de cadáveres —zombis y humanos— esparcidos por el suelo. Una amalgama de tinieblas se condensa ante mí, recreando con precisión la batalla en la Octava.

La brecha donde murió Lisa.

En el lugar exacto en el que explotó por los aires, se alza una silueta de sombras más claras. Tiene su forma y su figura. Hace un gesto con la mano, me saluda.

En este mundo de sombras, por un instante, me siento reconfortada.

—Hola, Astria —dice mientras se acerca a mí. Es su voz y, al mismo tiempo, es distante y vacía.

Hueca.

—Lisa, ¿qué es esto? ¿Dónde...?

—No intentes comprenderlo —zanja ella tan directa al grano como siempre—. Debes volver, me prometiste que cuidarías de ella.

Los ojos me escuecen.

—Debí ser yo. —Las lágrimas que me recorren las mejillas se evaporan como humo, tiñendo de gris la oscuridad.

—Estoy en paz, Astria —replica ella, con su voz neutral y cálida al mismo tiempo—. Lo hecho, hecho está. Debes volver para protegerla. A ella y a todos. Solo tú eres capaz.

La miro a las cuencas oscuras donde se supone que deberían estar sus ojos rasgados. Si tuviera un cuerpo físico, ahora mismo estaría temblando.

—Todo este tiempo, la voz en mi cabeza... ¿eras tú?

—Fuiste la última persona con la que me comuniqué. De algún modo, logré dejar un remanente de mí en tu interior.

Una esperanza surge en lo más profundo de mi ser.

—Entonces, ¿te quedarás a mi lado? ¿Podré escucharte siempre?

Ella niega con la cabeza, y una punzada de dolor recorre mi cuerpo etéreo.

—No. Ahora necesitas mi energía para seguir con vida. Yo debo marcharme. Y tú debes luchar, como siempre has hecho. Me lo prometiste.

—No sé si seré capaz. Casi he muerto contra Nick. Si Lord Z vence a Ash... creo que me matará.

Lisa se acerca a mí y casi puedo distinguir sus rasgos entre las tinieblas.

—He visto el combate a través de tus ojos, Astria. Tu Chispa anula la suya. Y sin vuestros poderes, eres mucho más fuerte que él. Tienes algo que él jamás tendrá.

—¿Qué?

Ella se aparta y un portal nuboso se abre a su espalda. Más allá veo el hangar, a Robert, a Frida y a mis padres mirando desesperados en mi dirección. Observando sin ver.

—Personas que te quieren. Tienes amor, una familia a la que regresar. Por eso venciste a Nick. Por eso vencerás a quien te propongas. Tienes un gran motivo por el que luchar.

Su figura empieza a desvanecerse y la mía, a tomar forma, como si nos preparásemos para marchar a reinos opuestos.

—Lisa, ¿hay alguna forma...?

—No la hay. Hice mi sacrificio para que tú pudieras luchar por mí. Por nosotras.

—Y... ¿hay algo que pueda hacer por ti?

Se gira hacia el portal y atisbo una sonrisa triste entre las sombras que cubren su rostro.

—Dile que la amo y que, esté donde esté, siempre la amaré. Y quiero que sea feliz.

—Lisa, yo...

Su figura se va difuminando entre la oscuridad, más allá de mi alcance.

—Les hablaré de ti a Victa y a papá. —Ahora sí me parece ver con claridad su sonrisa—. Les encantarán tus historias. Eres una buena amiga, Astria Liverman. Me alegro de haberte conocido.

Le sonrío mientras el mundo de la oscuridad me envuelve y me arrastra de vuelta a la Academia.

—Yo también me alegro.

Intento agarrarla de la mano y, durante un instante, creo notar su piel, antes de perderme de nuevo en la negrura absoluta.

—Astria...

—Lisa...

—Astria... ¡Astria!

Abro los ojos y no es una sombra lo que veo, sino la claridad de la mirada azul de Robert. Estamos en mitad de la plaza y tiene las manos y el traje teñidos de rojo. Tardo unos instantes en comprender que se trata de mi propia sangre.

—¡Astria! —Frida se arrodilla ante mí—. No te mueras, por favor...

Una voz de mujer, fuerte y robusta, suena a sus espaldas.

—¡Ha recuperado la conciencia! ¡Rápido, dadle Z!

—Pero, Marisa, ya ha tomado ...

—¡Dádselo o morirá! Por muy invencibles que seamos, necesitamos mantener algo de sangre en el organismo, y esto es una maldita carnicería.

Noto algo delicioso en la boca, un sabor sublime. Con mis últimas energías, trago. Poco a poco, siento cómo la vitalidad regresa a mi cuerpo. Al principio, es una calidez que se concentra en las puntas de los dedos, pero se extiende con rapidez hacia mis brazos, mis piernas y, finalmente, noto de nuevo mi tronco, mi cuello y mi cabeza.

—¿Robert? —consigo mascullar.

—¡Astria! —Su voz suena tan angustiada...—. No hagas esfuerzos, te llevaremos a la enfermería.

—¿Y los zombis? —pregunto preocupada.

—Se han ido, Astria. Se han marchado corriendo, como si algo los llamase.

Algo no. Alguien: Ashford.

Me aferro a sus portentosos brazos y consigo incorporarme. Estoy rodeada de gente. Me observan con sorpresa y admiración. Entre el murmullo, alcanzo a oír algunos comentarios.

—¿... acabado con todos esos zombis ella sola?

—¡Nos ha salvado!

—... y sin ella ya estaríamos muertos.

—¡Mi comandante!

Sonrío agradecida. No por los halagos, sino porque ellos estén bien. Robert, Frida, mis padres. Joder, hace dos meses no tenía nada.

Ahora tengo todo un mundo por el que luchar.

«Tienes algo que él no tiene».

Me pongo en pie ante la atenta mirada de un público expectante. Exterminadores, profesores... Joder, parece que toda la puta Academia ha decidido salir al patio a verme. ¿Quieren espectáculo? Pues se lo voy a dar. Aclaro mi garganta antes de alzar la voz.

—¡Hijos de la Academia! Soy la comandante Liverman.

—¡Heroína de la Octava! —gritan unos.

—¡Mi comandante! —dicen otros.

Alzo las manos y el murmullo se amortigua hasta extinguirse. Las fuerzas regresan gradualmente a mí de una forma tan asombrosa que comprendo que se debe a algo más que el Z. Algo que ha hecho Lisa para darme una segunda oportunidad. No la desaprovecharé.

—Como la mayoría de vosotros sabréis, soy la heredera de la Chispa Mortal. Un don que no se veía desde hace setecientos años, cuando nuestro director lo obtuvo de los Despertados.

Durante un breve instante, me flaquean las fuerzas y me apoyo en Robert; aún no estoy curada del todo.

—Pero Lord Z no es sino un vil traidor. Los Despertados buscaban un acuerdo, el compuesto Z a cambio de liberar a la humanidad.

Nuestro director se negó, condenando a los humanos a vivir recluidos en las Reservas.

Rayo Escarlata da un paso al frente. Ni siquiera sé de dónde ha salido, pero su ceño fruncido me revela que no está conforme con lo que digo.

—Eso son acusaciones muy graves, comandante Liverman. ¿Tienes pruebas de lo que estás afirmando?

Doy un paso al lado y señalo el cuerpo de Hagel. Robert, al reparar por primera vez en él, ahoga un grito. Cae de rodillas ante el cuerpo de su mejor amigo, con los ojos anegados en lágrimas. Frida corre a sostenerme en su lugar.

Mantengo la cabeza alta y la mirada firme.

—Este era el comandante Hagel. Se alió con el director para matarme a mí y a mis amigas. Lo consiguió con la general Starlight..., en paz descanse. Lord Z le cedió su poder. ¡Podía hacerlo desde el principio! Podríamos haber tenido todos acceso a él. Sin embargo, decidió guardarlo para sí mismo, sabiendo que así él sería el salvador de la humanidad, mientras las Reservas seguían sufriendo.

Robert se pone en pie y me mira con los ojos enrojecidos. Unos surcos húmedos recorren su cara ennegrecida por la batalla. ¿Me odia por haberlo matado?

—Nick era mi amigo —dice con la voz quebrada—. Sin embargo, doy fe de las palabras de Astria. Yo estaba observando este punto y no los vi hasta que ambos desactivaron su poder. El comandante Hagel era como un hermano para mí..., pero también era un traidor.

Gritos ahogados y una conmoción general recorren la plaza. La mayoría clama a mi favor. Sin embargo, otros parecen contrariados con nuestra explicación. Debo continuar. Tienen que comprenderlo.

—Ahora mismo Lord Z combate contra los Despertados. Él quiere la guerra; ellos, la paz. Vosotros elegís el bando. Yo lo tengo claro.

—¿Cómo sabes que el Despertado no te engaña? —pregunta Rayo Escarlata, pasándose una mano por el cabello rojizo—. ¿Cómo puedes confiar en esos engendros?

—¡Él me dio el poder! —contesto muy segura de mí misma—. ¿Para qué darme la habilidad más poderosa del mundo si puedo utilizarla en su contra? Asaltó la Academia para conseguir la fórmula del compuesto Z y marcharse. Los zombis atacan a los humanos porque no tienen alternativa. Pero podemos dársela. Todos podemos aspirar a un futuro que no consista solo en sobrevivir, sino en el que podamos, simple y llanamente..., vivir.

Más murmullos, más dudas. Mis palabras, en lugar de unir a la gente, parecen abrir grietas.

—Yo lucharé a tu lado —dice entonces una voz potente.

Marisa Heller, Niebla. La subdirectora de la Academia se coloca junto a mí y observa altiva a la muchedumbre. Pocos se atreven a sostenerle la mirada, pero veo todavía muchas dudas en sus rostros.

—Yo también lucharé contigo —se suma Victor Delacroix, Acorazado.

—No podéis hablar en serio —dice Rayo llevándose las manos a la cabeza.

—Elige tu bando, Liam, y no cuestiones a los demás —sisea el Coronel Roto, que se coloca junto a mí.

Mis escuadrones y unos cuantos soldados se colocan junto a los tres profesores que han hablado en mi favor. Mis padres también, aunque me sorprendo al descubrir que apenas queda un pequeño grupo de supervivientes del Hoyo.

Al otro lado de la plaza quedan Rayo Escarlata —Liam, al parecer — con el resto de los profesores y los Exterminadores más

veteranos, leales a Lord Z. Estamos en clara minoría.

Liam avanza hasta mí y, durante un instante, creo que se va a disculpar. Entonces se agacha sobre el cuerpo de Hagel y se lo echa al hombro.

—Esto no quedará así. Regresaremos con el director y recuperaremos la Academia.

Para mi sorpresa, da media vuelta y se encamina a la salida.

—No os estamos echando. —Frunzo el ceño.

—Tampoco queremos quedarnos en un lugar donde se mancilla el nombre de nuestro líder. Saborea esta victoria, Liverman, te aseguro que se convertirá en ceniza en tu boca.

—Pero yo...

—Déjalo, chica —me interrumpe Victor—. Ha tomado su decisión.

Rayo Escarlata y su grupo abandonan la Academia, saliendo por la puerta principal hacia el Yermo. Me temo que, en el fondo, saben que mi poder podría acabar con ellos en una milésima de segundo.

—¿Adónde van? —me pregunto en voz alta.

—Hay una vieja base a un par de kilómetros de aquí —explica Marisa—. Imagino que se establecerán allí.

—Yo no quería llegar a esto, Marisa.

—Saben que no pueden quedarse —dice Victor negando con la cabeza—. No quieren contrariar al director.

Mientras aquellos que se oponen a mí abandonan la Academia, el resto se vuelve hacia mí. Morty, con el casco bajo el brazo, se atreve a decir en voz alta lo que todos se preguntan.

—¿Qué vamos a hacer ahora, comandante?

Miro al Coronel Roto y recuerdo sus enseñanzas a la perfección.

—Si queremos la paz, tenemos que prepararnos para la guerra.

Un murmullo de inquietud recorre toda la plaza, cuando, de repente, un estruendo sacude la entrada. Avanzamos hacia las

enormes puertas de acero frente a las que tantas veces estuvimos a punto de morir. O, al menos, así lo creímos.

Ante nosotros, en una vorágine de rayos púrpura y escarlata, Ash y Lord Z están luchando. Inmóviles, chocando las manos, un aura de energía los envuelve. Miro a mi alrededor y comprendo que el tiempo está transcurriendo de forma normal; son ellos los que parecen congelados. Un estallido de poder inunda todo el Yermo, y tanto el Despertado como Lord Z caen inconscientes.

Los hombres de Liam se apresuran a recoger el cuerpo del director. Yo corro hacia el de Ashford, seguida por Robert y mis padres. Por un instante, temo que quieran iniciar otra pelea, pero solo nos miran con desprecio antes de dar media vuelta.

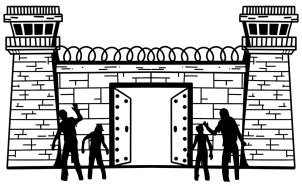
Entonces Liam, con el cadáver de Nick aún en sus brazos, me señala y profiere su amenaza.

—En cuanto el director se recupere, regresaremos a por lo que es suyo.

Mis padres se encargan de cargar el cuerpo de Ashford. Yo me cruzo de brazos y lo miro desafiante. No necesito hablar para transmitir lo que dicen mis ojos.

«Esperaremos».

35



LA CALMA QUE PRECEDE A LA TORMENTA

Despejar la plaza requiere más tiempo de lo que había imaginado. Con las fuerzas mermadas, cansados y magullados, llevamos un par de días sacando cadáveres de zombis en carretilla fuera de la Academia para agruparlos en piras. Varios guardias vigilan los cuatro costados de las murallas en turnos rotativos, las veinticuatro horas, aguardando la temida llegada del director y su séquito.

Tras el recuento, mis fuerzas de combate se reducen a cinco escuadrones completos y el grupo de civiles rebeldes. Menos de doscientos efectivos. Con Liam y el director se marchó el grueso del ejército. Según los cálculos de Marisa, cuentan con más de mil soldados. Una proporción de cinco a uno, y eso sin contar que la mayoría de mis hombres son de primer año.

Por lo menos tenemos a Ash.

El Despertado se ha recuperado de sus heridas bajo la inquieta mirada de mis hombres. Tras liberarse de sus harapos, equiparse con una de las armaduras —la más grande que teníamos— y

colocarse un casco de tercera generación, no tiene un aspecto tan temible. Casi parece... uno de los nuestros.

Gracias a su capacidad de controlar a los zombis, ha situado las hordas alrededor de la fortaleza y, de alguna forma, su poder nos indicará si se acerca el enemigo. No obstante, él y yo nos turnamos para vigilar el perímetro; si Lord Z apareciese y nos pillase a los dos con la guardia baja, su poder podría terminar con todas nuestras fuerzas en un instante. Es lo que tememos que ocurra.

Por suerte, los Intactos apenas necesitamos dormir. Alguna ventaja tenía que tener esto de ser una zombi. Ash, por su parte, ni siquiera recuerda cómo se duerme; aun así, lo obligo a descansar cuando le relevo de su turno de vigilancia. La preparación para la batalla requiere de pausas estratégicas.

Amanece el tercer día desde que Rayo Escarlata huyó con Zack. De todos los profesores que esperaba que me dieran la espalda, Liam era mi última opción. Siempre sonriente, siempre amable. Y, sin embargo, fue el primero en ponerse en mi contra.

Si algo he aprendido en estos meses es que las apariencias engañan; la primera impresión, el aspecto, confunde nuestros sentidos. Nos obliga a formarnos una imagen de la persona que, en muchas ocasiones, puede ser totalmente opuesta a la realidad.

No hay que dar nada por sentado.

Me equivoqué con Frida cuando la conocí. Me equivoqué con Robert. No pude estar más confundida con Lord Z. Mierda, casi le vuelo la cabeza a Victor, es decir, Acorazado, y ahora es uno de mis mayores aliados.

Y por encima de todo, me equivoqué con Ash. Pensaba que era un monstruo, un engendro asesino. Ahora veo a través de él la verdad. Tan solo es un ser que intenta salvar a los suyos.

A los nuestros.

En mi defensa, debo decir que con Hagel no me equivoqué. Ese cabrón fue un mierda desde el principio hasta el final.

Aún me parece increíble pensar que en el fondo de esos zombis aún hay una persona viva, un fragmento de conciencia. Si podemos darles el complejo Z para que podamos coexistir, ¿por qué no hacerlo? Han hecho falta trescientos años para que el sentido común logre imponerse.

Y es que, a pesar de los ataques, comprendo las motivaciones de Ash. Nuestras conversaciones en estos días me han hecho ver que no es el monstruo que pintaba el director, sino un ser torturado por los siglos de fracasos, que solo busca la libertad para su gente.

Tras revisar los documentos del despacho de Zack, hemos comprobado que la producción de compuesto Z se puede realizar a gran escala cambiando el proceso. Frida dice que, siguiendo los estudios del doctor Starlight, podría llegar a ser sintético, sin utilizar cadáveres humanos. En pocos meses, todos los zombis podrán disponer de su dosis para calmar esa hambre incesante. Una sola pastilla lograría aplacar el instinto homicida de cualquier no muerto durante casi un año. Y, aunque ese tiempo disminuye cuanto mayor sea la clase, es una producción que podríamos mantener sin problemas para garantizar la paz. Los cálculos los ha hecho Frida, así que no podría estar más convencida. La auténtica paz es posible.

Las piras funerarias arden con intensidad y su calor ondula el horizonte. Me apoyo en la baranda de la muralla, recordando nuestros días en Épsilon, luchando en las barricadas improvisadas contra un enemigo que, en realidad, no era tal. Los zombis estaban controlados por Ash para evitar que Zack me matara con sus propias manos.

Él fue nuestro auténtico maestro de supervivencia en el Yermo.

El olor a carne quemada alcanza la Academia; no nos hemos permitido el lujo de arrastrar los cadáveres muy lejos. A mi izquierda arden piras descomunales, donde Devorados y Dañados se descomponen en ceniza. A mi derecha, una hoguera más reducida crepita con los cuerpos de mis compañeros Intactos. El recuento de bajas ha sido brutal: treinta y cuatro Intactos y más de seiscientos de zombis. Aunque los soldados que han muerto eran veteranos, y ahora estarían seguramente bajo las órdenes de Zack y Liam. Pero me duele pensar que murieron en una batalla innecesaria.

—Siento lo de los Exterminadores. —Ash está a mi lado, con el fuego reflejándose en sus ojos que reflejan el mismo tono rojizo—. No deberíamos haber llegado a esto. Puedo controlar a los míos, pero llega un punto en el que tantas mentes me desbordan, por simples que parezcan. Como pasó en la Octava. No pretendía que hubiera bajas.

—¿Que tú lo lamentas? —pregunto asombrada—. ¡Mira las piras de los zombis! Hay veinte veces más bajas entre los tuyos. Ninguno de estos seres habría muerto si Zack se hubiera dignado a escuchar.

Ash me mira con lo que supongo que es su ceño fruncido.

—¿Ahora te refieres a Zacharias como Zack? Pensaba que lo llamabais Lord Z.

Suspiro y niego con la cabeza.

—Perdió ese título en el momento en que descubrí que había vendido a la humanidad.

Ash hace una mueca que interpreto como una sonrisa.

—Me gusta más el nombre que te han puesto a ti. Creo que te lo has ganado.

Doy un bufido y me dirijo a las escaleras. Ash me sigue a unos pasos.

—No me hagas hablar de eso.

Cuando entro en la sala de comandancia, todos me están esperando. En la descomunal mesa redonda se sientan mis comandantes: Frida y Robert para los escuadrones novatos. Marisa —Niebla—, Victor —Acorazado— y Reinard —Coronel Roto— para los escuadrones más veteranos, y mis padres, Francis y Alvia, para el grupo de rebeldes. Tenemos que definir nuestro plan de defensa. Y no serán decisiones sencillas.

El enorme reloj que gobierna la sala marca las cinco y veinte de la mañana.

—¿No habíamos quedado a y media? —pregunto extrañada.

—Así es, directora. —Frida se encoge de hombros y yo contengo el aliento al escuchar mi nuevo título: «directora»—. Supongo que aquí somos todos muy puntuales. Teniendo en cuenta el huso horario adaptado de las Reservas, diría que...

—La situación apremia —zanja Victor, dando un golpe en la mesa.

Frida traga saliva y mira al musculado profesor calvo, pero asiente y le mantiene la mirada firme. Cada vez lo hace mejor. Le dedico una sonrisa.

—Todo está tranquilo en el horizonte —dice Ash—, pero debemos ser precavidos y ágiles. Zacharias podría utilizar la Chispa Mortal en cualquier momento, y únicamente Astria y yo podríamos enfrentarnos a él.

—Directora —me llama Reinard, ratificando mi cargo—, dijiste que Lord... que Zack compartió su Chispa con el comandante Hagel. ¿Podrías hacer tú lo mismo?

Lo cierto es que no tengo ni idea, y cada vez que me llaman directora el estómago se me encoge un poco más. Le lanzo una mirada desesperada a Ash, en busca de respuestas en sus siglos de sabiduría.

—Cuando derrotaste al acólito de Zacharias, absorbiste parte de su Chispa —dice pensativo—. La tuya aún no está del todo asentada, por lo que es más inestable. Podrías compartir tu habilidad con una persona —se queda en silencio un instante, pensativo—. Tal vez con tres, si consigues repartirlo de forma adecuada. Debéis saber que tanto lo de Astria como lo de vuestro antiguo líder son cesiones temporales, y podréis utilizar la Chispa unos minutos como mucho. En mi caso, soy incapaz de transmitir mi poder y controlar a los zombis al mismo tiempo.

—¿Podemos hacerlo ahora? —pregunta Marisa.

Mis comandantes se miran entre sí expectantes, pero yo tengo claro a quién le voy a prestar mi poder. Ash asiente y se coloca a mi lado.

—Marisa, Victor, Reinard; acercaos, por favor.

Mis antiguos profesores se levantan, Marisa parece algo aturdida.

—¿Nosotros? Están tus padres, tus amigos...

—Por eso os elijo, profesora —digo sonriente—. Ellos son mis amigos, mi familia. Vosotros sois los mejores comandantes y guerreros. Entre los tres sumáis más años de experiencia que el propio Zack. Cualquier otra opción sería absurda. El poder será más útil en vuestras manos.

—¿Y si decidimos traicionarte? —pregunta Victor con la ceja alzada.

Me quedo en silencio durante un instante y recuerdo las palabras del exdirector. Unas palabras que me hicieron confiar en Hagel y que conllevaron la muerte de mi amiga. Pero no por ello menos ciertas.

—No daré nada por sentado; aun así, debo confiar en vosotros, porque sois mis compañeros. Aunque os haya odiado, incluso aunque aún lo haga. Un buen líder debe aprovechar aquello de lo que disponga, por complicado que sea. Y yo tengo a los mejores.

Victor asiente y me pone una mano en el hombro.

—Sabias palabras, directora.

—Las heredé de mi predecesor —digo con una sonrisa triste—. No perdamos tiempo, el enemigo puede llegar en cualquier momento. Ash, ¿nos indicas cómo proceder?

El Despertado se coloca entre nosotros y me señala el centro del pecho.

—Concéntrate en esta zona y trata de usar la Chispa.

Sigo sus instrucciones. El vello de los brazos se me eriza y los rayos púrpuras los recorren, vibrantes. Miro a los ojos a Ash, que está concentrado en el punto que ha señalado. Lo imito y me enfoco en esa posición exacta, y al instante siento cómo la energía se empieza a acumular justo ante la punta de su dedo.

Una bola de energía violeta crece y crece hasta convertirse en una pequeña esfera brillante. El tiempo parece estar a punto de cristalizarse, como ese momento en el que todo es un borrón a mi alrededor. Me encanta sentir que el mundo deja de tener sentido durante un instante.

—¡Para!

Abro mucho los ojos y pierdo la concentración a causa del bramido de Ash. Él toma la bola de energía y, como si fuera una pelota de goma, la estruja y la lleva ante los profesores.

—¡Tocadla!

Los tres lo hacen al mismo tiempo y se estremecen, como si les hubiera golpeado un rayo. Tiemblan durante unos segundos, hasta que la bola de luz desaparece, consumida. Ponen los ojos en blanco y un instante más tarde caen fulminados, como si los hubiesen noqueado.

—¡No! —grito angustiada.

—Tranquila, están bien —dice Ash, mucho más relajado—. Solo necesitan algo de tiempo para reponerse del don que han recibido.

Desde el otro lado de la sala, Robert me observa. Hasta ahora no había reparado en él. Tiene una expresión turbada; creo que no le ha gustado que no comparta la Chispa Mortal con él.

No lo ha entendido. Si se la doy a estos soldados experimentados es precisamente porque quiero que lo protejan. Porque no quiero que le pase nada malo.

Porque me importa.

Mis padres me observan con una mirada muy diferente. Si tuviera que jugármela, diría que es orgullo. Aunque no estoy segura. Ambos son Intactos, y sus poderes son impresionantes. La energía gravitacional de Francis es una habilidad curiosa, pero nos ha ayudado en gran parte a limpiar la plaza exterior. Las corrientes de aire de mi madre, por su parte, han ayudado a avivar las hogueras y trasladar los cuerpos. Y verla volar es... espectacular.

Ellos estarán a salvo incluso sin la ayuda de mi don. Ahora que tienen acceso al compuesto Z, pueden utilizar sus poderes sin límite, lo que nos dará una gran ventaja en la batalla.

Frida se limita a mirarme y sonreír. Es consciente de que quiero protegerla bajo cualquier concepto, aun sabiendo que, como general, va a estar expuesta en la batalla.

Los tres caídos murmuran en el suelo. Están recuperando la consciencia.

—No siendo nada diferente —dice Reinard, poniéndose en pie.

—Lo sentirás cuando lo necesites —responde tajante Victor.

Vuelven a tomar asiento como si no acabaran de ser electrocutados por mi Chispa Mortal.

—Tenemos que repasar el plan —comento, acercándome al puesto central y acariciando el metal helado de la mesa con las puntas de

los dedos.

—¿Otra vez? —pregunta Robert confuso.

—Cada día hasta que aparezcan —gruñe Victor cabreado—. Para que nadie olvide su posición. Prosigue, directora. Mis disculpas por la interrupción.

—Es importante recordar cómo desplegarnos —insisto—. Los escuadrones de Victor, Marisa y Reinard lucharán en vanguardia, en las murallas frontales. Los hombres de Hunter se mantendrán en la retaguardia, abasteciendo a las tropas en el frente y asegurando los suministros. Los rebeldes nos darán apoyo aéreo y terrestre, a bordo de los vehículos que tenemos disponibles. Por último, el escuadrón de Frida descenderá a la estación y continuará los trabajos para despejar las vías.

—Aún no me puedo creer que Zack destruyera a propósito nuestra única vía de escape para evitar tu regreso —dice Victor y, por primera vez, veo que está realmente afectado.

—Sigo pensando que destinar mi escuadrón a tareas de limpieza en mitad de una batalla... —empieza a protestar Frida.

—Frida —la corto—, necesitamos una ruta de escape. Si para cuando Lord Z ataque ya se han despejado las vías, tus tropas irán a la retaguardia con el escuadrón de Hunter. Sin embargo, si nos atacan y aún no tenemos esa ruta abierta, tendremos un problema muy serio si toman la Academia.

—¡Pero la Academia es inexpugnable! —insiste airada.

—La Academia ha sido su fortín durante más de tres siglos —dice Marisa con una voz calmada y suave—. Si tenía esos explosivos dispuestos en las vías del tren, ¿qué más nos ha estado ocultando? No sabemos qué puede tener preparado aquí. No estamos a salvo.

—Toda precaución es poca —añade Reinard.

—No hay que dar nada por sentado, Frida. Tú me lo enseñaste.

Ella se revuelve incómoda y el grandullón sale a su rescate.

—Si las tareas de limpieza se alargan demasiado, mi escuadrón podría relevar al de Frida —sugiere Robert con los ojos fijos en mí, interrogándome con la mirada.

Me contengo de soltar un bufido; estos dos no tienen remedio.

—Si llegásemos a ese punto podríamos valorarlo —digo a regañadientes.

Cierro los ojos y, durante un instante, pienso en Lisa. En su sacrificio. En que, si estoy aquí, ahora, es gracias a ella. Miro a Frida. La estación es el lugar más seguro. Ash ha alejado a los zombis de las vías y el escuadrón de mi amiga tan solo tiene que retirar escombros. No combatirá. Cumpliré mi promesa.

La protegeré.

—Recordad, no luchamos por sobrevivir, luchamos por vivir. Y daremos hasta el último aliento por nuestros ideales. Un mundo libre para todos es posible, si nos empeñamos lo suficiente en creer en él. Debemos tener en cuenta el...

—¡Directora! —grita la voz de Morty.

Al darme la vuelta distingo su figura en el umbral, jadeando. La urgencia de su llamada hace que me olvide de lo que estaba diciendo.

—Capitán, informa.

Morty se pone muy firme y, a pesar del casco, sé que está sonriendo, henchido de orgullo.

—Será mejor que lo veáis por vosotros mismos. En la muralla.

Cuando vuelvo a subir a la muralla, el sol ya brilla en el cielo y las hogueras arden con menor intensidad que hace un rato. Más allá de la masa de zombis que bloquea el paso, el horizonte está recortado por la presencia de cientos de enemigos. Firmes como un palo, encontramos dos soldados con ropajes negros y casco de

Exterminador que nos hacen el saludo militar. Son los espías que trabajan a las órdenes de Coronel Roto, que ha enviado varios grupos a investigar al enemigo.

Morty, que sigue jadeando tras el trote de vuelta a la muralla, nos da las explicaciones pertinentes.

—Tenía guardia en la puerta y los he visto regresar. —Todas las miradas se enfocan en Reinard, que observa a Morty impasible.

Uno de los espías da un paso al frente hacia Reinard. Al hablar, suena una voz femenina.

—Las tropas se han movilizado más rápido de lo esperado, señor. Lamentamos no avisar con más antelación de su llegada.

Reinard hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Lo habéis hecho lo mejor que habéis podido. ¿Qué nos podéis contar?

—Se acerca un mensajero de Lord... esto... de Zack. Y entre sus tropas se comenta que tienen un arma secreta.

—¿Qué tipo de arma? —pregunta Robert.

—No hemos podido descubrirlo. De nuevo, sentimos no ser de más ayuda.

—Lo hecho, hecho está —suspiro observando las tropas que se detienen más allá del muro de zombis—. Ash, deja pasar al mensajero.

Un pasillo se abre y una figura solitaria lo atraviesa. Al llegar ante el muro, alza la mirada y se quita el casco. Una cabellera roja inconfundible asoma sobre un rostro sonriente.

—El puto Liam Riddick —dice Victor con desprecio—. ¿A qué sabe el culo de Zack? ¿Te has quedado a gusto?

—¿Has terminado de ser tan gilipollas, Delacroix? —le responde Rayo Escarlata ampliando su sonrisa. Esa mueca tan falsa, esa alegría indiferente que me engañó—. Traigo un mensaje para

vosotros. Entregad la Academia y a la señorita Liverman. Los demás os podéis marchar. No sufriréis daño alguno. Si os negáis..., arrasaremos con todo.

—Bueno, Liam —proyecto mi voz—, en primer lugar, os marchasteis por voluntad propia, ¿con qué derecho vuelves ahora reclamando la Academia? ¡Si tú mismo la entregaste! Y resulta que, para vuestra desgracia, yo estoy al mando. Así que no cuentes con que vaya a acompañarte.

Mi antiguo profesor recorre la muralla con una mirada de asombro y perplejidad.

—¿Tú? ¿Habéis puesto a esta niñata al mando? —Profiere una carcajada—. ¿Qué cojones te pasa, Marisa?

—Esta chica ha hecho más por la humanidad en un mes que nosotros en cien años, Liam —responde ella, aparentando indiferencia—. No entiendo cómo puedes apoyar a Zack, después de todo.

—Déjame pensar... —Se da unos toques burlones en el mentón, y entonces su sonrisa desaparece—. ¿Porque él no está aliado con los jodidos zombis y no mata a sus compañeros? —Señala a Ash—. ¿Estás ciega, joder? ¿No ves que es un puto Devorado que ha aprendido a hablar?

Las manos me tiemblan de la rabia. Recuerdo la pista, a mis compañeras del orfanato aplastadas contra el muro de zombis. Pienso en Elsa, en su última mirada de terror antes de que le reventaran la cabeza a distancia. Tengo presente a Lisa y su sacrificio para que yo pudiera vivir.

—¿Que no mata a sus compañeros? —Mi voz suena fría y contundente como un carámbano de hielo—. Puto hipócrita de mierda. Llegamos mil personas hace dos meses; apenas quedamos cien. ¿Cómo llamas a eso?

Liam se encoge de hombros y sonríe con malicia mirando a Victor.

—¿Clases de supervivencia?

Las chispas púrpuras brillan a mi alrededor, Ash sisea a mi lado.

—Cuidado, Astria.

Demasiado tarde.

—¡Dile a tu dueño que le jodan! —estallo furiosa—. ¡Y que te jodan a ti también! Venid aquí con todo lo que tengáis. Os voy a reventar.

—Le trasladaré tus deseos, querida niña. —Hace una reverencia irónica y se da la vuelta.

Lisa no murió para esto, debo ser mejor de lo que fui. Observo con firmeza la silueta del profesor que desaparece tras el muro de zombis. Me giro hacia mis generales, las personas en las que más confío en el mundo, y, de algún modo, siento esperanza. Quizás podemos ganar, quizás podemos cumplir el sueño.

—Es hora de prepararse —les digo con una sonrisa, porque la ira ha desaparecido— para crear un futuro mejor.

Descendemos de nuevo hacia la explanada para repasar una última vez el plan de defensa. Morty se queda vigilando en el parapeto y me dedica un efusivo movimiento de manos como despedida.

—No tardará en atacar —dice mi padre—. Aunque, conociéndolo, deberíamos estar preparados para...

La tierra tiembla bajo nuestros pies y un estruendo ensordecedor reduce mi audición a un pitido agudo. El polvo nos envuelve y se filtra a mis pulmones, haciéndome toser con violencia.

—¡Astria! —escucho la voz de Robert muy cerca, pero no veo nada.

—Estoy aquí. Estoy bien —digo entre toses—. ¿Os encontráis todos bien?

—¡Sí! —dice la voz de Frida. Los profesores y mis padres también confirman que se encuentran bien.

¿Qué ha pasado?

No es hasta que el polvo se asienta un poco que descubrimos boquiabiertos que la situación es mucho más jodida de lo que pensábamos.

Lord Z ha volado por los aires la muralla frontal de la Academia Z.

Corro hacia la destrucción. Morty estaba ahí arriba, tengo que rescatarlo. Busco desesperada entre las ruinas humeantes de lo que queda de la muralla. Tras retirar varios cascotes y trozos de roca, Robert me alcanza. Trata de disuadirme, pidiéndome que regrese a la base.

Al final, se da por vencido y me ayuda a buscar.

No tardamos mucho en encontrar el cadáver de nuestro amigo. Se me cae el alma a los pies cuando retiramos una sección del muro para encontrar su cuerpo. Un cascote descomunal le aplastó el cráneo, casco incluido. Espero que su muerte fuese rápida e indolora.

Me caigo de rodillas, con lágrimas en los ojos. Sé que le he fallado. Confió en mí, y ahora está muerto.

Mis padres y Frida retiran los escombros y recogen el cuerpo sin vida del muchacho, que entregan a uno de los Exterminadores que han acudido tras el estruendo.

Las lágrimas dan paso a la ira, y una furia desbocada prende en mi interior cuando Ashford me alcanza. Observo el Yermo. La barrera de zombis que el Despertado controla nos aísla del ejército de Lord Z, aunque no por mucho tiempo. Me pongo en pie y miro a mis generales.

—Es hora de poner en marcha nuestro plan. Ash, en cuanto las tropas estén listas, abre paso al ejército de Zack entre el muro de

zombis. ¿Crees que podrán resistir?

Ash se concentra, con la mirada perdida en el horizonte.

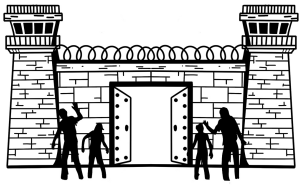
—Sí. La gente de Zacharías no los está atacando para abrirse paso. Están esperando.

Hijo de puta. Sabe que los vamos a dejar pasar. Conoce nuestro odio.

No importa. Por los caídos. Por los que vendrán después.

Esto acaba hoy.

36



DONDE REINA LA IRA, NO HAY LUGAR PARA LA...

Cuando trazas un plan de ataque en una sala llena de comandantes, todo es pulcro y ordenado. Las líneas de acción son claras; las estrategias, sólidas. Las tropas están en su sitio en el momento adecuado y avanzan según lo previsto. Podría decirse que, sobre el papel, la guerra es perfecta.

Sin embargo, la batalla real es un puto caos.

Aparto un soldado que se retuerce con las tripas colgando de un tajo en la barriga; ni siquiera sé si es amigo o enemigo, tan solo que está en mi camino y me estorba. La tecnología de nuestros cascos hace que luchar con armas de fuego sea tan inútil como tirar piedras con la mano contra un muro de hormigón.

Por eso combatimos cuerpo a cuerpo.

Los disparos proceden de los helicópteros que sobrevuelan el exterior de la Academia, que ahora se ha convertido en un campo de

batalla. Lo ideal habría sido defender la fortaleza desde su interior, pero no contábamos con los explosivos. Tal y como decía Marisa, este lugar ha sido su hogar por más de tres siglos.

Y lo primero que ha hecho Zack al llegar a la Academia ha sido volar por los aires toda su muralla frontal.

A estas alturas, no debería sorprenderme nada de lo que haga ese psicópata. Me consuela saber que fuimos precavidos y las bajas han sido mínimas. Eso no hace menos dolorosa la muerte de Morty. El pobre muchacho tenía tantas ganas de vivir... Y Zack ha terminado con todas sus esperanzas. La sangre me hierve solo de pensar en ello.

La Academia ya no es un lugar seguro, por lo que tenemos que combatir en el Yermo, entre las hogueras humeantes de los caídos en la batalla anterior.

Tengo doce dagas ocultas por todo el cuerpo, además de mis cuchillos largos de combate; si debo hacer honor a ese nuevo mote que me han puesto, no puede ser de otro modo.

No hay ni rastro de Zack. Lo busco desesperada entre sus tropas, pero parece haberse desvanecido como el humo de las piras al llegar a cierta altura. Tengo que detenerlo antes de que esta masacre vaya a más. ¿Quién sabe qué otros trucos guarda bajo la manga?

Mis tropas están bien dirigidas por Victor, Marisa y Reinard; sin embargo, la falta de experiencia es notable y los Exterminadores de Zack sobrepasan en habilidad a mis soldados. La gran mayoría tan solo tienen sentidos aumentados, pero hay Exterminadores enemigos de Rango nueve, con la habilidad de la superfuerza, como la que tenía Hagel. Esos están haciendo estragos en las primeras filas. Algunos de rango siete, con el mismo poder que Rayo Escarlata, acumulan impactos para soltar rayos de energía rojos que resplandecen entre las tropas. Por suerte, en ningún bando hay

muchos soldados de rangos superiores: la mayoría están en misiones en otras Reservas. De lo contrario, este combate sería una auténtica carnicería.

Ash ha permitido que pasen a través del muro de zombis y ahora tienen que cubrir la retaguardia. Su impresionante ejército de no muertos es la única ventaja táctica que tenemos en estos momentos y la estamos aprovechando. Si deben ocuparse de luchar en dos frentes al mismo tiempo, tenemos una oportunidad.

Nadie ha activado su Chispa Mortal hasta el momento, ni en mi bando ni en el suyo; todos esperamos pacientes a que el adversario dé el primer paso, a que se equivoque. Si la situación se alarga demasiado, creo que ese error lo tendré que cometer yo misma.

Un cuchillo aparece de la nada. Una mano experta lo dirige a la ranura entre mi cuello y mi cabeza. Lo esquivo justo a tiempo, pero tropiezo con otro cuerpo y caigo de bruces al suelo. Noto cómo el enemigo me apuñala por la espalda. Si fuese humana, ya estaría muerta.

Me doy la vuelta entre una puñalada y la siguiente y pateo la entrepierna de mi rival. Se queda sin aire un segundo, que aprovecho para incorporarme. Las heridas de la espalda duelen a rabiar, y la noto caliente y húmeda por la sangre. Ataco al soldado por el costado, clavándole el cuchillo entre las costillas. Él se repone de su impresión inicial y dirige la hoja de nuevo hacia mi cabeza. Golpea el casco, que se quiebra en una fina rendija que cruza mi campo de visión. De un empujón, me vuelve a tirar al suelo, esta vez boca arriba. Salta a horcajadas sobre mí y trata de matarme descargando su arma contra el cristal con ambas manos. Debe tener la fuerza mejorada como poder, porque me va a destrozar el cráneo.

Joder, ¿voy a morir así?

A través de su cristal, veo unos ojos furiosos que quieren destruirme. Quizás este es mi final. Aunque no es justo, la vida rara vez suele serlo. No obstante, no me iré sin luchar.

Clavo mis cuchillos en sus costados, él grita, pero me sigue golpeando con una furia ciega. Una nueva rendija se abre en mi visera, que no resistirá mucho más.

Retuerzo las hojas clavadas entre sus costillas. No parece tener ningún efecto. Apenas llevo unos minutos combatiendo. Me concentro para activar la Chispa. No queda otro remedio, es eso o morir.

De repente, una mano enguantada atraviesa el casco. Es translúcida, como semitransparente. A pesar de la situación, me la quedo mirando embobada; ¿estoy delirando?

La mano se cierra en un puño y se vuelve sólida. Tanto el cristal del casco como la cabeza de mi enemigo explotan en mil pedazos. Trozos de hueso y sesos junto con un líquido cálido me ciegan unos instantes. Mi oponente cae a un lado, sin vida, y veo a Marisa, ahora cubierta de sangre.

—Directora, ¿estás bien?

Me tiende la mano ensangrentada, ahora completamente sólida, y me ayuda a incorporarme.

—Sí... —Aunque no sé si me ha oído por encima del estruendo de la batalla—. ¡Joder! Casi me mata.

—Ese era Ralph Porter. Lo llamaban el Inclemente. Uno de los mejores soldados de la Academia. Ha sido una lástima tener que matarlo. —Se agacha y se limpia la sangre en el cuerpo del muerto —. Siempre le decía que tenía que cuidar su espalda.

—¿Has visto a Zack?

Marisa coge el machete de Ralph y lo lanza en mi dirección. Por un instante creo que me está atacando, pero entonces la hoja se

clava en la junta del cuello de un soldado a mi espalda. El enemigo cae de rodillas, haciendo gárgaras con su propia sangre. Me encargo de quitarle el casco y rematarlo.

—Si no lo hemos visto aún, debe estar en la retaguardia.

—¡Puto cobarde! —grito asqueada.

—¡Astria!

Ash se acerca a mi posición arrastrando una espada larga que él mismo ha traído al combate. No alcanzo a comprender ese tipo de arma; tiene alcance, pero su peso hace que...

Un soldado se acerca por su izquierda y, de un tajo, Ash lo decapita. El cuello lanza sangre a pequeños chorros, como si creyese que su cabeza aún sigue en su posición y no varios metros a la derecha, rodando por el suelo. El Despertado sigue caminando hacia mí, impasible, mientras el cadáver cae tras él.

De acuerdo, quizás ese tipo de arma tenga sentido para un ser como Ash.

—Ash, Marisa dice que Zack debe encontrarse en la retaguardia.

El Despertado mira a mi profesora y asiente, sin dejar de observar a su alrededor.

—Entonces tendremos que buscarlo. ¡En marcha!

El estruendo de los helicópteros me sobresalta. El contingente de civiles de mis padres ha tomado los transportes aéreos y mi madre, sobrevolando el terreno con su poder, les indica dónde atacar. La idea era que tomaran también los vehículos terrestres, pero al destruir la muralla el paso quedó bloqueado. Nosotros mismos tuvimos que trepar los escombros para llegar al campo de batalla.

Marisa, Ash y yo nos alejamos del frente para rodear el ejército de Zack hasta la retaguardia. La profesora indica nuestra posición al resto de los generales mientras corremos veloces sobre la tierra muerta del Yermo. En la lejanía, vemos que una figura se separa de

la batalla y se dirige a nosotros. Cuando se acerca un poco más, capto al momento que se trata del exdirector. Hago una señal a Ash, que desvía un grupo de zombis para que nos rodeen.

Ahora Zack está aislado y somos tres contra uno. Se acerca sonriente, enfundado en su equipo de combate con un casco reforzado. Blande una espada fina y alargada, de casi dos metros. Nosotros estamos igual o mejor equipados que él, si no contamos los golpes de hace unos instantes. Hemos revisado nuestros trajes de combate una decena de veces para asegurarnos de que no hay oculto ningún dispositivo ideado por su retorcida mente. Creo que, al menos en ese aspecto, hemos actuado con prudencia.

—Hola, Astria.

Su voz me hiela la sangre. Zack avanza con calma, mientras los zombis se apartan a su paso. Se crea una especie de burbuja, un círculo entre él y nosotros tres. Los engendros parecen moverse más despacio, como si no quisieran perderse el enfrentamiento. No puedo evitar sonreír.

En el fondo, sé que está tan acojonado como yo.

—Al fin nos encontramos. —Trata de mantenerse sereno, pero he aprendido a ver lo que ocultan sus ojos plateados—. Vengo a recuperar lo que es mío... —observa los restos humeantes de la muralla y chasquea la lengua—. Lo que queda de ello.

Trato de desconcentrarlo en la primera ocasión que tengo.

—¿Qué clase de psicópata desquiciado destruye su propia casa?

Estamos a unos cinco pasos de distancia. Nos miramos desafiantes, pero nadie se acerca más. Compartimos la misma cautela.

—Uno que se ha preparado a lo largo de los siglos. —Hace una mueca burlona—. Cuando vives tanto tiempo, aprendes a estar listo para cualquier contingencia. Aunque a veces debo admitir que la

vida te sorprende con supervivientes como tú. Al impedir que ese inútil del Vertedero que contraté te matara, me recordaste algo que había olvidado: si quiero que una tarea se cumpla con excelencia, debo realizarla yo mismo.

No puedo disimular mi asombro. Mis ojos se abren contra mi voluntad, y mis palabras salen disparadas antes de que pueda contenerlas. Los recuerdos se amontonan en mi mente. Aquel último día en el Vertedero, en el que mi vida cambió. La traición de quien yo creía que era mi amigo. Y sus palabras cuando le pregunté por qué lo había hecho.

«Porque... la paga es demasiado buena».

—¿Tom? ¿También fue cosa tuya?

Su sonrisa de víbora me hace comprender que ha ganado en el juego psicológico. Me ha golpeado donde más duele.

Qué hijo de puta.

—Te metí en la lista para acabar contigo; no eras más que un cabo suelto —explica con una sonrisa sádica—. Cuando superaste la Criba, empecé a cabrearme. Se suponía que tendrías que haber muerto entonces y, sin embargo, ahí seguías, empeñada en vivir. No había sitio para ti en la Academia. No obstante, me debo a mis propias normas. El profesorado pensó en crear una nueva categoría para vosotros. Épsilon. Vi en ello una oportunidad de dejar que los zombis hicieran el trabajo sucio. No contaba con esta vil traición.

Miro a Marisa sorprendida, que niega compungida. ¿Ella nos envió al Yermo?

—Era la forma más eficiente de protegeros sin revelar nuestras intenciones —suspira—. Nosotros solos no somos rivales para él. La experiencia en el Yermo os curtió para la Forja más de lo que hubiésemos podido enseñaros en clase.

Zack prosigue con su diatriba.

—Te mandé con tus amigos a morir y aproveché para quitarme de encima al vástago del Legislador. Todo era perfecto. Y, aun así, te empeñaste en sobrevivir.

—No era lo que esperabas, ¿eh, Zacharías? —pregunta Ash con sorna.

El exdirector se encoge de hombros mientras se pasea mirándonos a los tres.

—Quise cambiar mi enfoque, atraerte a mí, hablarte de una supuesta sucesión. —Ríe entre dientes—. ¿Cómo creíste que iba a cederte mi poder? A ti. A una sucia y mugrienta niñata del Vertedero. Deberías haber muerto en la Forja. De nuevo, mi error fue mandar a un niño a hacer el trabajo de un hombre. Tenías razón en algo: Hagel resultó ser un completo inútil. No podría haber acabado contigo ni aunque te hubiera dejado atada a sus pies.

Lo está confesando todo, como si tal cosa. Claro, ahora que no tiene ningún aliado cerca que pueda ser testigo de sus mentiras. Que pueda ver quién es detrás de su máscara.

—Eres un monstruo —le espeto en voz baja.

—¿Monstruo? —Ensancha su sonrisa—. Soy el dios de este mundo. ¡Su guardián protector! Soy el escudo de la humanidad, la luz personificada.

—Ellos creen que el monstruo soy yo —dice Ash, cruzándose de brazos a mi lado—. Y no les falta razón; hemos luchado entre nosotros demasiado tiempo. Pero eso puede terminar hoy. Te escogí por esto, Astria. Por tus ganas de vivir, por tu voluntad para hacer lo correcto.

Observo los ojos plateados de Zack. Muertos. Vacíos. Y recuerdo a los caídos. A quienes debo estar hoy aquí. A quienes me han convertido en quien soy.

—Jamás podrás derrotarme, porque yo tengo algo que tú jamás tendrás.

—Por favor —dice él con media sonrisa—, ¡ilumíname.

—¡Astria!

Robert y Frida llegan por detrás, junto con Victor y Reinard. A mi derecha aterriza mi madre, que sostiene a Francis en brazos. Al apoyarse en el suelo, mi padre me guiña un ojo. Y en mi interior arde algo más poderoso que la ira, que la rabia, que la venganza.

El calor de la confianza.

—Tengo gente que me quiere. Una familia. Un motivo por el que luchar.

Miro a mis amigos, a mi familia, y sonrío. Ahora mismo me siento invencible, me siento...

—¡Basta! —Zack alza la voz, como un mandato divino—. Has tenido suerte, Liverman, hasta hoy.

Aprieto los puños y sonrío.

—*Directora* Liverman para ti —digo con sorna.

Él, a su vez, muestra una sonrisa despreocupada, pero el labio le tiembla y su cuello está tenso. Está muy cabreado y mis provocaciones van haciendo mella.

—¿Directora? No me hagas reír.

—La Academia la ha elegido —confirma Marisa dando un paso al frente—. Se ha ganado el puesto, y su sobrenombre.

—¿También te han dado un mote? —Parece realmente sorprendido.

No estoy muy contenta con él, pero, en vista de su turbación, decido aprovecharlo.

—Pues sí, Zack —dice Victor con fuego en la mirada—. Y a ti te hemos quitado el título y la posición; no te los mereces.

Aprieta los puños. Ya casi lo tengo. Un pequeño rayito escarlata rodea su mano izquierda y me indica que está a punto de estallar.

—¿Y cuál es ese gran renombre? ¿Cuál es ese temido sonido ante el que debería arrodillarme? ¿Aquel cuya sola mención debería causarme pavor?

En ese momento, como si lo hubiesen ensayado, mis generales se cuadran y hacen el saludo militar. Con Marisa al frente, gritan al unísono como una proclama:

—¡Lady Daga!

Zack da un paso atrás, con la boca abierta. La sorpresa se transforma en ira; una cosa es que lo humille con mis palabras, pero ver esa muestra de lealtad de las tropas...

Esa ha sido la gota que desata la tormenta.

La electricidad recorre su cuerpo mientras activa su Chispa Mortal. Me preparo para el borrón, para el momento en que todo se detiene.

El silencio del tiempo en pausa me envuelve. Zack, Ash y yo nos miramos, rodeados por nuestras Chispas. Dos contra uno: podemos vencer.

Los ojos de Zack se han vuelto completamente rojos y su Chispa, descontrolada, suelta ramalazos eléctricos en todas direcciones.

—¿Crees que puedes humillarme, maldita escoria? ¿Crees que puedes conmigo? ¡Soy una leyenda! Soy... ¡un dios!

Su ira me calma, sus gritos me relajan. Estoy ganando la partida emocional.

—Yo solo soy una niña del Vertedero, como bien has indicado. ¿No es humillante que vayas a morir a manos de alguien tan insignificante?

—¡Zorra inmunda! —grita fuera de sí, acusándome con el dedo—. Soy Lord Z, el único que mantiene a la humanidad con vida. Sin mí,

no hay nada. ¡Nada! ¿De verdad crees que soy tan imbécil como para venir aquí sin refuerzos?

Unas chispas rojas crepitan tras él, y veo con terror cómo se aproximan varias figuras. Primero aparece Rayo Escarlata, seguido por el resto de los profesores. Después veo algunos de los mejores generales de la Academia, quienes supuestamente estaban destinados en las Reservas. Todos envueltos en la Chispa Mortal escarlata. Pensaba que no los había convocado, que me había subestimado.

Estaba equivocada.

Y entonces abren paso, y el alma se me cae a los pies al ver al último componente de su grupo.

Nick Hagel.

O más bien el monstruo en el que se ha convertido. Es el mayor Devorado que he visto en mi vida, con más de cuatro metros de altura y el cuerpo repleto de protuberancias y masa deforme. Reconozco los rasgos de su rostro, su piel oscura y el hecho de que, de algún modo, sigue llevando sus putas gafas incrustadas en la cara.

El poder de la Chispa le recorre salvaje todo el cuerpo con chispazos carmesí.

—No puedo controlar a ese —me dice Ash.

—¿Echabas de menos a tu amigo Hagel? —pregunta Zack sonriente—. Qué milagros hace este Z modificado, ¿eh? Incluso con un cadáver con el cerebro destruido. Y solo tiene un objetivo en mente: matarte.

Así que esa era su arma secreta. Aquello de lo que nos habían alertado los espías. Un recuento rápido me seca la garganta. Nos superan en diez a uno. ¿Cómo ha podido compartir la Chispa con tanta gente? Eso me recuerda lo que dijo Ash.

—¿Cuánto tiempo podrán aguantar usando la Chispa?

—Unos pocos minutos —dice Ash—. Suficiente para que nos aniquilen.

Aunque nos enfrentemos a varios a la vez, muchos pueden escapar y aniquilar nuestras tropas indefensas. No contaba con tantos enemigos en el tiempo congelado. Estamos acabados.

Ash y yo cruzamos una mirada; asentimos. Sabemos que esto no acabará bien para nosotros, pero tenemos que luchar hasta el final. Espero que Frida tenga tiempo para escapar.

—¿Recuerdas nuestra segunda clase? —dice una voz masculina—. Espero que la notita que te dejé te fuese de utilidad.

Una mano firme me aprieta el hombro y otra me entrega un arma: el mismo revólver con el que le disparé delante del resto de los alumnos. Victor, Acorazado, me guiña un ojo. Visualizo la nota que nos salvó la vida: «Recuerda la segunda clase de Acorazado». ¿Fue él? ¿Él nos quiso ayudar desde el principio?

—En cuanto corra hacia ellos, dispárame. Y esta vez no falles.

—Yo...

—Te has ganado mi respeto, Lady Daga. No la cagues ahora.

Antes de que diga nada, sale disparado, con los rayos púrpuras envolviendo su uniforme militar. Zack parece sorprendido de que haya logrado compartir mis poderes. Alzo la pistola y disparo a Acorazado sin pensarlo demasiado, como hice hace unos meses. No tiene mucho sentido, pues la bala rebotará en su piel de acero. Él agarra a Zack y se abalanza sobre el resto de los profesores.

—¡Acelera el tiempo! Dale velocidad a la bala, ¡ya!

Miro a Ash y, entre los dos, forzamos que el tiempo fluya con normalidad. Aunque Zack trata de oponerse, le pilla por sorpresa y, durante un segundo, la bala vuela veloz hacia la calva cabeza de mi profesor.

Zack logra congelar el tiempo de nuevo y apartarse de Victor, y nosotros volvemos a empujar para acelerarlo otra vez.

Ante mi sorpresa, la cabeza de Victor Delacroix, conocido como Acorazado, explota en mil pedazos cuando la bala alcanza su nuca. Una bala expansiva. Los trozos de su cráneo, endurecidos como el acero en un último estertor de su poder, atraviesan los cristales de los cascos como lo haría una granada de fragmentación y, junto con mi profesor, más de quince generales enemigos caen fulminados, con sus cascos acribillados por la metralla.

Miro con terror el revólver en mi mano y lo dejo caer; un instante de vacilación justo para que Zack vuelva a detener el tiempo. La pistola se queda suspendida en el aire, a media caída. Respiro con dificultad.

—¡Mierda, Victor, puto lunático! —grita desquiciado el exdirector.

—¿Por... por qué lo ha hecho? —murmuro aturdida.

—Porque era el único modo de igualar las tornas —dice Reinard a mi espalda; tanto él como Marisa tienen mi Chispa activa—. Éramos cinco contra veinte, ahora somos cuatro contra siete. Era la decisión táctica correcta.

—¿Vas a lamentarte o vas a aprovechar la ventaja? —añade Marisa, aunque su voz no logra contener la emoción.

Sin pensarlo dos veces, me abalanzo sobre Zack sacando dos dagas de mi uniforme, las que llevo en los muslos. Trato de apuñalarlo, pero él se impulsa hacia atrás y rueda para evitar mi ataque. Es mucho más rápido que yo. Mi Chispa aún no está asentada, y se nota.

Zack se pone en pie con una acrobacia y me lanza un par de cuchilladas que me hieren en el hombro y el vientre, aunque son poco profundas. Trato de encajar unos tajos laterales que esquiva sin mucho esfuerzo. Consigo herirlo en el costado, solo para que él

se acerque a mí y me apuñale siete veces seguidas a la altura del riñón. Escupo sangre por la boca.

Oigo gritos a mi alrededor: Marisa, Reinard y Ash también están luchando. Nadie va a venir a salvarme. La batalla es cruenta, caótica y desesperada.

Una embestida desde mi derecha me tira al suelo y el monstruoso Hagel se abalanza sobre mí. Zack intenta apartarlo para acabar conmigo, y Nick le da tal zarpazo que lo lanza volando hacia atrás con un tajo cruzándole la cara. Me clava las garras en el hombro y chillo del dolor.

Entonces acerca su asquerosa cara hacia mí y me muerde.

Me clava los dientes, afilados como sierras, en la clavícula derecha, y un calor me invade la zona mientras la sangre chorrea de su monstruosa boca. ¡Hijo de puta!

En realidad, es la primera vez en mi vida que un zombi me muerde, y no tengo ni la más remota idea de lo que implica eso para alguien como yo. En principio, no podemos convertirnos en engendros después del fármaco final, pero Hagel es ahora una especie de zombi mutante, así que hago bien en temer por mi vida.

El dolor ciega cualquier otro pensamiento y me deja la mente en blanco. Trato de gritar, sin éxito, pues su garra me aferra el cuello. El desgraciado se relame y mastica la carne de mi hombro; parece que esté a punto de explotar del placer. Tras un largo gemido, vuelve a acercar la cara a mi hombro para seguir comiendo.

Pero yo estoy preparada.

Mi daga le revienta el cristal de las gafas y se incrusta en el ojo izquierdo. Hagel se sacude y se aparta a un lado, retorciéndose y gritando mientras intenta arrancársela. Pero sus zarpas son tan grandes y el mango es tan pequeño que no alcanza a sacárselo.

Me arrastro sobre él y saco otra de las dagas con mi brazo izquierdo; el derecho, por debajo de donde me ha mordido, me cuelga inerte como un lastre. Con un último esfuerzo, se la clavo en el ojo derecho, atravesando la otra lente de sus gafas, que le quedan aprisionadas bajo mis hojas.

Lo que queda de Nick Hagel da una última sacudida y se queda inmóvil, esta vez espero que para siempre.

—Ahora ya no te tendrás que volver a recolocar las gafas, cabronazo.

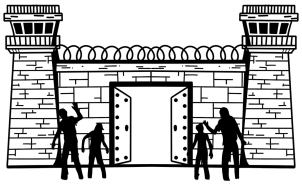
Me incorporo llevándome la mano útil a la herida, palpando el trozo de carne que ya no está. ¿Esto se regenerará o...?

Una fina hoja ensangrentada asoma entonces por mi vientre, y la mano fría y muerta del exdirector rodea mi cuerpo. Noto su aliento en mi oído, y una nota de felicidad en su voz, habitualmente muerta.

—Ya te tengo, maldita zorra.

Me temo que, ahora sí, este es mi final.

37



... ESPERANZA

Sola... Estoy tan sola...

No. No lo estás.

«¿Lisa?».

No puedes rendirte, Astria. Me lo prometiste.

«Estoy tan cansada...».

¡Astria!

Sangrando, exhausta y agonizante, me libero del abrazo de Zack y me enfrento a él.

—No puedo fallar —murmuro entre dientes—. Hice una promesa.

Me aferro a la espada que me atraviesa el abdomen. Los cortes en las manos chorrean sangre, pero ya no siento dolor. Un vacío se asienta en mi estómago y comprendo que alguien me ha arrancado la hoja de la espalda. Por el rabillo del ojo veo a Ash colocarse a mi lado. Sus ojos brillan en el mismo color púrpura que su Chispa Mortal.

—Estoy contigo, Astria.

Yo también. Puedes con él.

La voz de Lisa me reconforta. Sin embargo, mi calma se apaga tan pronto como escucho la risa de Zack, que arranca una de mis dagas de los ojos muertos de Hagel.

—¿Aún en pie, *Lady Daga*? —Zack blande la hoja hacia mí con una sonrisa—. Te daré un final digno de tu nombre. Dime, ¿por qué te empeñas en no morir?

Echo un vistazo a mi alrededor, al círculo de zombis inmóviles. A Marisa y Reinard luchando mano a mano contra Liam y el resto de los enemigos que han sobrevivido a la explosión de Victor.

La Academia semiderruida a mis espaldas.

Robert, Frida y mis padres con la mirada congelada en el tiempo.

Los helicópteros suspendidos en el cielo, con los humanos que luchan a nuestro lado.

Me sobran los motivos para vivir.

—Cuando llegué aquí, apenas tenía... —Toso escupiendo un poco de sangre—. Apenas tenía nada más que a mí misma. Este lugar, esta Academia, me ha dado una oportunidad. Una familia. Un propósito. En estos dos meses he vivido más que en todos mis años en el Vertedero. Y más de lo que muchos hayan podido experimentar en décadas. —Me agarro la herida, que chorrea sangre, y un intercambio de miradas con Ash me llena de valor—. ¿Te preguntas por qué lo hago? Ya te lo he dicho. Lo hago porque es lo correcto, porque no puedo permitir que te salgas con la tuya, cabrón desquiciado. Y por encima de todo, lo hago porque hice una promesa.

La mente se me despeja; una claridad que no había sentido jamás se apodera de mi pensamiento y veo ante mí la verdad: no se trata de un combate físico, sino de una lucha de estrategias. El ego de un loco que lleva setecientos años en el poder absoluto contra la

voluntad de una don nadie que quiere construir un futuro más brillante. Lisa tiene razón, no estoy sola, y debo proteger a aquellos que más me importan.

Unos aplausos secos me sobresaltan, Zack aplaude de forma rítmica con una palma contra su antebrazo.

—Bravo, Lady Daga. Excelente discurso, lástima que no haya nadie para escucharlo.

—Me encargaré de que la historia te trate como lo que eres. Un cabrón desgraciado, egoísta y mentiroso.

Zack se pone tan rojo como su Chispa, que empieza a vibrar descontrolada a su alrededor.

—¡Ya me tienes harto, desgraciada! ¡Muere de una puta vez!

Desde sus manos lanza unos rayos carmesíes que van directos a mi cabeza, pero Ash se interpone en su trayectoria. El Despertado vibra y tiembla mientras su Chispa trata de contener la de Zack.

—¡Vamos, Astria! —jadea el Despertado—. ¡Tienes que luchar!

El exdirector se ríe con un sonido estridente y chirriante, como si arañaran una pizarra.

—¡Hermano! Bastardo vanidoso, no me importa matarte otra vez.

Zack grita y los rayos salen con más fuerza y violencia. Envuelven a Ash y, aun en el vacío del tiempo congelado, alcanzo a oler el aroma de su carne quemada.

—¡No!

Ash cae, negruzco y debilitado, a un lado, y Zack se prepara para lanzar de nuevo su ataque. Entonces planto los pies en el suelo, bien equilibrados, concentro mi mente en un punto a la altura de mi pecho y coloco mi única mano móvil sobre mi corazón. La Chispa acude a su encuentro, rápida como el viento. Estoy canalizando mi poder, no a través de la rabia y la ira, como hace él, sino a través de

la compasión, el amor y el deseo de proteger a aquellas personas que me importan.

Evidentemente, mi sentimiento es mucho más poderoso que el de Zack.

El poder de la Chispa Mortal, un orbe de esencia de energía concentrada, vibra en mi mano, y cuando el exdirector lanza sus rayos de nuevo, yo contraataco con los míos.

Una onda expansiva nos rodea en tonalidades rojas y moradas. Dentro de la cúpula de energía, Zack aprieta los dientes mientras empuja sus manos hacia mí. Rayos escarlatas gruesos como brazos tratan de alcanzarme. Yo no siento ira, ni rabia ni sed de venganza.

Estoy sonriendo.

Pienso en Robert, en lo mucho que ha cambiado lo que siento por él, en lo equivocada que estuve al juzgarlo cuando nos conocimos y en todo lo que hemos vivido juntos en unos pocos meses. ¿Quién se lo habría imaginado?

Frida, mi querida amiga, mi apoyo incondicional, ese ser de luz que daría cualquier cosa por proteger. En Lisa y en Victa, ya que, sin su sacrificio, jamás habría podido llegar tan lejos.

Mis padres, cuya existencia desconocía hasta hace unos días y que han resultado ser las personas más valientes y comprometidas del mundo.

En los profesores que han querido ayudarme a luchar, y en los compañeros que me han enseñado a confiar.

Y en Ash, que aún respira magullado en el suelo y al que, si tengo ocasión, no me cansaré de agradecer esta oportunidad que me ha dado.

De ser yo misma.

De escoger mi propio camino.

De ser libre.

Pienso en esta gran familia que he encontrado en un camino que se suponía que era cruel, gris y mortal. Por eso no puedo hacer otra cosa que sonreír y sentir una gratitud tan inmensa que no me cabe en el corazón.

Tan inabarcable que alimenta mi Chispa Mortal, la completa y hace que una niña medio muerta con un brazo quebrado plante cara al ser más poderoso del mundo.

Acaba con él, Astria.

Mis rayos púrpuras brillan como el sol del amanecer, se sobreponen a los tonos rojizos y nos envuelven en un mundo azulado en el que únicamente estamos Zack y yo. El poder que reluce en mi mano no rechaza sus ataques: los absorbe.

Zack, conocido como Lord Z, antaño director de la Academia, grita con locura mientras expulsa toda la Chispa de su cuerpo.

Yo, Astria Liverman, Lady Daga, heredera de la Chispa Mortal y nueva directora, absorbo todo su poder hasta que el color escarlata se extingue a su alrededor y solo queda un muchacho de cabello plateado, triste y asustado.

Y completamente solo.

Es como si el mundo, ya de por sí congelado, se hubiese detenido. Marisa, Reinard y Ash, así como todos los esbirros de Zack, están inmóviles. Solo él y yo nos miramos.

Sabiendo que son sus últimos segundos con la Chispa.

Sabiendo que la mía al fin se ha asentado por completo.

Me dirige una última mirada a través del vacío del tiempo. El color escarlata ha abandonado su cuerpo y su Chispa. Sus ojos vuelven a tener un tono plateado, más apagado, más triste.

Aun así, sigue sonriendo como si hubiese vencido.

—¿Crees que has ganado? ¿Que esto es el final? Aunque caiga hoy, los humanos jamás aceptarán la propuesta de los Despertados.

¡Piensa, Astria, piensa! Son monstruos, el enemigo. La humanidad ha sobrevivido el último milenio porque tenía un enemigo común. Antes de eso se mataban entre ellos. Y volverán a hacerlo. ¡Yo los protegía!

Cruzo los pasos que nos separan y le pongo la daga en el cuello, él ni siquiera trata de resistirse. Alza las manos, dócil, dominado, derrotado.

—No se trata de ganar; siempre se ha tratado de cambiar el mundo. Tú solo te proteges a ti mismo, por eso no eres capaz de entenderlo.

Escupe al suelo ante mis palabras.

—Puedes pensar eso, piensa lo que te dé la maldita gana. Pero el tiempo me dará la razón. Yo he sido el auténtico salvador de este mundo. Tú solo eres una pobre niña con delirios de grandeza.

Ni siquiera tengo fuerzas para reírme, a pesar de la Chispa que fluye por mi cuerpo, renovada, duplicada, inabarcable. Me sigue asombrando la hipocresía de Zack; incluso en la derrota, su arrogancia no conoce límite.

—Se acabó, Zack. Tu reino ha terminado.

Me mira a los ojos mientras el tiempo vuelve a fluir.

—Larga vida a la reina.

El ruido de los helicópteros y la batalla a lo lejos, la brisa del viento y el olor a carne quemada me inundan al instante, todo a la vez. Zack cae de rodillas ante la punta de mi daga.

Rayo Escarlata cae a mi lado con uno de los cuchillos de Marisa clavado en el casco. ¿En qué momento ha sucedido? También veo el cadáver de Reinard con una hoja incrustada en la rendija de su protección facial, y pienso en que murió como vivió: rodeado de misterio.

—Así que eso es todo —dice Zack con su característica calma, y se quita el casco muy despacio—. He perdido.

Todos sus generales están muertos, Marisa y Reinard han acabado con aquellos a quienes no alcanzó la explosión de Victor.

Robert y Frida corren a mi lado. Al absorber la energía de Zack, mis heridas se han curado. Tanto el mordisco del hombro como el tajo del vientre han desaparecido. Mis padres aún parpadean aturdidos; para ellos, ha sido un instante.

—¿Hemos... hemos ganado? —pregunta Francis mirando alrededor.

—La victoria es tuya, Lady Daga —dice el exdirector con media sonrisa—. Ya puedes acabar conmigo, lo estabas deseando.

Doy un paso atrás y enfundo la daga. Le doy la espalda con la mayor indiferencia posible.

—Yo no soy como tú. Marisa, apresa a Zack, será juzgado por traición.

Cuando le doy la espalda y me inclino sobre Ash, escucho sus amenazas.

—¡A mí no me juzgarás por nada, escoria del Vertedero! Me tratarás con...

El sonido de su voz se ahoga en un crujido terrible y me giro con el ceño fruncido. Asombrada, veo que Marisa le ha atravesado la cabeza con su brazo y, donde estaba el cráneo del exdirector, ahora solo hay un amasijo de huesos y sangre. En su mano aún aprieta con fuerza el revólver con el que iba a dispararme. No le habría servido de mucho, pero él mismo ha firmado su sentencia de muerte.

Y así es como muere un dios.

Me agacho junto a Ash, que respira con dificultad. Los ojos se me inundan al instante. Frida y Robert me observan preocupados.

—Ash...

—Lo hemos... conseguido —murmura con su voz gutural entre gemidos—. Gracias... a ti.

—Me has salvado —le digo con la voz entrecortada—. Nos has salvado a todos.

—No... has sido tú. Tú me has salvado. Cuando... —Una tos terrible hace que escupa sangre—. Cuando me vaya..., tú controlarás a las hordas. Es mi regalo para ti.

No quiero llorar, pero las lágrimas corren salvajes por mis mejillas.

—Ash, no quiero que te mueras.

—Me voy en paz. Tú nos has salvado..., Astria.

Cuando Ash exhala su último aliento, un zumbido invade mi mente. Miles de pensamientos primitivos: «comer carne», «matar», «caminar». Los veo a todos, a todos los zombis que me rodean. Siento lo que sienten, veo lo que ven. Con un esfuerzo inhumano, los mantengo alejados de las tropas.

—Que todo el mundo se repliegue a la Academia, Marisa. ¡Ahora! No sé si voy a poder contenerlos mucho tiempo.

La profesora sale del círculo de zombis llevándose a Robert, Frida y mis padres a pesar de sus protestas, dispuesta a cumplir mis órdenes. Veo cómo las tropas retroceden hacia lo que queda de la fortaleza mientras mantengo alejadas a mis hordas. A mis hermanos.

Humanos, Intactos y zombis. Ahora todos saben quién está al mando.

Yo.

Vuelvo la mirada al cuerpo de Ash y las lágrimas caen sobre su carne quemada. Esto no puede ser, no puedo perderlo. Necesito su guía, su ayuda. Así que me concentro en mi Chispa y le pongo la mano en el pecho.

«Tienes que vivir, Ash».

Mi energía fluye hacia mi mano, que brilla en tonalidades púrpuras y escarlatas. El remanente del poder de Ash responde a la llamada y su cuerpo da una violenta sacudida, como si tratara de volver a la vida. Una vez, y otra. Y otra más.

—¡Vamos, Ash! ¡Sobrevive!

De repente, abre los ojos y respira con fuerza. Noto como los zumbidos se apagan, los pensamientos de los millares de zombis que controlo se desvanecen de mi mente para regresar a la suya.

Donde deben estar.

Ash me mira sorprendido mientras su cuerpo vibra y sus protuberancias bulbosas se retuercen. Como si le estuviera hirviendo la piel, su gesto se convierte en una mueca de dolor y se revuelca por el suelo durante unos segundos. Trato de sujetarlo, pero es inútil.

Joder, ¿qué he hecho? Me aparto asustada, con la daga en la mano.

¿Lo he empeorado todo?

Se queda inconsciente boca abajo y me apresuro a darle la vuelta. Entonces doy un respingo y me caigo de culo.

Unos ojos rojizos que conozco me miran fijamente.

Desde el rostro de Zack.

Miro el cadáver del exdirector a unos metros de distancia y el del joven que me observa desde el suelo, idéntico en todo excepto en el color de su mirada.

—¿Ash?

—Astria, ¿qué... qué ha pasado?

—Tienes la cara de Zack. Y... su voz. ¿Qué está pasando?

Ash se palpa el rostro y se mira la mano con el ceño fruncido. Sus ojos se abren tanto que parecen tensarse al límite.

—He recuperado mi aspecto, pero... ¿cómo?

—¿Tu aspecto? ¡Le has robado el aspecto a ese psicópata! ¿Cómo lo has hecho?

Ash mira el cadáver de Zack y niega con la cabeza.

—Astria..., Zacharias... él... era mi hermano.

Lo observo con una ceja alzada.

—Entonces, cuando te decía «hermano» no era porque ambos erais Despertados...

Él niega con la cabeza y yo contengo el impulso de asestarle una puñalada. Es como si Zack hubiese resucitado.

—No, lo decía en el sentido literal de la palabra. Somos hermanos gemelos. Creo que tu Chispa me ha revertido a un estado de Intacto, pero sigo manteniendo el control sobre los zombis.

Miro la horda que se revuelve en la lejanía.

—¿Podríamos curarlos a ellos? —digo señalando a los zombis—. ¿Con la Chispa?

Ash se levanta y me pone una mano en el hombro desnudo que me arrancó Nick, completamente regenerado. Noto sus dedos, la piel fina y cálida. Sonríe esperanzado.

—Tendremos que averiguarlo —dice con la voz quebrada de felicidad—. Y lo haremos juntos.

—Astria —susurra una voz a mi espalda.

Robert está ahí plantado, observando la escena. Mi corazón se acelera; creía que todos se habían marchado con Marisa. Ash se levanta y se sacude el polvo; parece ileso, como si no hubiera estado al borde de la muerte hace un instante. Nos mira a Robert y a mí y asiente mientras se aleja para darnos espacio.

—Tenías que hacerte el héroe, ¿eh, Hunter? —le digo sonriente.

Él se encoge de hombros y me dedica esa sonrisa burlona que tanto me sacaba de quicio.

—Ya me conoces, soy incorregi...

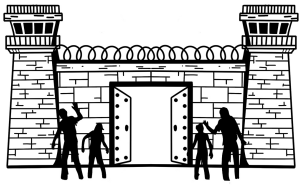
Mis labios se encuentran con los suyos antes de que pueda terminar la frase. Lo busco con un ansia desesperada, con un hambre más voraz que un Intacto sin Z. Él tarda un par de segundos en reaccionar, pero al fin me agarra con fuerza por la cintura y corresponde mi beso. Es firme pero delicado, y todo lo que he sentido por él estalla en mi estómago y en mi corazón al mismo tiempo.

Tras un largo beso que dura menos de lo que me habría gustado, Robert me abraza y descargo mi llanto en su pecho. Por fin ha terminado esta locura.

Tras unos segundos, me aparto un poco y sonrío, mirando al sol que brilla alto en el cielo gris, que hoy parece un poco más azulado.

Porque, cuando algo termina, algo nuevo empieza.

Epílogo



El amancer de una nueva era

Los primeros rayos del sol de la mañana se filtran por nuestra ventana y me doy la vuelta hacia el otro lado, remolona. Mi piel se topa con el gigantesco cuerpo desnudo de Robert, que gruñe molesto por mi ataque inesperado. Entreabro los ojos y me deleito unos segundos acariciando su brazo musculado con las yemas de los dedos. Entonces recuerdo qué día es hoy y salgo disparada de la cama.

Tras una ducha rápida, me visto con mi nuevo uniforme. He cambiado la chaqueta de combate por la americana de mi traje, el peto por la camisa y los pantalones por una falda ajustada que me queda de muerte.

—Si sigues vistiendo así tendré que arrastrarte de nuevo a la cama y no dejarte salir en un mes —dice Robert, aún tumbado, con la voz ronca—. ¿Sabes cómo me tengo que contener cada vez que me cruzo contigo por los pasillos?

—Siempre has sido un payaso, general Hunter. —Trato de contener una sonrisa—. Compórtate un poco.

Se levanta de un salto y salva la distancia entre nosotros de una zancada. Antes de que suspire, ya me tiene agarrada por la cintura y apretada contra la pared.

—¿Puedes llegar tarde a esa reunión?

Le agarro la melena rubia y lo atraigo hacia mi boca; nos besamos con pasión y mi lengua busca ansiosa la suya. Termino mordiéndole el labio inferior, y sé que mis encantos han surtido efecto cuando noto su respiración entrecortada.

Entonces le doy un empujón y retrocede dos pasos. Le guiño un ojo, traviesa.

—No. No puedo llegar tarde, lo siento. —Me agacho a recoger mis zapatos—. ¿No tuviste suficiente con lo de anoche? Eres insaciable.

Robert suelta una carcajada y se tira de espaldas a la cama. Me dan ganas de mandar a la mierda la reunión, pero no puedo, lo de hoy es importante.

—Esta noche no te libras —me avisa sonriendo—. No después de esta jugarreta.

—Cuento con ello. —Le guiño de nuevo el ojo antes de salir de nuestra habitación.

Parece mentira que haya pasado un año desde la batalla por la Academia. Camino a toda prisa, atravesando la gran explanada. Al fin han terminado las obras de reconstrucción y la muralla principal vuelve a lucir tan imponente como lo era antes de la explosión, incluso más. Los soldados forman y desfilan a lo largo y ancho de la plaza y cada vez que se cruzan conmigo se detienen y me saludan agradecidos.

—Salve, Pacificadora.

«Pacificadora», así es como me llaman ahora. Un nuevo título para una nueva era. La gigantesca estatua de Lord Z ha sido sustituida por un conjunto de estatuas que indican nuestro cambio de rumbo.

Pedí hasta hartarme que no me hicieran una maldita escultura, pero el director insistió. Ahora el monumento es un símbolo de paz. En la parte superior estamos representados Lord Z y yo dándonos la mano, llegando a nuestro acuerdo. Bajo nosotros, tres héroes observan la Academia para dar significado a su sacrificio. Victor Delacroix, conocido como Acorazado, con el ceño fruncido a la derecha. Reinard Clay, el silencioso Coronel Roto, con su semblante serio, a la izquierda. Y entre ellos, sonriendo y con su mirada en las estrellas, Lisa Starlight ilumina la plaza.

Aún no puedo mirarla sin que los ojos me escuezan.

En el tercer nivel hay una serie de Exterminadores con su casco de batalla, honrando a los héroes caídos, como Morty, que dieron su vida por un mundo mejor. En una placa se puede ver un listado con todos los valientes que cayeron en combate, tanto de nuestro bando como del de Lord Z.

Todos salvo uno: el de un traidor en el que no quiero ni pensar.

De los ascensores empiezan a salir jóvenes asustados con caras de asombro al ver el tamaño de los muros. El recuerdo de mi llegada a este lugar me parece tan lejano que casi ni lo considero mío; sin embargo, así estaba yo hace poco más de un año, con ese mismo miedo, con esa misma sorpresa.

Salvo que yo luchaba por sobrevivir, y estos nuevos reclutas van a ser parte de una nueva generación que no tendrá que soportar las crueldades del antiguo régimen.

Entro en la sala que hay bajo la enorme estatua; dentro, los profesores se preparan para la recepción de los alumnos. Voy al encuentro de mi nueva docente favorita.

—¿Vas a darles mucha caña? —le pregunto con un atisbo de sonrisa—. Recuerda que no todos somos unos cerebritos.

Frida, que estaba inmersa en la lectura de uno de sus libros científicos, suspendido en el aire ante ella, da un respingo y se gira hacia mí.

—¡Astria! Qué susto me has dado. —La bata de laboratorio le sienta bien, parece que es su atuendo natural—. ¡Por supuesto que les voy a dar caña! Deben aprender los fundamentos de la química y los conceptos de la física para poder aplicarlos durante las batallas...

—¿Qué batallas? —pregunto aún más sonriente—. Recuerda que ahora somos un cuerpo de exploración.

Con la retirada de los zombis a nivel mundial, el mundo se ha vuelto de golpe un inmenso lugar por redescubrir. Una pantalla al fondo de la sala muestra imágenes del día de la investidura del nuevo gobierno central y el discurso de la canciller electa Alvia Liverman, designando la Academia Z como el baluarte de la humanidad para explorar los antiguos territorios y expandir nuestras fronteras. Tras ella puedo ver a mi padre henchido de orgullo y al viejo Humphred llorando de la emoción.

—Cada día es una batalla, aunque no luchemos contra nadie —asegura Frida, en su inmensa sabiduría—. Y el conocimiento es poder. Por eso deben conocer en detalle los pormenores de los procesos químicos que envuelven a...

Empieza una diatriba sobre cadenas hidrocarbonadas y vectores de movimiento que no tengo ganas de escuchar, pero me quedo mirándola y sonriendo. Está a salvo, es feliz.

«He cumplido con mi parte, allá donde estés, Lisa, espero que lo sepas».

—Ella lo sabe —afirma de repente Frida.

—Perdona, ¿qué? —pregunto aturdida; no estaba escuchando lo que decía.

—Lisa —aclara, y sus ojos se inundan al pronunciar su nombre—. Sabe que estoy bien. De algún modo, sé que lo sabe.

La abrazo con fuerza para no romper a llorar. Un año no es suficiente para curar la brecha de nuestro corazón, pero el tiempo ayuda a sobrellevarlo de la mejor manera. Frida solloza un par de veces en mi pecho. Sin embargo, no tarda en recuperar la compostura.

—Astria —murmura secándose los ojos.

—Dime, Frida.

—Me alegro de haberte conocido, eres la mejor amiga que nadie podría desear.

El corazón me da un vuelco, y no sé si esta vez podré contener las lágrimas.

—Yo también me alegro de haberos conocido, Frida. Cada día doy gracias al cielo por haberme despertado en ese vagón junto a ti.

La puerta que conecta con el despacho del director se abre y todo el mundo se pone firme, yo incluida. Casi doy gracias por su aparición para no ponerme a llorar.

Lord Z aparece flamante, con un traje de color púrpura y un sombrero de copa. Su melena plateada reluce y sus ojos a juego se clavan en los míos.

—Subdirectora —dice con una sonrisa—. ¿Un momento de su atención?

Me indica que lo acompañe a su despacho y cierra la puerta a mi espalda. Nos miramos cómplices.

—¿Cómo lo llevas, Ash? —pregunto sonriente.

—Estas malditas lentillas plateadas me van a matar. —Se rasca los ojos—. ¿No podemos inventarnos que mi poder me permite cambiar

el color de los ojos?

—No es mala idea —sonrío—, pero ya llevas un año con esa brillante mirada plateada. Te recuerdo que aceptaste el puesto de buen grado.

Ash suspira y agita los brazos frustrado.

—Lo sé, lo sé... ¿Estás nerviosa?

—Solo son alumnos nuevos. Y el que va a hablar eres tú.

—Para ellos eres una diosa, Astria. Querrán escucharte.

—No soy ninguna diosa; si lo fuera, habría salvado a todos los zombis, no solo a los que se convirtieron antes de los dieciocho. ¿Seguimos sin saber por qué no podemos curar a los mayores?

Ash sacude la cabeza y suspira.

—Frida dice que es un tema genético. En cualquier caso, cada vida que salvas tiene un valor incalculable, Astria. Esos nuevos Intactos te lo deben todo. —Hace un silencio teatral—. Por eso creo que deberías decir unas palabras.

Me quedo sin aliento durante un segundo.

—¿Yo?

—Eres la subdirectora. Y una leyenda en ciernes, si me lo permites.

—No quiero hablar.

—Entonces te lo ordeno —dice con una sonrisa burlona.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

—No hace falta que digas mucho, con una frase bastará. Solo quiero que les des la bienvenida.

Suspiro abatida; cómo no, el viejo Despertado ha vuelto a vencerme en sus duelos dialécticos. Asiento, aceptando mi derrota.

Cuanto regresamos a la sala de profesores, Marisa me guiña un ojo y veo que Robert ya se ha incorporado a la reunión. Tenía la certeza de que iba a llegar tarde, pero ahí está, enfundado en su

traje táctico con tela ignífuga, que hemos tenido que hacer a medida porque no había nada de su talla. Me mira y me dirige una media sonrisa. Qué mono, ante todo profesionalidad.

Ahora se encarga de las relaciones diplomáticas entre la Academia y la Capital. Y jamás lo había visto tan feliz. En concreto, desde el día en que enviaron a Eckbert Hunter al Hoyo.

—Bien —dice Ash—, no lo retrasemos más. Vamos a ello.

Los profesores se alinean ante el estrado, como lo hicieron el año pasado. Ash y yo subimos al escenario. Me quedo unos pasos por detrás del director.

Los jóvenes zombis reconvertidos a Intactos están alineados ante nosotros. Sus caras me resultan familiares, puesto que he sido yo quien los ha convertido a todos de nuevo en seres conscientes. Mi poder solo afecta a los adolescentes y los niños, así que a ellos les damos una oportunidad. Pueden ir a vivir a la Undécima Reserva, que se ha rehabilitado para ellos, o bien unirse a la Academia para explorar el Yermo. La mayoría ha decidido formar parte del cuerpo de exploración, y este año hay más de doscientos reclutas abarrotando la plaza. Doscientas personas a las que he ayudado. Muchos tienen algún recuerdo del Yermo, y algunos han vagado por él durante casi mil años.

Todos están deseando trabajar con nosotros.

Ash da un paso al frente y el micrófono resuena en toda la explanada.

—Soy Lord Z, director de la Academia. —Hace un gesto a los profesores, bajo el escenario—. Ellos serán vuestros profesores. Pronto los conoceréis. Y ella no necesita presentación: ante vosotros, Astria Liverman, conocida como Lady Daga y la Pacificadora. Subdirectora de la Academia Z.

Los reclutas no gritan ni aúllan; se limitan a mirarme. Cuatrocientos ojos clavados en mí. Y, de repente, aplauden todos al mismo tiempo, en un palmeo que retumba en las murallas de nuestra fortaleza.

—Siempre es un placer ver nuevas caras por aquí —continúa, repitiendo las palabras del exdirector—, en especial este año, con esta afluencia tan excepcional de reclutas. Os esperan unas semanas muy intensas hasta el día de vuestra graduación.

Hace una pausa. Hasta aquí, el viejo mundo. Ahora llega un nuevo día.

—Antes de daros la bienvenida, quiero hacer hincapié en mi decisión de unir los dos mundos: humanos y zombis. Fue Astria quien me conmovió, con sus actos desinteresados por un Despertado, y me convenció para alterar el rumbo de esta institución. Esos cambios, como sabéis, han removido los cimientos de nuestra civilización. Y así nuestra historia abre un nuevo capítulo, una nueva era.

»Un mundo en el que los humanos no vivan entre rejas, sino que sean libres de explorar su tierra.

»Un mundo en el que los zombis no estén condenados a vagar con un hambre voraz y coexistan en paz con los humanos gracias al compuesto Z.

»Me informan de que se han dado casos de nuevos despertares, mientras que otros, como vosotros, regresáis a ser Intactos gracias al poder de la señorita Liverman. Mi sueño es que un día dejen de existir los Dañados y los Devorados, y que todos puedan regresar a su conciencia. Hasta ese momento, necesitamos vuestra ayuda. Seremos el cuerpo de exploración, la avanzadilla de la humanidad. Juntos, construiremos un futuro mejor.

Los gritos y aplausos tras las palabras de Ash no provienen de los reclutas, sino de los soldados que observan junto a las murallas y desde los hangares. Una escena que no podría ser más distinta a la del año pasado, cuando llegué temblando de miedo y nos enviaron a la pista de atletismo.

—Y, por último, unas palabras de nuestra subdirectora, Astria Liverman, la Pacificadora. Ya que, sin ella, nada de esto habría sido posible.

Ash se aparta del micrófono y se retira. Doy dos pasitos tímidos al frente y me llevo la mano inconscientemente a mi mechón de la suerte. Frida y Robert me miran de reojo desde abajo, y eso me ayuda a calmarme. Tan solo es una frase.

Miro todas esas caras jóvenes ante mí, que me observan con orgullo y esperanza. Los rostros de aquellos a los que he podido salvar.

Les muestro una sonrisa sincera y siento una felicidad plena. Al fin lo he logrado.

—Es un orgullo daros la bienvenida a la Academia Z, jóvenes promesas zombis.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por darle una oportunidad a la historia de Astria. Esta es mi primera novela publicada en una editorial y me hace muy feliz que la tengas entre tus manos. De verdad, gracias por leerme.

Esta historia como tal no existiría sin un montón de personitas maravillosas a las que quiero dedicar un pequeño espacio por todo el cariño y el amor que, de una forma u otra, le han dedicado a este libro.

A Alba, mi esposa y la roca sobre la que me apoyo para llevar a cabo esta locura de escribir. Sin tu apoyo constante no habría llegado ni a la mitad del camino. Te quiero.

A mi pequeña Victoria. Esta historia nació antes que tú, pero para cuando salga ya tendrás casi un añito. Gracias por portarte tan bien y dejarle espacio a papá para que pudiera revisar y corregir el manuscrito.

A Astrid. Cuando empecé a escribir esta historia solo eras una bebé traviesa con el pelo rizado y un mechón rubio de la suerte.

Cuanto más creces, más te pareces a Astria: cabezota, intensita y, por encima de todo, segura de ti misma. Estoy muy orgulloso de poder ser tu papá.

A mis padres, por creer siempre en mí y por comprarme tantos libros como pedía (aunque me los terminase en una tarde). Gracias a vosotros ese niño con tanta imaginación ahora puede hacer sus historias realidad.

A Laura quiero darle las gracias por todo el apoyo que me ha dado desde que me conoció. Sin ella este manuscrito aún estaría dando tumbos por el mundo sin encontrar el lugar adecuado desde el que despegar. También se ha currado la ilustración del inicio de los capítulos. Eres una auténtica fuera de serie.

A mis editoras, Ana, Sara y Noelia. Por todo el apoyo que me han dado durante todo el proceso de afinar el manuscrito, pero, por encima de todo, por creer en mí. Poder publicar con Planeta mi primera novela es un sueño hecho realidad gracias a vosotras.

A mi agente, Sandra Bruna, y a María José, por creer en mis historias y por todo el apoyo que me han dado durante todo el proceso editorial.

A Alba Cayuelas, que me corrigió la primera versión del manuscrito, gracias por hacer que esta historia fuese algo legible y por encontrar cada detalle a pulir. Sin ella tendrías un libro muy parecido a este, y a la vez muy distinto (a peor).

A Pedro, mi mejor amigo, mi liBRO, por leerse (más de una vez) toda la novela y darme los consejos más valiosos. Ahora ya puedes contar esta novela en Goodreads para el reto.

A mis lectores beta: David, Montse, Alfonso, Daniel, Nía, Roro, Laia y V. Gracias por todos vuestros comentarios buenos (y malos) que han ayudado a mejorar esta obra.

A mis seguidores en redes. Enumeraros a todos es imposible, pero os lo debo todo por el cariño y la motivación que me dais para ser mejor cada día. También a otros creadores de contenido del mundo literario, en vosotros he encontrado una segunda familia por la que me siento muy agradecido.

Y de nuevo a ti, por darme la oportunidad de dejarme contarte una historia. Ninguna obra queda completa hasta que alguien posa su mirada sobre ella, así que gracias no solo de mi parte, sino también de Astria y el resto de los miembros de la Academia Z. Gracias a ti ahora viven más allá de estas páginas.

Y... ¿quién sabe? Si todo va bien, puede que esta no sea la última vez que sepas de ellos. Quizás hay algo más allá en el Yermo que merezca ser... explorado.

Academia Z
F. M. Wylde

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de portada, Planeta Arte & Diseño
Ilustración de portada, © Vero Navarro, 2026
Ilustraciones de interior, © Laura Díaz, 2026

© F. M. Wylde, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,
sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero 2026

ISBN: 978-84-270-5470-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta